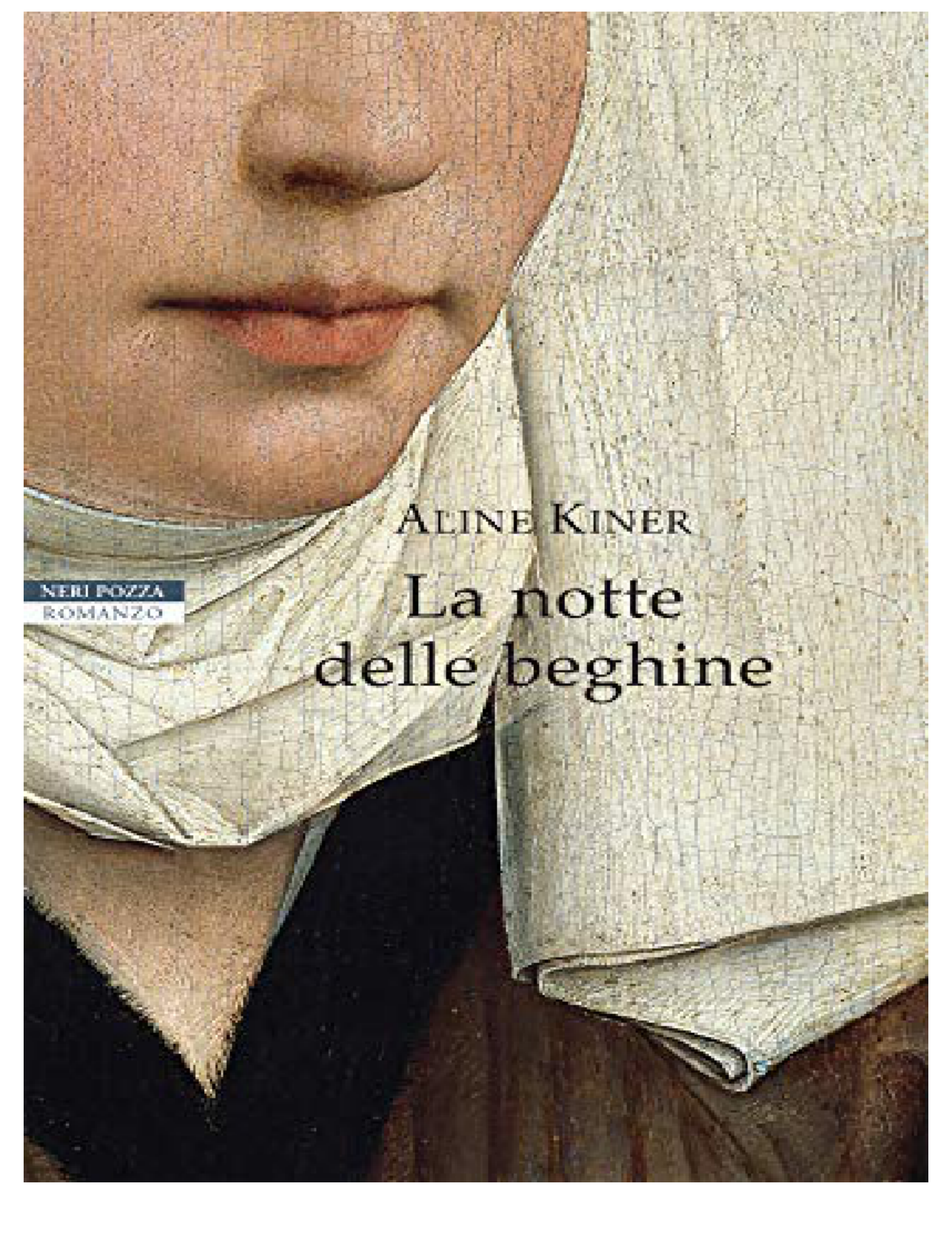

ALINE KINER
NERI POZZA
ROMANZO
La notte
delle beghine

LOS NARRADORES DE LAS TABLAS

ALINE KINNER

La noche de las beguinas

traducción del francés por
Alberto Folín

NERI POZZA EDITORE

Titulo original:
La noche de las beguinas

ISBN 978-88-545-1776-9

Nuestra dirección de Internet es: www.neripozza.it

A mi padre, siempre ahí
A Thomas

En el barrio parisino llamado Marais, en la esquina entre la calle Charlemagne y la calle des Jardins-Saint-Paul, se levanta una torre rota. Marca el extremo norte de una muralla de más de ochenta metros de largo intercalada con otra torre. Son las ruinas de las murallas construidas a finales del siglo XII por el rey Felipe Augusto para proteger la ciudad: un recordatorio de las guerras medievales que hoy sirve de base a los edificios del instituto Carlomagno. En el extremo sur, la muralla llega hasta la calle Ave-Maria, que lleva el nombre del convento que, antes de la escuela, se encontraba en esos lugares. Pero en el siglo XIV esa calle tenía otro nombre. Se llamaba calle de las Béguines.

De hecho, este cuadrilátero, rodeado de calles estrechas pavimentadas con pavé gris, donde el ruido de la ciudad se amortigua, dejando el aire abierto al canto de los pájaros, los gritos de los niños jugando al fútbol, las risas de los adolescentes, hombres y mujeres, las voces que se alzan sin obstáculos, luego acogió – muchos no lo saben – una institución única en Francia: el gran beaterio de París. Fundada por Luis IX. San Luis.

Mujeres notables han vivido aquí y en los barrios circundantes durante casi un siglo. Inclasificables, escapando a cualquier definición, rechazaban tanto el matrimonio como el claustro. Oraban, trabajaban, estudiaban, se movían por la ciudad sin restricciones, viajaban y recibían amigos, tenían bienes y podían transmitirlos a sus hermanas. Independiente y libre. Una libertad que ninguna mujer había disfrutado hasta entonces, ni podría haber disfrutado durante siglos. No todos eran conscientes de ello. Pero algunos lucharon por preservar esa libertad.

Durante años, caminando arriba y abajo por las calles del Marais, busqué sus huellas. Día tras día aquellas mujeres venían hacia mí, sombras fuertes y ligeras. Escuché sus risas y sus cantos, el ruido de sus pasos sobre el pavimento, percibí en mi piel el mismo sol que había calentado la de ellos, y en mis narices el olor del río cercano. Soñamos, temblamos, caminamos uno al lado del otro. Como compañeros separados por el tiempo, pero que han reunido deseos, miedos y rebeliones en un mismo acuerdo, en un mismo eco lejano.

1 de junio de 1310

Si no fuera por el silencio, parecería un día de celebración.

Este lunes antes de la Ascensión hay mucha gente en la plaza de Grève. Todos los habitantes del centro de la ciudad están presentes. Comerciantes y funcionarios, burgueses y artesanos, estudiantes y clérigos, sinvergüenzas y mendigos, sinvergüenzas y jornaleros que venían a buscar trabajo al puerto. El calor de los cuerpos apretados unos contra otros, su olor. Respiraciones pesadas, piel sucia cuyos vapores se mezclan con el hedor del callejón de los curtidores y el olor a barro del río. En la entrada de los majestuosos edificios frente a la plaza, damas y caballeros vestidos con ropas brillantes.

Las llamadas y los gritos, los cánticos de los barqueros y de los estibadores se han silenciado en una larga ola que mengua. En el fondo del murmullo de los curiosos sólo se oye el crujido de la madera contra la piedra, los barrigones de los barcos golpeando el lecho del río, y el continuo e insistente chapoteo del agua.

Todas las miradas se fijan en el centro de la plaza, donde se alza una pila, similar a las que se levantan en el mismo lugar con motivo de las fiestas de carnaval y de San Juan. Pero en lugar de las máscaras danzantes y los jóvenes aprendices saltando sobre las llamas, vemos a una mujer trepando a la pira, descalza sobre las leñas, con el pelo negro y la camisa larga pegada al cuerpo.

Es tan alto, tan frágil metido en esa tela que le hicieron usar. Sin embargo, cambia. Es fuerte. Los largos meses de encarcelamiento, los numerosos interrogatorios, el silencio en el que se encerró no tuvieron nada que ver con ella. La consideraban arrogante. Simplemente no tenía nada que decir. Nada que pudieran entender.

Un poco más adelante se ha levantado un segundo pilote. Colgado del poste, desplomado sobre sus piernas, un hombre, con el rostro destrozado. Un judío acusado de escupir a las imágenes de la Virgen.

Pero es en ella en quien se fijan todas las miradas.

Humbert se encuentra a unos metros de distancia, su alta figura se eleva por encima de la chusma. Quiere acercarse de nuevo. Hasta ver los párpados cerrados de la condenada y sus rodillas asomando bajo el sudario que porta. Choca con los hombros contra una mujer

corpulenta que se acurruca a su alrededor y se desliza entre los grupos empujada por un movimiento insensible hacia el centro de la plaza.

De repente, a la derecha, siente un empujón similar al suyo. Una figura diminuta, envuelta en una capa gris, se cuela entre los espectadores.

Están uno al lado del otro, a pocos pasos de la pira.

El verdugo espera, antorcha en mano. A su lado, un dominicano, sotana blanca, manto negro. Guillaume de Paris, el inquisidor. A su lado, otro hombre, con una espada al costado y un sombrero con plumas en la cabeza. El rector. Este avanza y coloca un libro sobre la paja a los pies de la mujer. Ella inclina ligeramente la cabeza. Sus ojos se abren, asombrados. En ese preciso momento, un soplo de viento se eleva desde el río. La figura que avanza paralela a Humbert empuja a la multitud, avanza con paso decidido hacia la pira y se quita la capucha.

Una nube de pelo rojo se despliega sobre el vestido oscuro, alborotado por la brisa.

La condenada vuelve la cabeza. Parece mirar a la jovencísima que así se ha descubierto y reconocerla. Humbert también la mira asombrado. Nunca pensó que la encontraría allí y mucho menos con ese vestido.

El verdugo da un paso hacia la pira. Humbert baja la mirada y se da la vuelta. Sigue con la mirada a la pelirroja, que se ha levantado la capucha, y a otra joven, vestida de manera similar, que le agarra la mano y la aleja bruscamente. Luego, abriéndose paso a empujones, regresa hacia el lecho del río.

Pronto, el olor a madera y carne consumida abruma a todos los demás olores. Y el grito de la multitud, excitada y compasiva, ahoga el grito del hombre en la hoguera. Quizás incluso el de la mujer quemada viva. Porque nadie puede esperar que ella se quede callada hasta el final.

Primera parte

Enero a junio de 1310.

hay mujeres entre nosotros
que no sabemos como llamar,
laicos o monjas de clausura,
porque no viven ni en el mundo,
ni fuera del mundo.
Gilbert de Tournai (hacia
1200-1284)
Colección de Scandalis Ecclesiae

1

La abuela Leonor lo había entendido desde entonces. Al ver los barrios marginales de los pueblos circundantes vaciarse, con los jóvenes harapientos y hambrientos que abandonaban a sus familias y comunidades para ir a la ciudad, le dijo a Ysabel: «Llegará un día en que nuestro mundo ya no será el mismo, así que que la gente de mi edad ya no podrá reconocerlo. ¡Me iré pronto, pero mantén los ojos abiertos, hija mía!

Aquella mañana de enero de 1310, Ysabel se levantó cuando las primeras luces se filtraron por la ventana de la habitación. Se puso un vestido abrigado y, como todos los días, salió al jardín. Ahora está agazapada en un macizo de flores cerrado por ramas de avellano entrelazadas, con la palma de la mano apoyada sobre los terrones. Piensa en la nueva década que ha comenzado y se pregunta qué pensaría su abuela, cuyos huesos hace tiempo que se desgastaron en la tierra donde quería ser enterrada.

¿Ha cambiado el mundo? Ella no sabe qué pensar. Vio a tres reyes. Luis IX había desaparecido mucho antes de la muerte de su marido y la consiguiente decisión de ingresar en el gran beaterio. También había muerto su sucesor, Felipe III el Temerario. El 6 de enero de 1286, bajo el rosetón recientemente construido en la fachada de la catedral de Reims, el arzobispo ungió con el crisma sagrado la cabeza, el pecho y la espalda de una adolescente de vigorosa belleza. A partir de ese momento la Bella se sienta en el trono del reino. Un caballero, un cazador que, en los momentos más cruciales o más solemnes, e incluso cuando nace su hijo Carlos, sigue acechando la caza, espoleando la jauría de perros en los bosques de Orleans, Halatte, Vaudreuil, Montargis o Compiègne. Decidido, confiado. Creció en el culto a su abuelo, figura venerada a la que, tras un largo proceso de canonización, había proclamado santo. San Luis.

Con un gobernante así, y bajo la protección de un antepasado así, el reino parece más poderoso que nunca. Llena de energía. Las ciudades erizadas de chapiteles y piñones afilados. Ríos y mares surcados por barcos barrigones, con las bodegas llenas de vino, sal y tejidos. Durante décadas, la tierra de Francia no ha conocido grandes

guerras, epidemias o hambrunas. ¿Qué mal podría pasar?

Sin embargo.

Después del Jubileo de 1300, año declarado santo por el Papa -momento de celebración y de perdón, de indulgencia plenaria prometida a todos-, algunos, con una mirada más aguda que otros, empezaron a ver señales en el cielo.

Poco a poco los inviernos se fueron haciendo más duros. En 1303 la helada quemó la tierra. En el verano de 1305, la sequía diezmó los cultivos. En 1308, el primer sábado después de la Ascensión, una tormenta de nieve, intensificada por la caída de grandes piedras, devastó la región parisina. Las cosechas fueron destruidas junto con el trigo y los viñedos con los racimos de uvas colgados. Y el 30 de octubre de 1309, durante más de una hora, sopló un viento tan violento que hizo tambalear los grandes arcos de piedra de la iglesia de Saint-Denis en el lado oriental.

Además, ese mismo año, el último día de enero, precisamente a la una y veinticuatro minutos de la tarde, el sol entró en conjunción con la luna en el grado veinte de Acuario y luego desapareció. El eclipse duró más de dos horas. Por encima del huerto, Ysabel vio cómo el aire se volvía rojo y azafrán...

¿Que pensar? La anciana suspira. La superficie de la tierra se desmorona bajo sus dedos, endurecida por la escarcha. Raspa la corteza fría, moja la mano, coge un trozo y lo amasa suavemente hasta que se vuelve elástico, redescubriendo así el calor del humus. Aplastado por sus dedos, este último desprende un hedor a estiércol: estiércol de vaca que un granjero le proporcionó y que ella mezcló con paja para que se pudriera mejor. La tierra será generosa, piensa, mientras llegue la primavera. En este pequeño mundo en el que ha elegido vivir, los cambios son muy insignificantes.

La mujer se queda un poco más para oler el olor acre del estiércol. Luego, colocando las manos sobre los muslos, se levanta sintiendo que se le ponen rígidas las piernas.

El huerto se dispone contra el lado sur de la capilla. Ysabel camina lentamente por el sendero que rodea el edificio achaparrado plantado sobre contrafuertes de piedra caliza clara -todavía hay tiempo para el despacho de la mañana- y entra en el patio delimitado por las viviendas de sus compañeros. A través de las contraventanas entreabiertas, vislumbra el halo de las lámparas de aceite y de las velas, las siluetas en movimiento, percibe el tintineo de cántaros y palanganas.

Allí todo está tan tranquilo... No ha olvidado el asombro de cuando empujó la puerta por primera vez. Agotada por un viaje de diez días desde su Borgoña natal, dolorida por las sacudidas del carro y por las noches pasadas en horribles posadas, atontada por haber cruzado

París. La única ciudad que conocía en aquel momento era Autun, donde vivía uno de sus padres. París le había parecido un monstruo. Un ogro de vestido tornasolado, de vitalidad alegre y vigorosa, pero de andar opresivo y aliento fétido. La multitud en las calles estrechas oscurecidas por los balcones voladizos, los pórticos y las galerías colgantes, las llamadas de los artesanos en las tiendas, los gritos de los vendedores de galletas y gofres, los puestos de zapateros, sombrereros, vendedores de segunda mano. y comida para llevar rebosante de mercancías, que se desbordan sobre la acera, los bultos llevados a hombros, transportados en carros, los animales que los empujan, caballos, cerdos y perros vagabundos, el barro, la inmundicia y los desechos, el horrible hedor de la orinales volcados casi a los pies de los transeúntes. Cerrada la puerta, con la cabeza todavía zumbando, Ysabel pensó que se había sumergido en un cuerpo de agua tranquila, tan profundo es el silencio que reina entre los muros del recinto.

El claustro es un oasis dentro de la ciudad, una isla bien protegida. Apoyado en la parte oriental de las murallas de la ciudad. Al norte, al abrigo de las altas mansiones de la rue des Poulies-Saint-Paul. Al oeste, igualmente protegido por varias hileras de edificios a lo largo de la calle Fauconnier, donde se abre la entrada. Al sur, apartado del río y de su tráfico, gracias a la imponente torre Barbeau, cuyos baluartes almenados bloquean el Sena hasta el castillo de Tournelle, en la otra orilla, en defensa de París. Un reducto, sin las voces viriles de los cuarteles. Una ciudadela para mujeres, no una prisión.

Había oído un crujido de alas (un herrerillo se había posado en el piñón de una casa) y una carcajada de niña desde una ventana... Recuerda haber levantado la mano hacia el cielo cerrado y luminoso.

Ahora está allí, temblando, en el centro de la cancha. Aunque el lugar está resguardado por los muros que lo rodean, el frío no da tregua. El viento consigue filtrarse entre las piedras que la escarcha ha dejado relucientes. Despertada de sus recuerdos, se ciñe el manto de lana y ya se prepara para el Oficio, cuando un grito procedente de la calle la detiene.

«¡Leche, buena leche!»

La primera llamada de la mañana. A quien le sucederá el del aguador y el viticultor, el verdulero y el vendedor de habas del Marais. La canción de la ciudad.

Ysabel duda y se dirige hacia la puerta. Una buena taza de leche recién ordeñada... Lo justo para aliviar la nostalgia del campo que se apodera de ella cada vez que sale del jardín.

La cuidadora está en su quiosco, cerca de la entrada. La vieja beguina llama a la puerta. Guillaumette aparece balanceándose sobre sus grandes caderas.

«Voy a comprar un poco de leche, ¿quieres un poco?»

Guillaumette sonríe e introduce la llave en la cerradura. La puerta resiste, el cuidador le da un empujón, abriéndola de un empujón. Una figura aparece apoyada en la puerta de entrada exterior.

Un niño frágil, cubierto por una capa sucia, con el rostro escondido bajo una capucha, un mendigo, por supuesto, que espera la caridad de las buenas mujeres del beaterio.

Guillaumette hace un gesto, pero Ysabel la detiene.

Debajo de la barbilla afilada que el niño hunde en su cuello, se desliza un mechón de pelo. Largo y rojo.

Ysabel se inclina y acerca la mano al cuerpo que se aleja.

"Ven, pequeña, debes estar helada con este frío".

2.

El viudo vino solo, se arrodilló en primera fila. Frente a él, las niñas se apiñan, con la mirada fija en el profesor del coro. Ruido de tacones sobre piedra, susurro de telas ásperas. Algunas toses. Se eleva una voz, sola, vibrante.

Oh guerreros de la flor, nacidos de una rama sin espinas, sois la voz del mundo...

Hades cierra los ojos. Un aliento helado recorre su vestido, le eriza la piel a pesar de los calcetines de lana, le congela los pies. Con los músculos rígidos, la cabeza oprimida por el cansancio, la joven intenta seguir la canción, dejarse llevar por el ritmo obsesivo de las sílabas que se mantienen estiradas, infinitamente moduladas. Pero las palabras de la carta recibida el día anterior siguen martillando su mente.

Tiene los ojos cerrados, pero siente la presencia del hombre frente a él, una figura envuelta en una pesada capa forrada de piel. Él lo conoce. Es uno de los donantes más generosos del beaterio, un escabino que la semana anterior perdió a su joven esposa, fallecida durante el parto. El hombre pidió que el coro permaneciera después del Servicio para cantar en memoria de su esposa las letanías que tanto le gustaban. Todo el mundo está conmovido por ello. Ella también debería estarlo. Pero la proximidad del viudo le impide concentrarse en cantar. Ella parece detectar, mezcladas con el dulce olor de la cera que gotea de las velas, notas de almizcle que emanan de su capa, o tal vez de su barba, que sabe que es espesa y negra.

Una breve pausa. La voz del solista permanece suspendida. Luego es el turno del coro de cantar la estrofa. Las voces de los jóvenes se revelan y unen. Una línea melódica pura que se eleva bajo las bóvedas de la capilla.

Hades se centra en ellos. Recuerda otras voces que la arrullaban durante las horas de descanso en el convento donde, siendo niña, había sido enviada al final de su camino educativo. El eco de las oraciones, más claro que el hilo de luz que se filtraba por el estrecho tragaluz, se deslizaba por las paredes de la celda.

¿Era consciente entonces de la paz que aquel mundo severo le

ofrecía? Las monjas pasando silenciosamente por las galerías del claustro. Los servicios religiosos y los salmos que marcaban el tiempo, marcando las horas del día y de la noche. Las mañanas tranquilas pasadas en el scriptorium perfeccionando el latín, manejando la pluma o viendo a los copistas trabajar en el dictado, atentos a las voces de los lectores, al rayado de las plumas sobre el pergamino, al olor metálico de la tinta.

Hades quisiera volver a aquel lugar donde, sin ser consciente de ello, había sido feliz. El beaterio es un compromiso. Un lugar de espera. Aquí, en este mundo vibrante de risas, oraciones y todo lo que constituye la vida cotidiana, la joven es consciente de vivir al margen. Obtuvo un alojamiento apartado, contra las murallas de la ciudad. Allí pasa largos días en silencio, compartiendo las tareas del hogar con una joven y discreta sirvienta. El resto del tiempo lo dedica a leer y meditar. Pero es difícil aislarse verdaderamente en ese espacio cerrado donde conviven varios cientos de personas sin la armonía que impone la regla de los conventos. Personas tan diferentes entre sí.

El coro está en silencio ahora. Se eleva una voz solitaria y desgarradora: Porque estoy rodeado por una jauría de perros...

... una horda de gente malvada me ataca, responde el coro.

Mis manos y mis pies me están desgarrando…, continúa la voz.

… No puedo contar cada uno de mis huesos, responde el coro.

Letanías y respuestas se alternan, y el canto vibrante del solista dialoga con el canto fino de las chicas. La mayoría de ellos aprendieron el arte del canto en la escuela de beaterio. Ese coro es famoso en todo París. Son numerosos los nobles y burgueses que lo recuerdan en sus testamentos, pidiendo a cambio oraciones y vigilias por el descanso de sus almas.

Salva mi alma de la espada, oh Señor…

…y mi alma de las fauces de los perros.

Sálvame de la boca del león...

… y de los cuernos del unicornio, salva mi humildad.

Humildad… El hermano de Hades piensa que a ella realmente le falta humildad. Ya tiene veinticinco años. ¿Cuántos maridos más rechazará? Se impacientó. Cada frase de su última carta está impregnada de esta impaciencia. Él no comprende su dolor.

El hombre frente a ella se mueve pesadamente sobre el reclinatorio. La madera cruje. Está gordo, aunque todavía es joven. De esos comerciantes que se pasan el tiempo sentados a la mesa, entre comida y dinero. Es por culpa de esos hombres que su marido murió. Arrojado al suelo, muerto en el barro como un cerdo.

Hades aprieta sus brazos en puños cerrados contra su vientre.

Oh guerreros de la flor, nacidos de una rama sin espinas, sois la voz del mundo...

El coro reanudó la letanía desde el principio. Las entonaciones vocales se han abierto, las gargantas de los cantantes se han calentado, liberadas de las vibrantes inflexiones que, con el aliento, surgen en el pecho y emergen de los labios.

… rodeando las regiones de los sentidos perdidos…

Las sílabas se enlazan dibujando grandes y continuas espirales en el espacio, superponiéndose unas a otras, envolviéndose como enredaderas alrededor de las columnas de la capilla, cada vez más altas.

Pero el cuerpo de Hades sigue pesado y su alma amarga.

3.

Durante todo un día y la noche siguiente, la pequeña permaneció acurrucada en la cama. Con la ayuda de Agnès, su asistente en el hospital, Ysabel quiso desnudarla. La niña sudaba de fiebre. Los miasmas que exhalaban los trapos húmedos que llevaba debilitaron aún más su organismo. Pero ella luchó, resistiendo con todas las fuerzas de su cuerpo. Deberíamos haber tenido más cuidado, se reprocha la beguina. Demasiado prisa. Sentada a la mesa de la cocina, la anciana corta minuciosamente un trozo de corteza de plátano, luego uno de sauce, los echa en la olla llena de agua - dos porciones de sauce por una de plátano -, añade puntas de agrimonia, mezcla todo y lo pone al fuego. Contra la fiebre no hay mejor método. ¿Pero contra la ira? Porque es la ira lo que agita a la niña, junto con el miedo.

Ysabel pidió que le colgaran una sábana para aislar el colchón de paja donde la colocaron en la gran habitación del hospital. Para que ella se calme, se tranquilice y así tranquilice a los demás enfermos. Los pacientes en camas cercanas vieron a la niña escondida bajo su capucha. El cordón que le sujetaba el pelo se había soltado cuando intentó repeler los gestos de ayuda. Su cabello había caído hasta sus hombros. Una masa espesa, de color rojo brillante.

En el hogar, la decocción alcanza rápidamente el punto de ebullición y adquiere un color amarillento. El herbolario levanta la cadena que sujeta la olla al fuego y deja que la infusión hierva a fuego lento, pensativamente. Un remedio para la ira... Por supuesto.

Levantándose el vestido, la vieja beguina sube la escalera de madera que conduce al primer piso. En la parte superior, la puerta se abre a una única estancia, que actúa como comedor y dormitorio al mismo tiempo. No tiene hogar, pero el conducto de la chimenea a lo largo de la pared trae suficiente calor para que sea habitable, incluso con ese frío intenso.

Junto a la cama hay una cómoda de roble oscuro, adornada con herrajes de hierro en forma de tallo. La única posesión que trajo consigo fue un regalo de su primer marido. Ysabel levanta la tapa, se quita las camisas de lino y las sobrepellices de lana y saca una caja perforada del fondo del baúl. En su interior colocó las joyas que hacía

años que no usaba. Pero no son las joyas lo que le interesan. Las manos hurgan entre anillos y pulseras. Y acaban reconociendo, por la dureza angular, lo que buscan.

Afuera hace incluso más frío que los días anteriores. El suelo está resbaladizo por la escarcha, el cielo está en calma. La beguina lo estudia un momento. No habrá nieve, la temperatura ha bajado demasiado. Los sargentos recogerán nuevos cadáveres en las chozas abandonadas y los terrenos baldíos de la ciudad. A menos que los perros callejeros los encuentren primero.

Al igual que el huerto de plantas medicinales y la huerta, el hospital se sitúa entre el lado sur de la capilla y el baluarte, al abrigo del ir y venir de gente. A su lado se encuentran una decena de apartamentos distribuidos en plantas alineadas en dos filas, dando prioridad a los compañeros mayores o a aquellos que desean una mayor soledad para dedicarse a la oración. Aquí, por comodidad, vive Ysabel. Al otro lado de la capilla, que divide el convento por la mitad, se encuentra el gran patio en torno al cual se disponen una al lado de la otra casi todas las viviendas, incluida la de la abadesa, y la casa común donde se acoge a las jóvenes más jóvenes. personas y sus compañeros menos acomodados.

Mientras recorre el edificio bajo, estrecho y largo donde se reúnen los enfermos, la vieja beguina siente la mirada inquieta de Agnès. Esta última hace lo mejor que puede, pero un murmullo comienza a recorrer el dormitorio, los miedos se extienden, amplificados por la debilidad de cuerpos y espíritus, por el sufrimiento y por las noches de insomnio.

¡Rufus, el rojo! El insulto que las monjas se lanzan unas a otras cuando discuten. Color rojo, maldito. Color del traidor. Los cabellos rojos de Judas y Caín, de Esaú que vendió a su hermano por un plato de lentejas, de Gano que envió a Orlando y sus compañeros a la masacre. Color de las llamas del infierno que arden sin desprender luz. De Satanás y sus hechizos malignos. Niños concebidos por madres durante la menstruación. Unos días antes, el abad de Santa Genoveva expulsó de la ciudad a una niña, Emmelote, que tenía el único defecto de haber nacido con el pelo rojo como el fuego. Pero lo que ciertamente la condena a la perdición, se indigna Ysabel, es el hecho de haber sido prohibida sin apelación sólo por su joven cuerpo.

Si el rojo era un color siniestro, ¿por qué Dios lo colocaría en el flanco de los hermosos caballos que Ysabel una vez montó en su feudo? ¿Y en el cuello de las hembras, tan intenso que retiene la luz, cuando se inclinan tiernamente sobre el cervatillo recién nacido?

El bolso siempre cuelga del cinturón del herbolario. Allí colocó el

regalo destinado al joven paciente, junto con un frasco lleno de un preparado a base de cortezas y flores y otra botella que contenía un vino espeso, al que añadió una decocción de amapola. Sólo unas gotas. Pero antes de que la pequeña acepte sus remedios, tendremos que hablar con ella.

Ysabel empuja la puerta. Entra al dormitorio. Es agradable y cálido, la llama arde en el hogar, mantenida viva por los jóvenes ayudantes de Agnès. Las camas, alineadas a ambos lados del pasillo, están equipadas con sábanas lavadas con jabón y ceniza. Las fumigaciones de hinojo y eneldo renovadas varias veces al día impregnan el aire de un olor anisado. Ysabel está satisfecha. El hospital es ciertamente infinitamente más modesto que el Hôtel-Dieu, pero está bien cuidado.

Ese día, una decena de colchones de paja son ocupados por compañeros mayores y mujeres pobres del barrio. Muchos sufren resfriados, uno lucha por recuperarse de las secuelas del parto. Esta última está sin marido, ha confiado el recién nacido a una vecina. La beguina espera que su madre se recupere, pero la pobre ha perdido mucha sangre y no come.

Ysabel pasa junto a las camas, rozando con la mirada ambas hileras, y se detiene un rato junto al viejo Cathau, que lleva unos días empeorando. Tiene los ojos cerrados, pero ya no se queja. Su aliento apenas levanta las dos mantas que se han añadido a la primera. Ysabel se ajusta la tela que le ataron alrededor de la cabeza, examinando con ternura el rostro sobre el que se han proyectado nuevas sombras. Luego continúa su viaje, dirigiéndose hacia Agnès, que aparece justo en ese momento detrás del lienzo extendido para el recién llegado, al final del dormitorio.

“Todavía no comes”, le dice Agnès en voz baja.

«¿Bebiste un poco de agua?»

"Ella rechaza todo lo que le traemos".

«Es necesario dejar un vaso de agua al alcance y un plato con comida. Tal vez podría comer cuando esté sola".

"¡Ya hecho!"

Las características se contraen. Desafortunado. El rostro de Agnès es la imagen de la renuncia. Comisuras de la boca, arrugas, pliegues de la piel caídos, como si una mano los presionara, queriendo borrar los rasgos. Sólo destacan la nariz, puntiaguda, y los arcos convexos donde se plantan las cejas negras.

«Ve a descansar, Agnès», sugiere el superintendente, «yo me ocuparé de ella y de los demás».

La niña todavía lleva su capa sucia y la capucha calada hasta el rostro. Ysabel sólo puede distinguir una barbilla afilada y una rodilla afilada

que sobresale de sus pantalones rotos.

En el suelo, junto al jergón de paja, hay una taza de sopa ya fría, con la buena grasa de pollo cuajada en círculos turbios sobre el caldo dorado.

Ysabel guarda silencio. Sintió, por una rigidez apenas perceptible, que la niña sabía de su presencia. Se sienta tranquilamente a los pies de la cama y continúa en silencio. Un pálido rayo de sol se filtra a través de la lona aceitada tendida sobre la ventana y golpea el hombro y la espalda de la niña. Ysabel coloca su mano con delicadeza sobre la sábana. Al otro lado del biombo que aísla la cama, una mujer se aclara la garganta. Otro tose durante mucho tiempo. Luego vuelve a reinar el silencio, perturbado sólo por el crepitar de la leña que arde en el hogar. Poco a poco, por el ligero movimiento de la sábana bajo su palma, Ysabel siente que la pequeña se relaja.

Espere un poco más y luego comience a hablar.

«De niña», dice, «era rebelde. De carácter fuerte. Simplemente me gustaba montar en el bosque".

En la cama, la niña vuelve a ponerse rígida. Interrumpe la historia por un momento y luego la continúa en voz baja, neutral al principio. Sabe que el ritmo de las palabras, la fuerza o dulzura que les da, los silencios que coloca entre una palabra y otra son tan importantes como su significado.

«El feudo de mi padre estaba a pocos kilómetros de Autun. Teníamos praderas y bosques, tierras que daban mucho grano, viñedos de sarmientos perennes y racimos grandes. Al final del verano, lanzaba el caballo a las praderas junto a mis hermanos. Vimos cómo las mazorcas maduraban y se ponían amarillas hasta la cosecha, cuando mi padre dio la orden".

La pequeña ahora está atenta, Ysabel lo puede sentir. Esta atención debe ser el hilo que guía la historia.

«Y luego crecí. Me pidieron que me quedara en casa para aprender qué es lo correcto para una niña. Pero mientras me sentaba, con el pandero bordado en mis manos en lugar de los riñones de mi yegua, mi sangre empezó a hervir. Mi vivacidad se ha convertido en ira. No acepté que me quitaran lo que amaba, el aire libre, el viento en mis mejillas, el olor del animal después del paseo.

«Esta rabia me consumió. Fue como fuego. Mis entrañas se retorcieron, mi garganta ardía con palabras que no debían pronunciarse, pensamientos se arremolinaban en mi cabeza que no podían salir. Así que un día le cerré la puerta en la nariz al ama de llaves y corrí desde mi caballo a los establos. Mi hermano mayor me persiguió, me arrebató las riendas de las manos y no sé qué me pasó, pero me lancé sobre él”.

Esta vez, la niña se movió, imperceptiblemente, como para

acercarse a la fuente de la voz. La capucha se desliza, dejando al descubierto la curva de la mejilla.

«Mi hermano me golpeó. Duro. Me golpeó con el látigo hasta rasgarme el vestido, hasta que mi piel se llenó de sangre y moretones, luego me encerró en mi habitación durante un mes".

Ysabel vuelve a hacer una pausa. Se acerca un poco al pequeño salvaje que yacía en el jergón.

«Pero esto es sólo el comienzo de la historia. La belleza viene después. Una noche, mientras todos dormían en la casa, mi abuela se coló en mi habitación. Él me habló. Me dijo que la ira del corazón y de la boca, la ira de los miembros, destruían el cuerpo y el alma. Pero como todavía era un niño, sin la fuerza y la sabiduría para luchar contra esa ira, él me hizo un regalo".

Ysabel se levanta, mete la mano en el bolso. Coloca la piedra bajo el rayo de sol, justo al lado de la cara de la niña. Los cristales toscamente tallados capturan la luz y se vuelven de un azul pálido, casi transparente.

«Es una aguamarina, una gota de mar. Simplemente sostenlo en tu mano y míralo para que la ira se disuelva. Muchas veces me ha resultado útil. Puedes conservarlo todo el tiempo que lo necesites."

4.

La pequeña no reaccionó de inmediato. El rayo de luz se deslizó lentamente por la cama, jugando con las facetas angulosas del aguamarina, iluminándose con destellos turquesas y verde agua que se desvanecen en repentinas opalescencias. Entonces la piedra quedó en la sombra, perdiendo luz pero ganando profundidad, como la superficie del océano cuando el sol se vela.

Entonces, de repente, una mano sale de la manga y encierra el regalo en su puño.

Tiene la piel fina y blanca, tan fina y tan blanca que debajo aparecen venas azuladas. No es la piel de un vagabundo, de alguien sin familia.

Al otro lado de la cortina que hace de pantalla, la mujer vuelve a toser. Ysabel se levanta con cuidado y le hace un gesto a una chica. Le entrega el frasco que contiene la decocción y le pide que le dé una gota al tísico. Es necesario recorrer el dormitorio y examinar a cada paciente. Pero el que está ahí todavía la necesita.

La beguina se acerca a la niña. Los dedos se mueven sobre la piedra del mar.

«No tengas miedo», le dice en voz baja, «sigo siendo yo. No te dije mi nombre, mi nombre es Ysabel. No hace falta que me digas el tuyo. Pero como te hice un regalo, me gustaría que me lo hicieras a mí también. Te traje una bebida que te dará fuerzas. Lo colocaré a tu lado. Tómalo en tres tragos. Te hará bien. Al menos tanto bien como te hará la piedra."

La anciana deja la copa de vino en el suelo, junto a la taza de caldo frío, y luego se marcha.

La amapola necesita tiempo para actuar. Lo mismo necesita Ysabel para visitar a los enfermos. Cuando regresa al lado de la niña, la encuentra dormitando dulcemente, con sus extremidades relajadas.

Agnès la contempla aliviada.

"Le daremos un baño", susurra el superintendente. «Yo lo llevo, podrías ir a la sala del spa a calentar el agua».

Mientras la asistente se aleja, Ysabel se agacha para tomar a la

pequeña en brazos. La mujer es vigorosa a pesar de su edad, su cuerpo está bien formado, todavía musculoso gracias a las cabalgatas del pasado y al trabajo actual en el jardín. Pero la pequeña resulta ser más pesada de lo que imaginaba. Más alto también. Hasta ese momento, sólo podía verla acurrucada sobre sí misma.

En la habitación contigua al dormitorio, donde se encuentra la bañera, el hogar está rojo con brasas que difunden un agradable calor. La vieja beguina coloca a su protegida sobre una caja contra la pared y comienza a desnudarla lentamente.

«Asegúrate de que el agua no esté demasiado caliente», recomienda a Agnès. «No más caliente que la palma de tu mano. Necesitamos bajar la fiebre".

Primero le quita los zapatos, dejando al descubierto unos pies vigorosos con los dedos hinchados. Luego la capa. La mirada de Agnès se cierne sobre ella, mientras el comisario pasa la mano por la masa de cabello endurecido por la suciedad. Debajo del manto, la niña lleva una camisa tosca. Mansamente abandona sus brazos cuando Ysabel se los quita.

No sólo es más alta de lo que imaginaba. También es mayor en edad. La camiseta que lleva ceñida al cuerpo resalta sus pechos altos y llenos. Pechos de niña, si no exactamente de mujer.

Pero su curva no es el único motivo de asombro para la beguina. De nuevo, lo que la sorprende es la blancura de la piel, su finura. La finura también de la camisa, tejida con una lana fina y ligera.

Detrás de ella, Agnès vierte en la bañera el agua que acaba de retirar del fuego.

“Ya voy, pequeña”, le susurra Ysabel a la paciente, quien se deja caer en la cama cerrando los ojos.

En un hueco de la pared se han colocado unas estanterías sobre las que se disponen en fila jarrones de tierra pintada. Sin dudarlo, Ysabel toma tres de ellos, uno a la vez, mete la mano en ellos y esparce puñados de hierbas secas y pétalos en el agua caliente.

«La rosa blanca para purificar las pasiones, la artemisa para ahuyentar los malos pensamientos, la salvia que todo lo cura, la mejor panacea».

Es la oración silenciosa que acompaña cada uno de sus tratamientos. Realmente no es una oración, pero Dios sabe exactamente qué es. La abuela Leonor hizo lo mismo para fortalecer el poder de las plantas. Por supuesto, también insertó otras palabras, provenientes de su tierra natal, Berry, pero esas eran palabras secretas.

Nadie se atrevió a decir que Leonor era curandera, porque era una mujer noble. Tampoco se atrevieron a decir que era experta en medicinas, porque era mujer. Pero todos, desde familiares hasta

agricultores, lo consultaron. Cuando visitaba a un enfermo, sólo tenía que mirar el blanco de sus ojos, colocar sus dedos en su frente y su mano para saber qué desequilibrio padecía, teniendo así la posibilidad de recetarle las decocciones adecuadas para restablecer la armonía de su cuerpo. los humores. Le había enseñado a Ysabel qué eran las plantas medicinales que curaban el dolor de barriga y la fiebre, las que purgaban o combatían el veneno, las vulnerarias que detenían el sangrado y las hierbas para mujeres que aliviaban los dolores menstruales -a veces incluso el embarazo-. Él le había enseñado qué plantas eran de Dios y cuáles eran las del diablo, el helecho capaz de ahuyentar a los malos espíritus y esas extrañas plantas que contienen la espuma de los elementos con los que Satanás prefiere mezclarse. En los prados y bosques que recorrieron juntas, Leonor había mostrado su pulmonaria, cuyas hojas, teñidas de blanco como los pulmones, curan a los tísicos; quelidonia, con jugo amarillo como la bilis, que da alivio a los enfermos del hígado; la nuez, con sus semillas parecidas a los lóbulos del cerebro, que cura los trastornos mentales; y el pan de serpiente, con una bráctea similar a la piel de la serpiente, que protege de las picaduras del reptil.

La tierra nos conoce mejor que nosotros mismos, dijo. Ella es benévola y habladora. Cada una de sus manifestaciones esconde multitud de signos. Tienes que aprender a mirarlo con atención.

En el agua de la tina se despliegan los pétalos blancos de las rosas. Un vapor perfumado invade la sala de spa. Ysabel se vuelve hacia Agnès.

«Añade un poco de agua fresca, por favor. Luego podrás ir y cuidar de los demás enfermos".

El asistente levanta la vista, sorprendido.

“No te preocupes”, susurra Ysabel. "Sabré cómo cuidarla".

Agnès inclina la cabeza y, una vez cumplida su tarea, se marcha, con un áspero susurro de su vestido gris.

Una vez sola, Ysabel comprueba la temperatura del agua metiendo la mano en ella y luego se vuelve hacia la chica que, mientras tanto, no se ha movido. Parece haber salido de su letargo, pero mantiene la calma.

«Te quitaré la camiseta, hija mía, y luego te dejaré entrar al agua».

Le quita el ligero vestido de lana. La chica está de pie, desnuda. Los brazos a lo largo del cuerpo, las palmas de las manos hacia Ysabel. Cabeza abajo.

Blanco, sí, ¡y cuánto! La blancura cremosa típica de las pelirrojas. El cuerpo alargado y bien formado, firme, los muslos musculosos como los de un adolescente, las caderas estrechas, los senos... dos colinas frágiles sobre un torso tierno, los hombros un poco anchos

pero delgados y nerviosos, como el cuello de que la cara está inclinada. Manchas rojas en cuello y brazos. Pero no sólo rojo. Más ancho, de color azul oscuro pigmentado de rojo. En el pecho, en el hueco de las caderas, en la parte sensible de los muslos, cerca del vello púbico.

Ysabel suspira, su corazón se contrae.

La pequeña fue violada.

La beguina extiende la mano, como lo haría una madre con su hijo, la lleva a la bañera, la ayuda a trepar por el borde de madera, se sienta en el agua tibia y luego se apoya en el lienzo con el que están forradas las paredes de la casa. la tina para proteger su piel de astillas. Todo el tiempo, hasta la hora de Completas, Ysabel la lava lentamente con ayuda de un jabón a base de aceite, le masajea el cabello, pasa un paño limpio por el pliegue más pequeño de la piel, entre cada dedo de las manos y de los pies, finalmente en los más pequeños. rincones íntimos, en los más escondidos, para eliminar la suciedad y el mal.

5.

El primer marido de Ysabel, Hugues, había sido un fiel compañero de armas de Luis IX. El hombre había llegado hasta su rey en 1248, durante la desastrosa cruzada, y sólo a causa de un ataque de fiebre no había participado en la batalla de Fariskur, donde el ejército del rey, aturdido por el cansancio, con soldados exhaustos por la disentería, había sido masacrado por los musulmanes y el soberano, para su gran vergüenza, había sido hecho prisionero. Luigi estaba convencido de que Dios quería castigarlo.

Hugo había vuelto a acompañar al rey en 1270 cuando, por segunda vez, éste había ido a buscar el bastón de peregrino y la oriflama a Saint-Denis, para tomar la cruz en señal de expiación, después de una gran purificación del reino. – los judíos habían sido obligados a llevar la ruleta[1] y los blasfemos, prostitutas, criminales y sinvergüenzas eran perseguidos sin descanso. También estuvo al lado de Luis en el momento de su muerte en Cartago, en tierra infiel, treinta días después de la muerte de su hijo Juan Tristán. El rey había fallecido invocando con voz cada vez más débil los sufragios de los santos más cercanos a él: Santiago y Dionisio.

Se produjo una vergonzosa disputa por el cuerpo del difunto soberano, una preciosa reliquia que habría atraído gloria y protección a quien la hubiera poseído. Carlos de Anjou quiso conservar los restos de su hermano en su reino de Sicilia, arrebatándoselos a su sobrino Felipe, hijo y sucesor del rey. A pesar de su corta edad, este último había hecho valer su autoridad, logrando preservar la parte noble y dura, el esqueleto -después de haber tratado el cuerpo contra la putrefacción-, mientras que su tío había tenido que contentarse con las partes blandas, la carne y las vísceras. Los sirvientes del rey cortaron entonces el cadáver de su señor miembro por miembro y lo cocinaron durante tanto tiempo en una mezcla de vino y agua que los huesos emergieron blancos y sin carne, limpios sin ningún esfuerzo.

Hugues le había contado todos estos detalles a su esposa, que entonces era muy joven. También le había descrito el extraño cortejo fúnebre que, tras haber atravesado el Mediterráneo y toda Italia y cruzado los Alpes por el Mont Cenis, había ascendido al valle de

Moriana, pasando por Lyon, Cluny, Châlon y Troyes, para llegar desde allí a París. El pequeño ataúd de madera que contiene los restos de Luis IX, transportado a caballo. El de su hijo Jean Tristan detrás. Luego el de su capellán, Pierre de Villebeon, que también murió durante el viaje. Y, a partir de Trapani, hacía cola una escala fatal: el féretro del yerno de Luis, Teobaldo II de Navarra. Finalmente -quinto y último luto- el féretro de la nueva reina de Francia, Isabel de Aragón, esposa de Felipe III, víctima de una caída de un caballo mientras cruzaba un río desbordado, falleció a los veinticuatro años, embarazada de un niño. que nació ya muerto.

Hugues no había llegado al destino de su viaje. Había abandonado la procesión después de Lyon para reunirse con su esposa y su feudo en Borgoña. Ni siquiera asistió al funeral del soberano en Saint-Denis. Agotado por las batallas y las fiebres, abandonó este mundo pocas semanas después de su regreso.

Ysabel había amado a aquel primer marido, con el que sólo había vivido cuatro años interrumpidos por largas ausencias. Tenía quince años en el momento de su unión; era veinte años mayor, pero era tan atrevido como un adolescente. Y así permanece en su memoria. Se había vuelto a casar poco tiempo después de su muerte, con un buen hombre que le había dado un hijo, Robin, y mucho cariño. Ella había compartido cama y mesa con él durante diecisiete años, pero esta parte de su existencia hoy parece haberse desvanecido; no realmente desaparecido, sino simplemente extinguido, un sueño que perdió su color cuando despertó. Sin embargo, los raros momentos que pasó junto a Hugues regresan a su mente de manera vívida y precisa. Los paseos. La risa. Las lágrimas derramadas cuando se fue. Y ese típico gesto suyo al salir, la mano extendida, la palma abierta, como una oferta y una promesa. Él también lo vio esta noche.

¿Quizás sea la edad la que me hace apresurarme hacia esos viejos recuerdos?, piensa mientras sale de su alojamiento por la mañana. Ysabel lo notó al lado de la cama de los pacientes que estaban a punto de entregar su alma: la proximidad de la muerte trae de vuelta el pasado. Pero la atmósfera particular del beaterio -una atmósfera impregnada de memoria-, la memoria de aquel rey a quien su hombre amó hasta el punto de seguirlo por los caminos más impermeables de la salvación, ciertamente tienen su importancia.

¡Algunos se atrevieron a burlarse del soberano y de su exuberante devoción! También es cierto que tras el humillante fracaso de la primera cruzada, se le vio regodearse en una existencia de privaciones: el rey abandonó el armiño y el vair, el vestido escarlata, los estribos y las espuelas de oro, para vestirse con ropas descuidadas. Se le ha visto comiendo platos sencillos y diluyendo el vino con agua. Sin embargo, hoy todos se ven obligados a reconocer que, a lo largo

de su vida, Luis buscó acercarse al ejemplo de Cristo, tan plenamente como le es posible a un ser humano. Dio apoyo a las órdenes mendicantes, fundó hospicios para pobres, un convento para las prostitutas arrepentidas de París y protegió las aspiraciones de las mujeres que querían practicar su religión sin sufrir el yugo de las autoridades eclesiásticas. Bajo su protección, se establecieron pequeñas comunidades de beguinas en casi todo el reino, en Senlis, Tours, Orleans, Rouen, Caen, Verneuil... Y en la capital, Luis participó personalmente en la construcción del convento, concebido en el modelo de Sainte-Élisabeth de Gante, que había tenido la oportunidad de visitar.

El rey había querido que el gran beaterio acogiera a mujeres devotas. Muchos se encuentran solos. Esposas de caballeros condenados a la viudez a causa de cruzadas o guerras privadas, muchachas nobles que no pueden casarse ni entrar en costosos monasterios sin una dote. E incluso las mujeres más pobres, que trabajan como cardadoras o tejedoras en los talleres de laneros cercanos: se sienten más seguras regresando cada noche al refugio de los altos muros.

«¿Estás seguro de que te gustará estar entre esas almas buenas?» había bromeado su hijo cuando Ysabel anunció su decisión de retirarse allí. "¡Tú, madre, que cabalgas por el campo y ladras a la gente como si fueran bestias!"

"Controlaré mis palabras y luego la vejez se encargará de calmar mi intolerancia", respondió.

Robin llevaba un año casado. Ysabel le había dejado el manejo del terreno a él y las llaves de la casa a su nuera. El hijo no entendía por qué su madre quería irse. Él nació en un mundo que parecía avanzar por sí solo, ella había aprendido que el tiempo transforma sus límites y líneas de fuerza.

En el beaterio, Ysabel encontró más de lo que esperaba. Inmediatamente se sumergió en la vida comunitaria. Primero preparó remedios para el hospital y luego, cuando murió la superintendente, aceptó ocupar su lugar. También se había unido al consejo de los cuatro reyes magos. ¿Sabio, verdad? ¡Robin se echaría a reír! – que asisten a la abadesa y la ayudan a administrar el instituto.

A veces echa de menos la fuerza juvenil que le inculcaron las praderas en primavera, las hojas pisoteadas por los cascos del caballo en otoño, el olor polvoriento del trigo batido en el granero en invierno. Pero no se arrepiente de nada. Ella acoge con agrado los sueños que la visitan. Y ella devuelve lo que le fue dado. Hoy, sin embargo, es ella quien necesita ayuda.

6.

La vivienda de Perrenelle la Chanevacière es quizás la más bella y, desde que ella tomó posesión de ella, también la más agradable del convento. Cuando llegó al beaterio, algunos se sorprendieron por su elección de una casa no muy cómoda, relegada detrás del huerto. Provenía de una familia de pañeros adinerados que eran muy influyentes en la ciudad (su padre había sido en ese momento el proveedor de Roberto II, conde de Artois) y se creía que tenía buenos ingresos. Pero no había otras casas disponibles y Perrenelle no parecía dispuesta a esperar. Hizo restaurar el tejado y la carpintería, encalar las paredes interiores y abrir una doble ventana en el primer piso, que equipó, con un gran coste, con vidrio blanco de los alrededores de Saint-Menehould, en lugar del hule que se utilizaba entonces. la mayoría de las casas conventuales. Dos meses después de la decisión de incorporarse a la comunidad, ya había tomado posesión del alojamiento. Y un año después sustituyó a la abadesa del gran beaterio, que se había marchado para pasar los últimos años de su vida con su familia. Perrenelle había preferido quedarse en su propia vivienda antes que trasladarse a la más grande atribuida a su función, entregándola a uno de los sabios del consejo, con la condición de que la planta baja se utilizara como sala de reuniones.

Al entrar a la habitación donde se encuentra la abadesa, Ysabel inmediatamente siente esa sensación de bienestar que siente cada vez que la visita. El mobiliario es sobrio y decoroso. La única concesión al lujo al que Perrenelle está acostumbrado es un tapiz de seda finamente tejido que cubre la pared orientada al norte. Pero los colores vivos de la cortina, el rojo brillante y el amarillo soleado, brillan en toda la habitación, envolventes y vigorosos. A imagen de quienes allí viven.

Está sentada a la mesa junto a la ventana que da al jardín. Los hombros redondos, la cara grande, las mejillas con venas rojas. Parece una campesina que acaba de regresar de trabajar en el campo. El canónigo sentado al frente, a pesar de su estatura y su majestuoso vestido, parece insignificante en comparación. Entre los dos hay un libro con encuadernación de cuero grueso abierto.

"Señora Ysabel, entre y siéntese", dice Perrenelle, levantando

ligeramente la cabeza. "El hermano Grégoire y yo casi hemos terminado".

El canónigo sonríe y retoma su trabajo, guiando la lectura con su gran dedo índice apoyado sobre el papel. Ysabel lo conoce bien. Pasa casi cada cuarto martes para llevar las cuentas del Beaterio. El rey Luis había querido que el dinero de la institución se guardara en bolsas selladas en el tesoro de la capilla, que había construido para conservar sus preciosas reliquias - un fragmento de la santa cruz y la corona de espinas - y que, desde 1306, acoge la su cabeza. Los canónigos reciben y gestionan las pensiones concedidas por el soberano a la comunidad para su mantenimiento y el de los edificios, pero también destinadas a las necesidades personales de un cierto número de beguinas, mujeres nobles que han caído en la pobreza. Después de la muerte del santo rey, el dinero siguió siendo pagado por Felipe III el Temerario y luego por la Bella, en memoria de su antepasado.

«Catorce liras y seis sueldos son para la señora Émeline. Dieciséis liras y diecinueve sueldos para la señora Alice, y cuarenta al año para su ropa..."

El hombre termina de contar. Tiene el rostro sereno de quien ha cumplido su misión sin dificultad. El beaterio es rico, poseyendo numerosas propiedades y casas en la ciudad. Además del rey, diversos benefactores, nobles y burgueses, le concedieron obsequios o le nombraron en el testamento, tanto para gozar del favor del soberano como para beneficiarse de las oraciones de mujeres piadosas. Dame Perrenelle administra sabiamente ese dinero, cuidando especialmente los edificios. De la casa común, de la capilla hospital, pero también del alojamiento individual. Las casas, alquiladas o vendidas regularmente a nuevas beguinas, deben permanecer en buenas condiciones. Algunas, ofrecidas a señoras indigentes, se mantienen a expensas de la comunidad.

«Ya está», concluye Grégoire. «Según lo acordado, te daré la suma necesaria para limpiar el pozo y reparar el techo».

El canon cierra el libro. Perrenelle se levanta y va a buscar una jarra y tres tazas del armario. Los coloca en el centro de la mesa y sirve un vino Corsé[2] que su familia le envía cada otoño. El criado ha puesto leña nueva en la chimenea, el fuego crepita suavemente y difunde un calor fragante.

«Cuéntanos un poco lo que pasa en la ciudad», dice Perrenelle, volviéndose hacia Grégoire.

El hombre se toma su tiempo saboreando la bebida antes de contestar. Tiene unos cincuenta años, cara redonda y tez hermosa.

"¿Que te puedo decir? Los Templarios están en el centro de todas las conversaciones. La comisión pontificia se reunió de nuevo esta mañana en la abadía de Santa Genoveva para escuchar a los posibles

defensores, pero nadie se presentó".

«Sin embargo, se dice que a París han llegado cientos de hermanos» se sorprende Ysabel. «Decididos a testificar sobre la inocencia de su Orden».

«Cientos, tal vez, pero fueron repartidos en todas las cárceles de la capital y de sus alrededores», observa Perrenelle. «No debe ser fácil exhibirlos ante la comisión…»

"¿Qué argumentos podrían presentar?" —responde Grégoire. «¡Necesitaríamos el testimonio del mismo diablo!»

Es cierto que tras el arresto de los Templarios circularon los rumores más aterradores. Herejía, brujería, sodomía… A medida que avanzan las investigaciones, la lista de sus crímenes sigue creciendo. Los monjes soldados eran culpables de un pecado original: se les permitía portar armas y derramar sangre, a pesar de ser religiosos. Este estatuto, que contraviene la rígida división entre clérigos y laicos en la comunidad de fieles -un orden social querido por el mismo Dios- los expone a cualquier sospecha de desviación. Se dice que orinan en la cruz. Que, al ingresar - ceremonia que se desarrolla en el mayor secreto, con vigías apostados en los tejados para mantener alejados a los intrusos - las novicias besan a los celebrantes en la boca, en el ombligo, en el ano, en la columna y, a veces, en el pene. También se dice que los frailes de la Orden se unen carnalmente y honran a los ídolos. Se habla de una cabeza misteriosa, un rostro de carne erizado de pelo de perro, al que venerarían como al salvador. Incluso se dice que en nombre de este jefe realizan asesinatos, sacrificando niños nacidos de un fraile y una virgen, para luego incinerar los restos y utilizar su grasa para untarla sobre el ídolo.

Aunque Ysabel sabe de qué bajeza es capaz el alma humana, no cree mucho en estas historias.

«Parece que al rey Felipe se le está acabando la paciencia», continúa Grégoire. «Las vacilaciones del Papa le hicieron perder mucho tiempo. Pero puede contar con Nogaret".

"Un hombre que no se deja engañar tan fácilmente", coincide Perrenelle.

De nuevo se hace el silencio en la habitación. Ysabel gira la copa hacia el hogar, contemplando los destellos rojos que encienden las llamas sobre el vino oscuro. Todos los presentes en esa mesa conocen bien la brutalidad del canciller, que se había enfrentado sin dudar a dos papas en nombre de su rey. El primero, y no menor, fue el ambicioso Bonifacio VIII. El pontífice, que se creía un vicio de Dios, aspiraba a un poder universal, superior al de Felipe. Nogaret había tenido la audacia de presentar contra él una acusación de herejía ante el consejo real del Louvre. Y presentarse en la puerta de su palacio de

Anagni con una tropa de hombres armados para detenerlo, manteniéndolo prisionero durante varios días. Se dice que en aquella ocasión, suprema humillación, el Papa fue abofeteado, y que murió a causa de la aflicción un mes después.

El segundo Papa del que Nogaret se hizo enemigo es el actual Papa Clemente V y, esta vez, precisamente por culpa de los Templarios. El episodio que desencadenó la desaprobación de Clemente aún está en la memoria de todos. ¡Nadie hubiera imaginado semejante estratagema! Había sucedido hace tres años. La Orden fue cada vez más criticada. Los Templarios fueron acusados de estar consumidos por la codicia, de administrar su propio dinero y posesiones en lugar de luchar contra los infieles. Las acusaciones más graves se multiplicaron. Felipe el Hermoso había solicitado al Papa una investigación importante, mientras los monjes soldados, deseosos de defenderse, respondían golpe por golpe. Pero Clemente no parecía muy convencido de continuar con la investigación. Entonces el rey, con la ayuda de su canciller, decidió darle un pequeño empujón a la historia.

El asunto se llevó a cabo con increíble habilidad. Se transmitieron instrucciones, en el mayor secreto, a los senescales y alguaciles de Francia. Durante varios días se mantuvieron bajo vigilancia los lugares donde residían los Templarios, con el pretexto de recaudar un impuesto real sobre las ganancias. Y el 13 de octubre, al amanecer, sin que nada se filtrara a través de los intensos intercambios postales, todos los frailes fueron arrestados ante la confusión general, incluido Jacques de Molay, el gran maestre de la Orden.

La víspera, este último se encontraba todavía en la plaza de honor entre los nobles de la corte para el funeral de la cuñada del rey, Catalina de Courtenay...

Luego, a fuerza de maniobras, Felipe el Hermoso consiguió calmar la ira de Clemente. Al carecer de espacio en sus prisiones, este último aceptó finalmente dejar a los Templarios bajo la custodia del rey. Pero, complaciéndose con su temperamento, que le llevó a posponer cualquier decisión, el Papa siguió posponiendo el inicio del proceso judicial. Y desde hace tres años, incluso hoy, cientos de frailes, en casi todas partes de las cárceles del país, esperan que se reúnan las comisiones pontificias encargadas de interrogarlos y juzgarlos.

«He oído que Guillaume de Nogaret presenció personalmente el interrogatorio del gran maestre», continúa Grégoire. «Y que puso en crisis a Jacques de Molay hasta el punto de inducirle a renunciar a defender la Orden».

"¿Cómo le fue?" pregunta Perrenelle.

El canónigo se encoge de hombros.

«No sé mucho al respecto... No tengo ninguna información cierta».

Como si se arrepintiera de haber hablado demasiado, el hombre se lleva la taza a los labios. El calor del fuego y el del vino enrojecieron su rostro.

"¿Quieres mas?" pregunta Perrenelle.

"No gracias. Es hora de que me vaya. Otras tareas me esperan en la Sainte-Chapelle."

El hombre se frota las manos pensando en lo ocupado que está y empuja su silla hacia atrás, recogiéndose su capa a su alrededor.

Tras su marcha, las dos mujeres permanecen un rato sin hablar. El corazón de Ysabel está trastornado. No siente mucha simpatía por los monjes soldados, pero estos juicios continuamente pospuestos son otras tantas sombras que se acumulan sobre el reino.

«¿Qué opina de todo esto, señora Perrenelle? ¿Son los Templarios tan depravados como dicen?

La abadesa sonríe. Ysabel conoce la llama que se agita en sus ojos.

«Fueron sometidos a interrogatorios de manera muy eficiente. Según el inquisidor general se trata de un método válido para extraer la verdad. Nunca me permitiría contradecirlo. Pero la verdad que obtienes es a menudo la que quieres encontrar."

Se levanta ligeramente para coger la jarra y llenar las dos tazas.

«El invierno es frío y pareces cansado. Te vi trabajando en el jardín, a pesar del viento helado. ¡No se puede decir que ahorres dinero! Estas uvas maduradas en tu hermosa Borgoña son lo que necesitas para recuperar fuerzas."

Ysabel le agradece con una sonrisa. A veces es consciente de que Perrenelle la vigila cuando trabaja en el sector de las plantas medicinales. A ella no le importa eso. Sabe que esa mirada está llena de curiosidad y placer. La complicidad entre las dos mujeres se nutre también del olor de la tierra y del vigor de las hierbas que allí crecen.

La beguina levanta su copa. El vino se desliza por su garganta, espeso como un sorbo de caldo.

«No me respondiste. ¿Merecen los Templarios tales acusaciones?

«Los Templarios son ricos, poderosos. Su poder y su riqueza pueden constituir, para nuestro soberano, pecados tan graves como los que realmente han cometido".

Ysabel se ríe.

«¡Palabras muy atrevidas para una abadesa de beaterio! Pero somos amigos, ¿no?"

Perrenelle se inclina sobre ella. En un instante, la llama traviesa que ardía en sus ojos se extinguió y fue reemplazada por una atención afectuosa.

"Hablemos de otra cosa. Dime mejor por qué viniste a verme".

«Quería pedirte consejo sobre una niña a la que recibimos hace tres

días. Se encontraba, al amanecer, en la puerta del beaterio. Agotado y enfermo".

"¿El rojo?"

Perrenelle lo sabe. Obviamente.

«Agnès me habló de ella» explica la abadesa al ver el desconcierto en el rostro de su compañera.

«No debería haberlo hecho. Estoy a cargo del hospital."

Perrenelle pone su mano sobre la de Ysabel.

«No seas impaciente. Ya sabes que tenemos que ser comprensivos con ella... Volvamos a esta chica. ¿Sabías de dónde vino? ¿Quién es?"

«Dice que se llama Maheut… Se niega a decir nada más. En realidad, no habrá pronunciado más que diez palabras desde que está entre nosotros."

"¿Está mejor?"

"Un poco'. Pero todavía tiene fiebre y está débil".

«Eso no es lo que te preocupa, me parece a mí. ¿Así que qué es lo?"

«Por su vestimenta y complexión, creo que es una muchacha de noble linaje».

"¿Se escapó de casa?"

«Quizás… Hay más».

"¿Sí?"

"Ella fue violada".

La mirada de Perrenelle se vuelve dura.

«La curaremos» continúa Ysabel. "¿Pero entonces? No tengo el corazón para despedirla".

Perrenelle junta las manos en el regazo. ¿Qué hacer? El beaterio no es un hospicio. Entras por elección. Y a él le corresponde aceptar o no las peticiones de los postulantes, según su familia, su reputación y el apoyo que puedan tener a su disposición. Pero también, para los más solitarios, según lo que él perciba en ellos: la calidad de la fe, la honestidad, la capacidad de compartir una vida en común. El buen funcionamiento del claustro y su reputación dependen de la bondad de sus elecciones. Es consciente de la responsabilidad que le incumbe. Bastan algunos incidentes para que los jacobinos vengan y metan sus narices en sus asuntos. Unos años antes, para proteger la reputación de la institución, Felipe el Hermoso había considerado oportuno someterla al patrocinio de los dominicos de la Grande rue Saint-Jacques. Por el momento, respetan su autonomía y desea preservarla.

"¿Que piensas de ella? Según Agnès, esa chica es motivo de charla y preocupación en el hospital."

"Veo que ella no solo te notificó de su presencia".

«Olvídalo, Ysabel. Sólo dime tu opinión."

La vieja superintendente suspira y sacude la cabeza.

«Mentiría si les dijera que pude hacer uno. Pero ella está sola,

frágil. Y amenazado por no sé qué, o mejor dicho, por no sé quién."

"¿Tienes algo en mente?"

«Podríamos mantenerla con nosotros por un tiempo. Esperando saber quién es. Compartiría la casa de una de nuestras hermanas, daría su ayuda sin sobrecargar a la comunidad. Si se porta mal, siempre habrá una manera de despedirla".

Perrenelle vuelve la cabeza hacia la ventana. La pálida luz del atardecer suaviza las profundas arrugas de su rostro, dándole la nobleza arcana de un viejo ídolo. Feo y poderoso.

“Que se recupere”, dice finalmente. «Y mientras tanto, trata de encontrar entre nuestras beguinas a alguien que quiera acogerla. Fuera de estos muros, el mundo es duro para las mujeres. Tenemos deberes unos con otros."

7.

Cuando la pesada puerta de madera se cierra detrás de él, Humbert retrocede dos pasos para evitar un carrito cargado con lonas del color del bistró. El hombre que la empuja, pequeño y fornido, suda a pesar del gélido viento del norte que se cuela en la calle. Humbert observa al pobre hombre alejarse mientras lucha por hacer girar las grandes ruedas de madera sobre el pavimento irregular, luego se detiene frente al cuartel del que acaba de ser expulsado sin contemplaciones.

No es la primera vez que acude al castillo de For-l'Évêque. La vez anterior, sin embargo, le habían permitido entrar en la pequeña habitación donde está encerrada la prisionera para entregarle los libros y la carta que llevaba para ella. Hoy, los carceleros se mostraron intratables y sólo aceptaron, a cambio de una tarifa, enviarle regalos y mensajes. Humbert realmente no quería conversar con ella. Su maestra, sin embargo, le preguntará en qué estado la encontró y él no sabrá qué responder.

El portal que domina la ruelle de Saint-Germain-l'Auxerrois es imponente, coronado por un bajorrelieve que representa a un obispo y un rey arrodillados frente a frente, a un lado y al otro una Virgen en el trono. El sol ya está bajo en esa tarde de finales de invierno, pero los detalles de la escena siguen siendo visibles: a ambos lados de los dos personajes principales, las armas de Francia –innumerables lirios, atravesadas por un báculo en el medio– y un juez encapuchado, acompañado de asistentes y un canciller con sotana. La imagen simboliza el tratado estipulado entre el obispo de París y el rey Felipe Augusto casi ochenta años antes.

Como muchos clérigos que estudiaron en París, Humbert conoce la historia. Partiendo del principio de que la Iglesia no debe derramar sangre - Ecclesia aborret a sanguine -, el soberano había intentado contrarrestar al obispo, que se había comprometido a ampliar cada vez más su jurisdicción sobre la ciudad. Después de un año de negociaciones y largas vacilaciones, aceptó reconocer parte de los privilegios eclesiásticos, pero con la condición de que no se produjeran más usurpaciones. Tras el tratado, el prelado hizo construir el castillo de For-l'Évêque, que llega a las orillas del Sena,

para albergar la corte y la prisión. Para que no corra sangre sobre las tierras de la Iglesia, la tortura se practica no con discreción, sino con cuidado, rompiendo, aplastando, estirando sin que la más mínima gota de sangre gotee la piel. Y cuando hay que cortar las orejas, los condenados son llevados algunos barrios más lejos, hasta el final de la calle del Arbre-Sec.

Las cárceles de Bishop tienen una reputación sombría. Debajo del castillo hay galeras excavadas profundamente en el suelo. Los prisioneros son dejados pudrirse en el frío y la humedad, atados a una cadena enganchada a la pared. Marguerite, afortunadamente, no está sometida a este trato. Desde hace algún tiempo, a petición del inquisidor, permanece a disposición de la justicia papal en una sala contigua donde siempre se han autorizado las visitas, al menos hasta ese momento. Guillame de Paris, más preocupado por el proceso de los Templarios que por una oscura beguina de Valenciennes, le concedió un nuevo plazo para arrepentirse. La justicia de la Inquisición recurre a menudo a este tipo de prácticas: mantener encarcelados a los sospechosos de herejía, con la esperanza de que recuperen el sentido y acaben confesando su error, permitiendo así concluir el proceso en debida forma. Pero parece que ante la obstinación de Marguerite las condiciones de detención se han endurecido.

Humbert aparta la mirada del castillo y su imponente torre del homenaje. Pronto será de noche. Hay que volver al convento de los Cordeliers, sus hermanos franciscanos, que se encuentra no lejos del de los dominicos de la Porte Saint-Jacques, al otro lado del Sena. Duda unos momentos sobre la dirección que debe tomar, luego decide rodear la rue des Fourneaux para llegar al río, caminando por la orilla hasta el puente de los Changeurs.

Testarudez, piensa mientras avanza... La palabra que sin duda encaja mejor con Marguerite. Una actitud tan poco acorde con la condición de mujer. Criaturas condenadas porque están predispuestas a la debilidad de carácter y la inestabilidad. Pero Marguerite persiste en esta obstinación hasta la locura, o casi.

¡Qué libro tan absurdo escribió! Donde se toma la libertad de criticar a clérigos y teólogos. Predicando una fusión amorosa con el Creador sin pasar por la intercesión de la Iglesia. Otros místicos antes que ella han cantado este tipo de intercambio extático de corazones. Además, algunos, como Hadewijch, la beguina de Amberes, escribieron sus visiones y éxtasis, ganándose numerosos seguidores. Pero ninguna fue tan radical, tan crítica, tan intransigente como Marguerite. Además, ninguno tuvo la audacia de enfrentarse a múltiples obispos y a un inquisidor para defender sus escritos.

Independientemente de lo que diga el hermano Jean de Querayn,

su antiguo maestro, Humbert tiende a pensar que Marguerite merece el destino que le ha sido asignado. Pero ¿quién puede negar la fuerza de su fe?

El franciscano sacude sus anchos hombros sintiéndose incómodo por esos pensamientos inapropiados. Esas estancias en París son siempre un placer, pero también un dolor: su alma, aunque parece vigorosa y segura cuando está con sus hermanos de Valenciennes, comienza a agitarse en París, como un imán atraído por campos opuestos.

Cuando llega a Val-de-la-Misère, el viento le aplasta la cara con el manto. Los inviernos son cada año más duros. ¿O su cuerpo ha perdido el calor de la juventud? Érase una vez, cuando estudiaba en el colegio de la Sorbona, atravesaba la ciudad en invierno como en verano, a grandes zancadas, con los brazos levantados a los costados, dispuesto a luchar, con palabras o con las manos. Más de una noche había acabado dormitando en el lecho del río o entre la basura de un callejón cercano a las murallas, aturdido por el exceso de vino o por las caricias de alguna puta. Y ahora, aquí está, temblando como un anciano.

Humbert se ajusta la capucha y se acerca a la empinada orilla cubierta de hierba. Abajo, el río corre lleno de barro. El viento sopla sobre el agua levantando grandes olas. Decenas de pequeñas embarcaciones maniobran con dificultad, luchando contra la corriente que se acelera en el cuello de botella impuesto por la isla Notre-Dame, intentando alcanzar la estrecha navegación dispuesta para su paso bajo el Pont aux Meuniers. Amarradas a los pilares de piedra de la pasarela, una docena de ruedas de paletas giran a gran velocidad, levantando una pared de espuma. Los barqueros se esfuerzan sobre los remos, los cascos ruedan en un laberinto de pontones flotantes a los que se unen otras palas giratorias. Los gritos resuenan al otro lado del río, tan congestionado como las calles del centro de la ciudad.

Humbert respira profundamente el aire helado. Ahora sabe por qué eligió esa ruta a lo largo del río. En ningún otro lugar hay tanta vida como allí. El Sena hace palpitar su energía, su potencia en la ciudad de París, como el corazón hace palpitar la sangre en las venas. ¡Cómo extraña todo esto!

Pasó seis años de su juventud en esa ciudad donde acude el mundo entero. La metrópoli más grande de Occidente. Más de doscientas mil almas. Bretones, normandos, picardos, borgoñones, ingleses... Comerciantes de Flandes, financieros toscanos, todos los príncipes de las grandes cortes europeas. Artistas. Y sobre todo intelectuales. Los clérigos acudieron en masa desde las fronteras del cristianismo, desde Escandinavia, Hungría, Polonia o el Este. Todos conviven en el espacio restringido impuesto por las murallas de la ciudad construidas por

Felipe Augusto. Y él entre ellos, respirando el olor pesado de esa humanidad múltiple, como una planta joven se alimenta de estiércol. Su espíritu en contacto con otros espíritus. Su cuerpo contra otros cuerpos.

En aquella época, a menudo había discusiones entre estudiantes. La gente se agrupaba en barrios según su lugar de origen. Provocaciones, insultos y epítetos volaban entre un barrio y otro. Los bretones eran incultos y borrachos. Un año, lucharon tan duramente contra los Picards que hubo casas quemadas con muertes. Pero la Universidad de París era el centro intelectual de Europa; allí dictaban conferencias los eruditos más brillantes y atrevidos. La gente se atrevió a criticar a los teólogos supremos, las autoridades espirituales de los siglos anteriores. Derrotar certezas, oponer la fe a la razón, la filosofía de Aristóteles a los dogmas cristianos, la eternidad del mundo tal como él la pensaba, la creación del mundo tal como la enseña la Biblia. Estas fugas evitaron la condena de las autoridades eclesiásticas porque fueron presentadas como ejercicios escolásticos legítimos, como la disputatio y el quodlibet. Humbert se mostró especialmente brillante en estos concursos de oratoria en los que todos podían compararse ante un gran público, exponiendo sus argumentos con fuerza y pasión.

Luego tuvo que abandonarlo todo.

Alejándose del río, Humbert cruza una pequeña plaza bordeada de casas colgantes. Deliciosos aromas emergen de las pequeñas tiendas que ocupan las plantas bajas. En las puertas de madera que sirven de mostrador, los gansos y otras carnes asadas se alinean en platos llenos de grasa. Los dependientes se dirigen a los clientes y detrás de ellos, en la tienda, podemos vislumbrar a los chefs dando vueltas al asador. Entre For-l'Évêque, de donde procede, y el Châtelet hacia el que se dirige, las dos prisiones más terribles de la ciudad, se encuentra el vientre de París: la plaza des Oyers, la ruelle de la Triperie y la de la Écorcerie, la Grande. Boucherie con sus ganchos, de los que cuelgan los cadáveres de los animales sacrificados in situ; más lejos, hacia las orillas, los puestos de pescaderías, y por todas partes, los vendedores ambulantes que llevan al cuello cestos llenos de tencas, lucios, percas de cuerpo rígido y brillante, los vendedores de arenques y las mujeres que ofrecen toscamente las bagatelas de peces y halcones marinos.

El frío atenúa el hedor habitual de aquellas calles, el olor a pescado fresco mezclado con el pestilente olor a sangre y desechos putrefactos derramados en la calle. Nada de esto disgustó jamás a Humbert. Y bajo el austero manto que lo envuelve siente su cuerpo temblar, vivo, como antes. Pero al cruzar el Pont aux Changeurs, escabulléndose entre la multitud por el estrecho sendero que se abre

entre la doble hilera de casas y tiendas, vuelve a él la imagen de Marguerite. Austero. Y, sin embargo, brillante. Su rostro se transfigura cuando aparece en ella el estado de gracia alcanzado por el alma tocada por la fe. ¿Ha logrado alguna vez tal persuasión?

En el cementerio de Notre-Dame, pequeños grupos de personas permanecen frente a la fachada cuyos colores brillantes calientan el gris del atardecer. Un hombre, con el dedo apuntando hacia la galería de los reyes del gran portal del Juicio, ilustra detalladamente las estatuas a un burgués vestido de provincia. La secuela es predecible: mientras el ingenuo tiene la nariz en alto, el otro corta la bolsa que lleva en el cinturón por detrás...

Humbert se encoge de hombros, duda un momento antes de cruzar la puerta de la catedral. Pero es hora de volver. Pronto las calles serán menos seguras. Rodea el Hôtel-Dieu y se dirige hacia el Petit-Pont para cruzar el otro brazo del Sena. ¡Cuántas veces ha recorrido ese camino! No muy lejos se encuentra la pequeña calle que los estudiantes llamaron Val-d'Amour. El valle al que le gustaba entrar era aquel, húmedo y profundo, entre los pechos de Perrette, donde deslizaba su vara hasta salpicarle la cara.

8.

Hay días en los que domina el desequilibrio, horas en las que el diablo inclina la balanza de las almas hacia la izquierda. En esos días y a esas horas hay que tener especial cuidado. Porque los signos se multiplican, confusos, pero a veces más significativos que en momentos de gran claridad.

Esa mañana Ysabel, al salir del hospital para ir a buscar una pócima al herbario, es sorprendida por los cantos ensordecedores que atraviesan el portal de la capilla. Se queda quieto por un momento, con los brazos colgando, abandonándose por completo al peso de su cuerpo, como un tronco. Levanta la cabeza hacia el cielo, que sigue gris. Y decide no continuar.

El interior del edificio está oscuro, incluso más frío de lo habitual. Junto al altar, las niñas se apiñan para mantenerse calientes. Son pocos. Al menos dos están en cama con fiebre, otros tienen dolor de garganta. El coro canta en armonía a pesar de todo, pero los cuerpos que suelen acompañar el ritmo lento de las letanías se muestran rígidos, creando un frágil muro de mantos oscuros contra el frío del que emergen rostros diáfanos.

Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad, Ysabel inmediatamente distingue una figura arrodillada al costado de la nave central. El superintendente avanza. Reconoce a Hades. Ella está feliz de acercarse a ella, aunque sea en la meditación solitaria de la oración.

Tiene la oportunidad de pasar poco tiempo con la joven, y esto le disgusta, porque se siente inteligente y culta. Hades aparece en ocasiones en la escuela de beaterio, donde enseña los rudimentos de lectura y escritura a algunas niñas pobres de la ciudad y a algunos de sus compañeros de clase. A otros, más cultos, les imparte lecciones de latín, lengua cuyas sutilezas aprendió de las monjas benedictinas. También escribe algunas cartas para Perrenelle destinadas a autoridades religiosas o clérigos que viven en el extranjero. Pero la mayor parte del tiempo se mantiene apartado y se une a la comunidad sólo con ocasión de las misas diarias y de las reuniones capitulares, para las lecturas o para las lecciones impartidas por la abadesa. Ysabel

no recuerda haberla visto nunca almorzando en el refectorio. Ella misma, ocupada con sus ocupaciones, no va allí todos los días, pero le gusta compartir la hora de la cena con sus hermanas. Una oportunidad para charlar, para comprobar su salud, especialmente las jóvenes que acaban de llegar a la casa común, para sentir el estado de ánimo del beaterio que, como un cuerpo grande, exige que prestemos atención a su armonía.

Lo único que sabe de Ade es que perdió a su marido en la desastrosa batalla de Courtrai, cuando los caballeros de Francia, liderados por Roberto II de Artois, fueron rodeados sin salida, al final de un campo empapado de agua, por el Milicias flamencas, arrojadas al suelo, asesinadas por una turba de paletos. Y tal vez, piensa Ysabel mientras se acerca a la joven, Hades ha perdido algo más que un marido. Porque la beguina tuvo la oportunidad de curarla. Podía ver las marcas en su cuerpo.

Hades se estremece, gira el rostro, finalmente consciente de la mirada puesta en ella. Saluda vacilante, se levanta haciendo crujir las losas de piedra.

En el umbral del portal, Ysabel se une a ella.

«Lo siento, señora Ade, no quise molestarla».

«No te preocupes... estaba inmerso en mis pensamientos y, al verte, me acordé de los compromisos que tenía».

La joven parece aún más pálida bajo la luz invernal. Tiene la piel naturalmente blanca, pero esa blancura hoy parece aburrida, como nieve manchada de hollín. Sus labios están apretados por el cansancio. Y, sin embargo, sonríe. Le pregunta a Ysabel si está bien.

"Bien, gracias. ¿Y tú?"

"Bien muy bien".

«No lo parece. Pareces cansado."

"Todos lo somos. El invierno es duro. Y mi sirvienta tuvo que unirse a su familia, ya que su madre enfermó."

Ysabel deja caer el silencio. Incluso el canto de las niñas se perdió a través del grueso muro de la capilla. Hay tan poco ruido en esa fría mañana en el beaterio -todos están atrincherados en la casa y los pájaros callan- que se percibe el zumbido de la ciudad más allá de las casas que la rodean por todos lados.

“¿Te dejan solo para ocuparte de tu alojamiento?” -prosigue Ysabel-.

Hades vuelve a sonreír, una sonrisa educada que no dice nada.

«Tengo a alguien que me ayude con la leña y la chimenea, no te preocupes. Por lo demás, la casa no es grande y soy autosuficiente."

Luego, antes Ysabel responde: «Ahora tengo que dejarte, perdóname. Esta mañana recibí un regalo de mi cuñada. Una capa de piel. Tengo que escribirle para agradecerle".

Dejada así en la estacada, Ysabel retoma su viaje en el punto donde lo interrumpió. Toma los remedios que le faltan, los vuelve a guardar en su bolso y luego regresa al hospital, ya desanimada por la idea de lo que le espera.

Con los rigores del invierno, los enfermos acuden en masa. El dormitorio está lleno, tuvimos que cerrar las filas de camas y añadir colchones de paja. Los pacientes descansan mal, les molestan la tos y los gemidos. Una atmósfera de cansancio y desánimo domina la sala.

Al empujar la puerta, sin embargo, lo que oye no son gemidos, sino gritos. Dos cuerpos ruedan entrelazados por el suelo y Agnès intenta separarlos con gestos de miedo.

Con paso firme, Ysabel se acerca. Reconoció a una de las dos furias por el pelo, esparcido por el suelo como una manta ensangrentada junto a una gorra rota. La otra es Benoîte, una encargada de la ropa que trabaja ocasionalmente en el beaterio y que actualmente está siendo tratada por dolores abdominales, pero que debería haber sido dada de alta hace algún tiempo, dada la energía que muestra.

Maheut yace boca arriba, aplastada por el peso del otro. La niña intenta liberarse de la sujeción, retorciéndose, agitando frenéticamente pies y piernas en el aire.

Rápidamente, Ysabel agarra el brazo levantado para golpear y lo atrae hacia ella. Benoîte vuelve la cabeza enojado, pero en cuanto reconoce a la vieja beguina detiene el gesto y, pesadamente, se deja caer junto a Maheut, que sigue balanceando las piernas sin rumbo.

Ahora debemos hacer a un lado a los pacientes que se han acercado como para ver un espectáculo y calmar a Agnès. Esperando a que Maheut se calmara, dejándola allí, sobre la fría piedra, vestida sólo con su camisa y su túnica rota.

"¿Qué pasó?" Pregunta Ysabel, luego de acompañar a la niña a la cama.

"Se volvió loca, se arrojó sobre Benoîte, no pude separarlos, lo viste".

“¿Y qué pasó primero?”

El otro guarda silencio.

"¡Inés!"

«Ahora está curada. No es posible mantenerla detrás de una cortina durante días y días. Los demás tienen curiosidad, quieren verla, ¡no puedo estar siempre allí para cuidarla!»

“¿Qué te dijo Benoîte?”

"No lo sé".

A Ysabel no le cuesta imaginarlo.

«Ahora está curada» repite Agnès. "Necesitamos enviarla a casa".

La superintendente sabe que tiene razón: han pasado días desde su

conversación con Perrenelle, se ha dejado abrumar por la afluencia de pacientes y por los cuidados que hay que brindarles continuamente. Sin embargo, no puede contener una ola de impaciencia.

Agnès baja la cabeza. Ysabel, sintiendo lástima de sí misma, le coloca una mano en el hombro con un gesto relajante.

Soy injusta, se repite esa noche, removiendo las brasas de la chimenea para avivar el fuego. Hay muchas maneras de estar enfermo. Agnès merece la misma atención que los demás.

Ysabel sabe que la vida de su asistente no ha sido fácil. Un marido violento y derrochador que había arruinado a su familia y había huido más allá de las fronteras del reino para evitar pagar sus deudas. Agnès ya hace un año que no sabe nada de él. Había llegado al beaterio por recomendación del hermano Geoffroy, un primo dominico de Sens, el pariente más cercano, al parecer, a quien había pedido ayuda. Sólo había traído consigo un baúl que contenía ropa pobre y algunas piezas de cerámica salvadas del naufragio. Perrenelle le había ofrecido un hogar, modesto por cierto, pero ese refugio le había permitido llevar una vida más independiente que un hogar normal. Sin embargo, para demostrar su gratitud, Agnès se siente obligada a imponerse una tarea de asistente para la que no está preparada.

Ysabel la ve nuevamente alejarse huyendo de su impaciencia. Y siéntate junto a la cama del viejo Cathau que poco a poco se va extinguiendo, pero sin los gemidos, los espasmos, las flatulencias, las liberaciones pútridas del cuerpo que muchas veces acompañan al fallecimiento: más bien, con la calma de quien se queda dormido. , tan tranquilo que alguien se queda junto a su cama y siente una sensación de paz.

Sí, soy injusto.

La vieja beguina coloca el atizador con el que avivó las llamas contra la jamba de la chimenea y se masajea los brazos y los hombros. El día fue duro, agitado. Pero ella sabe que hay algo que construir sobre esos trastornos.

El desequilibrio no es desorden, le decía a menudo su antepasado. Es necesario para la vida. Da impulso al movimiento.

Entonces Leonor, como en cada lección poco ortodoxa que impartía, inventó una historia. Lo cual muchas veces decía más que todas sus eruditas explicaciones.

Imagínese a un hombre sentado en la orilla del río. Mira el flujo del agua. Entumecidos, más inertes que los peces que se deslizan entre las rocas donde los lleva la corriente. Ahora imagina que decide cruzar el curso de agua y que, con los brazos abiertos, con pie ligero pero audaz, avanza de piedra en piedra, calculando el apoyo que cada una le permite, encontrando estabilidad cuando una de ellas se mueve.

Luego siente que le late el corazón, siente que la sangre le sube a la cara, un cosquilleo le hace cosquillas en las palmas de las manos. Poco importa lo que haya al otro lado del río: durante el tiempo necesario para cruzarlo, vivió.

Luchar contra el desequilibrio, reconciliar los opuestos, restablecer la armonía. La única misión verdadera que podemos cumplir en esta Tierra. Y sin embargo, la absuelvemos tan mal... Ysabel piensa en esto, sentada frente al hogar de la cocina, donde, por una vez, no hay nada hirviendo en los fogones.

Sin embargo, todavía se dice Ysabel, es más fácil equilibrar los estados de ánimo del cuerpo que los del espíritu. En invierno, una sopa o un trozo de asado pueden mantener el cuerpo caliente; en verano, carne hervida, vino diluido, recién hecho con dientes de león: hasta los campesinos más rudos lo saben. Pero para calentar un corazón helado o templar un espíritu hirviente...

Ysabel se levanta, vuelve a revolver las brasas, añade un leño. El fuego crepita, salta, se lanza en espirales desordenadas, adquiere tonalidades azules y se calma, ronroneando.

Ysabel extiende las manos hacia el hogar, repentinamente tranquilizada. Debemos saber confiar en las circunstancias, porque Dios es el amo. La solución que vislumbró es la mejor. Todo lo que necesitas hacer es tener cuidado.

9.

Hades no lo quiere. A pesar del respeto que le debe a su hermana mayor, ella se niega.

La vieja beguina está sentada frente a ella. Pequeña, rechoncha, su rostro es una red de arrugas. Y esos ojos extraños, ni verdes ni azules, capaces de captar las sombras del cielo, de las plantas del jardín, de las gotas de lluvia atravesadas por la luz. Quizás, de noche, toman el color de la bóveda celeste, ojos oscuros salpicados de luces como el firmamento, palpitando de nebulosas en un velo de estrellas, repentinamente borradas por el paso de las nubes.

Ysabel no lo sabe, pero Hades la observa a menudo. Desde aquel día en que, presa de la fiebre, se dejó desnudar por ella. Las manos de la beguina fueron las primeras en tocarla, después de las de su marido. Pero en lugar de inflamar su cuerpo, esas manos habían esparcido chorros de frescura, permitiéndole así encontrar un poco de descanso, también gracias a la pócima amarga que Ysabel le había hecho tragar.

Todos la consideran una mujer positiva, Ysabel. Perrenelle, la abadesa, le confió su confianza. Sin embargo, Hades desconfía de ello. Ysabel vio los moretones en su vientre. Lo mantuvo en secreto. Pero a la joven viuda no le gusta sentirla tan cerca. El superintendente pertenece a ese tipo de presencia carnal y pesada, de la que Ade quisiera escapar, sin conseguirlo nunca, ni siquiera allí, entre aquellas mujeres sabias y compasivas.

“Tu sirviente se ha ido, me dijiste”, continúa Ysabel. «La chica podrá ayudarte. Es joven pero vigorosa."

«Se lo agradezco de nuevo, señora Ysabel, pero, repito, puedo bastarme. La joven será útil a otra persona."

«Si me dirijo a vosotros tengo mis buenas razones. Maheut, como te dije, tiene el pelo rojo. Me temo que muchos comparten los prejuicios generalizados sobre su cabello."

Hades levanta la barbilla.

«¿Y si yo también pensara lo mismo? Después de todo, ¿no es el rojo el color del diablo?

«Esa niña no está habitada por Satanás. Sino por miedo y soledad."

"Hay otros lugares para quienes no tienen familia".

«En nuestro hospital la golpearon esta mañana. Dondequiera que vaya, sucederá lo mismo. O peor".

"Si es una fuente de desorden, ¿por qué conservarlo a cualquier precio?"

«Actuaremos con discreción. Esta tarde sacaré a Maheut del hospital con el pretexto de la pelea y la llevaré a tu casa. Vives recluido y casi ninguno de nuestros compañeros te conoce. La niña esconderá su cabello y permanecerá encerrada tanto como sea posible. Si te hacen preguntas, la presentarás como tu sobrina que ha venido a hacerte compañía y ayudarte. Una vez pasado el invierno, y si sabemos mantener el asunto en silencio, nadie volverá a prestarle atención. Sólo Agnès lo sabe, pero no dice nada. Ella misma necesita encontrar un refugio aquí, sabe bien lo que eso significa".

Hades inclina la cabeza. Ysabel parece haberlo previsto todo. Pero no puede permitirse que la obliguen así. No quiere recibir a un extraño en su casa.

¿Lo sabe la señora Perrenelle?

"Cierto".

«¿Y el prior de los dominicos?»

"Depende de la abadesa decidir si advertirle y cuándo".

Ysabel cambió de tono. La voz es abrupta.

«Como sabes, en nuestro beaterio hay pocas reglas. Pero hay uno fundamental aunque no esté escrito en ningún libro. Es solidaridad".

«Vine aquí para rezar y protegerme del mundo», protesta Ade.

"En ese caso, había que elegir un monasterio".

«Eres injusta, Ysabel. El beaterio siempre ha acogido a mujeres dedicadas a la soledad. Hay algunos místicos entre nosotros que viven en total reclusión".

Ysabel la mira fijamente, con los párpados medio cerrados.

«¿Por qué eres un místico? ¿O no más bien una mujer que no puede salir del luto?"

Hades inclina la cabeza. El disparo fue exitoso.

“Dios ama la oración”, añade Ysabel en un tono más suave, “pero estoy segura de que ama tanto la caridad”.

Maheut hace su entrada poco después. Una figura informe bajo una capa de lana. Se mueve con gestos lentos, como una sonámbula. Ysabel la lleva hacia Hades quien, a su pesar, le tiende las manos a modo de bienvenida.

«Será sólo por unas semanas, tiempo de buscar otra solución» prometió Ysabel.

El recién llegado no reacciona. Hades deja caer las manos.

«Llévala a mi habitación», dice, «puede acostarse en la cama donde dormía mi sirviente».

Los pasos de las dos mujeres golpean los escalones de la escalera y luego se desvanecen en la alfombra de la habitación. Después de unos minutos, Ysabel vuelve a bajar. Tiene una expresión tranquila.

“Tiene que acostumbrarse al lugar”, murmura. "No te preocupes. Cuando se sienta completamente segura, se irá a la cama".

“¿Al menos podrías decirme quién es?”

"No lo sé. Pero tal vez ella te lo diga."

Dirigiéndose a la puerta, Ysabel añade: «Te dejé un remedio. Puedes darle un sorbo si la ves agitada mañana por la mañana. Pasaré después de misa, traeré algo de ropa. En la pelea le rasgaron la túnica."

Después de que el invitado se fue, Ade permanece en la cocina por un momento más, con la mente confusa. ¿Cómo podía dejar que tal situación se le impusiera? Parece que Ysabel ha tomado el control de su voluntad. Voluntad débil, que ha sucumbido ante muchas otras, antes. Pero esta chica, en su casa, sólo traerá problemas, de ello está segura.

Cuando regresa a la habitación, descalzo para no despertar a la pequeña, la encuentra tal como la dejó Ysabel, sentada en el borde de la cama, envuelta en su manto.

Hades se sienta en su cama, sintiendo la agradable suavidad de la manta rellena de plumas de ganso. Sólo quiere meterse debajo de él y caer en el olvido del sueño.

Deja pasar los minutos y luego, con la voz más dulce posible, murmura: «Quítate la ropa y vete a la cama. El día fue agotador. Ahora tienes que dormir. Y yo también".

Maheut levanta la cabeza. Hades vislumbra un rostro afilado, ojos tan delgados como una espada. Entonces la muchacha se levanta, dejando caer al suelo la capa y la camisa, y se desliza, desnuda, bajo la sábana, con el rostro vuelto hacia la pared. Hades no ve su cabello, recogido en un paño color bistró, pero tiene tiempo de ver un cuerpo esbelto, cuya blancura la asombra como había asombrado a Ysabel.

Después de rezar a la Virgen María para que vele por su sueño, Hades también se tumba, como suele hacer, sobre su lado derecho, con un brazo debajo de la cabeza. Postura especialmente deseada, que debe protegerla de los sueños errantes. Pero es difícil conciliar el sueño. La proximidad de ese extraño que respira el aire de su habitación, difundiendo su propio olor -o más bien el olor acre de las hierbas con las que fue tratada- la inquieta. Su presencia es diferente a la de la sirvienta, una campesina enorme, no muy limpia, pero amorfa en sueños, acurrucada al final de la cama como un topo en su madriguera.

Maheut se mueve ruidosamente mientras duerme. Un rasguño en la

hoja rugosa. Un escalofrío. Hades piensa en la blancura que vislumbró. A su propia piel, que ha descuidado durante años, poniéndose la camisa cada mañana con la mirada vuelta hacia otra parte, pero muy consciente de lo blanca que es también ella, de una blancura diferente, menos densa, menos consistente. La diferencia entre leche y nata.

Su hombre a veces pasaba la lengua por su cuerpo, como un gato lamiendo. Pero cuando él la montaba, ella era un animal de mucho más poder. Alto, bien formado, muslos musculosos gracias a la cabalgada y los asaltos.

El día que lo conoció, quedó sorprendida y asustada al verlo. Era muy joven cuando se casaron con ella. Sólo catorce años. Cuerpo de niña, pechos apenas visibles, caderas estrechas.

Tan diminuto y tan blanco, un lirio en capullo, había suspirado el hombre cuando le quitó el vestido por primera vez. Y él la había tratado como a una flor que tardaba en abrirse. Acariciándola suavemente, sin jamás penetrar su intimidad. Qué tierno, el pelaje de un potro, dijo. Y sopló sobre el pelo de sus piernas para verla temblar. Tan suave, la piel de un cordero. Y lamió sus pechos hasta que se animaron bajo su lengua. Tan secreto, un vaso para saciar tu sed. Y metió la cabeza entre sus piernas, su lengua en la hendidura de su vagina.

Con el corazón acelerado y el rostro febril, se dejó hacerlo, al principio temerosa, luego codiciosa. Esperaba la velada con una impaciencia cada vez mayor.

Y entonces, una noche, la flor había florecido. Se había arqueado como un tallo doblado por el viento.

Hades suspira y se revuelve debajo de la manta. Tiene sed, pero no se atreve a encender la vela para ir a buscar agua. Detrás de las contraventanas cerradas para protegerse del invierno, la noche es oscura.

Lo suficientemente oscuro como para ocultarnos de los ojos del mismísimo diablo, susurró su apuesto marido mientras apagaba la mecha de caña de la lámpara de aceite.

Hades niega con la cabeza.

Lo había aceptado, al principio con delicadeza. Luego con fuerza. Noche tras noche. En todos los sentidos. Incluso los prohibidos. Delante, ella se sentó sobre él, como hacen los fornicarios. Detrás, arrodillada, con la cabeza apoyada en la manta, como hacen los animales. Y también en el otro orificio, como hacen algunos hombres entre ellos.

Había sentido dolor, lo había disfrutado, en todos los sentidos. La vergüenza llegó más tarde. ¿Será por eso que Dios la castigó?

La chica, a unos pasos de ella, se gira bruscamente. Hades jadea y,

a pesar del frío, retira la manta que la asfixia. Por supuesto, debe tener fiebre. Se levanta y camina a tientas hacia la mesa donde notó que Ysabel dejó la botella. Trague el líquido espeso y amargo directamente del recipiente.

No sabe por dónde vaga su alma durante el sueño pero, al amanecer, se despierta con los muslos mojados con sus propios jugos.

10.

Después de esa primera noche compartida con Maheut, no hubo más despertares tan vergonzosos para Hades. Sin embargo, la mujer siempre duerme mal. El sueño se ha convertido en el receptáculo de fantasmas que parecen generarse por sí solos. Sueños poblados de imágenes falsas. El marido vive. Licitación. Tan cariñoso como al principio. ¿Su habitación, en la que vive ahora o en la otra, en el castillo del pasado? – tapizado en seda blanca. Manchas escarlatas en la tela blanca. Una niña llora, una niña con el pelo como llamas.

Hay sueños enviados por Dios. Otros enviados por el diablo. También hay sueños producidos únicamente por el cuerpo. Hades no sabe cuál es la naturaleza de su pueblo. A veces se pregunta si la vieja Ysabel podría encontrar un remedio. Pero él no se atreve a hablar con ella sobre eso.

Desde que Maheut está en esa casa, desde hace dos meses, Ade ve a menudo al superintendente. A mediados de marzo el aire empezó a suavizarse y con él la tierra. Ysabel ha vuelto a trabajar en el jardín: cavando los surcos de la tierra, trasplantando la ruda y las fresas silvestres, limpiando los arbustos de salvia, eligiendo un espacio soleado para la mejorana para evitar que amarillee, cuidando los penachos de violetas modestas. , con el que le encanta adornar las plantaciones porque esas humildes flores perladas de rocío le recuerdan la maleza de su país. Sin embargo, todas las noches, después de haber limpiado el barro de las malas hierbas, con la frente llena de sudor y las manos con sabor a tierra, la vieja beguina va a visitar a Ade y Maheut.

Hades hizo lo que pudo para ser hospitalario con la niña. Pero Maheut no es ciertamente amable. Responde a las preguntas con monosílabos, rechaza las tareas domésticas: es torpe, incapaz, excepto para cargar leña y cuidar el fuego, actividades que parece disfrutar.

Sin embargo, ciertamente recibió una educación: por ejemplo, sabe leer. Ade la sorprendió una mañana frente al atril donde acababa de colocar una de las obras que le envió su cuñada. Sin duda, esa chica podría hacerle compañía mejor que su sirviente. Pero la mayor parte la joven permanece sentada frente al hogar y no se mueve de allí hasta

después del atardecer. Luego sale y, envuelta en su manto, permanece afuera por mucho tiempo. Hades la imagina caminando como un fantasma a lo largo de las murallas de la ciudad, bordeando las casas, el gran edificio común, el hospital y la capilla. Él no la conoce, como tampoco la conocía cuando llegó, pero para ella ella sigue siendo una chica de fuera. A veces espera que una noche traspase la puerta del beaterio y no regrese jamás.

"Vivimos juntos como dos extraños", le dice a Ysabel. «No soy el compañero que ella necesita. Quizás estaría mejor en otro lugar".

Por su parte, la anciana beguina saborea el tiempo que el hospital deja a su disposición, ahora que las camas están vacías. Cuando puede, sale del convento para ir de madrugada a recoger hierbas al pantano, pasando por la poterna. Por la noche los prepara y los deja secar. Su casa está llena de aromas. Sin embargo, a veces la asalta el cansancio. Quizás el cuerpo, a medida que envejece, se acostumbra cada vez menos a la transición del invierno a la primavera. Quizás también sean esas nubes sobre la ciudad las que se disuelven tan lentamente.

El proceso de los Templarios sigue calentando París. La víspera, último sábado de marzo, los hermanos, dispuestos a defender la Orden, fueron finalmente liberados de prisión y reunidos en los jardines del obispado, junto a Notre-Dame. A pesar de las intimidaciones y torturas sufridas, ¡son más de quinientos! Tan numerosos que los representantes de la comisión pontificia encargada de la audiencia no pudieron escucharlos a todos. Les instaron a nombrar representantes. Seis, ocho o diez fiscales, según lo deseen, libres de declarar en nombre de todos. Por lo que se dice, los hermanos están recuperando fuerzas y coraje, y todo el asunto podría encontrar una salida. Pero ese mismo día llega al Beaterio otra noticia que preocupa bastante a Ysabel. Es hermana de Valenciennes, Marguerite Porete. Parece que Guillaume de Paris, el inquisidor general, ha abierto una investigación contra ella. El repentino interés que Guillaume muestra por ella, después de dos años en los que la beguina ha vivido en un encierro muy relativo, sorprende a las mujeres del convento. Muchos la conocen al menos por su reputación, ya que su arresto y su traslado a París causaron un gran revuelo en su momento. Algunos, originarios de Hainaut como ella, incluso la habían visitado. Ysabel no está entre ellos. Pero gracias a Perrenelle, siempre pendiente de todo lo que sucede en el centro de la ciudad, está informada de los hechos.

Y es de Marguerite de quien Ysabel habla con Hades durante su visita diaria.

Como de costumbre, su anfitrión la obliga a sentarse en el salón, una

cómoda habitación del primer piso, equipada con una chimenea. Junto a la ventana hay un atril y una mesa adaptada como escritorio. Las dos mujeres beben una infusión de salvia, mientras Maheut se mantiene a un lado. A pesar del humor sombrío que muestra la niña, Ysabel nota cuánto se ha fortalecido. Se entera por Hades de que Maheut ha recuperado el apetito. Devora durante unas horas al día los platos preparados por el sirviente que Hades ha decidido utilizar, ya que el invitado no la ayuda de ninguna manera. El pequeño cuerpo de la niña vuelve a estar enérgico y vigoroso. Mirándola atentamente, con el rostro tocado por la luz acariciante de las llamas, Ysabel la encuentra casi hermosa en su singularidad. La frente convexa, rodeada por un turbante de tela. Ojos verdes, ligeramente entrecerrados. Las pestañas cortas, pero gruesas y extrañamente curvadas. Pómulos altos. La nariz pequeña, pero recta. Los labios carnosos. Esa pasividad, que tanto exaspera a Hades, no engaña a la anciana. Maheut es un animal listo para saltar.

"¿Has leído el libro escrito por esa mujer, Marguerite, por el cual fue arrestada?" Hades continúa.

«El espejo de las almas sencillas... Está prohibido desde hace años».

«Se dice que es un manual para la instrucción de los laicos».

«Hasta donde yo sé, el texto es complejo, no estoy seguro de que sea accesible para todos. Propone una especie de itinerario para llegar a la unión con Dios."

"¿Por qué se le critica?"

«No conozco los detalles. Pero el obispo de Cambrai ya lo había condenado como hereje hace cinco años y lo había hecho quemar en la plaza principal de Valenciennes. Prohibió a Marguerite seguir difundiendo sus ideas de forma oral o escrita. Pero está tan convencida de su exactitud que, en lugar de obedecerlos, añadió numerosos capítulos para aclarar sus pensamientos."

"No sin peligro", observa Hades.

«La mujer buscó ayuda entre los clérigos más eminentes y la encontró en tres de ellos, entre ellos un franciscano de Valenciennes y el venerable teólogo Godefroid de Fontaines, fallecido el año pasado. Entonces decidió enviar El espejo al obispo Jean de Châlons. Toda esta efervescencia acabó generando irritación. Margarita fue remitida al juicio de dos tribunales, el del inquisidor de Lorena y el del nuevo obispo de Cambrai. Y al final la enviaron a París".

"Se dice que fue insolente".

«Insolente, no lo sé. Pero ella siempre se negó a prestar juramento y testificar. Y sigue manteniendo esta actitud ante el inquisidor general. Quien la castigó con la excomunión en el más alto grado, y lleva casi dos años esperando que la mujer acepte ser sometida a

investigación. Parece haber perdido la paciencia."
“¿Esta Marguerite realmente tiene la cabeza en orden?”
Ysabel suspira, con la mirada fija en el perfil de Maheut. Ella no estaba equivocada. Los rasgos de la niña están tensos, su expresión atenta. Si bien inicialmente parecía perdida en sus pensamientos, una vez que la conversación giró hacia Marguerite Porete, comenzó a escuchar.
«Se dice que, incluso durante su encarcelamiento, siguió publicitando sus escritos» continúa Ade. “¿Es ella realmente una de nosotros?”
Ysabel aparta la mirada de Maheut. La cuestión merece una reflexión. Hay muchas maneras de vivir tu fe fuera de la Iglesia. No todas las beguinas tienen la suerte -o pueden- de ser aceptadas en grandes institutos como el de París. Muchos viven, en grandes grupos, en casas pequeñas, en el centro de las ciudades, y trabajan. Otros prefieren vivir solos. Además, algunas, las llamadas beguinas errantes, mendigan y predican en las calles.
«Creo que Margarita enseñó durante un tiempo en el beaterio de Valenciennes», responde al final. «Pero él no vivía allí. En cualquier caso, últimamente no. Animó un círculo de amigos de Dios. Pertenecía a la pequeña nobleza. Parece que tenía mucho apoyo en Valenciennes y Flandes... Me temo que los ha perdido."
Hades se lleva la taza a los labios y sopla la infusión demasiado caliente. Sintió tensión en la voz de Ysabel.
“No te preocupes demasiado”, le asegura. «Nunca ninguna beguina ha sido condenada. Si realmente es uno de nosotros, tal vez se le advierta, pero ya verás que no será castigada severamente".

Más tarde, mientras sale en la noche, Ysabel recuerda esa conversación con molestia. Hades sabe muy poco sobre el mundo. Vivió la mayor parte de su infancia en un monasterio, luego se casó y luego, tras perder a su marido, se retiró al beaterio. Cree en la charla de la gente y cree entender lo que en realidad no sabe.
Por supuesto, hay beguinas autodenominadas que viven de una manera que no se ajusta al espíritu apostólico. Algunos también están en el centro de escándalos. Los rumores que llegan del Alto Rin hablan de hermanas que se exponen en público, predicando con voz áspera y acompañando los sermones con mímicas, genuflexiones y contorsiones. Además, en ocasiones algunas mujeres a las que se llama beguinas en realidad están afiliadas a movimientos heréticos como el de los Valdenses o el Espíritu Libre. Pero, sea como fuere, cualquier mujer que no sea esposa o monja es sospechosa. Especialmente cuando persiste en orar, usurpando los privilegios del clero. Y hombres.
Por suerte, Luis, el santo rey, siempre los había defendido. Y junto

a él, algunos de los principales clérigos de la Universidad de París, según quienes su vida constituía un ejemplo a imitar para otros laicos. Un sermón vivo y encarnado. La autoridad de estos eruditos continúa protegiéndolos, incluso mucho después de su muerte.

Ysabel se baja la capucha. Por la tarde todavía hace frío y el cielo está completamente despejado. Mira hacia la luna, que está casi llena. Cuando empiece a menguar nuevamente, será el momento de cosechar los primeros frutos de las plantas medicinales del huerto.

Ahora cruza el patio y se dirige, a pesar de la hora avanzada, hacia sus cultivos. El olor a tierra derramada tal vez la calme.

Hay un banco para recibirla. Sentado, quieto, saborea el silencio de la noche. El toque de humus y estiércol es pesado, pleno. Gracias a ese olor, el aire parece más cálido allí que en el patio.

La anciana beguina recuerda un sermón de Robert de Sorbon, uno de los compañeros más cercanos del rey Luis, que comparó el beaterio con un campamento. Ese sermón lo había pronunciado en uno de los últimos años de su vida, con motivo de la celebración en memoria del descubrimiento de las reliquias de san Esteban, el 3 de agosto. Perrenelle lo menciona a veces durante la reunión capitular.

Robert propuso una interpretación moral de la parábola de Mateo: El reino de los cielos es como un tesoro escondido en el campo. A la primera pregunta de tu exégesis: ¿de qué campo se trata? –, responde Roberto: del campamento del beaterio, abierto a todos los vientos; allí está escondido el tesoro del reino de los cielos. Tan bien disfrazado, añade, que los maestros imbuidos de racionalidad lo ignoran. Porque para encontrarlo hay que ser humilde.

Mientras maneja la pala, sujetando con una mano firme el mango de fresno y con la otra el mango, y empuja la pala con el pie para mellar la dura corteza, haciéndose uno con la herramienta, a través de la cual siente la savia de la tierra, Ysabel sabe que ha encontrado ese tesoro.

Un ligero ruido llama su atención. Una figura oscura se ha colado en el jardín. Pasee entre parterres rodeados de setos. Luego se detiene. Se queda quieto un buen rato, levanta los brazos, se levanta la capucha, deja caer su largo cabello sobre los hombros. En el halo blanco de la luna, los mechones brillan como una cascada de ámbar.

11.

Una semana después, Ade y Humbert se encuentran sin conocerse, por tanto sin verse. Aún no ha llegado el momento.

Se prepara para abandonar la ciudad, impaciente por volver con sus hermanos y su maestro. Pasó sus últimos días retirado en el convento de los Cordeliers, alternando lentos paseos por los senderos del jardín con horas inmóviles en la gran biblioteca, con la que la modesta colección de manuscritos del convento de Valenciennes difícilmente puede competir.

Las calles aquí son más tranquilas que en el centro de la ciudad, y también más verdes, gracias a los jardines ornamentales, los huertos con vides y manzanos dispuestos en espaldera, los huertos que se extienden a medida que uno se aleja hacia las murallas de la ciudad, y luego, más allá de la poternas, hacia los suburbios y la llanura circundante, meciéndose con el trigo en primavera. Continuamente nos encontramos con grupos de jóvenes con tonsura y sotana. Decenas de ellos. Reserva bajo el brazo. Recogidos en meditación o indisciplinados. Absorto en discusiones densas, a veces tormentosas. Los burgueses pasan de largo, evitándolos.

Esta es la ciudad alta de los estudiantes, mientras que el otro banco, el que está más allá del Grand-Pont, alberga la ciudad baja de los comerciantes. Todas las escuelas están reunidas alrededor de la Sorbona. Humbert dejó atrás innumerables recuerdos y arrepentimientos: una época en la que todavía pensaba que la energía que impregnaba su cuerpo como lava incandescente lo llevaría a la cima. En cambio, a menudo terminaba en el desagüe de la carretera.

A primera hora de la tarde, cuando pasa por Ade, frente a la catedral de Notre-Dame, regresa de una segunda visita a For-l'Évêque. Nuevamente lo echaron. Pero esta vez lo había previsto. La situación de la beguina ha dado un giro brusco. Guillaume de Paris reunió a once maestros de teología y cinco canónigos en su convento dominico de la Porte Saint-Jacques para solicitar una opinión sobre el caso. Humbert admira la prudencia del inquisidor, quizás inducida por la interminable y catastrófica acción llevada a cabo contra los Templarios. Han pasado tres años desde que Guillaume fue

violentamente reprendido por el Papa y privado, durante un tiempo, de sus poderes por haber ayudado al rey y a su hombre de confianza, Nogaret, a llevar a cabo la audaz detención de los frailes templarios. Más cauteloso esta vez, Humbert se preguntó cómo, ante la negativa de Marguerite a testificar y prestar juramento, era posible iniciar un proceso por herejía contra ella sin exponerse a las críticas. Tanto más cuanto que sus acusadores se encuentran en gran medida lejos de París, en los territorios de Hainaut. Además, la mujer, por su comportamiento y la lástima que emana de sus palabras, presta poca atención a las acusaciones. Humbert no sabe lo que han sugerido los expertos legales, pero la maquinaria inquisitorial está en marcha.

En cualquier caso, ciertamente no se puede decir que no se haya mostrado leal y concienzudo al intentar visitar a esa mujer nuevamente, aunque no le guste mucho. Es lo menos que puede hacer por el hermano Juan, que lo acogió como a un padre a su llegada al convento de Valenciennes. En unas pocas semanas, Humbert había perdido a sus padres y a su hermana menor, de apenas diez años. Muertes por neumonía debido a los rigores del invierno. Aquel año hacía tanto frío que el Sena quedó atrapado en el hielo y el deshielo arrasó con las casas, arrastrando puentes y molinos, destruyendo los barcos en el puerto de Grève junto con las mercancías y los hombres que se encontraban en el puerto. a bordo . Cuando Humbert, notificado por carta, finalmente regresó a Hainaut, sólo le quedaba su madre para abrazarla. El sacerdote, que rezaba junto a la cama, le había confiado que había permanecido en ese estado durante días, respirando con dificultad, como si hubiera querido guardar su último aliento para bendecir a su hijo.

Humbert había encontrado el castillo en mal estado, helado. Las cocinas vacías. Sus padres le habían ocultado la gravedad de la situación. Si hubiera ido a verlos antes, tal vez hubiera podido hacer algo.

Posteriormente, interrumpió sus estudios, desistiendo de prepararse para la carrera. La propiedad fue quitada y vendida para saldar deudas. No más discusiones sutiles sobre la fe y la razón, la Eucaristía o la eternidad del mundo. Había entrado en el convento de Valenciennes, había vestido el hábito, tejiendo en su cinturón los tres nudos que simbolizaban los tres votos de la Orden: obediencia, pobreza, castidad.

Mientras Humbert cruza el cementerio, Ade permanece inmóvil entre los espectadores y los puestos del mercado, con los ojos fijos en la fachada de la catedral. No mira, como la mayoría de los visitantes, hacia el gran portal del Juicio Final. Le resulta demasiado desconcertante, con ese Cristo rígido mostrando los estigmas del

sacrificio en el tímpano y -a sus pies- el desfile de los condenados hacia un infierno cuyos horrores descienden como vómito a lo largo de las bóvedas del arco. Hades se detiene frente a la abertura de una de las entradas menores y mira fijamente a la Virgen con el niño esculpida en la parte superior de la composición.

La figura es de absoluta sobriedad. Arcaico. María está sentada en un trono enmarcado por un palio, Cristo de rodillas. Mira al visitante directamente a la cara, sus rasgos tensos en una sonrisa imperceptible, mientras muestra a su hijo. Bajo los gruesos pliegues del manto rígido pero flexible, bajo la luz tenue, se vislumbran las piernas entrelazadas con las del niño, y la mano derecha apoyada, con los dedos abiertos, sobre el vientre de Cristo. La izquierda sostiene un cetro.

Junto a Hades está Maheut. Hades no se da cuenta, pero el rostro de la niña finalmente cobra vida. A Maheut no le interesa la catedral. Ella está atenta a los juegos de un entrenador de monos a unos pasos de distancia. El animalito hace piruetas, da volteretas, salta sobre la cabeza de su amo, busca su cabello, su camisa, pasa por encima de ese rostro extraño que hace muecas infantiles, suplicando y sonriendo alternativamente. Mientras el hombre le tiende una manzana y luego la esconde, el animal abre mucho la boca, enseñando los dientes afilados y lanzando chillidos que pasan por encima de las cabezas de los comerciantes ocupados en ensalzar los pescados y las focaccias de la Cuaresma en sus puestos.

Pronto, Hades les comprará a Maheut y a ella una tarta de queso que comerán en la calle y luego se chuparán los dedos hasta llenarse de migas. Por primera vez desde que se conocieron podrán compartir un momento de placer.

Ade sugirió a Maheut ese desvío por el cementerio de Notre-Dame, regresando de un ya bastante largo viaje por las calles de la ciudad. La víspera, con ocasión de una visita que ya se había vuelto casi diaria, Ysabel le había pedido el favor de llevar algunos remedios a la mujer del señor Pierre de Crété. Este hombre, lugarteniente del rey y comerciante de seda, es uno de los fieles partidarios del beaterio. Durante años, su esposa, cada comienzo de verano, sufre de erupciones cutáneas que le pican y que el herbolario le enseñó a tratar con cataplasmas de berberecho. Pero esta vez la picazón empezó mucho antes de lo habitual. El sirviente que vino a llevarle el mensaje a la anciana beguina le dijo que su señora también tenía dificultades para respirar.

A Ysabel no le quedaban hojas frescas de bardana, pero le sobró algo de macerado. Así preparó un vino con aroma a aliso, al que se le agregaron bayas de enebro y flores de manzanilla alemana. Estaba demasiado ocupada con su trabajo para poder traer los remedios ella

misma y prefirió confiárselos, en lugar de a un sirviente o un empleado, a una persona de confianza que transmitiera sus recomendaciones al paciente. El vino de aliso debía tomarse nada más despertarse y antes de cada comida. Fue necesario aplicar un vendaje empapado en macerado sobre la piel, en los lugares donde apareció el enrojecimiento.

«¿Me haría este favor, señora Ade? Maheut podría acompañarte. La niña necesita caminar, ahora que ha recuperado las fuerzas."

Hades vio el rostro de Maheut tenso. ¿Fue sólo por la idea de dar un paseo juntos? Pasaron los días, y la niña siempre se mostró tan desconfiada, cuando no hostil, hasta el punto de no acercarse nunca a la dueña de la casa, negándose a orar con ella o compartir sus lecturas. Las raras veces en que Hades la había interrogado para tratar de saber quién era o de dónde venía, la joven le había otorgado un obstinado silencio.

Ysabel también había notado la perturbación de Maheut. Pero ya era hora de que la niña enfrentara el mundo. Era demasiado joven, demasiado viva para permanecer encerrada entre los muros del beaterio, sin haber hecho una elección explícita.

Maheut no se había atrevido a negarse.

Pierre de Crété vive al otro lado de la ciudad, en la parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois. Las dos mujeres partieron temprano en la mañana, con las botellas de Ysabel envueltas por precaución en un trozo de lino. Hades conoce el camino a la iglesia, el Sena le sirve de punto de referencia. Aunque prefiere no acercarse demasiado a la orilla debido a los grupos de porteadores y barqueros que descargan grandes fardos de trigo y heno en el lecho del río con mucho ruido, la mujer siempre puede vigilar el río entre los altos edificios. que bordean las orillas. Por primera vez, siente que Maheut se acerca, desliza su brazo bajo el de ella y le estrecha la mano cada vez que alguien se acerca demasiado.

Caminaban así, apretujados unos contra otros, por las calles repletas de puestos, carros empujados a mano y trineos. Ambos visten largas capas de camello que suelen utilizar las beguinas fuera del convento. Nunca es bueno que una mujer se aventure sola por las calles de París. La vestimenta que visten les protege, junto con el pudor de su actitud. ¿Pero cómo evitar, en medio de tanta multitud, que una mano no te toque, un cuerpo no te frote?

En el partido de ida, sin embargo, no hubo ningún problema. Al llegar a la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, Ade le pidió indicaciones a un comerciante sentado al lado de su tienda. La casa de Pierre de Crété, a dos manzanas de distancia, era fácilmente reconocible por el gran portal esculpido que da a un gran patio.

Saludados por el sirviente, Ade y Maheut pasan por muchas habitaciones antes de ser introducidos en la habitación donde se encuentra la enferma. Las cortinas están corridas, Dame Alice está en la cama: pálida, respirando con dificultad. Cerca hay una niña muy joven, con un vestido de seda azul. Pequeño, lindo como un ciervo, con gruesos rizos marrones.

"¡Oh gracias!" grita la pequeña al ver entrar a las dos mujeres. "Gracias por venir, mamá está muy enferma".

Hades se quita la capa mientras Maheut se retira a la sombra de un nicho y luego se sienta junto al paciente. Vio su cuello y sus brazos inflamados.

«Esta vez», suspira el paciente, «todo el cuerpo está invadido».

"Tal vez comiste algo que no estaba bueno", sugiere Hades.

"No veo qué."

"Son los pensamientos", interviene la niña, con el ceño fruncido sobre unas pupilas de un azul tan brillante como su vestido. «Parece que el rey volverá a cambiar la moneda. Papá tendrá que vender más seda".

“Clémence, por favor”, la regaña su madre. "No es charla de chicas."

Hades levanta lentamente la sábana, luego su camisa. Las manchas rojas son extensas en el vientre y los muslos. Pide un vaso y una venda limpia.

Maheut la observa colocar con delicadeza el algodón empapado en macerado parduzco sobre su piel desnuda. Sobre todo había visto esas manos largas y delgadas hojeando un libro o juntas en oración: ¡rezó tanto!

Clémence también observa a Hades y la encuentra perfecta. Ese rostro ovalado puro, esos ojos tranquilos, ese cuerpo esbelto pero vigoroso... ella, que crece sin reglas y sabe controlarse tan poco, quisiera ser como ella.

Así, los tres permanecen junto a la cama de Dame Alice hasta que suenan las campanas de Nona. Tras la partida de Ade y Maheut, el paciente duerme dulcemente y ya parece mejorar. Clémence los acompañó y, al despedirse, tomó la mano de Ade y la besó.

La visión de aquella niña vivaz, la ternura por su madre, el cansancio del ayuno en aquellos días de Cuaresma... Quizás por eso Ade se sintió débil, triste, de camino a casa. En ese momento propuso a Maheut desviarse por la catedral.

Así que aquí están en el cementerio. Acaban de terminar de disfrutar el pastel comprado por Hades. Se lamen los dedos e intercambian una mirada amistosa, si no una sonrisa. Los ojos de Maheut ya no son tan duros, tienen el tono lechoso de una esmeralda

en bruto.

Es en este punto que Humbert sale del cementerio y pasa junto a ellos.

«Es hora de volver», sugiere Hades, «se empieza a hacer tarde».

Las dos mujeres caminan por el claustro de Notre-Dame hasta la calle des Marmousets. En lugar de llegar hasta el Puente de los Cambiadores, Ade, cansada de las multitudes y de la confusión, decide pasar por Planche-Milbray, expuesta al viento pero menos concurrida: el recorrido le permite llegar a la orilla del beaterio, más arriba.

El hombre comienza a seguirlos mientras se disponen a cruzar el Sena. Sus botas de montar suenan detrás de ellos en la pasarela suspendida sobre las olas de barro. Las dos mujeres no se dan cuenta de inmediato. Están los otros transeúntes, el rugido del río y de los molinos de abajo, el chirrido de las ruedas al girar con la corriente, el chasquido de las aspas sobre el agua. Una vez superada la orilla, el puente de tablas continúa y permite cruzar sobre terreno seco el estanque fangoso alimentado por las inundaciones invernales hasta el cruce de la calle de la Coutellerie con la calle de la Vannerie. La altura de las casas de varios pisos amplifica el sonido de los tacones sobre el pavé, que continúa cuando las dos mujeres cruzan la Place de Grève…

Entonces Maheut se vuelve y vislumbra la figura achaparrada y pesada de un hombre armado. Acelera el paso, mientras el ruido de pasos detrás de él aumenta. Hades siente unos dedos pequeños y duros clavarse en la curva de su codo. Las dos mujeres caminan junto al ábside de la iglesia de Saint-Jean-en-Grève, luego el cementerio de Saint-Gervais, hacia la calle aux Moines de Longpont. En el momento en que se cuelan en el callejón, el hombre empieza a correr. Pasa junto a ellos, lanza un grito y luego arranca la capucha de Maheut, liberando su cabello del pañuelo que la sujeta.

12.

Maheut no encuentra la paz. Sube y baja por la habitación. Incluso Hades, asustado por la desvergüenza del gesto, lucha por recuperarse.

Permanecieron congelados en medio de la calle mientras los curiosos comenzaban a señalarlos entre risas. El hombre, sin embargo, retrocedió, no sin volverse a mirar a Maheut con una sonrisa burlona en los labios. Entonces las dos mujeres echaron a correr hacia el beaterio. Guillaumette abrió la puerta, primero irritada por el insistente sonido del timbre y los golpes de la aldaba, luego desconcertada por su apariencia.

Tumbado en la cama, Hades siente que los latidos de su corazón se calman lentamente. Se enfría la cara con las manos y se pone de pie. Sabe que se ve desordenada y por eso se coloca el velo sobre el cabello y se ajusta el tocadillo alrededor del cuello. Luego se vuelve hacia Maheut.

“Deja de preocuparte así. Ven aquí, bebe un poco de agua".

Pero el otro continúa con sus idas y venidas, luchando como un pájaro atrapado en una trampa.

Cuando Ysabel se une a ellos unos minutos más tarde, Hades ha vuelto a bajar a la cocina. Le bastan unos minutos para contarle el incidente a la vieja beguina.

«¿Reconociste al hombre?» pregunta Ysabel.

«No, sólo vislumbré su rostro. Nariz grande, barba negra... Eso es todo."

«¿Y Maheut? ¿Sabes quien es el?"

"No habla. No se detiene ni un momento".

«Tal vez sea un mal soldado que quería divertirse. No será la primera vez".

«Pero la reacción de Maheut es muy violenta. Me asusta".

Ysabel se quita el pesado delantal que usa para trabajar en el jardín y sube las escaleras. De pie en la puerta de la habitación, observa a Maheut sin decir una palabra. Luego se acerca a ella y la agarra por los hombros. La otra gira el torso pero, al reconocer a la beguina, se queda quieta.

"Tú vienes..."

Ysabel lleva a Maheut a la silla colocada en el hueco de la ventana. Él la obliga a sentarse. Él la sostiene contra él, con un brazo alrededor de sus hombros.

"¿Quieres que le dé el remedio?" Hades murmura.

Ysabel niega con la cabeza.

Hades se sienta frente a las dos figuras dibujadas a contraluz. Ambos pequeños, pero uno ancho y bien formado, el otro delgado, tembloroso como un cachorro.

Se quedan así, sin hablar. En el interior, el suelo cruje, las vigas crujen, las brasas crepitan. Afuera, alguien tira de un carro, las ruedas rozan el suelo, una voz de mujer llama: sonidos apagados que se filtran a través de la pared circundante contra la que está apoyada la casa. En este tejido familiar podemos escuchar la respiración ligera de Ysabel y la respiración oprimida de Maheut.

Poco a poco la respiración de la pequeña se va calmando. Ysabel retira el brazo de los hombros, toma sus manos entre las suyas, las calienta suavemente, separando los dedos. En la palma, un destello azul.

"La piedra no te ayudará", murmura Ysabel. «El miedo puede pasar por un tiempo. Entonces despertará y se hará más fuerte".

Maheut niega con la cabeza.

«Ahora hay que hablar. Sin miedo ni vergüenza. Pase lo que pase, no te juzgaremos. Pero si no sabemos las razones de tu miedo, ¿cómo podemos protegerte?

Giro de alas en el techo. Se puede escuchar el dulce y triste arrullo de una tórtola.

Maheut vuelve a negar con la cabeza. Ya no puede reprimir lo que le angustia. Primero diga algunas palabras con voz vacilante. Y finalmente lo cuenta. Una historia enredada, una denuncia confusa.

La historia es sencilla. La de una chica de la nobleza terrateniente. Desde hace algunas décadas, son muchas las familias de ese rango que ven cómo su situación se deteriora: Ysabel fue testigo de ello en su Borgoña natal. El mundo que formó las raíces de aquellas familias ya no existe, el suelo en el que prosperaron, que dio vida a las ramas y las hojas, se ha secado. Los señores perdieron poder sobre sus dominios mientras el rey imponía el suyo sobre todo el reino. El antiguo sistema basado en el intercambio de bienes y servicios ha sido anulado por una economía monetaria manipulada por un soberano en constante búsqueda de dinero líquido para engordar el tesoro real. Endeudados por las fraccionamientos de herencia y las devaluaciones impuestas por Felipe el Hermoso, muchos hipotecaron propiedades. Algunos se han hundido en la condición de campesinos pobres.

La familia de Maheut no había corrido del todo esa suerte. Había

suficiente dinero para el hijo. Éste había dejado a su señor para prepararse para incorporarse a la caballería, con los gastos que suponía el correspondiente equipamiento. Pero no quedaba suficiente dinero para la dote de su hija. Un señor de las tierras cercanas, que a lo largo de los años había visto cómo el pecho juvenil de Maheut se reafirmaba y su figura se curvaba, descubrió un día en los ojos de la pequeña esa luz verde que algunos dicen víbora, pero que a él le parecía una promesa. . No tenía miedo de la serpiente ni del diablo. Estaba dispuesto a tomar la Roja sin dinero.

"Yo no quería".

Su padre había escuchado a Maheut, considerándola todavía demasiado joven. Aunque no rechazó al pretendiente, con el que llevaba años manteniendo una disputa por un terreno que así podía resolverse, sólo le había pedido que tuviera paciencia hasta que la muchacha tuviera la menarquia.

“¡Si hubiera estado vivo, nunca lo habría permitido!”

Pero estaba muerto. Un jabalí que estaba cazando le había lacerado el muslo y la ingle. No se dio cuenta de que la bestia estaba protegiendo a la camada. Luego el hijo, al regresar para el funeral, concluyó el matrimonio, mientras Maheut seguía llorando junto al ataúd de su padre.

La muchacha habla del compromiso organizado en el castillo de Guillebert, su futuro marido, del que no había sido testigo. De hecho, se había escondido en un cobertizo para no ser encontrada. La afrenta hecha a las dos familias. La ira del hermano. Su propio dolor, frente a ese niño al que ya no reconocía, su compañero de juegos de la infancia, admirado al menos tanto como su padre, y que ahora la traicionaba.

La niña cuenta la noche en que los hombres de Guillebert vinieron a buscarla. Las puertas de la mansión estaban abiertas y se había ordenado a los sirvientes que permanecieran en sus habitaciones. Los hombres entran a la casa y la inmovilizan, la arrastran fuera de la cama en camisa, la suben a un caballo, la cargan como a un animal. Ella forcejea, cae y la vuelven a montar.

«Grité, pero nadie intervino. Ni siquiera mi madre".

Después del secuestro, Guillebert había respetado todas las etapas del ritual. Que el pacto pudiera ser revocado estaba fuera de discusión. Un sacerdote había sancionado el compromiso. Dos días después se celebró la boda en la capilla del castillo, seguida del banquete que, junto con los sacramentos, selló la unión de las dos familias.

Maheut también cuenta que la obligaron a beber una poción para calmarla. El oficiante había fingido no escuchar las protestas. El anillo

insertado con brutalidad. Luego, las celebraciones. Está presente toda la familia de Guillebert, el hermano de Maheut, sus tíos y primos. La suegra, con rostro severo, ordena a los sirvientes que sirvan los platos. La comida está amontonada sobre la mesa grande. Corzos y jabalíes, liebres, pollitos, empanadas de capón, pescado asado, hervido, relleno, anguilas en salsa... Ella se niega a comer, Guillebert hunde su daga en la pierna de un pollo, agarra a su joven novia por el cuello y se mete la carne en la boca. Lo que pasó después de la fiesta, sin embargo, no lo dice Maheut. Pero las dos mujeres que escuchan se lo imaginan. El cuerpo de la pequeña aplastado por el del novio. El olor a vino que el hombre le pega a los labios con la lengua. Camisa levantada, muslos abiertos con la rodilla. Noche tras noche. Durante una semana. Una carne tierna en la que se clava una estaca.

“¿Cómo lograste escapar?” pregunta Ysabel.

"A caballo. Quería que lo acompañara a cazar. Fue rápido, pero pesado. Lo induje a entrar en nuestras tierras, salté una zanja. Dos zanjas. Estaba furioso. Se cayó."

Hades permanece en silencio. Le parece escuchar una de esas historias que se cuentan durante las horas de vigilia, un cuento de hadas.

"¿Y luego?" pregunta Ysabel.

«Ya no se movía. Viajé en dirección opuesta al sol. Un día entero sin parar jamás. Luego até el caballo a un árbol. Le di mi cinturón de seda a un hombre que pasaba para que me llevara con él. El manto y la toga a otro a cambio de un vestido tosco. Quería venir a París a esconderme. Necesitaba una gran ciudad."

Ysabel vuelve a ver la figurita acurrucada en la puerta del beaterio.

«¿Sabes lo que le pasó a Guillebert? ¿Estaba gravemente herido?

Maheut baja la cabeza.

«¿Tienes miedo de que te busquen? ¿Él o su familia? ¿Los secuaces del rey?

"Sí. Me temo que mi hermano también me está buscando... No quiero volver allí".

“¿Ese hombre de la calle era uno de ellos?”

"No lo sé. Yo también lo pensé, pero no lo reconocí".

Hades finalmente reacciona.

«Por la dirección que habíamos tomado, tal vez aquel individuo había entendido que éramos del Beaterio. ¿No es arriesgado mantener a Maheut aquí?

Ysabel niega con la cabeza.

"Un extraño nunca entrará en el claustro."

Esa noche, Hades no puede conciliar el sueño, mientras Maheut se queda profundamente dormido. Poco antes, a punto de irse, Ysabel le

había hecho una última pregunta a la niña.

«Me parece entender que vienes del Norte. ¿De qué región?"

«De Hainaut».

«Así que ahí es donde oíste hablar de esa beguina de la que hablábamos la otra noche. Vi tu atención cuando mencionamos su nombre."

"Mi madre la frecuentaba."

“¿En Valenciennes?”

«En Valenciennes, pero también en nuestra casa. Marguerite era una de sus amigas..."

Maheut se detuvo y añadió en voz baja: «Era su amiga. Pero no me gustó".

13.

Se acabó marzo y también las penitencias de la Cuaresma. El 19 de abril, al final de la lúgubre Semana Santa, se celebra por fin la Pascua. En el beaterio, las muchachas esparcen pétalos de rosa en el suelo del refectorio, ponen huevos pintados de rojo, decorados con mazorcas de maíz y el sol, sobre la larga mesa comunitaria. Después de misa, almorzamos con cordero y cerdo asados, pasteles y empanadas de carne, panecillos chorreantes de mantequilla.

En abril llegan los trabajadores, contratados para reparar los daños del invierno. Necesitamos consolidar la chimenea del dormitorio compartido que amenazaba con derrumbarse y rehacer los tejados de dos casas. El beaterio resuena con voces fuertes y risas escandalosas. Perrenelle lo permite, siempre y cuando los hombres no sean vulgares o impertinentes. La energía que emana de esos cuerpos sólidos y de esos brazos seguros pertenece a la misma naturaleza alegre que dispensa la luz de la primavera y el silbido, fuerte y claro, de las primeras currucas.

El maestro hojalatero y sus aprendices, trepando a las tejas planas, acompañan el trabajo con cantos. Sus estribillos se mezclan en ocasiones con las modulaciones del coro que llegan por la puerta de la capilla, dejada abierta para que entre el calor. Los hombres interrumpen su trabajo para escuchar a las niñas, permaneciendo inmóviles en los tejados como vigías encantados por la voz de las sirenas.

En abril, los jardineros también vienen con sus ayudantes para echar una mano en los trabajos más pesados del jardín. Revuelven la tierra, la nivelan, desmenuzan los terrones y luego los rompen con la ayuda de un largo mazo bajo la atenta mirada de Berthe, la beguina encargada de plantar, en el momento adecuado y en los diferentes cuadrados, las lechugas. , guisantes y habas, acelgas y cebollas, repollos, nabos y puerros, de los que se alimentarán las beguinas durante el año. La mujer mezcla el humus con ceniza, siempre que no esté demasiado húmeda, con excrementos de burro y de vaca -no a mucha profundidad, recomienda, para que quede en contacto con la semilla-, y luego utiliza acebo para perfeccionar el trabajo. Ysabel,

desde su jardín, mira extasiada a esa mujer pesada, de cuerpo regordete como un atún, que lleva un cinturón atado con varias vueltas a su túnica para hacerla subir por encima de los tobillos. La ve manipular la herramienta con delicadeza hasta romper la tierra, aligerándola para que las raíces puedan penetrarla.

Y llega mayo. El jardín de Ysabel huele a hierbas y flores, y ella levanta los ojos al cielo, más segura. Y luego, el día 12, el aire vibra con el brillo primaveral, cincuenta y tres templarios son conducidos fuera de París, junto a la Porte Saint-Antoine. Por quemarte vivo.

Sin embargo, durante algunas semanas, muchos habían creído que los juicios iniciados bajo la presión de Felipe se resolverían en beneficio de la Orden. Los cuatro fiscales elegidos por los acusados para representarlos ante la comisión pontificia los habían defendido bien. En particular, Pierre de Boulogne había denunciado audazmente lo absurdo de las acusaciones y la nulidad de las confesiones -incluida la suya- obtenida mediante torturas y falsas promesas. Un número creciente de Templarios había venido del exterior para defender a sus hermanos. En ese momento Felipe de Marigny, recién nombrado arzobispo de Sens, se había apresurado a convocar un concilio provincial. Los Templarios en su territorio habían confesado y luego se habían retractado: por lo tanto, habían sido declarados reincidentes. Condenado a muerte. En contra de la opinión del Papa, pero con el apoyo del rey.

Las piras se erigen una al lado de la otra, los postes son dedos que apuntan hacia el cielo. Incluso mientras se suben a los haces de leña, los hombres se niegan a admitir los crímenes de los que se les acusa. Y cuando la paja se enciende, gritan su inocencia y su terror ante una multitud alborotada.

El olor acre de la tortura se eleva más allá de los muros hasta el jardín donde trabaja Ysabel. Una espiral negra recorre durante mucho tiempo el cielo, de la que caen cenizas grisáceas, evanescentes y ligeras como la nieve o las mariposas. La beguina los ve volar y girar y luego, formulando una oración silenciosa, los mezcla con la tierra.

En los días siguientes, cuatro hermanos más fueron llevados a la hoguera y luego nueve en Senlis. Finalmente, los huesos de Jean de Thure, tesorero del templo, fallecido hace algunos años, serán exhumados y quemados. Algunos sostienen que Felipe permitió esos incendios porque estaba exasperado por las continuas maniobras dilatorias del Papa que, justo ahora, aplazó por enésima vez el concilio hasta octubre de 1311, debiendo quedarse en Viena para decidir sobre el futuro de la Orden. Pero hay algo más en juego. Ysabel no es la única que lo siente.

14.

«La belleza se considera vicario de Dios», murmura Jean de Querayn.

Desde hace unos días, el antiguo padre tutor de Humbert se está debilitando. La mente está despierta, pero el cuerpo no puede escapar de la edad. Acostado en la cama, con el torso apoyado en una almohada cubierta con un paño áspero, Humbert está a su lado. Hace casi frío en la celda donde una estrecha ventana deja entrar una luz palidecida por la humedad. La primavera tarda en llegar a las regiones del norte.

Se hace el silencio en el convento. Se acabó el almuerzo y se acabaron las oraciones de Sesta. Pero el hermano Jean no quiere dejarse vencer por el sueño. Humbert contempla preocupado el rostro anguloso, la carne demacrada, la piel que perfila los huesos del rostro, prediciendo en qué será después de haber sido reducido a polvo. La mirada se diluye, como suele ocurrir en las personas mayores, pero detrás del velo tembloroso de las lágrimas la mirada permanece penetrante.

"¿Qué quieres decir?" pregunta Humbert.

«El rey piensa que el Papa ha faltado a su deber hacia la Orden herética y que ahora le corresponde defender la verdadera fe».

«¿No crees que quiere hacerse con el oro de los Templarios? ¡Las arcas del reino están vacías para variar!

«No miras las cosas con el suficiente desapego. Tienes que alejarte del todo para captar toda su fuerza... Ayúdame, por favor."

Jean lucha por sentarse. Humbert le pasa el brazo por los hombros. Bajo la sotana, de donde emana un olor dulzón y vagamente nauseabundo, siente la rigidez del cuerpo, el esqueleto endurecido, como si las vértebras estuvieran soldadas entre sí. Un cuerpo seco y frágil. Seguramente el viejo lleva días sufriendo sin decirlo. Pero Humbert sabe que no abandonará la conversación.

Se hicieron amigos íntimos precisamente gracias a estos intercambios confidenciales. La erudición de Jean de Querayn es como una chispa a la que el joven ha calentado su alma desde que se vio obligado a exiliarse en Valenciennes. La ciudad está animada, por supuesto. Frecuentado por diferentes personas y culturas. La

aristocracia tiene allí su sede. Allí nació Enrique de Luxemburgo y ocupa el trono del Sacro Imperio Romano. Allí se alojó la condesa Margarita de Hainaut y Jean, su bisnieto, hizo construir un palacio junto a las murallas de la ciudad. Allí reina la vida cortesana, que atrae a eruditos y clérigos. Pero Humbert añora las apasionadas disputas intelectuales de la Sorbona, esa disección casi técnica de los textos, esos razonamientos aleatorios, a veces vanos, pero que permitían el desarrollo del pensamiento, su refinamiento, proporcionando placeres deslumbrantes como si fueran caricias de niña.

En el hermano Jean descubre un pensamiento tan agudo como el de los maestros parisinos. Y una especie de curiosidad, un hambre casi juvenil de conocimiento que parece no encontrar ya en sí mismo.

«Los Templarios son sólo uno de los objetivos de la devoción del rey», continúa Jean. «Felipe está literalmente obsesionado por el miedo a la herejía».

«Los tiempos lo exigen. La ortodoxia religiosa está siendo atacada en todas partes. Los cátaros, los valdenses... Los hermanos y hermanas del Espíritu Libre comienzan a rechazar la idea del pecado o del infierno, atreviéndose a declarar que el hombre es perfecto como Cristo..."

«Los tiempos, por supuesto. Pero ¿realmente hay tantos cristianos que se desvían del camino correcto? Nuestro soberano los ve por todas partes. Su obsesión por el mal es como una lente que le impide ver con claridad".

Humbert suspira. Por supuesto, ya sabes a qué se refiere el hermano Jean.

La fama de Felipe el Hermoso hace tiempo que traspasó los muros de su palacio. Un temperamento frío e inflexible. Severo consigo mismo y con sus subordinados. Convencidos de ser responsables de su salud moral y de su pureza, hasta el punto de haber promulgado, unos años antes, una ley suntuaria que prohibía cualquier vestimenta ostentosa, de un modo tan minucioso que resultaría increíble: estaba prohibido a los burgueses poseer un carruaje y utilizar, por la noche, una antorcha de cera, que los duques y los condes se hagan más de cuatro trajes al año, y que todos tengan más de un tipo de carne o pescado en sus platos.

Este deseo de purificación se acentuó tras la muerte de su esposa, la reina Giovanna, que suavizó aquella alma austera con su ternura y humanidad, y luego con la muerte de su cuarto hijo, Roberto, fallecido a la edad de once años. A partir de ese momento, Felipe había incrementado sus peregrinaciones y devociones, como si intentara rivalizar con Luis, su venerado antepasado.

«Tal vez tengas razón, hermano Jean. Pero tendremos tiempo para

discutir todo esto esta noche o mañana. Ahora debes descansar."

Ella le pasa la mano por la cara. Siente un repentino deseo de salir de esa celda lúgubre y oscura, que huele a muerte.

«Felipe sigue suscitando nuevos peligros que, según él, deberían pervertir el mundo. Dentro de la propia Iglesia. ¿Has olvidado la historia del obispo Guichard?"

Humbert comprende que tendrá que ceder. El hermano Jean tiene un cuerpo débil y frágil como el de un pájaro, pero su obstinación permanece inquebrantable.

"No lo he olvidado."

«Acusado en los jardines de la ciudad, delante de todo el pueblo reunido para la ocasión, de haber envenenado a la esposa del rey y de intentar hacer lo mismo con los príncipes. ¡De ser hijo de un demonio horrible, de haber practicado brujería, magia y sodomía! Y ese vergonzoso juicio iniciado contra el difunto Papa Bonifacio VIII, procesado mucho después de su muerte porque habría negado la Trinidad, la virginidad de María, la transustanciación, la resurrección de los muertos, y porque él también habría sido culpable de sodomía y brujería. ».

"Felipe nunca perdonó al Papa por haberse opuesto a él."

«Aún no lo entiendes, Humbert. El rey utiliza la credulidad de ambos para sus complots políticos. Su perverso misticismo me preocupa mucho más que su deseo de consolidar el poder."

El viejo cierra los ojos.

"Hijo mío, debes regresar a París".

"¿Muy pronto?"

"Temo por Marguerite."

“¿Has tenido noticias de él?”

«Una carta de los Cordeliers, recibida hace unos días. Los canonistas presentaron su dictamen a principios de abril. Dijeron que, hasta ese momento, Marguerite sólo era sospechosa de herejía. Pero la obstinación, la rebelión y la bravuconería que había demostrado la mujer les obligaron a pasar de la "sospecha" a la "presunción muy fuerte". Su negativa a cooperar le salió por la culata legalmente. El agarre se aprieta. El hermano Nicolas me escribe que el domingo anterior al Domingo de Ramos, Guillaume de Paris convocó a veintiún maestros de teología, casi toda la Universidad de París, a la iglesia de Mathurins para dar su opinión sobre el Espejo de las almas simples."

"¿Y?"

«Lo desautorizaron. Al menos en dos lugares. Sospecho que Guillaume les dio sólo una parte del trabajo. Todo apunta a una manipulación".

"Te preocupas demasiado, hermano Jean".

«Las cosas están dando un giro que no me gusta. Guillaume

procede de manera muy hábil y prudente. Pretende actuar sólo después de haber reflexionado debidamente sobre los consejos del más astuto. Ahora tiene sus manos libres para golpear directamente a Marguerite. Temo lo peor. Y luego…"

Jean baja la voz.

«Ahí está lo que nos confió. ¿Qué uso debería darle? Su salud empeora... Los únicos amigos que tiene Marguerite somos nosotros."

Humbert no responde. Pero Jean sabe muy bien lo que está pensando. El alumno no puede comprender el afecto que une al maestro hacia Marguerite Porete. Es un afecto que va más allá de las relaciones que siempre han existido entre franciscanos y beguinas, compuestas de intercambios y apoyo mutuo, de un ideal apostólico compartido. Las relaciones entre Marguerite y él son de otro tipo.

La había conocido cuando ella era una niña, porque sus familias estaban emparentadas. No hay mucho conocimiento, para ser honesto. Por la diferencia de edad, pero también por la actitud de la chica. Alguien la presentó, elogió su sabiduría y sus buenos modales, luego todos la olvidaron en un rincón de la sala. No tenía ningún encanto particular. Vestía ropa de civil. Jean recuerda que en ese momento le pareció aburrido. Y ahora se arrepiente.

La joven creció y tejió su propia trama dentro de una invisible campana de cristal que ella misma había construido a su alrededor, dejando traspasar sólo lecturas que parecían demasiado difíciles para su edad y sexo. Criatura única, oscura y luminosa al mismo tiempo, espíritu celestial dotado de una voluntad inquebrantable. Había comprendido su singularidad mucho más tarde, después de haberla perdido de vista durante un cierto tiempo debido a los nuevos compromisos como lector que exigía el convento franciscano. Margarita le había escrito invitándole a su casa para asistir a las reuniones organizadas junto con un círculo de amigos de Dios, hombres y mujeres de la pequeña nobleza y de la burguesía circundante. Curiosamente, aunque era mayor y literato de profesión, Jean había tenido la impresión de haber sido elegido por alguien más maduro y más culto que él. Marguerite aspiraba a rodearse de criaturas capaces de seguirla en los vuelos de su inteligencia. Fue algo emocionante. Pero en las raras ocasiones en que acompañaba a su antiguo maestro, Humbert permanecía en silencio, con una expresión ausente, si no molesta.

"No sólo tiene detractores entre nosotros".

Como si hubiera adivinado la dirección que tomaban los pensamientos del maestro, Humbert retoma la conversación.

«He oído cosas buenas sobre ella entre los Cordeliers. Al despreciar las enseñanzas de los clérigos, acabó ofendiendo a muchos de ellos. ¡Y

ese rechazo a las penitencias, a los ayunos o incluso a los preceptos morales! No está lejos de las andanzas de los adeptos del Espíritu Libre. Incluso logró molestar a las beguinas de Sainte-Élisabeth."

«Las beguinas de Santa Élisabeth son almas hermosas y sabias. Pero un poco convencional. Y en su mayoría no tienen educación."

«Eres demasiado duro, hermano. Se dedican a la fe como corresponde. Marguerite piensa que su amor a Dios la exime de la ley y de la obediencia a las reglas de la Iglesia. Pero el amor es un sentimiento ambivalente. Comienza con el espíritu y termina, en las criaturas débiles, devorando los sentidos."

«Aunque sea una mujer…» El hermano Jean esboza una sonrisa, «…Marguerite ciertamente no es débil. Ignorantes, menos aún. Su Espejo es un texto maravillosamente argumentado que muchos clérigos serían incapaces de redactar. Me entristecería que ese libro desapareciera."

15.

Desde hace tres días, tras la ejecución de los Templarios, no ha parado de llover. Del cielo caen espesas cortinas de agua, infladas y plegadas por las ráfagas de viento. Las beguinas permanecen encerradas en sus aposentos y, para ir a la capilla, corren cubriéndose la cabeza con sus mantos.

Al cuarto día, desde la ventana, Ysabel ve salir el sol. Le sobreviene un temblor de impaciencia. Ya está harta de estar encerrada, necesita aire libre para ahuyentar de su cabeza las imágenes que se esconden en su interior: esas cenizas grises que se arremolinan sobre el huerto. Por ligeras que sean las cenizas y por dulce de su oración, por muy hospitalario que fuera su pedazo de tierra para acogerlas, la beguina no puede liberarse del pensamiento de ese dolor, de la imagen de esa piel que al contacto con las llamas se hincha y explota, de aquellos Pulmones que se asfixian invadidos por el humo, acelerando así, menos mal, la muerte. Los verdugos a veces utilizan el anzuelo del barquero con el que construyeron la pira para perforar el corazón de los ejecutados, cuando la paja se prende fuego. Ysabel espera que los Templarios se hayan beneficiado del mismo gesto misericordioso.

Ha pasado más de un mes desde el accidente de Notre Dame. Al principio, cada vez que sonaba el timbre de la puerta, Guillaumette, al ser informada de que un peligro se cernía sobre Maheut, sin conocer los detalles del asunto, temblaba. Hasta ese momento había desempeñado la tarea de conserjería con orgullo y, hay que añadir, no sin curiosidad, pero ahora temía ser ella quien dejara entrar el mal en el Jardín del Edén. No sabía exactamente de qué malas acciones era capaz ese hombre: sólo sabía que sería un hombre armado. Sintió la inquietud de Ysabel. El temblor de su vieja amiga fue motivo de miedo para ella, como podría serlo un puente vacilante sobre un abismo o un muro, erigido contra los bárbaros, que amenaza con derrumbarse. Guillaumette había vivido desventuras que prefería guardar silencio por vergüenza. Sin embargo, de aquellos acontecimientos había aprendido que era mejor confiar más en la fortaleza de ánimo de ciertas personas que en la ridícula cerradura de la que tenía la llave.

Con el paso de los días, sólo visitantes inofensivos llamaban a la puerta. Tranquilizada, Ysabel comenzó a recolectar hierbas nuevamente al amanecer en los prados al este de la ciudad. El hospital ya no requiere su presencia asidua como antes. Con los buenos días disminuyó el número de pacientes, incluso los tísicos, que ahora todos creían perdidos, gracias a cataplasmas y decocciones se recuperó lo suficiente como para llegar a su familia. Sin embargo, hubo dos muertes. La nueva madre, que deja un niño huérfano. Y el viejo Cathau, que murió una tarde sin hacer ruido. Últimamente respiraba tan débilmente que nadie había notado su repentina inmovilidad.

El día que por fin deja de llover, con las primeras luces del amanecer que hacen brillar las tejas de las casas, Ysabel se pone su manto y agarra una canasta. Quizás la hierba todavía esté demasiado húmeda para ser arrancada, pero los prados ofrecen otros recursos. La mujer abre lentamente la puerta y se cuela en el estrecho pasillo que, hacia el este, domina las casas cercanas a las murallas de la ciudad. El de Hades es el último. Dos fuertes golpes al impuesto son suficientes. En el interior se oye el ruido de pasos. La cara soñolienta de Maheut aparece en la puerta y esboza una sonrisa.

«Estoy listo ahora mismo, espera…»

La niña corre a ponerse la camisa y vestirse frente a las brasas aún rojas. Durante la noche, bajó a dormir a la cocina, junto a Hades. Lo hace cada vez más a menudo, le gusta el olor del fuego, el aroma que deja en su piel y en su cabello, el crujido que resuena en la chimenea justo debajo de los azulejos, como si allá arriba un animal arañara la cubierta. Se envuelve en plumas de ganso, se queda dormido en el banco escuchando a su compañero protestar contra el viento que entra por el conducto o ronca lentamente a medida que la noche se hace más profunda. La casa está tan silenciosa... Una tumba.

En unos minutos Maheut está listo. Ysabel le da la bienvenida colocándole una mano en el hombro. La llama de una vela ya parpadea en la habitación del conserje, quien al oír sus pasos sale.

Las dos mujeres caminan rápidamente hacia la calle Barbette. El centro de la ciudad poco a poco va cobrando vida, las lecheras y los verduleros empujan sus burros cargados con cestas aromáticas procedentes de los huertos del otro lado de las murallas de la ciudad. Frente a la puerta, los carros estacionados desde el amanecer esperando la apertura del portón chocan, vuelan los insultos, un jinete con prisa se lanza sin mayores miramientos a la multitud. Ysabel y Maheut se deslizan entre los charcos y las heces de los animales, ponen el pie en el camino embarrado, dejando atrás los muros almenados que dominan el campo y las curvas panzudas de las

cortinas, luego la imponente torre del Templo.

Unos cientos de metros más y el olor ya cambia. Ya no es el venenoso de la ciudad. Pero sí un frescor de hierba. En los huertos, las ensaladas primaverales lucen sus tiernos penachos verdes. Las beguinas bordean los cultivos de Saint-Gervais y luego los jardines de Barbette. Frente a ellos, los prados brillan con rocío.

La superintendente mira de vez en cuando a su compañera. La cara de Maheut está sonrojada por el esfuerzo. Sus mejillas se han redondeado, dando nueva gracia a su rostro de fauno, sus labios se han hinchado como marcados por pequeños mordiscos o besos. Se le ha escapado un mechón del tocado y lo golpea, molesta.

Maheut se parece a la hierba seca que, sumergida en agua, se despliega de repente. Ysabel está feliz de haber tomado la iniciativa. La primera vez, la invitación a acompañarla había estado motivada por la necesidad de liberar a Hades de la hosca presencia de la niña. Entonces lo que había sido dictado por un deber resultó ser un placer.

La niña sabe caminar con el paso vigoroso y regular de quien está acostumbrado a cruzar campos. Deteniéndose para observar un caballo al galope por el prado, sintiendo un cambio de tiempo en el cielo. Mira y, sin decir nada, comparte su felicidad.

“Hoy”, susurra Ysabel, “te contaré un secreto”.

Maheut la mira, esperando.

«En primer lugar, es importante identificar el norte, el noroeste. Ves salir el sol..."

Un fantasma pálido emerge de la niebla.

"No le des la espalda, simplemente da un paso hacia un lado y déjalo a tu derecha".

Maheut obedece.

«Ahora vamos hacia ese prado: mira atentamente a tu alrededor, bajo la hierba, sobre todo si te parece más verde, y al pie de los árboles, entre el musgo».

"¿Qué tengo que buscar?"

“Anillos de bruja”, se ríe Ysabel, balanceando la canasta.

Ya pasó la hora de la misa. Una vez más Ysabel se llevará los reproches de Perrenelle y Maheut, la sonrisa resentida de Hades. Pero las dos mujeres han perdido la noción del tiempo, absortas como están en su búsqueda, especialmente Maheut, que siente curiosidad por saber qué será aquello tan misterioso que busca.

“Ahí”, dice Ysabel de repente.

La muchacha se acerca, arruga la nariz, decepcionada. Entonces curioso. La disposición de los grandes sombreros, de una suavidad ocre claro cremoso, dibuja un círculo casi perfecto en la hierba.

Ysabel se agacha y pela con delicadeza el tallo corto y grueso de

un hongo. Lo invierte, revelando hojas delgadas y densas. Se lo acerca a la nariz y lo huele lentamente. Luego se lo entrega a Maheut, quien a su vez inhala el olor, más por bravuconería que por deseo. La niña siempre ha sabido que debemos evitar acercarnos a esas extrañas criaturas que emergen del suelo de la noche a la mañana, duplican su tamaño en un día y cambian de color según si hace buen tiempo o llueve. Criaturas sin duda malignas, asociadas a la muerte y, según dicen, a prácticas obscenas. Solo mira qué nombres tienen. Oreja de Judas, sátiro fétido o falo inmodesto.

Ysabel, sin embargo, coloca la cosecha en la canasta.

"¿Reconociste el olor?" él pide.

Maheut niega con la cabeza.

"Huele a harina fresca".

"No me di cuenta..."

"Olfatear de nuevo".

Maheut acerca la nariz a su grueso sombrero calcáreo. Aromas húmedos y polvorientos, de harina, sí, tal vez.

"Hay que aprender", continúa Ysabel.

«¿Reconocer el olor de las setas?»

"Te parece una tontería, ¿no?"

«Disculpe, señora Ysabel».

«No, está bien, está bien que una chica de tu edad se comporte así delante de una anciana como yo. Pero me gustaría que prestaras atención a lo que te voy a explicar ahora, porque sé que podrás entenderlo. ¿Qué te dice este olor? Te dice que olvides lo que crees saber, que calle lo que habla en tu cabeza, charlas, rumores, tonterías repetidas para llamar la atención. Y, una vez alcanzado el silencio, te invita a escuchar, a sentir la naturaleza que te rodea. Porque la naturaleza es más rica, más ingeniosa de lo que piensas."

La beguina toma con delicadeza otro ejemplar y lo eleva hacia la luz dorada.

«Ciertos hongos no son buenos para el ser humano, provocan estados de ánimo espesos y problemas de digestión. En ocasiones lo asfixian, causándole la muerte. Pero otras son deliciosas. Éste, por ejemplo, que aparece con anillos extraños y que los espíritus ignorantes asocian con el aquelarre de las brujas. El creador le dio un aroma que no podías reconocer. Para demostrarnos, a través del olfato, que es bueno para el organismo y sabe bien. Como pan. Esta tarde te lo cocinaré. ¡Y te aseguro, pequeña mía, que querrás más!"

16.

Maheut no es el único invitado a la mesa de Ysabel. La vieja beguina regresó del campo más recargada de lo esperado. Cuando se acercaba al muro, un verdulero la había llamado desde su jardín. A su lado había un niño de mirada curiosa: apoyado en su pierna, sostenía su muslo entre sus brazos.

«¿Qué os parece un conejo, buenas mujeres? Te lo venderé por sólo cinco denarios".

«¿Y de dónde salió este conejo?» Ysabel respondió con una sonrisa.

“No sé de dónde vino, pero pasó por mi jardín”.

«Tal vez le atrajo la ensalada».

"¡Tal vez!" había bromeado el hombre.

Unos minutos más tarde, una vez cerrado el trato, Ysabel regresa a la ciudad llevando en el fondo de la cesta, envuelta en un paño, la pieza de caza probablemente cazada furtivamente en los terrenos del Temple o de la Abadía de Saint-Martin. La vuelta del buen tiempo le hizo querer organizar uno de esos "banquetes de primavera", como los llamaba antaño cuando, todavía esposa y madre, ofrecía las primeras cosechas de la huerta, un cordero y un lechón. cerdo, en una gran mesa alrededor de la cual se sentaban, junto a su hijo, el intendente, los jardineros y los mozos de cuadra de su finca. Hoy, junto con Maheut, estarán invitadas Ade y Agnès.

La mesa del beaterio, una sencilla tabla apoyada sobre caballetes, es mucho más modesta que la larga y maciza de su antigua casa. Las tablas de cortar son de madera y los cuencos de loza tosca. El menú también será sencillo. Pero sabroso. A modo de aperitivo, Ysabel dispuso en un plato rodajas de manzanas, las primeras de la temporada. Rellenó el conejo, debidamente mechado, con perifollo y luego lo puso a cocer lentamente en el asador. Como guarnición, hirvió habas nuevas con jengibre y azafrán, acompañándolas con una abundante sopa de pan negro. Los champiñones se frieron en grasa de ganso. Una lechuga completará el menú. Luego se compraban obleas a un comerciante al lado del Templo. Sobre la mesa colocó también dos salsas: una camelina a base de pan asado, machacada con canela y almendras peladas, y diluida con agraz; otro a base de hierbas

aromáticas.

Hades ya ha tomado asiento. Visiblemente preocupada a su llegada, ahora parece más relajada, feliz de estar allí. Maheut está sentado, como de costumbre, junto al hogar, con el aire somnoliento de un animal saciado incluso antes de haber comido. Ysabel sostiene una jarra de vino que se dispone a servir cuando entra Agnès.

«¡La condenaron!»

La puerta se cierra de golpe.

Las mejillas del recién llegado están teñidas de morado. Los demás la miran asombrados.

"¿De qué estás hablando?" Pregunta Ysabel mientras continúa sirviendo el vino.

Pero la vieja beguina entendió.

Su asistente recupera el aliento. Parece diferente de la mujer que caminaba gris y furtivamente por los pasillos de los dormitorios.

Su voz ya no es quejosa ni temerosa. Por emoción, piensa Ysabel. No, también hay algo más. Desde hace algún tiempo, la mujer parece más segura. Fray Geoffroy, el primo dominico gracias al cual entró en el beaterio, dejó Sens para ir a París. Goza del favor de Guillaume de Paris, el inquisidor, y se ha reunido con él en el convento de los dominicos. Agnès ya lo ha visitado dos veces. Habla de él todo el tiempo. Encontró una familia, un linaje. ¿Cómo regañarla?

Soy yo la que debería culparme por no estar lo suficientemente alerta, se dice Ysabel. En abril, la desautorización del libro de Marguerite Porete - porque es seguro que es ella - había recorrido la ciudad. Ysabel estaba sorprendida. Pero luego, con el proceso de los Templarios, con la presencia masiva de los hermanos que vinieron a defender la Orden, y finalmente con la ejecución tan inesperada, tan brutal de numerosas decenas de ellos, acabó olvidándose de la beguina de Valenciennes. Pensar que Margarita estaba de alguna manera protegida por su falta de relevancia, en un momento en que el rey desataba una guerra feroz contra la poderosa Orden de los monjes soldados -quizás incluso engañado por la ligereza del aire primaveral, distraído por la dulzura aterciopelada de las primeras capullos en el 'huerto, de los trinos del ruiseñor que regresa a hacer su nido en los setos del huerto-, Ysabel había relajado su atención.

“No son buenas noticias”, suspira.

Agnès se sienta en el banco junto a Ade. Se inclina hacia adelante y se lava las manos en el recipiente con agua tibia colocado sobre la mesa de las abluciones. Su vaso está lleno, comienza a tomarlo, luego deja caer su mano en su regazo, con el ceño fruncido ante una mirada oscura.

«Una condena nunca es una buena noticia», admite Agnès. «Pero el

inquisidor le había ofrecido la absolución a cambio de su colaboración. Y ella siguió guardando silencio".

"¿Cómo podrían condenarla si no confesó?" pregunta Ysabel.

El otro se siente incómodo. Le gustaría responder. Pero la cuestión es compleja. No quiere cometer un error haciendo el ridículo con Ysabel. Teme que sus palabras lleguen a otros, que lleguen a oídos de Geoffroy. Éste la recibió en su habitación y la hizo sentarse junto al hogar. Le habló confidencialmente del proceso inquisitorial que acababa de celebrarse en el claustro de los dominicos. Agnès tuvo la impresión de que su prima quería advertirle. Esta preocupación suya la llamó particularmente la atención.

«Los canonistas dijeron que habían examinado todo su caso desde la primera reunión en abril. Su libro fue condenado varias veces y, sin embargo, ella persistió en difundirlo. Por lo tanto, ella no sólo es hereje, sino que recae en la herejía."

«Lapso y recaída. Las ocurrencias de los clérigos."

"¡Pero esa mujer profesa ideas peligrosas!"

Incluso su forma de hablar ha cambiado. Inés no parece comprender que, tras ese veredicto, uno de ellos está destinado a una muerte segura, la peor: ser reducida a cenizas, para no poder presentarse ante Dios en el momento del Juicio Final. Al escucharla hablar, Ysabel no está segura de si es la voz de su primo Geoffroy la que emerge debajo de la de ella, si esas son sus palabras o si, simplemente, vuelve a ser la mujer que era antes del daño causado por su marido y antes de la humillación. resultante de la ruina familiar: una mujer de antigua nobleza, culta y capaz de mantener una conversación adecuada.

Agnès se ajusta el tocado y se lleva la mano a la cara. Se vuelve hacia Hades.

«Ama, ama y haz lo que quieras. Esto es lo que dice. Y eso es lo que escribió. Entonces, ¿con el pretexto del amor todo está autorizado? ¿Nos sometemos a las necesidades de la naturaleza, sin prestar atención a los reproches de la conciencia?

Hades palidece.

«Hablas de un amor espiritual» interviene Ysabel. «Aquí la naturaleza no tiene nada que ver».

Maheut vuelve la cabeza hacia el hogar para intentar distraerse de la conversación. La niña recuerda palabras idénticas, aunque entonces sonaran diferentes, suspiraba, las pronunciaba entre gemidos, a veces cantaba. «Corazón sediento», «alma amante», «amor sublime», «nobleza del alma»…

Su madre, que, ebria de devoción junto a Marguerite, llevaba de vez en cuando a su hija a aquella pequeña y fría habitación donde la

beguina las recibía.

Su madre, ora radiante, ora atormentada, absorta en interminables oraciones, descuidaba a Maheut, desanimada por la silenciosa hostilidad de su hija y demasiado débil para intentar ablandarla. Hasta el punto de abandonarla cuando la pequeña la necesitaba.

En la chimenea, el fuego arde de forma extraña. Unas chispas se han colado bajo el tronco que ha añadido Ysabel y, aferradas a una fina ramita, bailan una al lado de la otra, en lenguas puntiagudas.

¿Cuántos años tenía? Una docena, un poco más. El día pasó entre lágrimas y contrición. Apretada entre las capas de las mujeres, la niña se encontró frente a otro fuego, mucho más grande que aquel. Calentó las mejillas y las manos de la multitud reunida a su alrededor. Debe haber sido invierno. Por una vez, con la cabeza gacha, Marguerite se situó en el centro de la gran plaza, dominada por el majestuoso campanario construido por el gremio de comerciantes al oeste de la explanada, mientras que al este se alzaba la gran cruz de piedra encargada por la Iglesia. A su lado un clérigo enviado por el obispo de Beauvais. Querían avergonzarla. Habían decidido reducir a cenizas su libro en el centro de su propia ciudad, delante de sus fieles, para asustarlos, pero también para asustar a los demás. Los comerciantes de telas, con sus aprendices y sirvientes, habían abandonado las tiendas. Marguerite había recibido burlas y escupitajos. El Espejo había sido reducido a cenizas. Y Maheut había pensado que no estaría mal que, junto con el libro, arrojaran también a ella, a Marguerite, al fuego.

Una pelea de pasos. Ysabel viene a sentarse a la mesa, pesadamente.

«No hablemos más de eso y cenemos. Sólo temo las consecuencias de tal sentencia y los rumores que podría extenderse sobre nuestras hermanas beguinas en la ciudad".

El resto de la cena transcurre bajo el lema de temas más tranquilos. La sopa es deliciosa. El conejo crujiente y jugoso, las fragantes habas. Las setas son firmes, con un sabor pleno y delicado a tierra ligera secada al sol. Agnès come con ganas, Ade moja con más moderación un trozo de pan en el cuenco compartido con los demás, pero parece apreciarlo. Sólo Maheut muestra poco apetito. Ysabel le sirvió una pierna de conejo. Lo mordisquea perezosamente y lo vuelve a poner en el plato sin terminarlo.

La asamblea es pequeña, pero Ysabel siente un afecto inquieto por todos, incluida Agnès, a quien se mira por cómo se muestra, no con especial curiosidad. Las mujeres que la rodean parecen muy inexpertas en la vida. Tan vulnerable. Por supuesto, el beaterio es un refugio. ¿Pero son conscientes esas mujeres de que su institución irrita a muchos clérigos y eclesiásticos? ¿Se preocupan por las hermanas

menos protegidas que ellas que viven fuera del claustro fundado por el santo rey?

Sólo Maheut tiene lo necesario para luchar. La energía. Coraje y juventud. Pero ¿cuánto tiempo más podrá permanecer entre ellos? Ese no es su lugar y no tiene ninguno fuera.

Mañana, piensa Ysabel, recogeré un ramo de violetas y lo llevaré a la Santa Capilla, donde descansa nuestro protector. Luigi apreciará esas flores frágiles y modestas.

Cuando la comida llega a su fin e Ysabel se ocupa junto al fuego preparando una infusión, Maheut se levanta bruscamente. Manteniendo su mano sobre su boca, golpea el banco, abre la puerta y sale corriendo al patio. Los demás la oyen sollozar y vomitar, mientras el agua hierve en el fuego.

17.

Hades culpa a los hongos. Ella misma, sin fiarse mucho, sólo dio unos cuantos bocados.

Pero Ysabel duda de este diagnóstico. Comió una gran porción sin sufrir consecuencias. Agnès también se los comió en abundancia. Mientras Maheut acaba de probarlos e Ysabel recuerda haberse preguntado por qué no tenía apetito.

La niña volvió a vomitar a la mañana siguiente. En la palangana que le entrega Hades, Ysabel no ve restos de comida, ni digerida ni no. Sólo una especie de baba con flema. Hades está de pie junto a la ventana mientras la vieja beguina escudriña el líquido amarillento, dejándolo deslizarse por el borde de la palangana. Maheut permaneció en la cama.

"¿Qué piensas? ¿Es en serio?"

"No lo sé", se detiene Ysabel. “Tengo que investigarlo. ¿Y cómo te sientes?"

Hades niega con la cabeza.

"Bien".

"Te ves pálido para mí."

"No es nada, no dormí mucho".

"¿Estás preocupado?"

«No», duda Ade, «tal vez sea la emoción de ayer por la noche. Una cena más grande de lo habitual. Nada especial…"

Luego añade: "A mi hermano le gustaría que me volviera a casar".

Ella misma está sorprendida por esta confesión; no tenía intención de abordar el tema. Quizás las palabras salieron por el regalo que recibió el día anterior de parte de su cuñada. Más libros. En la carta adjunta, Héloïse espera que esos libros le hagan compañía a su soledad. Y le expresa su pesar por no haberla vuelto a ver desde hace mucho tiempo.

Hades apenas conoce a la joven, sólo la conoció con motivo de la ceremonia nupcial entre ella y su hermano, cuando ella había abandonado el beaterio por unos días. Tiene dificultad para concentrarse en su rostro. Mejillas redondas, nariz pequeña. Cabello claro, sin ser realmente rubio. Ojos azules, tal vez. Le había parecido

una mujer agradable y dulce. Hades sospecha que su hermano utiliza esta dulzura para intentar doblegarla.

«Me propuso un nuevo partido hace unos meses. Espera mi respuesta."

"¿Qué crees que estás haciendo?"

Hades se arrepiente de haberle confiado. Pero ahora es difícil no responder.

"Realmente no quiero."

"Continúas siendo joven."

"Mi edad no tiene nada que ver con eso".

«Tiene algo que ver con eso. Todavía puedes tener hijos. Crea una familia. Perdí a un marido al que amaba profundamente. Me volví a casar a pesar de todo. Con mi segundo marido la vida era diferente. Pero no me arrepiento."

«Tú has hecho tu elección, déjame hacer la mía. Cumplí con mi deber, me casé de mala gana para complacer a mis padres. Entonces amé a mi marido. Ahora sólo quiero que me dejen en paz".

El tono de voz es seco. En cierto modo, Hades se parece a las olas del mar, piensa Ysabel. Avanza hacia la orilla y acepta ir hacia ti. Luego se retira, más lejos que hace un minuto.

Ahora Ysabel, junto a la chimenea donde ha encendido una llama para combatir la humedad de la casa, mira a Maheut. Con el corazón apretado. La muchacha se ha quitado la camisa y, como ya sucedió una vez - todo parece ya muy lejano - cuando el comisario descubrió su cuerpo herido mientras la bañaba, la muchacha se queda desnuda, con los brazos a lo largo del cuerpo. Las marcas moradas en su torso y muslos han desaparecido. Los muslos y los hombros están nerviosos, todavía. Pero las caderas se han vuelto más pesadas, los senos cuelgan del pecho, la areola alrededor de los pezones parece haber florecido, oscura, casi dibujada con tinta.

“¿Cuándo tuviste tu período por última vez, hija mía?”

"No lo sé. Nunca han sido regulares."

Ysabel se echa agua en las manos en el fregadero, las seca, las calienta en la llama del hogar. Se acerca a Maheut y le presiona el vientre con las palmas. Cierra los ojos. Se pregunta qué se debe hacer para estar seguro. La abuela ciertamente lo sabía. Ella adivinó la presencia del bebé desde las primeras semanas, con sólo colocar sus manos sobre el cuerpo de las mujeres. Pero Ysabel no tiene este don. Tiene que confiar sólo en sus propios ojos. Y aunque odia admitirlo, sabe muy bien lo que le dicen sus ojos. No hay muchas maneras de decir esto.

"Estás embarazada, hija mía".

“No”, dice Maheut.

"Más allá del cuarto mes, según me dijiste".
«No» repite Maheut.

18.

Con el oído pegado a la puerta de la habitación, Maheut escucha. Aunque hablen en voz baja, distingue lo que dicen. Él entiende qué esperar.

Todas esas oraciones, esas horas que pasé de rodillas, esas lecturas. Hades es en todos los sentidos similar a su madre. La misma voz apagada. La misma hipocresía. Esa que te empuja a meter la cabeza debajo de la almohada para no oír llorar al bebé.

"Necesitamos enviarla a casa".

Ysabel no responde. Maheut no oye más que el ruido de sus pasos en el suelo. Sólo lleva puesta su camiseta. Tiembla, contiene la respiración, no se atreve a moverse por miedo a hacer crujir también las tablas de madera, revelando así su presencia.

Cuatro meses. No soy nada. Una vez había visto a una vaca dar a luz prematuramente: un trozo de sangre y carne. Tiene un vientre plano. ¿Cómo es posible que lo que lleva dentro tenga forma humana? Ysabel conoce las hierbas. Algunos ciertamente podrían ayudarte. Los sirvientes hablaban de ello cuando ella era niña. Se rieron al verla sonrojarse. Una de ellas, una mujer insolente que luego fue despedida, le había gritado: ¡sin las hierbas, los gritos de los mestizos de tu padre se oirían desde la cocina hasta el sótano donde viven las criadas!

«Lleva en su vientre al bebé de su marido. Debe criarlo en la familia", insiste Ade.

“Se llevó a Maheut en contra de su voluntad”, interviene finalmente Ysabel.

"Ella tenía el deber de satisfacerlo porque el matrimonio se había celebrado".

"¿Cómo puedes decir tal cosa, señora Ade?"

La voz es aguda.

«Esto es un matrimonio forzado. Ilegal. Ella sufrió violencia. La Iglesia se opone a este tipo de unión, aunque nuestros señores provinciales no la aceptan tan fácilmente. El consentimiento mutuo establece la unión del hombre y la mujer bajo la mirada de Dios. Es un misterio tan profundo como el de la encarnación.

«Pero el hermano había dado su palabra. Tenía que obedecerle. Tú

también lo escuchaste, era una alianza entre dos familias rivales. Una promesa de paz. Esta unión iba más allá de su persona. Maheut se comportó de forma egoísta y desconsiderada".

«No hay paz ni armonía que pueda surgir de una pareja en guerra».

«Nuestro papel es traer la paz. Estamos capacitados para esta tarea. Suaviza las almas, suaviza los conflictos. A la niña le bastaba con demostrar obediencia y humildad, y su marido se comportaría con benevolencia. Tal vez él la amaba."

"Extraña forma de demostrarlo."

Un susurro, otros pasos, ligeros, nerviosos. Hades también comienza a pasear por la habitación. Maheut siente que la madera de la puerta se calienta y vibra bajo su oreja, tan tensa está su escucha. Durante un largo rato las dos mujeres guardan silencio.

«El dedo que lleva el anillo de bodas está atravesado por la vena del corazón» murmura Ysabel al final en un tono más tranquilo. «No se debe forzar el anillo. De la violencia no puede surgir amor ni solidaridad... No entiendo tu actitud, Ade. La animosidad, la ira que demuestras."

El otro no responde. Su paso continúa golpeando el suelo, como la sangre late en las sienes de Maheut. De repente se detiene. Grita, con una voz que ni siquiera suena a la suya: «¡Va a tener un bebé! Incluso las putas lo saben: ¡sólo se concibe un hijo si se siente placer!".

Maheut baja por la puerta. No escucha la respuesta de Ysabel.

Muy lejos, como un sonido cruzando el agua, un chirrido, el portazo de una puerta. Entonces nada.

La niña tiene sed, frío. Quédate quieto. Se siente tan abandonada como cuando llegó a París. Las dos primeras noches, asustada, hambrienta, había dormido al aire libre, cubierta con harapos encontrados entre la basura, en una choza en ruinas, para protegerse del frío y de los vagabundos. La segunda noche, uno de ellos pasó junto a ella. Ella lo había olido (olía a orina y vómito), pero no lo había visto. Por la mañana preguntó a una mujer cómo llegar al beaterio. El único lugar en la capital del que había oído hablar. De su madre, ¡qué ironía! ¿Ahora también tendrá que escapar de aquí?

Sabe lo que le espera a una chica embarazada y sin marido. Él sabrá hacerse respetar.

19.

"Cuento contigo para que la cuides", dice Ysabel secamente, sin mirarla. Luego sale.

¡Esa anciana cree que lo sabe todo, pero en realidad no sabe nada! Ella te mira satisfecha de sí misma, con el corazón en paz y se permite juzgar.

Hades hierve de ira. Hace mucho tiempo que no tiene paz. Esperaba encontrarla allí. Era todo lo que quería. Una paz perdida desde la niñez, mientras pasaba por la vida como agua de manantial que fluye tranquilamente entre piedras afiladas durante mucho tiempo alisadas por la corriente. Cuerpo y alma sintonizados en un mismo murmullo.

Y luego, la obligan a quedarse en su casa con la pelirroja, que sólo tuvo que abrir las piernas para quedar embarazada, y que ahora quiere abortar. Ysabel le había preguntado de dónde venía todo ese enfado. Maheut sólo está relativamente involucrado. No es más que un mero instrumento vulgar. El guijarro caído al río, un poco más pesado, un poco más compacto que los demás, lo que levanta el barro depositado en el fondo.

Hades se lleva las manos a la barbilla y las coloca con dureza. El gesto debe ser el de oración. Pero es sólo un gesto, carente de devoción.

Al principio hubo sonrisas. Alentador, luego lamentable. Susurros a tus espaldas. Miradas insistentes. Inquieto. Todavía tierno. Luego, con el paso de los meses, cada vez menos tierno. Coléricos. Duro, distante.

Había orado, había hecho ofrendas a María que había dado a luz a Jesús; a Santa Ana, la madre de María que, habiendo permanecido estéril durante veinte años, hizo que un ángel le anunciara el nacimiento de una hija; a Santa Cunegunda que, a pesar de haber hecho voto de castidad con su marido, el emperador Enrique, preparó pócimas milagrosas para ayudar a las mujeres a concebir.

Se había tomado baños aromáticos, aplicaciones negras y viscosas en el vientre. Realizando también otros actos inenarrables, como acudir a la fuente de las Damas para colocar una hogaza de pan y un haz de leña antes de sumergirse desnuda en el agua helada, con la piel

reseca por el frío. Había confiado su intimidad a las manos del sanador. Y, por consejo de éste, con infinita repugnancia, se había comido útero de oveja inmediatamente antes de entregarse a su marido.

Pronto, no quedaría nada del cuidado que el hombre le había mostrado al inicio de su unión. El apareamiento fue vigoroso, pero a ella también le gustó así. Entonces, esos gestos que la llevaban al éxtasis desaparecieron. Simplemente colocó sus manos sobre su piel, se acostó con todo el peso de su cuerpo sobre ella, le quitó la camisa, hundió su sexo en un vengativo adelante y atrás, eyaculó dentro de ella y se dejó caer de espaldas. Ella no se movió, juntó los muslos para contener la semilla y oró.

No hablaron de eso. Y ni siquiera hablaron de las prácticas obscenas del pasado, por las que probablemente ahora estaban pagando el precio.

Pasaron los meses. La visitaba todas las noches, excepto cuando ella estaba menstruando, y luego salía de la habitación. Por lo demás, la joven sólo lo veía en banquetes a los que estaban invitados familiares y vecinos. Su suegra la miró con severidad. Hades temió que quisieran repudiarla. La vergüenza de volver con la familia de origen, expulsada por su marido.

Luego, después de meses, el rastro sangriento, la humillación que surcaba sus muslos, ya no apareció. Esperó un mes, luego dos. Tenía los pechos tensos, agradablemente doloridos. Había pedido que viniera el sanador. Éste le había aconsejado que comiera fruta y miel y le había dicho que daría a luz un niño.

Por un tiempo, la paz había regresado.

Su marido le había puesto en el dedo un anillo de oro engastado con un fino rubí, su suegra le había regalado una bolsa de parto[3] que, en aquel momento, ella misma se había atado al muslo para el toda la duración del embarazo. «Contiene un pergamino que narra el nacimiento de Margarita de Antioquía. Él os protegerá de una muerte brutal, como me protegió a mí". Tragada por un dragón, Margarita de Antioquía había escapado de las entrañas de la bestia, atravesando su columna vertebral con su cruz. Mi hijo, había pensado Ade, no tendrá que recurrir a la violencia para salir a la luz. En el momento adecuado, lo abriré de par en par y él se deslizará sin dolor. Nacerá con la piel sonrosada y un cutis sano.

La mujer puso su mano sobre su vientre y lo acarició mientras cantaba. Para que el niño no le tenga miedo a la oscuridad. A veces sentía que él estaba tan tranquilo que temía que se aburriera, mientras caminaba por los jardines de la propiedad, enseñándole los nombres de las flores. Otras veces, si él se retorcía y pataleaba, ella se reía, y también su marido, ansioso por tener en sus brazos a ese vigoroso

heredero.

Ahora yacía a su lado todas las noches, esperando a que ella se durmiera antes de abandonarse a dormir. El dormitorio principal empapelado de blanco, las cataplasmas de hinojo en la espalda y los muslos de la joven que se prepara para expulsar la vida de sus estrechas caderas. El gran fuego y la palangana para lavar al recién nacido. Las jarras llenas de agua caliente y la ropa limpia.

Pero el bebé no quiere nacer.

Se da vuelta, retrocede profundamente hacia el pecho. Ella grita con un dolor insoportable en sus intestinos.

A ella la llaman la sanadora. Incluso el sacerdote. El hombre le introduce una cánula en el vientre e intenta en vano bautizar al niño mientras está vivo. La mujer tira con fuerza.

Hades se desmaya. Ella es una niña. La madre no la ve ahora y nunca la verá.

20.

"Abandonarlo. Sólo te hará sentir mal. Tendrás diarrea. Siéntate a mi lado, hablemos un poco."

Ysabel, habiendo entrado silenciosamente al laboratorio, se queda cerca de la puerta y mira al ladrón. Maheut salta y guarda la botella que cogió del estante. Fue una estupidez, pero mejor que nada. Se habría arrojado escaleras abajo si hubiera estado segura de salir sana y salva. No puede permitirse el lujo de quedar lisiada. Como le enseñó su padre cuando disparaban juntos al arco, con lentitud y determinación, recurre a sus propias fuerzas.

"No quiero este bebé".

«El problema no es lo que quieres o no quieres. La verdad es que no tienes otra opción."

"Puedes ayudarme."

"No es lo que esperas de mí."

"¡Pero puede hacerse! ¡Cuando la mujer ha sido forzada, se puede! La Iglesia la perdona."

«El niño vive ahora, tiene alma. Sería un pecado mortal matarlo. Tú lo sabes".

«¡Satanás me lo metió en el vientre!»

«Escúchame, Maheut. Con cuidado. Te he ayudado hasta ahora y lo haré nuevamente. Pero al pequeño que llevas no le haré daño".

"¡No existe, no es nada!"

"Y. Un día pisará la tierra y agitará su cabello al viento, como lo haces tú. En tu vientre siente tu ira y tu amargura. ¿Cómo crees que nacerá? ¿Y cómo crecerá? Ya eres su madre, no importa lo que digas. Eres tan responsable de su bienestar como lo fue tu madre del tuyo. Ella te engañó y tú estás a punto de hacer lo mismo".

Silencio.

«Recuerda lo que te enseñé el otro día sobre esas setas que mirabas con recelo. Este niño, si quieres, tendrá olor a harina fresca..."

Ysabel piensa en estas últimas palabras mientras, una hora más tarde, cruza el barrio de los vendedores de segunda mano para llegar a la calle Troussevache. No es el olor de la vida, sino el de la muerte lo

que envenena esos lugares. El hedor a carne podrida no sólo proviene del Gran Matadero y de los animales eviscerados en los alrededores de Les Halles. Hay emanaciones dulzonas mezcladas que Ysabel reconoce de inmediato. Entran furtivamente y se estancan en la calle Neuve-Saint-Merri por la que ella camina ahora, empujada por una ligera brisa del norte procedente del cercano cementerio de los Saints-Innocents. En esa tierra abandonada, que el rey Felipe Augusto había cercado con un muro, están enterrados principalmente los feligreses de la Rive droite, pero también los muertos del Hôtel-Dieu, las víctimas de las epidemias, los forasteros de la morgue y los que se ahogaron en El Sena. . Los pobres están amontonados unos encima de otros, envueltos en una simple tela, en fosas comunes que se reabren y excavan continuamente hasta llenarlas. Como las fosas no dependen de la misma institución, sucede que se abren muchas al mismo tiempo. Uno de ellos debió haber sido entregado recientemente.

Ysabel sabe lo que se dice de la tierra de ese lugar. Se dice que tiene el poder de disolver carne y huesos. Pero a fuerza de amontonarse allí los cadáveres, ese terreno se satura hasta el punto de darle al cementerio una apariencia montañosa. No cabe duda de que por las noches acuden cerdos y perros callejeros, aunque el lugar está cerrado, a desenterrar restos humanos. Ni siquiera en la muerte los miserables tienen la oportunidad de descansar en paz.

Afortunadamente, la calle ofrece a los ojos algo de qué distraerse. ¡Ha cambiado tanto en los últimos diez años! Al igual que el vecindario por todos lados. Al sur y al norte de los Inocentes, a la sombra de la abadía de Saint-Magloire y más allá de la muralla, tras las puertas de Saint-Martin y Saint-Denis, los comercios alimentarios y las hilanderías de lana que antaño constituían las actividades más extendidas han cedido el paso. la transición a un comercio nuevo y más refinado. Al principio eran sólo unas pequeñas tiendas, luego laboratorios equipados con ruecas, urdidores, bobinas de tejido y bobinado, de origen italiano. Poco a poco, entre las fachadas grises de las casas, se escuchaban los típicos acentos cantarines de los comerciantes de Lucca, Génova, Venecia y Florencia, cargados con fardos llenos de ovillos crudos y telas preciosas. Donde antes unas manos rudas cortaban carne o manipulaban la cartulina para hacer áspera la lana, ahora dedos hábiles han comenzado a trabajar los hilos más finos. El hilo fino y brillante de un gusano de China.

El distrito de la seda ha florecido entre el hedor del cementerio. Quizás el difunto tenga algún consuelo…

Las mujeres, en cualquier caso, encontraron allí una oportunidad inesperada. Llegaron en gran número desde otros barrios de la ciudad y de la provincia, atraídos por la promesa de un trabajo bien remunerado y considerado muy respetable para su sexo. Y entre ellas,

hay varias beguinas que han elegido no vivir en comunidad, dentro de un claustro, sin dejar de permanecer cerca unas de otras.

Están por todas partes en esas calles decorosamente pavimentadas, aún brillando por el agua esparcida temprano en la mañana. Se ubicaron junto a las puertas, algunos frente a un mostrador, otros en su tienda, charlando y llamándose desde el escaparate desde el que venden sus productos, con rostros sonrientes y cuerpos más libres que en otros lugares.

Ysabel los acaricia con una sonrisa, aunque su paso es más pesado de lo habitual.

La mujer que visita la beguina en la calle Troussevache posee un puesto que no puede pasar desapercibido. Es uno de los más grandes y mejor equipados. Jeanne du Faut no se limita a vender artículos comprados por otros. Utiliza tejedores, bordadores, artesanos de flecos ornamentales, a quienes encarga pasamanerías, cintas, tocados, carteras, guantes y cinturones. Algunos trabajan en casas cercanas, otros los ha instalado en su propia casa. La mujer también posee, un poco más lejos, un taller de hilatura, al que suministra la materia prima. Y numerosas viviendas que alquila a comerciantes, de los que obtiene ingresos.

Ysabel no ha visto a su vieja amiga desde hace semanas y de repente se siente impaciente. Jeanne es muy querida por ella. La mercería, por el contrario, conserva una imagen de sí misma que nadie más conoce.

Se habían sentido parecido, unos veinte años antes, gracias a las circunstancias que los unieron. El mismo día en que Ysabel cruzó por primera vez el umbral del beaterio, entró también Juana del Faut. Dos recién llegados, ambos recientemente enviudados... había algo con lo que vincularse. Más aún teniendo en cuenta que habían tenido que compartir el mismo alojamiento durante unos meses, a la espera de que hubiera alguno disponible.

Comparada con Ysabel, Jeanne era diez años más joven, ya no era una niña, pero todavía estaba llena de imaginación y alegría de vivir. ¡Y los dos se habían regocijado, en verdad! Habían compartido la misma cama y a veces, en la oscuridad de la habitación, habían intercambiado confidencias sobre sus respectivos cónyuges y el placer que habían recibido de ellos. Jeanne, que no había recibido mucho, había aprendido a satisfacerse. Después de todo - había bromeado una noche en la que ni uno ni otro podían dormir - su confesor no había tenido nada que decir sobre ese pecado que consideraba venial, incluso dando la impresión de apreciarlo. La mujer insatisfecha debe expulsar la semilla para darse alivio, predicó el sacerdote. De lo contrario, ¡el exceso de humedad corre el riesgo de llevarla al adulterio!

Jeanne le había mostrado a Ysabel cómo se hacía. Él había colocado sus dedos, y una vez su lengua, entre sus muslos, riéndose de su asombro.

Pero Jeanne finalmente se había hartado del beaterio. Su padre, fallecido hace unos años, tenía una tienda de telas. Tuvo la oportunidad de conocer en casa de su padre a comerciantes y artesanos extranjeros de Flandes e Inglaterra.

“Podrías trabajar junto a tu hermano”, había sugerido Ysabel, “sin dejar de vivir entre nosotros”.

Jeanne negó con la cabeza. Ahora se había acostumbrado a no depender de nadie.

“La seda es el futuro”, respondió. "Mira a tu alrededor. En esta ciudad se gasta mucho dinero. Los cortesanos, los prelados y, sobre todo, los burgueses de París, los comerciantes, los financieros y los scabini. ¡Quieren que se vea su riqueza! ¡Necesitan ropa que brille y que sea iridiscente, cuellos de sarga y capas de brocado!

La mujer se rió, pero realmente pensó en ese proyecto. Los oficios de la seda estaban reservados a las mujeres y formaban parte de esas raras actividades que podían ejercer sin ser esposas, hermanas o viudas de un maestro.

No dependas de nadie.

La casa de Jeanne tiene dos fachadas. La mujer había comprado la casa del medio unos años antes para ampliarla. El primer piso, con dos grandes ventanales redondos rodeados de follaje, se prolonga con una terraza que protege la planta baja y la tienda de los elementos. Una niña pequeña está sentada en una silla junto a la puerta. Ysabel reconoce a Juliotte, a quien Jeanne du Faut recogió de la calle dos inviernos antes. La niña responde a su sonrisa inclinando la cabeza. Ella está en silencio. Pero tiene ojos vivaces e inteligentes.

«¡Con un guardián así, el ladrón más hábil no podría ni siquiera robar una cinta!»

Jeanne miró por el cristal de la ventana.

"¿Qué dices?"

La mujer muestra una prenda de brocado.

Ysabel entra a la tienda, se dirige hacia su amiga con las manos extendidas. Jeanne ganó más peso. Sus pechos y caderas envueltos en un vestido severo, pero hecho de lana de buena calidad. Junoonica. El término que más te convenga.

Ysabel no tiene tiempo de adaptar sus ojos a la tenue luz antes de que Jeanne le entregue el brocado. Una hermosa tela gruesa, adornada con terciopelo.

"Bien, ¿eh?"

"Hermoso".

«Me lo trajo un comerciante de Lucca. Le gustaría convertirse en mi proveedor. Sus productos son caros, pero conozco algunos señores dispuestos a pagar aún más por un tejido de esta calidad. Me dijo que los artesanos que lo hicieron fueron entrenados por los mejores tejedores de Constantinopla."

Una sonrisa.

«Es más, es un hombre guapo…»

En la tienda, los montones de rollos de tela están alineados sobre perchas. Al fondo, una mujer examina una prenda sacudiendo la cabeza. Béatrice la Grande, fiel ayudante de Jeanne desde hace años.

«¿Qué pasa, Beatriz?» Pregunta Jeanne. "Pareces infeliz".

«La tela que nos dio Basile carece de delicadeza. No es la primera vez que se lo reprocho. Me pregunto si esa mujer realmente usa la seda que le damos o si la reemplaza por otra de menor calidad."

Jeanne niega con la cabeza.

"Déjalo ser. Revisaré el trabajo y me ocuparé del asunto personalmente".

Luego, volviéndose hacia Ysabel: «Ven, querida, charlemos. Además del brocado, el comerciante me dejó, para ablandarme, unas frutas confitadas que me gustaría probar.

Cuando regresa al beaterio, hacia el final de la mañana, con la boca aún azucarada, Ysabel camina más ligera. Jeanne du Faut acepta recibir a Maheut en su casa. ¿Cómo podría dudarlo?

21.

Las próximas semanas están dedicadas a la marcha de Maheut. A los curiosos, Ade les explica que la niña debe regresar con su familia. Ysabel se lo advierte a Agnès, sin revelarle el motivo de su marcha. Maheut no sale, ni siquiera después del atardecer. La muchacha se siente aún más desaliñada que después de la noche de bodas. Un gusano en la fruta. Espera que su cuerpo expulse ese gusano. Sin embargo, se alimenta solo porque se lo prometió a Ysabel. Hades estuvo presente en el juramento. Ysabel una vez más le indicó que cuidara a la niña hasta el momento de la partida. Hades no respondió, habla incluso menos de lo habitual. Maheut a veces se pregunta si ella también estará esperando que el gusano caiga del fruto.

Está previsto que la muchacha se traslade a la calle Troussevache el primer lunes de junio por la mañana. Dos de las bordadoras tuvieron que abandonar ese día la casa de Jeanne du Faut para ir a vivir a la calle Quincampoix. Una de ellas tiene la intención de abrir su propio laboratorio. Juana la animó y le ofreció quinientas liras para abrir el negocio.

“Siempre se ha portado como una buena y fiel compañera”, le confió la mujer a Ysabel. "Está bien que tome vuelo".

Así se entrelaza la solidaridad en el distrito de la seda. Por tanto, dos camas quedarán libres. No es realmente una habitación, sino un rincón que puede convertirse en un lugar acogedor para Maheut y el bebé en camino.

Todo está arreglado.

Entonces todo se complica.

El 28 de mayo, durante la lectura común del Capítulo de la tarde, Perrenelle la Chanevacière se desplomó. Ysabel entra corriendo y levanta la cabeza. El rostro está desfigurado por un espantoso rictus. La beguina aprieta su mejilla contra la boca de la abadesa, siente un leve aliento sobre su piel, se afloja el vestido, se abre el hábito, se frota el pecho con fuerza. Perrenelle vuelve a la vida, pero el rictus permanece, el cuerpo queda inerte en el lado izquierdo, desde el hombro hasta la pierna. Ysabel pasa los siguientes días junto a su

cama. Desliza caldos y remedios entre sus labios fruncidos. Él lava su cuerpo. Lo limpia de excrementos. Perrenelle ya no parece un ídolo arcaico. Su rostro es el de las locas talladas en los capiteles de las iglesias. Contraído en una horrible mueca. Los ojos invadidos por la consternación.

Luego, el primer domingo después de la Ascensión y antes de Pentecostés, el beaterio, ya puesto a prueba por la terrible experiencia de la abadesa, conoció una noticia escalofriante. Tres semanas después de ser declarada reincidente en el convento de los dominicos, Marguerite Porete es llevada a la plaza de Grève para escuchar la sentencia oficial pronunciada por el inquisidor. Están presentes el obispo de la ciudad como autoridad de justicia, el preboste de París como alguacil, un dominico designado por la Orden del inquisidor y un maestro en teología. Después de declarar a Marguerite culpable de haber caído en herejía con el agravante de reincidencia, Guillaume recuerda que el libro de la beguina fue juzgado herético y erróneo. Añade que debe ser "destruido y quemado", y exige que quien posea una copia se la entregue, bajo pena de excomunión, a sí mismo o al prior de los dominicos de París antes de la próxima fiesta de Pedro y Pablo.

Después de esta frase, Guillaume pronuncia dos más. El de Guiard de Cressonesart, un clérigo que dice ser el ángel de Filadelfia enviado por Dios para despertar a los seguidores de Cristo, condenado por haber apoyado a Marguerite, por haberse negado, junto con ella, a prestar juramento y por haberse cerrado. , como la beguina, en silencio. Y el de un judío converso, que volvió a su fe original "como el perro a su propio vómito", que había escupido sobre las imágenes de la Santísima Virgen para demostrar su desprecio. Los tres son entregados al brazo secular y trasladados al Châtelet.

Al día siguiente, 1 de junio por la mañana, Marguerite fue llevada nuevamente a la plaza de Grève para ser quemada viva allí. A su lado sólo está el judío. Guiard de Cressonesart, por miedo a la hoguera, se retractó. Dejó en el suelo la correa de cuero con la que envolvía su cuerpo para mortificarlo y que hasta ese momento se había negado a quitarse. Su pena fue conmutada por cadena perpetua. Lo cual es simplemente sinónimo de una muerte más lenta.

El lunes de la ejecución de Margarita es el día en que Maheut debe abandonar el beaterio. Hades le preparó un bulto de ropa en el que colocó dos camisas usadas y una bata que ella descartó. La beguina no puede esperar. Maheut está sentada junto a la chimenea, ahora apagada, y espera con las manos en el vientre. Está pálida, pero sus mejillas redondas, sus labios carnosos, el nuevo perfil de sus pechos y de sus caderas le dan el aspecto de alguien rebosante de salud.

Ysabel, que debería acompañar a la niña, se hace esperar. Hades está inquieto. Es en ese momento cuando un joven asistente llama a la puerta. Perrenelle ha empeorado, la vieja beguina no quiere dejarla, la abadesa podría fallecer en cualquier momento. Hades debe acompañar a Maheut.

La joven suspira y se pone el manto. Los dos salen del portal, con la cabeza gacha, en actitud incómoda, bajo la mirada sospechosa de Guillaumette.

En la rue du Figuier el aire es bastante fresco. Ráfagas de viento, procedentes del río, se precipitan entre las fachadas de las casas. Las dos mujeres caminan sujetando la capucha con una mano. La Place de Grève no está en absoluto en su itinerario, pero acaban encontrándose allí. Ade dirá más tarde que fueron allí ante la insistencia de Maheut. La niña conocía a Marguerite, le habían informado de su sentencia, quería verla por última vez antes de morir. Hades habría acabado cediendo, por un sentimiento de compasión hacia la condenada, queriendo acompañar sus últimos momentos con la oración. ¿Cuánta curiosidad de Ade, cuánto resentimiento de Maheut contribuyeron a la decisión? Ysabel no podía decirlo.

Habiendo llegado aproximadamente al centro de la calle de la Tixeranderie, en lugar de continuar por la derecha hacia la calle de la Verrie y luego hacia la calle Saint-Merri, las dos mujeres se dejaron guiar por la izquierda por la multitud, como se sabe. mucho poder de persuasión tiene, a través de la breve Vie du Mouton, hasta la gran plaza, batida por las olas del Sena, donde se celebrará un espectáculo al que todos querrán asistir.

Mientras tanto, Humbert cruza el Pont aux Changeurs. Se tapa la boca y la nariz con el manto y toma el estrecho pasillo de la curtiduría, contaminado por el hedor de las pieles tratadas. Tiene miedo y no sabe por qué. Quizás sea la velocidad con la que pasó todo... No hubo tiempo para acostumbrarse a la noticia. Habiendo llegado a París tres días antes, se enteró casi de inmediato de la condena de Marguerite, que aún no había llegado a Valenciennes, y aquí ya estaba en la calle para presenciar la ejecución. ¿Con qué palabras decirle al viejo maestro? Su compasión se dirigió inmediatamente hacia él. Pero al oír el ruido de la multitud, al imaginar la pira preparada, la mujer atada a la estaca, la carne quemada en las llamas, su atención cambió de objeto. Quizás el miedo venga de ahí.

Ade, Maheut y Humbert llegan a la plaza justo cuando se hace el silencio. Los vendedores ambulantes y empresarios de turno dejan de hablar, los tenderos dejan de hacer ruido, los sinvergüenzas dejan de reír. Marguerite acaba de subirse a los haces. Las dos mujeres que

llegaron del norte, el hombre que llegó del sur, se cuelan entre la multitud. Hades intenta sujetar a Maheut por la manga, este último está decidido a acercarse a la condenada. Humbert apenas vislumbra su figura encapuchada antes de volver su mirada hacia Marguerite. Dirán los cronistas que la mujer, en sus últimos momentos, dio muchos nobles y religiosos testimonios de penitencia que tocaron con compasiva compasión los corazones de numerosos transeúntes, llevándolos hasta las lágrimas. Pero en ese momento, Humbert la ve como siempre la ha visto. Encerrada en ese secreto que la impregna.

El rector coloca junto a ella un ejemplo del Espejo de las almas simples, quizás el que Guillaume de Paris sometió al juicio de los teólogos seis semanas antes. Los cascos de los barcos amarrados al puerto chocaron contra el muelle. El viento se hizo más fuerte. La niña de la capa oscura que Humbert notó está parada junto a la pira. De repente, deja caer su capucha, soltando cabello del color del fuego. Los curiosos se alejan con un murmullo. La mujer que la acompaña inmediatamente le cubre la cabeza y se la lleva del brazo. Una fracción de segundo. Humbert vislumbra su rostro. Un lirio inclinado sobre un cuerpo frágil.

También el franciscano se vuelve de espaldas, con la cabeza gacha, avergonzado de huir y deseoso de estar lejos, lo más lejos posible, en el momento en que la leña se incendia, y mientras tanto una pregunta molesta distrae sus pensamientos de la Escena funeraria que se está desarrollando en el centro de la plaza. ¿Qué hace Maheut el Rojo en ese lugar, vestido como una beguina?

Segunda parte

De noviembre de 1311 a noviembre de 1312

Cuando una beguina habla
no te lo tomes demasiado bien:
todo es religión
que hay en su vida,
lo que dice es profecía,
y si ríe es compañía,
y si llora es devoción,
y si duerme, está contemplando,
y si sueña, es una visión,
y si miente, no le creas.

Si te casas con una beguina,
esta es su forma de vida:
por sus votos y profesiones
no se quedan para siempre,
uno llora, el otro reza,
uno se casará,
ahora es Marta, ahora es María,
ahora soltero, ahora casado.
Pero no digas nada más que bien,
De lo contrario, al rey no le
gustará.
Rütebeuf (1230-1285)
El dicho de las beguinas

1.

La niña está sentada en el suelo, junto a la ventana. Un hilo de baba gotea de las comisuras de sus labios entrecerrados. Levanta la cabeza y la mano izquierda, abiertas como para captar la sombra del pájaro que agita las alas en el piñón. Sus ojos se abren, contiene la respiración.

Los ojos, lo único que le quitó... Muy alargados, ligeramente tirados hacia las sienes. Verduras. Con motas de bronce y oro. Por lo demás, la cara redonda y regordeta de los niños pequeños cuya fisonomía no está clara. En cuanto al cabello, sólo tiene algunos reflejos rojos, como ese rayo de luz que ahora trae el sol a la habitación, junto con la sombra del pájaro. Cabello castaño, destinado a volverse cada vez más oscuro a medida que crece. Quizás, como su padre, la pequeña tenga el pelo negro.

Logró salir con sus propias fuerzas de la cuna donde Maheut la había acostado, no queriendo sentir la piel del bebé contra la suya durante la noche. Al menos está tranquila, no me molesta a cada paso, se dice la joven, metiendo una pierna debajo de la manta para protegerse del frío. Al otro lado del entresuelo, Juliotte gime y se acurruca en los brazos de Ameline, la bordadora con la que comparte cama. La habitación está helada. El otoño ya ha vuelto. Tan fragante, tan vivo en el bosque donde una vez galopó Maheut, tan triste en esta gran ciudad donde afuera solo hay frío, oscuridad y barro.

Gracias a Dios, a pesar del bebé, los días pasan más fácilmente aquí que en la casa de Hades. Más feliz. Son cuatro las chicas que viven ahora en la casa de la seda, con Thomasse, la criada que duerme en un armario contiguo a la habitación de Jeanne du Faut. Pero cada día se les unen otras bordadoras y Béatrice la Grande, la directora de la tienda. En esa casa se trabaja mucho. Pero también reímos, cantamos.

Jeanne du Faut es exigente y, al mismo tiempo, justa. Generoso. También hay algo más en ella que Maheut no puede definir bien. Esa mujer a veces le hace pensar en el gato que el mayordomo de su padre había conseguido para matar las ratas y los ratones del granero. Un animal preciso y rápido. Saltando. Y de repente se hizo un ovillo, con una mirada vaga y saciada. Del mismo modo, Jeanne se acurruca

frente al hogar de su apartamento, recoge sus formas generosas, sus brazos redondos, sus caderas opulentas, sus muslos como dos columnas bajo las faldas, hunde la cabeza entre los hombros, se envuelve en sus Carne propia, masa inerte y radiante.

Su casa es como ella, eficiente y viva, pero animada por profundos movimientos subterráneos, por deseos silenciosos, por placeres satisfechos. Aunque Maheut está recluida, poco interesada en las charlas de otras mujeres, es sensible a esa atmósfera, su cuerpo se nutre de ella sin que ella lo perciba, vuelve a encontrar emociones olvidadas.

Juliotte vuelve a gemir. Maheut ve emerger la cabeza despeinada. El mudo abre un ojo, se asombra de la luz, ve a la niña. Se levanta inmediatamente, corre descalza por el suelo, agarra a la niña casi desnuda, la abraza, la lleva al calor, debajo de la manta.

Un gruñido de reproche.

Maheut sonríe. Confía en Juliotte. La mirada de este último no expresa realmente un juicio. Si pudiera hablar, sus palabras serían dulces como la miel. Pero la niña ya no tiene lengua.

Nadie sabe cómo sucedió. Ameline afirma que se lo arrancaron y que solo vio un trozo de carne encogido en el fondo de su boca mientras dormía. Pero Ameline dice muchas mentiras. Lo cierto es que la señora Jeanne encontró una mañana a Juliotte, nombre que le puso porque nadie sabe su nombre de bautismo, abandonada delante de su puerta, hambrienta, medio helada de frío, y la acogió en su casa. Maheut también tuvo una experiencia similar y lleva el recuerdo impreso en su cuerpo.

Juliotte, con su silencio, se ha convertido en su amiga. La niña la impresiona aún más que Jeanne du Faut. No puede hablar, pero tiene ojos vivaces, oído fino y manos ágiles. Cuida el puesto como nadie y todos en el barrio lo saben. Incluso los ladrones lo saben: en las tabernas cercanas a las murallas, donde suelen reunirse, es bien conocido el timbre que hace sonar la manada al menor accidente y que molesta a todas las mujeres del lugar. Pero la acción de Juliotte no se limita a esto. La niña se encarga de todo. Tanto en verano como en invierno esparce hierbas aromáticas por el suelo. Durante los períodos en que el clima sea seco, exponga sábanas y mantas al sol para eliminar los parásitos. Sin embargo, cuando hay humedad, deja secar las mechas de las lámparas en el fuego. Unta el interior de los frascos con miel para atrapar moscas, empaca pasteles de queso fritos con polvo de acónito para envenenar a las ratas y ratones que se cuelan en la despensa. Devuelve el sabor al vino vacío sumergiendo en él felandrio y granos del paraíso, quita las manchas de la ropa de sus compañeros con orina mezclada con hiel de buey, mientras utiliza agraz en los trozos de seda para evitar que se decoloren.

Pero sobre todo le gusta ayudar en la cocina. Como no puede saborear la comida con la boca, lo hace con la nariz. Con los ojos cerrados sobre la sartén.

Nadie sabe de dónde obtiene su información. Juliotte observa, reproduce, inventa. No pide nada, da espontáneamente. La manada ha tratado a Maheut como a una hermana desde su llegada. Ella estuvo allí, el día del parto, poniendo agua al fuego, asistiendo a Ysabel que había sido llamada el día anterior, cuando comenzó su parto. Durante todas aquellas horas, mientras Maheut, gritando y sudando, intentaba expulsar a la mujer extranjera de su vientre, Juliotte le había enfriado la frente con una venda, le había masajeado los brazos y las piernas, las caderas, la había dejado deslizarse entre sus labios. Pociones amargas y tónicas. Maheut ahora sabe que puede contar con ella para la niña.

La muda, la pelirroja y la mestiza: o estamos cerca. ¡No está mal, como trío!

En la cama, escondida bajo el edredón, la niña ríe y Juliotte con ella. Chirridos agudos, gorgoteos. Desde la planta baja se oye el chirrido de la persiana de la tienda al abrirse.

Se hace tarde, es hora de levantarse. Jeanne du Faut permitió que sus hijas permanecieran un poco más en la cama esta mañana. En los dos días anteriores hubo un pedido importante que preparar y algunos invitados que recibir. Entonces los trabajadores tuvieron que trabajar más horas de las acordadas. Pero ahora el sol está alto en el cielo y no sólo la tienda está abierta, sino que pronto llegarán las bordadoras. También está ese comerciante de Lucca, esperado por la amante y a quien Maheut siente curiosidad por conocer. Le gusta el acento italiano, su voz fuerte, sus gesticaciones, los dulces que ofrecen a todos. A veces le gusta repetirse esas extrañas palabras cantarinas que esos tipos intercambian entre ellos mientras abren los baúles y desempacan los bultos.

El dueño, que la presentó en la tienda y a sus amigas como una pariente lejana de Ysabel, recientemente viuda, ha renunciado a convertirla en bordadora. Entre sus dedos de niña, cortos y macizos como los de un niño, el hilo brillante se desvanece, se enreda, los puntos se confunden. La muchacha trabajaba entonces en la tienda como dependienta de Béatrice la Grande. Mientras éste gestiona los pedidos que llegan del exterior, distribuye los ovillos, controla el trabajo, Maheut clasifica, reordena, extrae de los percheros los rollos de tela que necesitan las trabajadoras y las piezas encargadas por los clientes. También deberá encargarse de la limpieza del local.

«El puesto es un cofre del tesoro», dice Jeanne. «Valora lo que te dan».

Maheut se pone la bata, se lava la cara y las manos con agua fría, se recoge el pelo en un gran pañuelo de tela, se ennegrece ligeramente las cejas pasándose un dedo frotado con un trozo de carbón. La escalera baja hasta la planta donde se encuentran las habitaciones de la dueña y su habitación, junto con el taller de bordado, que Jeanne quería con una ventana a la calle para que las trabajadoras pudieran trabajar durante el día. Desde allí, una escalera de madera, cuyos peldaños de caracol están soldados a un panel de una sola pieza de haya, conduce hasta la tienda. La persiana ya está abierta, la calle se inunda de olores y sonidos, el tictac de pasos sobre el pavimento, el ruido de cascos, la voz de los vendedores llamándose unos a otros.

En lo alto del entresuelo, Juliotte acaricia el cabello de la niña, repentinamente silenciosa, y besa la manita que vuelve a extenderse, abierta, hacia la ventana.

2.

Ysabel se revuelve inquieta en su asiento. A su derecha, vislumbra el rostro de Jeanne la Bricharde. La abadesa ha asumido ese típico aire distante con el que repele a los intrusos.

En el púlpito, llevando al extremo el tono agudo de su voz juvenil, el clérigo continúa el sermón.

«Las buenas esposas de Cristo», dice, «viven recluidas. Quienes no lo hagan, deberán consagrarse enteramente a él para demostrarle que son dignos de su amor".

Alrededor de la tonsura, el cabello color estopa ha perdido la curvatura que tenía cuando llegó. Un candado se deslizó sobre su sien. Su rostro es alargado, seco y nudoso como su cuerpo -un árbol muerto, a tan temprana edad...-, pero empapado de sudor como el de un hombre gordo y de temperamento sanguíneo.

Al principio su sermón fue simplemente aburrido: el clérigo había enumerado sistemáticamente todas las partes del sermo modernus, había diseccionado sin cesar las citas bíblicas y los exempla, había repasado detalladamente la vida ascética de la beata María de Orange, quien, a pesar de su matrimonio, Se había retirado a una ermita y había recibido a cambio visiones místicas y éxtasis. Pero ahora, cuando se trata de sacar conclusiones, se vuelve desagradable. Viendo la expresión del rostro de Bricharde - piensa Ysabel - comprendemos que ella también opina lo mismo.

Desde que entró en el beaterio, la superintendente ha tenido la oportunidad de escuchar decenas de sermones en la pequeña capilla. Y una gran cantidad de discusiones, comentarios, lecturas teológicas. Las beguinas lo desean y, en particular, la nueva abadesa, elegida tras la muerte de Perrenelle. A diferencia de Chanevacière, Bricharde es una erudita, lee latín y lo escribe perfectamente. Proveniente de una familia de alta burguesía ligada a la corte -su padre y su hermano están al servicio de los banqueros del soberano, su tía Isabelle de Tremblay abastece de ropa lujosa a la casa real-, la mujer recibió la mejor educación gracias a profesores bien remunerados para iníciala en las sutilezas del pensamiento. Invita regularmente al púlpito de la capilla a miembros de la Universidad -el que habla es de la Sorbona-,

dominicos o franciscanos, e incluso sacerdotes seculares. Además, numerosos clérigos insisten en ser llamados, dado que el público de las beguinas es muy conocido entre quienes desean formarse en el arte del sermón.

Hay que decir que nunca ha habido tanta predicación en París como en las últimas décadas, ni tanto esfuerzo en enseñar la predicación. Con el tiempo, las ciudades se han transformado en inmensos hormigueros. Son frenéticos, animados, llenos de riqueza y laboriosidad, convirtiéndose en un punto de atracción para masas que buscan perspectivas laborales. Las autoridades religiosas se encontraron de repente impotentes ante los mendigos, los miserables que se afanaban por todas partes, en las calles, en los puertos, en los talleres y en las tabernas: porteadores, aprendices, carniceros, curtidores, libertinos de la Baillehoe. burdel, el Abreuvoir de París o la rue Tiron. Móvil, esquivo, muy diferente de los antiguos siervos, subordinado al señor y al sacerdote desde el nacimiento hasta la muerte. ¿Cómo defenderse? Enredada en el ceremonial y en una lengua extraña a la mayoría de los fieles, la Iglesia se dejó abrumar por predicadores laicos, cada vez más numerosos, que comenzaron a despotricar en las calles, arengando a la multitud en lenguaje vulgar, profesando a veces ideas heréticas. . Por lo tanto, decidió reaccionar formando predicadores agresivos.

Ysabel sonríe. ¡Cuántos jóvenes acudieron a la capital para aprovechar la educación de grandes maestros! Decidido a dominar perfectamente el texto bíblico para corregir los errores teológicos de los predicadores "no autorizados", a formarse en latín, pero también en la lengua del pueblo. Se preparan manuales para que les apoyen y orienten, se les anima a utilizar episodios de la vida de santos y mártires pero también historias divertidas y personales...

Puede que sea severa, suspira la vieja beguina, pero ese individuo torpe y engreído me exaspera. El orador desarrolla cada punto del discurso siempre con el mismo tono, incapaz de alternar gravedad y ligereza, de gestionar pausas, de jugar con el ritmo y la rima. Ysabel intenta centrar su atención en el mechón grasiento que le cuelga sobre la oreja. Siente el roce, intenta con una mano vacilante arreglarse el cabello de manera decente, pero el mechón cae inmediatamente hacia atrás. Esta comedia involuntaria del gesto no basta para hacer menos aburrido el sermón.

«Cuando Cristo decide dirigirse personalmente a las mujeres que no viven en reclusión, exige toda su atención. Una petición que las beguinas deben tener presente. Necesitan eliminar todas las distracciones de sus vidas".

El clérigo levanta el dedo en gesto autoritario. Bricharde ha perdido su expresión distante. Ahora su rostro está tenso, como su

cuerpo.

¿Tiene idea ese árbol muerto, piensa Ysabel exasperada, de que el fundador de su escuela llegó mucho antes que él a predicar en esa capilla? Con talentos muy diferentes, y otras palabras.

¡Robert de Sorbon defendió tan bien a sus hermanas! La pequeña biblioteca del beaterio conserva una copia de cada sermón que allí pronunció. Al contrario de otros clérigos, como Ranulph de La Houblonnière, que bajo las imponentes bóvedas de esa misma capilla decía estar preocupado porque la vestimenta de las beguinas sirviera para ocultar comportamientos contrarios a la religión, él las tomó como modelo. Benignae fue la palabra que utilizó para designarlos, los "benefactores". Haciendo así de su nombre sinónimo de bondad y humildad, y de su Orden, de amor.

«Dondequiera que estés», continúa el clérigo, «ya sea en una iglesia escuchando un sermón, o afuera en público, debes hacer todo lo necesario para honrar tu amor divino y desear lo antes posible un momento de soledad para comunicarte con él. porque sólo en la soledad Cristo revela sus secretos. ¿Crees que cuando pasas un día en la ciudad, el espíritu de Dios viene sobre ti? ¡Ciertamente no! Pero lo hará si te arrodillas ante un altar, una imagen de la cruz o de la Virgen María, o si, junto a tu cama, te postras en el suelo".

Ysabel suspira. Él sabe qué sentimientos animan al predicador. Desde su primera aparición en el centro de las grandes ciudades, cada vez más visibles en su soledad, un cierto olor a azufre acompañó a las hermanas beguinas. Burlados, sospechosos de hipocresía, acusados de cambiar de estatus a su conveniencia. La anciana no ha olvidado el cruel dicho de las beguinas de Rutebeuf, que algunos todavía cantan: Ahora es Marta, ahora es María, ahora soltera, ahora casada. Tampoco ha olvidado las quejas del franciscano Gilbert de Tournai, quien afirmó que no estaba claro en qué orden debían colocarse, si entre los laicos o entre las monjas de clausura. En vísperas del segundo concilio de Lyon, cuando el Papa había encargado a los obispos que prepararan una lista de abusos que debían corregirse en las diócesis, Gilbert había redactado un informe en el que acusaba a las beguinas de ociosidad y, peor aún, de realizar traducciones erróneas. de la Biblia y luego difundirlas. Reprochándoles, más que la libertad de su estatus, la de su pensamiento. Durante el mismo concilio, el obispo Bruno de Olomouc los había declarado culpables de una doble negativa de obediencia, hacia el sacerdote y hacia el novio. El hombre que ahora habla desde el púlpito ciertamente comparte estas ideas.

El clérigo se seca el sudor de la frente con la manga, mira a la asamblea compuesta exclusivamente por mujeres, parece estar esperando. ¿Qué reacción espera de un discurso así? Ysabel no pudo responder. Sólo algunas de sus hermanas pueden imaginarlo. El

sermón ciertamente agradó a Agnès, cuya austeridad parece haberse visto reforzada aún más por el contacto con el hermano Geoffroy. Hades… Quizás se reconozca en ese ideal de soledad recomendado por el eclesiástico. Pero ¿qué pensaría su amiga Jeanne du Faut? Ella, en palabras del predicador, no se limita a "pasar un día en la ciudad", sino que vive allí; Por supuesto, reza, pero sobre todo trabaja, entregada a Cristo pero también a su taller y a las mujeres que trabajan para ella. Más de una vez, Ysabel tuvo la impresión de que Jeanne utiliza su condición de beguina para preservar la libertad que tanto aprecia. ¿Pero no se aprovechan todos, de una forma u otra? ¿Qué podrías reprocharle?

Jeanne ofrece a sus compañeros trabajo y a veces alojamiento. Los protege, sin la ventaja del claustro que mantiene abrigado el gran beaterio, sin apoyo real, sin el dinero de donantes ricos, sólo gracias a sus propios bienes y a su propia energía. Tras la tortura de Margarita Porete, quienes viven fuera del claustro corren peligro. Su actitud, su forma de vestir son mirados con recelo. A pesar de ello, la mercería sigue hospedando a Maheut y a su hija.

Ysabel inclina la cabeza. Los pensamientos se suceden uno tras otro sin que ella pueda controlarlos. Los rasgos del rostro, en la penumbra de la capilla, siguen involuntariamente los movimientos de la mente. El sonrie. Él suspira.

Extraña a la pequeña hija de Maheut. Sus mejillas tiernas, su mirada soñadora... Dulce, cariñosa. Sin embargo, la niña emerge como una planta sin raíces junto a una madre que no la ve, que deja a otros la tarea de alimentarla y cuidarla. ¿Pero cómo podemos sorprendernos? Sólo hubo violencia entre ellos, desde la concepción hasta el nacimiento.

Tan joven, tan pequeño. Es pecado embarazar a mujeres de esa edad.

Los hombros del bebé estaban atrapados. Jeanne du Faut dudó en llamar a una partera. Se hablaba demasiado de beguinas: historias horribles de bebés ilegítimos a quienes les rompían el cuello o que se ahogaban poco después de nacer.

Hasta ese momento, Ysabel había presenciado el nacimiento de una sola mujer, una sirvienta, en la propiedad de su difunto marido. La partera había llegado demasiado tarde, el bebé ya estaba saliendo, con chorros de líquido, cuando la niña todavía estaba de pie en la cocina. Todo había sido fácil. El niño se había escapado como un pez que se tambalea en el río.

Maheut, en cambio, llevaba horas gritando.

Ysabel se había bajado la parte superior del hábito, anudándolo alrededor de sus caderas. Sin ponerse la camisa, se lavó los brazos y las manos con jabón y luego se los secó con un paño limpio como

hacía su abuela. Y había cerrado los ojos, como lo hace ahora, en la capilla resonando la acritud de aquel clérigo cobarde. Colocó sus manos sobre el vientre de la parturienta, deslizando sus dedos en la vagina dilatada, dejándose guiar por ellos. Había rodeado la cabecita con las palmas, evitando forzarla a salir a pesar de los gritos de Maheut, hundiéndose aún más en la carne, entre los humores y la sangre. Había hecho girar el cuerpo resbaladizo de la recién nacida, acompañando el ritmo de las embestidas incontroladas de la joven madre que Jeanne du Faut, ayudada por el pequeño traje de neopreno, mantenía inmóvil, dándole valor, secándola y al mismo tiempo preparando una sábana limpia. y mantas para recibir al bebé.

Leonor. Así se llama. El mismo nombre que la abuela de Ysabel. Un sacerdote, amigo de la casa, había venido a bautizar a la niña. Era perfecta, pero pequeña, su respiración apenas visible. Ysabel le había propuesto ser su primera madrina. Le había pedido a Hades que fuera el segundo en caso de que no pudiera asumir la tarea durante el tiempo necesario. Hades, que la había acompañado, permaneció rígido contra la pared durante el parto. Blanco e inútil como un fantasma.

Ysabel siente presión contra su brazo. Bricharde pone su mano en la curva de su codo. La vieja beguina abre los ojos. Todos han notado que últimamente está cansada a menudo. Por supuesto, las hermanas están preocupadas por esto, pero sólo la vejez reclama lo que le corresponde y eso, de una manera extraña, desdibuja los límites del tiempo, permitiendo que imágenes del pasado emerjan en el presente. Una palabra, un destello de luz, el perfil de un rostro basta para que esas imágenes se presenten. Como si no estuvieran muy detrás de ella, sino a su alrededor, invisibles pero capaces de manifestarse en cuanto encuentran un defecto.

Un susurro. El roce de las sotanas. El coro se reúne. Canta el canto de comunión. Las modulaciones familiares anulan con sus espirales el eco áspero del sermón.

Tengo mucho que hacer hoy, vuelve a pensar Ysabel, pero mañana iré a visitar a la niña.

Una hora más tarde, cuando la beguina ya ha regresado a su herbolario, el joven clérigo de la Sorbona cruza el patio del claustro, envuelto en su manto, sin haber obtenido de Bricharde la invitación a cenar que tal vez esperaba. Si está de mal humor, no deja que se refleje en su rostro, que siempre se contrae en la misma expresión sombría que muestra durante el discurso. Se acerca al gran portal cuando alguien golpea la aldaba desde afuera. Guillaumette empuja la puerta de madera desde un costado. El predicador aprovecha para cruzar el umbral. Su figura es aplastada por la imponente del hombre de traje oscuro que al entrar se encuentra con el otro que sale.

3.

Alto, piernas largas, hombros anchos. Un rostro oliva en el que ya reaparece la barba, afeitada por la mañana, ennegreciendo la barbilla. Mirada desdeñosa. Pómulos altos. Mejillas hundidas. Avanza a grandes zancadas, como un hombre que camina por el campo. El manto vuela, la túnica que lleva debajo se levanta, los nudos de la cuerda, que tensa los pliegues de las caderas, resaltando su delgadez, golpean vigorosamente en la ingle.

Un caballero vestido de franciscano.

Bricharde lo sopesó de un vistazo. Curioso, sospechoso. No quería sentarse. Se traga de un trago el contenido del vaso que le sirvieron. Juega al juego de la conversación con una amabilidad reticente. Parece tener prisa y, al mismo tiempo, inquieto.

«Nunca he conocido a Jean de Querayn, pero lo conozco por su reputación. ¿Cómo estás?"

La voz de Jeanne ahora ha cambiado ligeramente. Secadora. El hombre parece darse cuenta. Él endereza los hombros, suspira, sonríe. Al final, accede a sentarse en la silla que ella le señala justo delante de él.

«El hermano Jean tiene el corazón cansado. Hace semanas que apenas se levanta de la cama".

"Lo siento. ¿Aún puedes continuar tus estudios?

«Está releyendo asiduamente el Nuevo Testamento. Creo que encontrarás nuevos elementos en los que pensar".

Bricharde inclina la cabeza.

«Como todos nosotros… le agradezco los buenos deseos que me envía a través de usted».

«Tenía que estar en París por asuntos relacionados con mi comunidad. Consideró oportuno que yo viniera a saludar en su nombre a la nueva abadesa del beaterio".

"¿Te quedarás en la capital por mucho tiempo?"

"Unas pocas semanas. El profesor no puede seguir mi formación por su estado de salud y lo lamenta. Quiere que complete mis estudios de teología con los maestros de los Cordeliers. El prior del convento lo aprobó."

«Por supuesto, cree que usted será un buen predicador. Los franciscanos necesitan este tipo de talento. Es un honor para usted".

«El hermano Jean también pensó que podría beneficiarme una visita a su instituto. Está convencido…”.

Humbert subraya las palabras con una leve sonrisa. «…Está convencido, como lo estaba su gran inspirador, Jean de Vitry, de que no se puede llegar a ser un predicador de talento sin tomar el ejemplo de las beguinas».

La abadesa asiente.

«Aunque no hemos hecho votos, seguimos un camino similar al de los frailes mendicantes. Me dijeron que vuestro maestro frecuentaba el beaterio de Valenciennes.

"Estaba feliz de ir allí".

«También me dijeron que conocía a la beguina quemada en la plaza de Grève la primavera pasada. Una mujer de tu ciudad..."

Humbert se inclina y apoya los antebrazos sobre los muslos. La conversación está cambiando de dirección.

«…Marguerita Porete».

"Él la conocía".

Bricharde también se inclina hacia adelante.

“¿Eran amigos?”

"No exactamente".

«¿Estaba interesado en sus escritos? ¿Los has leído?"

"Sí, los leyó."

"¿Y tú?"

Ahora, totalmente quieto, Humbert intenta comprender adónde se dirige la abadesa.

“Sí, los leo”, responde al final.

Luego: «Perdónenme si soy descarado, pero ¿por qué estas preguntas?»

«Intentamos estar al tanto de lo que pasa en el mundo. Sé que Jean de Querayn tuvo algunos problemas por el apoyo dado a esa beguina."

Entonces es esto. Bricharde está bien informado.

Los problemas que encontró el viejo maestro no se extendieron ampliamente. Había sido llamado por el inquisidor de Beauvais, pero el hermano Jean estaba demasiado débil para moverse. El prior, que partió en su lugar, había accedido a perdonarlo, a condición de que dejara de escribir y de hacer oír su voz fuera del convento.

"Él es un hombre viejo. Ya no tiene mucho que temer", continúa Jeanne. «Nuestros compañeros están más expuestos. La condena de Marguerite ha caído sobre todos nosotros".

«Yo no estuve presente cuando el inquisidor pronunció la sentencia. Pero me dijeron que nunca describió a Marguerite Porete como una beguina, precisamente para no desacreditarte. Él sabe que

el rey protege vuestra institución."

«Felipe protege el beaterio por devoción a su antepasado, Luis el Santo. ¿Pero, por cuánto tiempo más?"

«No deberías preocuparte... En cuanto a mí, no estoy aquí para predicar las ideas de Marguerite, si eso es lo que temes. Leí El espejo de las almas simples y aniquiladas. Pero a diferencia de mi maestro, no suscribo sus pensamientos. Repito, simplemente vengo a saludarlo en su nombre. Y también, como os dije, porque busco a una muchacha de nuestro pueblo que vestía hábito de beguina aquí en París: la familia quisiera saber de ella.

«Entiendo, hermano mío. Así que dejemos este tema de lado."

Bricharde se levanta, recogiéndose la sotana con las manos. Es una mujer elegante en su austeridad. Puede que tenga unos cincuenta años, pero su rostro es terso bajo el velo y el tocazo que lo enmarca. La expresión es altiva.

"Al menos recuérdame el nombre de la chica antes de iniciar la visita".

«Maheut el Rojo».

La abadesa frunce el ceño.

"El nombre no significa nada para mí."

«Probablemente estaba de paso por tu casa. El hermano de la niña está preocupado, hace muchos meses que no recibe cartas suyas. Además, la madre está muy enferma".

«La señora Ysabel quizá pueda darle información. Ella es una de las más antiguas de la comunidad. Además, sé que ella está bien informada sobre nuestras hermanas en la ciudad".

Hasta ahora Humbert sólo ha visto el de Valenciennes. Bricharde nota su asombro ante la discreta belleza de los edificios que le muestra. La abadesa le muestra la amplia sala común revestida de roble donde se celebran los Capítulos, luego la capilla, modesta pero adornada con los adornos del coro iluminado por velas, y finalmente el huerto con sus enormes calabazas y sus hileras de puerros cuidados. .

Orden y limpieza. Si no existieran alojamientos que delimitaran el patio interior, se podría pensar en estar en un monasterio. La vida, sin embargo, no conoce las limitaciones del monasterio. Pasan dos mujeres charlando, con la cesta bajo el brazo y la cabeza simplemente envuelta en un paño blanco; otro, con una capa ribeteada de piel, entra en una hermosa casa de dos pisos; la puerta se abre varias veces y aparecen figuras apresuradas que entran y salen. Una vez terminada la misa, cada una de las beguinas reanuda su trabajo.

Humbert comprende bien que, con una visita tan escrupulosa, Bricharde intenta demostrarle mucho más que la buena gestión del lugar. Probablemente también allí, como en otras partes, hay

mezquindades, conflictos, pensamientos pecaminosos. Pero el clima que reina allí es muy particular. Hay armonía y, al mismo tiempo, vigor. Las beguinas de Valenciennes, pobres almas envueltas en sus lúgubres reglas, están lejos de alcanzar tal perfección. Ahora Humbert comprende la determinación con la que la abadesa protege el claustro. Por muy informada que se muestre, seguro que está al tanto de las últimas novedades. En particular, los que proceden de Viena.

Poco había trascendido, hasta ese momento, del concilio organizado por el Papa en la ciudad de Rodense tras meses de vacilaciones. El tema principal es la Orden del Temple, cuya disolución solicita Felipe el Hermoso. Dicen que a finales de octubre cientos de hermanos salieron de los alrededores de la ciudad y se declararon dispuestos a rechazar las acusaciones, y que hay un número cada vez mayor de prelados dispuestos a apoyarlos. Pero además de esta cuestión principal, hay otras que abordar. A Clemente V le gustaría lanzar una nueva cruzada para liberar Jerusalén. Por otro lado, sin embargo, se exige una reforma de la Iglesia. Los obispos han preparado cahiers de doléances en sus respectivas provincias, con largas listas de denuncias: desde el abuso de poder y el exceso de riqueza hasta la arrogancia, desde la simonía hasta el libertinaje, desde el ausentismo hasta la ignorancia. Entre los puntos a tratar, también el instituto de las Beguinas.

Con la condena de Marguerite Porete por herejía, han resurgido viejas denuncias contra estas mujeres en situación informal. Si antes sólo había sospechas, generadas por la libertad de la que podían disfrutar las hermanas laicas, ahora hemos pasado a las acusaciones. Los prelados de los distritos alemanes, donde las beguinas parecen ser especialmente numerosas, siempre han sido los más ardientes en desear que volvieran a las filas. Todos recuerdan bien que siete años antes, en Metz, una beguina había sido acusada de profecías falsas. La torturaron, le quemaron las plantas de los pies y luego la metieron en prisión. En Colmar y Bâle, otras beguinas habían sido acusadas de herejía. Los obispos de Oriente, que durante años han hecho todo lo posible para someter a las mujeres que viven aisladas a la autoridad de los párrocos, ahora refuerzan su control sobre los beaterios, sometiendo las opiniones de los candidatos a un profundo interrogatorio antes de concederles la autorización para entrar en ellos. La fuerte influencia de estos obispos dentro del concilio nos hace temer lo peor.

«¡Están hablando de una secta! ¡Para calificar a estas santas mujeres utilizan el mismo vocabulario reservado a los herejes!»

Humbert no ha olvidado el arrebato del hermano Jean durante su última conversación. El anciano no pudo recuperarse de la noticia de la muerte de Marguerite. A su regreso de París, Humbert tuvo que

contar una y otra vez lo que había visto en la plaza de Grève. Al repetir la historia, ante la perturbación de aquel anciano que lloraba y que, en su desconcierto, parecía por primera vez patético, Humbert había empezado a utilizar expresiones propias más de la hagiografía que de la descripción de la realidad. Altiva con su sotana blanca, digna y serena: esta es la imagen que Jean conserva de su amiga. El anciano siempre ha estado al abrigo de la violencia del mundo, nunca ha conocido el olor a carne quemada.

Con el paso del tiempo, el dolor ha disminuido, pero la devoción obsesiva por Marguerite y sus seguidores parece crecer. Humbert está preocupado. Ve en el maestro la misma obstinación que llevó a Marguerite a la hoguera. ¿Entonces la amenaza de un juicio no fue suficiente para él? Humbert recuerda que reaccionó con crueldad ante sus críticas a los obispos alemanes.

"No se puede aceptar todo en nombre de una fe que pretende estar directamente inspirada en Cristo", respondió. «Ya sabéis lo que dicen: en Oriente, chicas muy jóvenes deambulan por las calles provocando escándalo. Otros atacan a los transeúntes, se dirigen a ellos con cánticos ruidosos y piden limosna".

El anciano le dirigió una mirada de decepción.

«Es verdad, esto se dice... También se dice que andan con hombres pervertidos como ellos. Begardí. ¡Que se apareen y prediquen en cuevas! Pero son sólo pretextos y mentiras. Sin embargo, creo que los clérigos no aceptan que entre las beguinas haya personalidades cultas, capaces de dominar las Escrituras y predicar. Después de todo, ¡ahí es donde reside su poder! Marguerite no sufrió torturas por perversión. Nunca lo olvides. Es la primera mujer quemada por un libro".

Una ráfaga de viento frío golpea el rostro de Humbert. El Bricharde que estaba a su lado se detuvo. El fraile nota su mirada atenta, que inmediatamente recupera. Están situadas frente a la puerta de un gran edificio que se prolonga longitudinalmente, junto a la capilla. El hospital.

Al caminar por la sala común donde están alineadas las camas de los pacientes, separadas entre sí por espacios suficientes para permitir la privacidad, Humbert debe notar que el hospicio no es menos que los otros edificios del beaterio. No hay ningún atisbo de miseria típica de los hospitales. Incluso se puede respirar un aire agradable, una mezcla de cortezas y hierbas quemadas. Una decena de pacientes descansan bajo sábanas blancas y cálidas mantas de lana. Algunas personas levantan la cabeza al ver pasar al franciscano. Una le tiende la mano, quien finge no verla. Más lejos, junto a una cama, está sentada una mujer. Se da vuelta al escuchar sus pasos, luego se levanta pesadamente y se acerca a ellos con una sonrisa.

Debe ser la beguina de la que le habló Bricharde. Una anciana rechoncha, de piel gruesa típica de las personas que viven al aire libre. Al acercarse, la túnica desprende un olor extraño, una mezcla de salvia y alcanfor. Por un momento, Humbert tiene la impresión de retroceder al pasado. Una desconexión, como suele ocurrir cuando nos quedamos dormidos. Por primera vez en años, piensa en su madre.

Ysabel, por su parte, admira las vigorosas proezas del fraile. Ella está asombrada por el vestido que parece tan inadecuado para ese hombre.

«Dama Ysabel», dice Bricharde, «os presento al hermano Humbert, que vino a visitarnos desde Valenciennes».

Detrás de la anciana aparece otra beguina, en la que Humbert no se había dado cuenta.

Cara desgarbada. Expresión codiciosa.

«Y ésta es la señora Agnès, su asistente».

"Su hospital está muy bien cuidado", dice Humbert.

"Gracias. Por el momento, el otoño es más indulgente que el año pasado. Tenemos pocos enfermos".

Ysabel gira la cabeza hacia la cama de la que acaba de salir.

«Sólo Margot está realmente enferma. La madre nos trajo a esta pobre niña hace dos días, pero esperó demasiado. Me temo que no pasarás la noche."

Una figura diminuta simplemente levanta la manta.

"¿Lo que está mal con él?"

«Sufre un problema cardíaco. La conozco desde pequeña, siempre ha sido frágil. Necesitaba descansar, pero sus padres tienen otros cuatro hijos pequeños. Y tuvo que trabajar como cardador de lana."

Bricharde se vuelve hacia Humbert, como esperando su comentario, pero el franciscano permanece en silencio.

«Dama Ysabel», continúa la abadesa, «el hermano Humbert me preguntó si había entre nosotros una muchacha de la región de Valenciennes».

Ysabel levanta las cejas.

«¿Valenciennes? No creo. Tiphanie está ahí, pero me estás hablando de una chica. Hace mucho que no viene".

«Unos diecisiete años. Rojo» interviene Humbert.

Ysabel amplía su sonrisa.

"¿Rojo?"

Un descanso. Insinúa una mueca.

«No, la verdad, no lo creo… ¿Quieres continuar la visita al hospital?»

Unos minutos más tarde, Bricharde y el franciscano vuelven a la cancha. Humbert sólo dio una mirada distraída al baño y a la

enfermería. Tiene la desagradable impresión de que se han burlado de él. La anciana parecía sincera. Pero esa mirada puesta en él, esos ojos que captan sin revelar nada… Y luego la reacción de la otra, detrás de ella, su pequeño sobresalto de asombro. Ya está harto de visitar cada habitación y pasillo del complejo, sólo quiere volver al convento de los Cordeliers.

La abadesa finge no darse cuenta de su silencio. Se dirige hacia una casa bastante modesta, al lado de la capilla. Empuja la puerta. Humbert, resignado, sube tras ella una estrecha escalera, la sigue hasta una gran habitación y se ve obligado a cerrar los ojos. El lugar está bañado de luz. La ventana orientada al este deja pasar la luz blanca del final de la mañana. Delante de la sala, a contraluz, hay una mujer sentada detrás de un atril sobre el que se coloca un gran volumen abierto. Frente a ella, una docena de niñas, agachadas en pequeños bancos, comparten unos salterios. Un poco aparte, una niña traza letras con un lápiz de metal sobre una tablilla de madera cubierta de cera.

"¿Quién puede repetir las letras que aprendimos ayer?"

La lección acaba de comenzar. Una niña se da vuelta, distraída por el sonido de los pasos de los visitantes.

La mujer cuyos rasgos Humbert no puede distinguir inclina la cabeza hacia ellos a modo de saludo y luego se dirige a la curiosa mujer con voz firme.

«María, estoy esperando».

Pero el otro reconoció a Bricharde acompañado de un hombre con hábito franciscano. Ella permanece en silencio por la emoción.

«Perdóneme por la interrupción, señora Ade», dice la abadesa acercándose a ella. «Dejé que este fraile de Valenciennes visitara nuestra casa y no podía dejar de ir a la escuela».

Humbert se acerca para saludar al interlocutor. Se detiene de repente, sorprendido por sus rasgos. La mujer es hermosa, de una belleza que nunca hubiera imaginado poder encontrar en un beaterio. La frente alta, la boca fina, el rostro de un óvalo perfecto que se inclina, a modo de saludo, sobre un largo toca blanca. Un lirio.

No es la primera vez que lo compara con un lirio. Porque ya ha visto a esa mujer. Tal belleza nunca se olvida. Y recuerda exactamente dónde.

"Trato de enseñarles a leer como ellos me enseñaron a mí", dice la joven con una sonrisa de disculpa.

La voz es dulce, pero no muy melodiosa.

«Tres o cuatro letras al día, y la última está dedicada a la repetición completa del alfabeto».

«Aprender las letras mientras Dios creó el mundo», comenta Humbert.

«Sí… Pero no todos los estudiantes saben mantener la atención».

«Se necesita paciencia, señora Ade. Dios mismo nos lo demuestra", interviene Jeanne.

La joven inclina la cabeza.

Bonita y fría, piensa Humbert. Un lirio, sí. Flor noble. Aunque prefiera los del campo.

El fraile se acerca al atril.

«¿Podría ver tu libro? Me parece bien hecho."

Hades da un paso atrás.

El volumen está formado por gruesas páginas de piel de oveja cosidas sobre una costilla de cuero y revestidas de raso azul. Los salmos se dividen de la forma habitual, en ocho grupos según las horas de los Oficios y los días de la semana. Cada texto introductorio está adornado con una miniatura historiada con representaciones de escenas del Antiguo y Nuevo Testamento: David repitiendo el salterio, los milagros de la Virgen, la Virgen y el Niño... Un auténtico tesoro.

«¿Proviene de la biblioteca del beaterio?»

"No", suspira la joven. «Es un regalo de mi cuñada… La joven esposa de mi hermano».

Un sonrojo invade sus mejillas. Se siente incómodo con la proximidad del hombre. Pero Humbert no se marcha. Al contrario, se acerca un poco más.

"Es magnífico. ¿Sabes dónde se hizo?"

«En Champaña».

"¿Tu familia vive allí?"

"Sí".

La chica que practicaba escritura se detuvo. Los observa atentamente. Humbert siente su mirada sobre él. Hades también lo escucha y se apresura a presentarla.

«Clémence de Creté. Entró en el beaterio esta primavera para perfeccionar su educación."

Clémence hace una reverencia, pero Humbert apenas responde al saludo. Centrado en la voz de Hades.

El acento de la joven confirma lo que dijo. En realidad, procede de Champaña, no de Hainaut. Sin embargo, Humbert está seguro de que realmente es ella. La mujer que vio en la plaza de Grève el día de la tortura de Marguerite Porete, mientras tiraba del brazo a la Pelirroja.

4.

Dejando atrás la rue des Béguines, Humbert también deja atrás almas preocupadas.

La abadesa se pregunta el motivo de la visita del franciscano. Ella realmente no cree en la explicación que le dieron. Esos hipotéticos saludos de una vieja erudita de Valenciennes a la que nunca ha tenido la oportunidad de conocer... En cuanto a la búsqueda de una pelirroja perdida bajo el vestido de beguina, no sabe qué pensar. El hombre es inteligente. Difícil de penetrar. ¿Que tiene un papel menos confesable que el declarado?

Agnès está llena de sorpresa e indignación. Escuchó a Ysabel decir una mentira. ¡Frente a un fraile! ¡Sin la menor molestia! ¿Deberíamos hablar de ello con la abadesa? ¿Con Geoffroy? ¿Pero decir qué? Maheut dejó el beaterio hace más de un año y no sabe dónde puede estar la niña. Ysabel simplemente le dijo que había sido acogida en otra comunidad, lejos de París.

Quizás sea mejor permanecer en silencio. Es innegable que en los últimos meses Ysabel ha mostrado signos de declive. Cada vez más, Agnès la encuentra durmiendo junto a la cama de algún paciente. La anciana también muestra una preocupación exagerada por algunos de ellos. Una noche, cuando todos habían regresado a sus respectivos alojamientos y los pacientes se estaban quedando dormidos (ella misma se había asegurado de que todo estuviera en orden antes de retirarse a su habitación), Agnès vio al comisario entrar en el dormitorio y, a la luz de la luz, de una lámpara de aceite, para untar durante mucho tiempo un ungüento sobre el sexo de una muchacha que había sido llevada allí más muerta que viva, después de haber sido violada por desconocidos. Una prostituta.

Su primo Geoffroy considera peligroso que las beguinas cuiden a los enfermos y muertos. Algunos de ellos, desde muy pequeños, son llevados a una peligrosa proximidad a las tentaciones carnales. Ahora que se conocen mejor, Agnès ha sentido más de una vez su preocupación por la libertad de la que disfruta la abadesa del claustro, sin ningún control por parte del prior dominico. Geoffroy incluso sugirió que se retirara a una comunidad menos permisiva. Hay

algunas en París, como las Haudriette o las buenas mujeres de Sainte-Avoye, donde podría ser acogida a pesar de estar casada. Pero Agnès tiene otros planes. Sin embargo, prometió estar atento.

Clémence también está preocupada. No podía decir por qué. Ese hombre alto, esos hombros anchos. La forma en que se acercó a Hades. Como un árbol que con su sombra oscurece la hierba clara. Hades, con quien realmente le gustaría hacerse amiga. La niña había visto por primera vez a la joven beguina mientras aplicaba un paño empapado en bardana sobre la piel inflamada de su madre. Inmediatamente sintió su dulzura. Nunca hubiera imaginado que el camino de esa alma sería tan arduo.

Ysabel, que debería ser la más enfadada de todos, simplemente está de nuevo junto a Margot, que poco a poco se va desvaneciendo. Desde que la pequeña está allí, ni su padre ni su madre han venido a visitarla. La beguina es comprensiva, siempre encuentra una excusa para todos. Pero no para ella misma: nunca debe dejar de estar presente. En cuanto a la mentira que le dijo al franciscano, Dios la perdonará.

El visitante no parecía muy dispuesto a la benevolencia. Hay algo pesado y oscuro en él que no sabe muy bien de dónde viene, pero que en cualquier caso es poderoso. Ella nunca le permitirá acercarse a Maheut y su pequeña. Sin embargo, Ysabel se tranquiliza colocando la almohada debajo de la cabeza del paciente, hay pocas posibilidades de que encuentre el lugar donde ella está escondida. Y, una vez cumplidas las tareas que el convento le ha confiado, el fraile regresará a Valenciennes.

Ysabel se equivoca, pero ahora su atención está en otra parte. Sus ojos están fijos en ese rostro con enormes ojeras, y apoya sus manos en esa frente fría. La vieja beguina respira lentamente para acompañar al moribundo, para guiarla, para liberar sus pulmones, su corazón oprimido y el alma que allí vive.

En su habitación, arrodillada a los pies de la cama, Ade reza.

Es en esto último en lo que piensa Humbert mientras sube por la rue de la Verrerie. El franciscano decidió no regresar inmediatamente al convento. El día ya está avanzado, pero aún le queda mucho por hacer. Nada más salir del beaterio se detuvo a comprar una empanada caliente a un vendedor ambulante, la devoró contemplando el espectáculo del río, luego continuó su camino, con la boca aún cubierta de la grasa con la que estaban empapadas la pasta y la carne. en.

En el camino se pregunta si la joven lo reconoció. Tal vez no. Ese día, en la plaza de Grève, sólo pudo vislumbrar su rostro en el momento en que la beguina se volvió para sacar a Maheut de la

hoguera. En ese momento Hades sólo tenía ojos para su compañera, temiendo que su cabello rojo pudiera llamar la atención.

¿Qué hacía una mujer de tanta belleza en tal lugar, con esa chica? Esto es lo que todavía no entiende. Evaluó a Hades de un vistazo. Y lo que observó no encaja con las circunstancias de su primer encuentro.

A su derecha, la fachada de la iglesia de Saint-Merri se vuelve dorada a la luz del atardecer. Evadiéndose con dificultad de la multitud de compradores atraídos por los tenderos de pasamanería que se encuentran cerca del edificio, Humbert se detiene un rato al final del atrio. Tiene que pensar en qué hacer. Su mente está tan pesada como su cuerpo, sus pensamientos son confusos. Esto es lo que sucede cuando te ves obligado a tomar más de un camino. ¡Si tan solo hubiera encontrado a la chica! Pero fue ingenuo al pensar que podría estar en el claustro protegido por el rey. ¿Realmente fue por ese camino? Es probable, dada su familiaridad con Ade y la actitud ambigua del antiguo superintendente del hospital. Pero ahora quizás se esconda en un lugar más discreto. Tendremos que llamar a las puertas de las beguinas que viven en la capital por decenas. Sin siquiera tener la certeza de que sigue en París.

Con las manos cruzadas sobre el vientre y la cabeza gacha, Humbert parece estar rezando, pero su paso golpea el pavimento. A través de la capucha de lana, el fraile siente el sol calentando su nuca. Se apoya en las caderas, como aprendió a hacer durante las largas horas de oración que pasa de pie, estira la espalda, poniendo a prueba la flexibilidad del cuerpo, sintiendo los músculos deslizarse sobre los huesos. Respirar profundamente. No tiene sentido ceder a la frustración. Después de todo, él sólo tiene la culpa.

Cuando, a su regreso de París, informó al hermano Jean que había visto a Maheut en la plaza de Grève vestida de beguina, pareció tan asombrado como estaba. El viejo franciscano sabe bien quién es la madre de la Chica Roja, a quien conoció gracias a Marguerite. El hermano Jean es su guía espiritual. Cuando su hija se escapó, dejando a la familia en desgracia, la mujer acudió a él en busca de ayuda. Pero ¿por qué Humbert aceptó esta misión además de la otra, absurda y peligrosa, que le había confiado el maestro?

"Si nuestra familia hubiera tenido un poco de dinero, te habríamos nombrado caballero, hijo mío".

Una frase de su madre. Una espina plantada en el corazón.

«No habría vasallo más noble al servicio de su señor. Más valiente, más fiel y devoto."

Devoto, lo es. Pero su señor, ahora, no es más que un viejo fraile, testarudo e imprudente.

Olor a callos curados, chorros de sangre negruzca en el desagüe. La

tarde se acerca al atardecer, los comerciantes del mercado cerrarán pronto, el frenesí de las últimas rebajas, de las últimas llamadas antes de reenvasar la mercancía, agita todos los puestos. Humbert ahora sabe adónde ir.

En la desembocadura de la calle Pirouette, la gran columna de la picota tiene el aspecto escalofriante de un campanario con aberturas hundidas, cortadas por una gran rueda suspendida horizontalmente. El franciscano respira aliviado al ver que no hay ningún condenado expuesto. Un hombre ha aparcado su carro contra la mampostería y descarga dos cadáveres cubiertos de moscas.

Humbert se dirige al norte, llega a las murallas entre el revoltijo de carros que se apresuran a salir de la ciudad y los que se agolpan en la entrada antes de que se cierren las puertas, cruza las murallas del Hôtel d'Artois. A partir de allí, el camino continúa, más ancho, pero repulsivamente sucio, flanqueado por ruinas de casuchas y numerosas tabernas. Los hombres que entran, con la cabeza hundida entre los hombros, no vienen sólo a beber vino agrio. Este es el barrio de todo el tráfico. Hay vallas, cómplices disponibles para robos, chicas e incluso chicos a bajo precio.

Uno de ellos, sentado cerca de la puerta, lo sigue con la mirada. Humbert se detiene, duda si preguntar o no qué dirección tomar. Pero es mejor utilizar las referencias que quedan grabadas en su memoria. Se reinicia. El paquete que lleva debajo de la sotana, directamente contra su piel, golpea su costado y ralentiza cada uno de sus pasos.

5.

La niña de corazón frágil muere a la hora de Completas. Atenta como está en su tarea de acompañarla, Ysabel no nota que el tiempo pasa. Al caer la noche - "a más tardar cuando ya no es posible distinguir una moneda de Tours de una moneda de París", dice el reglamento - el beaterio cerró sus puertas. Realmente es demasiado tarde para acudir a Maheut y advertirle que un hombre la está buscando. Lo hará mañana.

Por eso, en la tienda de seda nadie presiente el peligro inminente. Y hay otras razones por las que Maheut no puede dormir. Al caer la noche, Thomasse, la pequeña sirvienta, salió del armario contiguo a la habitación de la señora donde suele dormir, para llegar a la habitación de las niñas en el ático. Esto sucede cuando Dame du Faut recibe a alguien para cenar y la velada se prolonga. La pequeña llegó con pasos rápidos, se deslizó en la cama compartida, pegándose a Ameline. Ambos se rieron y susurraron, lo suficientemente alto como para que Maheut los oyera, hasta que Juliotte, con un gruñido amenazador, los silenció.

Ahora Maheut es el único en la habitación que no duerme. Se pregunta qué pensar de las alusiones de Ameline. No es la primera vez que la escucha pronunciar discursos de este tipo. Pero Ameline es estúpida. Uno podría preguntarse cómo una criatura tan trivial es capaz de crear bordados tan delicados. Inclinada sobre su trabajo, junto a la ventana de cristal del laboratorio, con los dedos ocupados con la aguja y el hilo, parece casi elegante. ¡Simplemente abre la boca y la ilusión desaparece!

Maheut se tumba boca arriba y se hunde bajo la manta hasta la barbilla. Normalmente, los chismes de las chicas de la casa la dejan indiferente, pero esa noche se siente como si estuviera frenética. En su cuna, Leonor parece insensible a la agitación de su madre. Impresionante su forma de dormir absolutamente silenciosa. Sin los gemidos, murmullos, chasquidos de lengua o pequeños llantos habituales en los bebés. Maheut la acuesta, Leonor estira los brazos a lo largo del cuerpo, la mira y luego cierra los ojos. Y eso es todo.

Ameline, que sigue rumiando, se comporta como uno de esos

animales en celo que el granjero de su padre calmaba con cubos de agua. Tan pronto como aparece un hombre, ella tiembla y se sonroja. Cuando llegó Maheut, la pequeña le había hecho toda una serie de preguntas incómodas sobre su experiencia como novia. Si él supiera...

Maheut se pone de lado, con los muslos tensos y acurrucada. Pero esto es sólo un hábito, ya no es estrictamente una reacción de miedo del cuerpo. Ha olvidado el olor de Guillebert, aunque permaneció mucho tiempo anidado en sus fosas nasales como un reptil en el fondo de su guarida. Aún conserva el recuerdo de las manos duras sobre su piel y el tormento en su vientre, pero son sensaciones lejanas. El miedo ha disminuido, la ira también. Queda otro sentimiento, difícil de definir.

Una risa se eleva desde la habitación de abajo. Maheut reconoce la manera de reír de Jeanne du Faut, seguida inmediatamente por otra risa más suave que había oído a menudo. Marie Osanne, la otra mercero de la calle Troussevache. Su negocio es el único que puede rivalizar con el de Jeanne. Desde hace años, las dos mujeres tienen tiendas una al lado de la otra. Cercanos, competidores, había pensado Maheut al llegar a la casa de la seda. Amigos, tuvo que darse cuenta de inmediato... No hay nada extraño en esto. Ambas son beguinas. Sin embargo, todavía piensa Maheut, hay algo más entre ellos que una comunidad de espíritu y vida. Esas miradas que se intercambian, esas visitas frecuentes... A horas tan tardías.

Lo que Maheut sabe proviene de las historias de Ameline. Este último simplemente difunde los rumores habituales. ¿Qué necesidad hay de amplificarlos? Mujeres que viven juntas, sin el control de un hombre... una situación turbia, propicia a la sensualidad, a las relaciones ilícitas. ¡La estupidez de la oveja aullando con el lobo!

El frenesí de Maheut está en su apogeo, pero en realidad es ella quien lo alimenta. Como atormentada por un demonio, la joven no puede evitar imaginar a la morena, de carne golosa, y a la rubia, de cintura delgada, abrazadas fuertemente en una cama, que Thomasse mantiene alejada de miradas indiscretas, mientras se meten los dedos. "en las rendijas del otro, como ella misma lo hizo cuando era niña, antes de saber que ese éxtasis era un pecado.

Le duelen los pechos. El vientre palpita. Da vueltas y vueltas en la cama. Vuelve a abrir los ojos sin saber si ha dormido mientras tanto. Las sombras ya son menos espesas en el entrepiso, pronto será de mañana. Dios mío, se pregunta al final, ¿me estoy volviendo como Ameline, con la carne tan débil como la de la fiera más salvaje del patio? Ysabel, que sabe bien de qué se trata, seguramente le respondería: no te preocupes, no es tormento, sino placer. Y la vieja beguina estaría feliz. Porque esos tormentos significan que Maheut está en el camino de la recuperación.

6.

Ni siquiera la vieja beguina durmió. Hasta Prima, permaneció cercana al difunto. Murió dulcemente, le dice a Bricharde, quien viene a rezar junto al cuerpo de la pequeña. Durante las horas que estuvo velando por ella, la imagen del franciscano desapareció de su mente. Repasó los momentos vividos juntos, como siempre ocurre en circunstancias similares. La pequeña, que le llevaron cuando sólo tenía dos años, se asustó por aquellos síncopes que los vecinos interpretaron como una intrusión del Maligno. Luego, las visitas habituales. A medida que fue creciendo, Margot vino por su propia voluntad y habló poco. Le gustaba sentarse en la cocina viendo al herbolario preparar los elixires. Ésta siempre le daba, además de los remedios, un plato de caldo en el que la pequeña mojaba una gran rebanada de pan.

Amanece cuando Ysabel sale del hospital, confiando el cuerpo a las manos expertas de sus compañeros. Pero en lugar de dirigirse inmediatamente hacia la casa de la seda, pasa por la poterna situada en las murallas detrás del beaterio.

Las mujeres del claustro rara vez utilizan ese pasaje, que desemboca en el barrio de Saint-Paul, un laberinto de calles abarrotadas donde bataneros, toneleros, yeseros, porteadores y otros trabajadores acuden para poner sus armas a disposición del puerto. La beguina necesita algo de tiempo para encontrar alojamiento al final de un callejón sin salida y embarrado. Hecha de guijarros y tablas, encajada entre otras chozas similares, es muy pequeña, con el interior lleno de hollín, oscura y fétida como un basurero de turba. El padre ya se fue en busca de trabajo. Y la madre también. Una niña descalza desciende de la escalera del entrepiso con un bebé en brazos. Escucha con resignación la noticia de la muerte de su hermana, prometiendo contárselo a sus padres. El beaterio, piensa Ysabel, seguramente tendrá que hacerse cargo del funeral. No será la primera vez.

Después de haber cumplido esta última tarea, y sólo entonces, Ysabel deja reaparecer en su mente la figura oscura del franciscano. Y que la urgencia que exigen los vivos se impone a las obligaciones contraídas con los muertos.

Unos minutos más tarde, Ade está a su lado en la carretera que lleva a la calle Troussevache. La joven, que parece tomarse en serio el papel de madrina, suele acompañarla, cuando puede, a la casa de la seda. Pero esa mañana no está para educar a su ahijada, hay otros motivos: Ysabel le ha informado de la investigación que está haciendo Humbert. Hades está del brazo de la vieja beguina; por la presión de la mano, ésta comprende que está inquieta. Ella misma se pregunta por el franciscano. ¿Es realmente tan cercano a la familia de Maheut como afirma? Antes de advertir a la pelirroja, que es tan impulsiva, la beguina se pregunta si no debería escuchar la opinión de Jeanne.

Cuando entra en la tienda precedida por Ade, Ysabel comprende sin embargo que tendrá que posponer la conversación con su amiga. La mercero, como cada mañana, está en su mostrador de la planta baja, pero hay un hombre a su lado.

«Hades, Ysabel, ¡qué sorpresa!»

Jeanne tiene una apariencia hermosa y una expresión alegre. Abraza al visitante más joven y toma al otro de la mano.

«¡Ven, déjame presentarte al maestro Giacomo! Maestro Giacomo, mi amiga Ysabel."

El hombre se inclina. No es alto, pero sí guapo, el traje de buena tela realza el vigor del cuerpo, el jubón bien recortado, la cintura ceñida con un pesado cinturón decorado con esmalte, los zapatos con tacones. Tez oliva, cabello negro.

"Me vendió los brocados que te mostré".

«Dame du Faut es una cliente exigente, pero sabe reconocer las cosas de calidad».

El hombre habla un francés correcto y melodioso, como los comerciantes italianos. La voz es grave, gutural.

“Me imagino que eres el comerciante de Lucca del que Jeanne me hablaba a menudo”, dice Ysabel en tono interrogativo.

El otro simplemente sonríe.

«El maestro Giacomo ha decidido quedarse en París unos meses», interviene Jeanne. "Vive al lado, con su prima, en la rue Buffeterie".

Via dei Lombardi, piensa Ysabel. Así se llama a los banqueros italianos. Quizás el primo de Giacomo sea uno de ellos. Jeanne es inteligente. Siempre logra encontrar aliados entre los prestamistas. Estos últimos ya no viven en una situación tan próspera como en la época en que dos de ellos, Biche y Mouche, alimentaban el tesoro del rey. Con la guerra de Flandes, la situación financiera del reino sigue empeorando y, en plena crisis monetaria, los banqueros son ahora mirados con sospecha. Pero, una vez más, los primeros chivos expiatorios fueron los judíos. Cinco años antes, la Bella –como lo habían hecho Luis, su antepasado, y Felipe Augusto antes que él– había ordenado su expulsión del reino. La expulsión había sido de

proporciones excepcionalmente grandes: decenas de miles de hombres y mujeres arrestados en todo el territorio, sus bienes confiscados y vendidos, sus títulos de deuda confiscados por agentes estatales. El soberano reiteró la orden el pasado mes de agosto, tras acusar a los deicidas de extorsión fraudulenta y de crímenes tan horribles "que no pueden ser nombrados".

Sin embargo, todos en el reino necesitan préstamos: los burgueses, los nobles, pero también los pequeños artesanos y agricultores, cada vez más agobiados por los impuestos. Por lo tanto, los Lombardi, que siguen siendo los únicos operadores en el lugar, continúan practicando tasas de usura prohibitivas, como de costumbre e incluso más. Y mientras tanto el rey sigue con sus pequeñas payasadas. Acuñando, por un lado, monedas que contienen cada vez menos plata, monedas negras que llaman "burguesas". Y por el otro, monedas de oro, los "agnels", raros e inaccesibles, en los que representaba un cordero pascual con una cruz de largo asta como la de San Luis, con el objetivo de asegurar al pueblo la estabilidad y la honestidad del reino.
.

Esto terminará mal, piensa Ysabel. Pero mientras tanto el comercio continúa. Giacomo es la prueba viviente de ello.

«En mi país se aprecian los bordados y los tapices del norte», explica el comerciante. «Me aseguraré de encontrar nuevos proveedores para tener lo necesario para satisfacer a mis clientes italianos. Dame du Faut conoce a todos aquí y me prometió su ayuda."

El hombre, sin dudarlo mucho, mira fijamente a su interlocutor. Tiene unos ojos singulares, de color azul mar, una mirada chispeante y ansiosa. La casera parece perdida en esa mirada. Y también Maheut, que está muy cerca y muestra un rostro animado, de extraña belleza, a veces deslumbrante a pesar del pañuelo que le ciñe la frente.

"¡Mirar!" continúa la mercería, «¡mira las maravillas que me trajo!»

«Verdaderas maravillas» responde Ysabel.

En el banco, la tela de seda brilla con una luz oculta. La urdimbre y la trama de fondo están confeccionadas íntegramente en hilo de oro. La decoración floral intercala capullos, lirios, rosas y hojas de berro en un conjunto iridiscente de preciosos colores, que juega con los dominantes azafrán y burdeos.

La vieja beguina se adelanta y se queda a su vez. Aprovecha la ligereza del momento. Piensa que siempre habrá tiempo, tras la marcha del comerciante, para hablar del franciscano.

Ysabel no se dio cuenta, pero mientras todos estaban absortos por el visitante, Hades salió de la habitación para deslizarse discretamente por las escaleras que conducían al primer piso.

La niña está en el taller de la bordadora. Sentada en el suelo de

madera, con las piernas separadas y las palmas de las manos apoyadas en el suelo para mantener el equilibrio, está vuelta hacia Ameline. Hades sólo la ve desde atrás.

La joven da un pequeño paso adelante. Leonor se levanta, levanta ligeramente la mano derecha sobre la cadera, inclina la cabeza como un animal que ha oído un ruido. Hades todavía avanza, muy lentamente, sosteniendo su túnica en alto para evitar crujidos. La pequeña mano se dobla, como una pluma arrastrada por la brisa, la cabeza se apoya tiernamente en el hombro...

Unos momentos más tarde, cuando Juliotte asoma la cabeza por la puerta, aparece ante sus ojos esta escena: la niña y su madrina, sentadas en el asiento de la ventana, hacen oscilar una cinta de seda tendida entre sus dedos a merced de la luz.

7.

Dos semanas para un resultado como éste... Desanimado, Humbert examina la última hoja de pergamino. La sentencia es imprecisa, las letras son irregulares, la puntuación es aleatoria. Un trabajo duro para principiantes. Pero hay algo más grave. Sólo necesitó hojear unos pocos párrafos para descubrir la mediocridad de la traducción latina. Existen innumerables abreviaturas, a menudo son incorrectas, faltan palabras y el resultado resultante es difícil de leer. En el pequeño desván donde lo recibió y donde vive, duerme y trabaja -muy mal, por cierto-, el hombre que tiene delante mantiene la cabeza gacha y una mueca indefinible en los labios.

Nunca debí haberle encomendado esta tarea, piensa Humbert. ¿Cómo pude haber sido tan desconsiderado? Bérard ya no es más que una sombra de sí mismo. Unas tardes antes, cuando lo había vuelto a ver, Humbert estaba muy feliz de haberlo encontrado nuevamente en el barrio donde lo había dejado años antes. Hasta el punto de negar la evidencia. El cuerpo delgado, las manos huesudas, el cabello ralo... Había pensado que eran sólo la consecuencia de las horas pasadas ante el escritorio de aquella pequeña habitación sin luz.

Y entonces, ¿existía quizás alguna otra posibilidad de elección? Difícilmente podía acudir a los libreros del barrio de Saint-Séverin o de la calle Neuve-Notre-Dame. Demasiado arriesgado. Todos trabajan para la Universidad, reproducen y difunden únicamente textos del programa de estudios. Entre esos libreros todavía quedan algunos conocidos suyos, si no amistades absolutas. Cuando estudiaba en la Sorbona, como muchos jóvenes sin dinero en las facultades de arte, o como muchos becarios que apenas sobrevivían y vivían en universidades mal equipadas, se había roto costillas y torturado los riñones para ganar algo de dinero copiando folletos en serie. Lo justo para comprar ejemplares de segunda mano para sus estudios a sus proveedores copistas.

Fue en este ambiente donde conoció a Bérard. El hombre era uno de los escribas más hábiles y educados del lugar. Había abandonado la Universidad, cansado de las discusiones estériles a las que tenía que asistir. No le importaban todas esas interminables historias sobre la

Eucaristía. ¿Y tú qué piensas: es una cocción de Cristo o una cristianización del pan? Sobre todo, parecía ansioso por disfrutar de su juventud. A Humbert le gustaba el espíritu rebelde de Bérard, tan alejado de esas dudas, de esas ambiciones a las que él mismo aceptaba someterse con demasiada frecuencia. Lo había seguido a las tabernas, a menudo incluso a la infame calle Tire-Vit, frecuentada habitualmente por Bérard y no lejos de donde él había ido a vivir cuando su familia, consciente de sus transgresiones, le había cortado la comida.

«La juventud pasa… y yo fallezco».

Por un momento, entre las risas estridentes que acompañan el chiste, Humbert vuelve a encontrar a su viejo amigo.

"¿Lo que le pasó?"

«El vino… las chicas. Me quitaron todas mis fuerzas. ¡Deberías ver lo que queda entre mis piernas! Un gusanito que ya no se retuerce."

Bérard se arremanga y deja al descubierto los brazos manchados de manchas de color cobre.

«Y luego estos. También tengo algunas en el cráneo, ampollas llenas de líquido. Cuando se rompen queda una cicatriz y el pelo no vuelve a crecer. A veces siento que me están devorando el cerebro".

"¿Estás recibiendo tratamiento?"

«Consulté a un médico que conocía. Ya ha visto estas señales en algunos soldados que regresaron de Tierra Santa... ¡De Tierra Santa, piénsalo!»

Nueva risa.

«El médico no sabe qué es. Nadie lo sabe. Sólo sabe que todo termina mal".

Bérard sacude sus hombros puntiagudos.

«Escucha… te hice perder el tiempo y por favor perdóname. Pero necesitaba demasiado dinero. Y luego, ¡qué texto! ¡Qué inteligencia, qué impertinencia! Nunca hubiera pensado que usted se expondría por escritos así."

"Lo estoy haciendo por un amigo".

"¿Un amigo? No tenías muchos cuando estábamos saliendo. Me hubiera gustado ayudarte, pero como puedes ver..."

Silencio. Bérard se seca los ojos llorosos con el dorso de la manga.

«Más que un copista, para traducirlo al latín haría falta un clérigo especialmente erudito. ¿Por qué no lo traduces tú mismo? Eres bueno, si no recuerdo mal."

Humbert prefiere no responder. El otro suspira, dejando caer la cabeza sobre su pecho hundido. Un buitre esquelético. El franciscano toma rápidamente el manuscrito colocado sobre el atril y lo envuelve en una envoltura de cuero.

"Tienes que pagarme".

Bérard no levantó la cabeza. Con la barbilla apoyada en el cuello, la mirada fija en el vientre, habla solo.

"¿Como?"

«Tienes que pagarme. Trabajé de todos modos... Y usé un buen pergamino."

Humbert levanta la mano para indicarle que se calle. La piel no es nueva, está raspada y mal, las letras parecen transparentes bajo los garabatos de Bérard. Pero no soporta la imagen que el hombre le envía. Entonces coloca algo de dinero sobre la mesa y lo saca de la bolsa que le ha confiado el hermano Jean. Luego vuelve a guardar la agenda con el libro de Marguerite en el bolso donde lo guarda desde su salida de Valenciennes. Y sal rápidamente de la habitación.

¿Qué hacer? ¿A quién acudir ahora? Bérard tiene razón. Se necesita un copista capacitado para ese trabajo. Pero hace mucho que no va a la universidad. No sabría dónde buscar ni en quién confiar. Sabe bien a qué se arriesga en caso de denuncia. Por una extraña ironía, Marguerite, por quien se pone en peligro, representa un obstáculo para la tarea que debe cumplir. Porque, tras su ejecución, los tiempos se volvieron más difíciles que nunca. No sólo para las beguinas, sino también para los franciscanos.

Las relaciones entre la Orden mendicante y el clero secular siempre han sido tensas. Celosos de sus prerrogativas, los sacerdotes siguen acusando a las Órdenes menores de sustraer ingresos y almas a la Iglesia. Las beguinas son uno de los objetivos de su ira. Gracias a un ideal apostólico compartido, permitieron a los franciscanos consolidar su influencia en el entorno secular. Los sacerdotes acusan a los frailes de administrar algunos sacramentos a las beguinas y de incitarlas a ser enterradas en sus cementerios, quitándoles así sus colectas y derechos de sepultura. Peor aún, algunos ahora dejan claro que esa cercanía ciertamente oculta relaciones ilícitas.

Los favores reales han protegido a ambos durante mucho tiempo. Pero en cualquier momento esas mujeres inclasificables, ni esposas ni monjas, ni totalmente contemplativas ni totalmente activas, esas mujeres que no son ni aves ni aves, pueden comprometer la Orden. Así, la condena de Margarita Porete, seguida del cuestionamiento del estatuto de beguina en el Concilio de Vienne, da lugar a los rumores más pérfidos.

Por eso mi profesor prefirió que no copiara el manuscrito.

Esto es lo que podría haber respondido a Bérard. ¿Pero es la verdad?

Humbert camina por el estrecho pasillo al que se abre la choza de Bérard. Se mueve con precaución. La lluvia helada que cayó esos días transformó el suelo en una cloaca resbaladiza. El clima, la tristeza de

la luz lo oprimen al menos tanto como el sentimiento de culpa del que no puede liberarse.

Cuando el hermano Jean sacó el manuscrito de debajo del colchón, ni siquiera le dejó hablar. Protestó, se levantó, se habría ido si no se hubiera topado con un anciano esquelético, tan débil que ni siquiera podía levantarse de la cama y necesitado de que lo limpiaran como un niño. Fray Juan también se debilita mentalmente. Cada vez más parece ausente. Como hundido en sí mismo o perdido en un lugar lejano, un lugar que Humbert no puede imaginar, sin ningún deseo de comunicarse con el mundo sensible.

Sin embargo, el hermano Jean no había olvidado su plan. El anciano tal vez poseía el único ejemplar existente del Espejo de las almas simples y aniquiladas. Marguerite lo había escrito en lengua vernácula para que fuera accesible a todos, pero este idioma sólo era comprensible en los territorios del Norte, donde el libro había sido prohibido. El texto corría peligro de desaparecer. Si se tradujera al latín, podría haberse enviado a regiones más acogedoras, a comunidades sensibles a su mensaje, para que pudiera ser preservado y transmitido.

«Es demasiado pronto, hermano Jean. Es arriesgado".

«No es tan pronto, y lo sabes. No me queda mucho tiempo para cumplir mi promesa".

"¿Por qué eres tan testarudo? El inquisidor ha amenazado a cualquiera que posea o haga circular el Espejo. Sabes lo que significa. El peligro que corremos."

«No lo entiendes, lo sé. Pero te ruego que lo hagas por mí. Serás las piernas que ya no tengo, los ojos que extraño. No puedo obligarte. Sólo acepta hacerlo si crees que me lo debes".

Y, por supuesto, Humbert había pensado que se lo debía a ella.

En la calle Tire-Vit, lo llama una niña, apoyada en la puerta de su choza. Todavía es joven, casi una niña, con los pechos apretados dentro de un vestido rojo cuyos cordones sueltos dejan al descubierto su piel. Pero la excitación que sintió unos días antes de encontrarse en aquellos lugares donde su juventud había sido ardiente se ha disuelto. Humbert ya no es el que era. Es sólo en un sueño.

Tengo que pensar, piensa Humbert mientras entra en la ruidosa arteria que la Grande rue Saint-Denis recorre el centro de la ciudad. Debe haber otros clérigos dispuestos a asumir el trabajo. París es un vientre que lo digiere todo. También un manuscrito herético. ¿Que debería volver a Bérard? A pesar de su decadencia, el hombre ciertamente mantuvo contacto con el mundo de los copistas. Podría recomendarlo a cambio de algo de dinero extra. Pero no ahora. Ante la idea de encontrarse en ese ático, Humbert siente una oleada de

repulsión.

Es mejor concentrarse en la otra petición que le hizo el hermano Jean. Es un asunto menor, ¡pero si pudiera darle esa satisfacción! Hasta ahora no ha hecho mucho esfuerzo. Después del fracaso en el beaterio real, Humbert continuó buscando al Ejército Rojo con poco esfuerzo y aún menos efectividad. Visitó la pequeña institución situada junto al convento de los Cordeliers cuya abadesa conocía. Esta última no pudo ayudarlo, pero prometió que lo averiguaría. También llamó a la puerta de otros beaterios, más pequeños y menos organizados, repartidos por el centro de la ciudad. En vano. Pero quedan todas esas comunidades informales, esas mujeres que comparten casas o calles donde se ayudan unas a otras. Hasta ahora, prefiriendo seguir las instrucciones de los maestros franciscanos, Humbert se ha limitado a esperar a que uno u otro de sus contactos le resulte útil.

A pesar de lo avanzado de la hora, aguijoneado por la desagradable sensación de su propia impotencia, Humbert, en la desembocadura de la Porte Saint-Denis, se adentra en un callejón oscuro que bordea las murallas de la ciudad para llegar a la rue Quincampoix y al barrio textil de la derecha. ¿Por qué no? Las beguinas son numerosas entre los tejedores, pañeros y otros merceros. Discretamente, examina cada figura que pasa, se detiene frente a los puestos, finge examinar los productos expuestos y al mismo tiempo lanza miradas precisas al interior de las tiendas. Se pone en marcha por la calle Aubry-le-Boucher, choca con la valla del cementerio de los Inocentes, da media vuelta, camina de un lado a otro por la calle Neuve-Saint-Merri y vuelve sobre sus pasos. Comienza a dudar del significado de la investigación. ¿Cómo encontrar una mujer en ese hormiguero oscuro donde las sombras se agolpan y se confunden?

Cae la noche, los gritos de los vendedores se hacen más fuertes, pronto cerrarán las contraventanas. Humbert, a pesar de todo, persiste entre el ruido de las llamadas y entre la multitud de transeúntes que tienen prisa por llegar a casa, cruza de nuevo la calle Saint-Martin, se pierde y llega a la calle Troussevache.

¿Es Dios o el diablo quien guía sus pasos? Él aún no lo sabe, pero esta vez la suerte estará de su lado.

8.

Justo en el momento en que el franciscano llega al barrio donde Jeanne du Faut tiene una tienda, las campanas de Notre-Dame empiezan a tocar las vísperas. Es la señal para que las hilanderas abandonen el huso, para las bordadoras, las agujas. Los sábados y vísperas de vacaciones terminan su trabajo -un trabajo que en invierno continúa incluso después del atardecer- antes de lo habitual. Las mercerías, rodeadas a ambos lados por una carretera en buen estado, cierran. Pero en casa de Jeanne du Faut nada sigue el curso habitual. El propietario está furioso en la parte trasera de la tienda, frente a una chica corpulenta que la mira con los brazos colgando, mientras Béatrice la Grande sostiene en sus manos un trozo de seda, objeto de la disputa.

"¡No es el hilo que te di!"

"¡Sí, claro! Es lo mismo".

Maheut se mantiene al margen sabiendo muy bien de qué se trata. No es la primera vez que Béatrice señala la dudosa calidad de los suministros que le trae Basile, el hilandero de la rue du Four. La tela entregada esta tarde, a la luz de la lámpara de aceite (está demasiado oscura para comprobarla a la luz del día), parece particularmente pobre.

La estafa es conocida. Un mercero suministra seda cruda a un trabajador para que la convierta en tela a cambio de una compensación monetaria. La mujer prenda el hilo a los prestamistas, obteniendo otro de inferior calidad, que teje esperando que nadie se dé cuenta.

Jeanne du Faut toma el trozo de las manos de Béatrice, lo estruja y arruga, lo enrolla entre sus palmas como se hace con la masa cuando se amasa antes de extenderla, y luego se lo entrega a Juliotte, que sale en ese momento de la cocina. Tengo curiosidad por saber por qué se retrasa tanto el cierre de la tienda. El traje de neopreno toma la tela con las yemas de los dedos e inmediatamente se la devuelve con un movimiento de cabeza. No quiere meterse en el asunto.

"La seda no es tan fina y suave como debería ser", grita Jeanne du Faut.

“¡Es el mismo, te lo aseguro!”

«¿Cómo puedes llamarte beguina y luego mentir? ¡Nos avergüenzas a todos!

Juliotte dio un paso atrás. A ella no le gustan las discusiones. Maheut lo ha notado desde hace algún tiempo. Cuando las chicas de la casa discuten, la mayoría de las veces el mudo simplemente lo toma y se va. Pero si es Dame du Faut quien alza la voz, entonces parece aterrorizada, como si la arrancaran brutalmente de todas esas pequeñas tareas que regulan armoniosamente su vida, arrojándola al caos.

Incluso ahora se siente perdida. No se atreve a volver a la cocina a preparar la cena, ni a subir al taller donde también debe cuidar de Leonor, a quien las bordadoras suelen olvidar en un rincón, de lo tranquila que está la pequeña. Luego se acerca al escaparate, que en ese momento nadie está mirando, y comienza a guardar los productos expuestos empezando por las piezas más pequeñas, por miedo a que en la oscuridad algún ladrón se los lleve: carteras, cinturones, guantes y pequeños objetos. objetos de tocadores bordados, pasamanería y cintas adornadas con perlas.

Al principio Maheut se limita a mirarla, luego, renunciando a la curiosidad que la llevaría a seguir el enfrentamiento entre Jeanne y Basile, decide ayudarla. Y sin prestar demasiada atención, atraviesa la puerta para coger más fácilmente los restos de menor calidad alineados en la parte superior del mostrador.

Desde el día que Ysabel vino a avisarle que un hombre la buscaba, la niña nunca ha salido. Por orden de Jeanne, ella permaneció en la parte trasera de la tienda. Incluso cuando apareció el comerciante de Lucca, a quien ella también conoce y con quien comenzó a intercambiar algunas palabras, asombrada de verlo pasar del francés al italiano como el arco se desliza sobre las cuerdas de una viola... ella permaneció al margen, inquieto .

Supuso quién podría ser el franciscano del que le habló Ysabel. Uno de esos predicadores cercanos a las beguinas por quienes su madre le había dado la espalda al mundo y a su hija. Pero mientras tanto el tiempo había pasado. Quince días, marcados por diversas tareas. Giacomo ha regresado. Trayendo consigo cenefas de oro para vestimentas compradas a un comerciante de Flandes. Maheut ha salido de las sombras. Se acercó para ver esos esplendores que todo aprendiz de mercería -como la llamaba aquel hombre- debería conocer. Los galones de seda iridiscentes, a cuadros como un tablero de ajedrez, bordados con hilos de oro, salpicados de tachuelas, perlas y zafiros, tan pesados que sólo pueden coserse al cuello de las túnicas ceremoniales. Maheut los admiraba atentamente, sin la emoción que

veía brillar en los ojos de Jeanne. Entonces el comerciante le puso uno en la mano y fue como si le hubiera entregado las riendas de un caballo.

Nadie puede esperar que una niña muy joven, cualquiera que sea su pasado, no lo olvide, que disfrute de los pequeños placeres del momento. Siempre piensa en el franciscano, pero pronto Maheut empezó a pensar menos en él, aunque, a la hora de dormir y al hundirse en el ambiguo mundo del sueño, como le sucedería a cualquiera, se siente invadida por la inquietud. A veces una sola idea la perturba. Se pregunta cómo su madre supo que él vive bajo ropas de beguina y qué piensa ella al respecto. ¿Cree acaso que su hija, ahora reformada y dispuesta a seguir su ejemplo, se ha vuelto más dócil? ¡Qué absurdo!

Así que aquel sábado Maheut, sin pensarlo mucho, en cuanto tocaron las vísperas, salió de la tienda.

En el interior, Jeanne du Faut amenaza a Basile.

«¿Quieres que llame a los jurados de tu profesión? ¿Quieres que te excluyan?

El cabello de Maheut está más apretado que nunca en el pañuelo que lo esconde. Pero Humbert está muy cerca. Su mirada, que inspecciona a las últimas mujeres activas junto a las tiendas, se ve atraída primero por el vigor del cuerpo que se mueve bajo el austero vestido que viste la muchacha. Luego por el gesto enérgico con el que agarra el resto del mostrador. En la oscuridad que amanece, la blancura de las manos y muñecas expuestas por el movimiento resalta más que si estuviera a plena luz del sol. Entonces Maheut vuelve la cabeza al sentir la mirada fija en él. Entonces el fraile la reconoce y ella recuerda de repente esa figura alta, siempre distante, pero a menudo presente, cuando Marguerite y Jean de Querayn fueron a visitar a su madre al castillo.

9.

Agnès no es tan estricta como dicen, piensa Clémence.

Acostada, la niña cierra los ojos mientras la otra le masajea lentamente la cara y el cuello con un aceite perfumado. Aunque molesta, se deja vencer poco a poco por la repetición del gesto que alivia y relaja sus rasgos. Anoche durmió mal. Y, desde la mañana, la migraña vuelve a apoderarse de su cabeza. Cada día es peor.

“Esto debería servirte de algo”, susurra Agnès. «Es aceite de borraja al que le mezclé jugo de aloe y esencia de lavanda».

No dice que a ese ungüento le añadió flores de malva y salvia finamente picadas, cuya receta le dio Ysabel. El herbolario probablemente no aprobaría tal adición, pero como Ysabel también utiliza a veces flores como ésta en sus cataplasmas para aliviar los dolores de cabeza, Agnès cree que las variaciones introducidas no pueden ser perjudiciales. Después de todo, Clémence ya parece estar mejor.

«Simplemente estás cansado. Creo que hoy deberías descansar."

La joven hace un medio gesto brusco, como si se negara, y luego se queda quieta. Agnès la conoce bien, sabe lo que la atormenta.

Las dos mujeres viven juntas desde hace más de seis meses. La niña era demasiado pequeña para vivir sola en una de las dependencias del beaterio, según las normas del instituto, pero también según los deseos de sus padres. Clemencia, por tanto, a su llegada, había compartido el dormitorio de la casa común con chicas de su edad. Al principio apreció el arreglo, redescubriendo los juegos y las risas de la infancia en ese ambiente juvenil. Pero en medio de la multitud del claustro, poco a poco tuvo la impresión de formar un rebaño indistinto con sus compañeras.

Entre misas diarias, instrucción religiosa impartida por la abadesa, tareas a realizar que otros hasta entonces habían realizado para ella - cuidar la ropa de cama y el espacio donde dormía-, la pequeña acabó aburriéndose. Hay raras ocasiones en las que puede unirse a las beguinas mayores para participar en sus conversaciones. Ella no está acostumbrada a tales limitaciones. En cuanto a Hades, cuya perfección la atraía hacia ese lugar -como un reyezuelo al sol-, Clémence no tuvo

oportunidad de acercarse mucho más a ella. Durante su primera clase de latín, Ade reconoció en la niña a la hija de la señora de Crété, a quien había cuidado un año antes, y la saludó cortésmente, pero eso fue todo.

Por eso, cuando Agnès le propuso instalarse con ella en la nueva casa más cómoda que podía permitirse gracias a los ingresos que le pagaba su prima dominicana, la muchacha no tardó en aceptar. Lo que Agnès esperaba de esta convivencia es otra historia. Pero el cambio de ubicación no le había dado a la pequeña la satisfacción que esperaba, a pesar de la proximidad de Hades, siempre presente.

«No sé cómo explicárselo, señora Agnès. Pensé que aquí aprendería cómo convertirme en una mujer perfecta. Pero tengo la impresión de ser estúpido y confuso".

"¿Por qué dices esto?"

«Lo viste ayer, durante la cena a la que Ysabel tuvo la amabilidad de invitarnos. Cotilleé como un tonto."

«No te preocupes, Ysabel está acostumbrada al chisme. Ella misma no los desdeña." Clémence, absorta, no presta atención a la observación.

«Pero Hades estaba enojada... Ella parece menos que satisfecha conmigo. Durante las clases, me regaña constantemente".

"Él sólo quiere ayudarte a progresar".

"Ella parece fría."

«Está en su naturaleza. Se dice que no se recuperó de la muerte de su marido y que desde entonces mantuvo alejado cualquier otro sentimiento que no sea el amor de Cristo. Lo cual es digno de elogio. Aquí se mantiene alejada de todo el mundo".

Agnès va a coger el frasco que contiene el preparado. El aceite es de un bonito color amarillo dorado, pero las flores cortadas empiezan a asentarse en el fondo. Lo extiende sobre sus manos y comienza de nuevo el paciente movimiento circular en la frente y las sienes de Clémence.

"Deberías ir a visitar a tu madre, te haría mucho bien".

“¿Aceptarías acompañarme?”

"Cierto. Pero también podrías invitar a Dame Ade. Esto le permitiría verte en el ambiente familiar donde, estoy seguro, estás más cómodo que aquí".

"¡Buena idea! Podría mostrarle los libros de mi padre. Estoy seguro de que te gustarán. Tiene una biblioteca completa de ellos, y algunos de gran valor".

Clémence se interrumpe para añadir gravemente: «Lee mucho. ¡Me encantaría saber latín como ella! Estoy seguro de que podría ayudarme. Pero me trata como a uno más de sus muchos estudiantes".

"Los libros no lo son todo, Clémence".

«No lo sé... A veces, viéndola leer, me parece que los libros guardan un secreto para ella».

Mientras la niña se duerme, Agnès baja a la cocina. La habitación es más pequeña que el laboratorio de Ysabel, pero la despensa contigua es bastante grande. Aquí Agnès practica su fitoterapia. Mantiene su negocio a salvo de los demás, pero, paradójicamente, también a salvo de ella misma. A veces la gente se pregunta si el arte de manipular polvos y ungüentos no forma parte de la brujería. Pero al final sólo le queda esperar, como la pobre Clémence, que su vida pueda cambiar única y exclusivamente en virtud de su propio deseo.

¡Qué sincera admiración siente la niña por Hades! Conquistada, como todos en ese lugar, por la fría belleza de la joven, por su piedad y erudición, por la distancia que siempre mantiene entre ella y los demás, a excepción de Ysabel, a quien Hades en cambio parece tener en alto. estima. Y pensar que, después de tantos años, ella, Agnès, nunca ha sido invitada a su casa. A pesar de sus tímidos intentos, de los que hoy se avergüenza.

De luto, imagínense. Es el orgullo lo que devora el alma de Hades. Y la desdeñosa superioridad. Es fácil actuar de esa manera cuando eres la viuda de un caballero que murió por la gloria del rey. En esto Ysabel y ella se reconocieron, pertenecen a la misma casta.

El superintendente siempre habla de solidaridad. De caridad. Pero siempre tendrá la oportunidad de recordarle a su asistente la deshonra que ha caído sobre su familia. El apoyo de Geoffroy no parece impresionarla mucho, a pesar del lugar cada vez más eminente que ocupa entre los dominicos gracias a su cercanía al inquisidor. Cuando Agnès dejó claro que estaba disponible para asumir algunas responsabilidades en el hospital, Ysabel no se negó. Le deja más espacio pero, en realidad, ninguna decisión importante.

Agnès empuja la puerta de la despensa. Por suerte no hay humedad. Un olor a alcanfor y hierbas flota en la cocina. Al oler esos aromas rurales y revitalizantes, la mujer se recupera. La ciencia de las plantas es empoderadora. Agnès lo nota cada día en la magnanimidad con la que todos tratan a la superintendente a pesar de su edad, que la hace más lenta y menos eficaz. Y este poder es el único al que puede aspirar por el momento.

10.

Maheut no ha vuelto a cruzar el umbral del beaterio desde aquel día en que, embarazada, partió acompañada de Hades hacia la casa de la seda.

Incluso Dame du Faut no viene desde hace mucho tiempo. Son pocos los amigos que ha mantenido en ese lugar, fuera de Ysabel. Su energía ahora se dirige enteramente a esa pequeña comunidad que ella anima y hace vivir en torno a su negocio.

Guillaumette, al ver a las dos mujeres delante de la puerta, no las reconoce. Su vista se debilitó. Sucedió poco a poco, una especie de niebla descendió entre ella y los demás, los rostros se volvieron confusos, de lejos identificaba a sus compañeros sólo por su andar y su voz. Su madre padecía la misma enfermedad y sabe bien lo que le espera. Ysabel también renunció a tratarla.

Cuando los visitantes se acercan y ella finalmente distingue sus rasgos, la conserjería sólo reconoce a Jeanne du Faut. ¿Cómo imaginar que, bajo el manto que la esconde, está el mendigo de cabello naranja que encontró en la puerta y acogió el año anterior? Completamente cautivada por la visión de la mercero y por el placer de abrazarla, Guillaumette saluda a la otra sin prestar demasiada atención. Luego envía a una niña a avisar a Ysabel, quien, después de la misa dominical, llegó como de costumbre al hospital.

La puerta de la antigua beguina nunca está cerrada con cerrojo. Pero Jeanne prefiere quedarse afuera a pesar de la llovizna que moja su vestido. Los aromas viscosos se mezclan con el olor mineral de la piedra mojada. Debido a las lluvias de las últimas semanas, el Sena ha crecido y las olas golpean la llanura cubierta de hierba a la altura de las orillas. Juana no ha olvidado los inviernos que vivió allí, cuando el río se desbordaba invadiendo el patio, derramando agua turbia hecha de barro y escombros bajo las puertas de las casas, en las despensas y en los pozos. El beaterio está situado muy cerca de la orilla, en un lugar que antiguamente era un meandro pantanoso. Pero el sitio tiene sus ventajas. Aunque el claustro se levanta sobre un terreno censal de la Abadía de Tirón, la muralla circundante que lo delimita lo protege

de cualquier autoridad, tanto eclesiástica como secular, al formar parte del dominio real. Luigi eligió este terreno por este motivo, para garantizar la total independencia financiera y religiosa del instituto. El claustro no sólo está exento de algunos impuestos, sino que las mujeres que viven dentro de sus muros son libres de confiar el control pastoral a confesores o sacerdotes de su elección.

"Nuestro benefactor ha pensado en todo, excepto en proporcionarnos buenas escobas", dijo Ysabel riendo mientras, con el dobladillo de su vestido doblado bajo el cinturón y los zapatos empapados, intentaba, con la ayuda de Jeanne, barrer el charco. barro que se colaba en la cocina y que los trapos metidos debajo de la puerta no habían logrado bloquear.

A pesar de su ansiedad, Jeanne se siente ablanda al pensar en esos recuerdos. Allí pasó hermosos momentos, en la paz y el cariño de algunos compañeros, aliviadas de las preocupaciones cotidianas. Poco a poco se fue recuperando de la muerte de su marido, acostumbrándose a la idea de la viudez. Pero en ese lugar también pudo saborear un néctar inesperado y vivificante.

Había en el beaterio, en esa comunidad de mujeres tan poco sujetas a limitaciones, una libertad que ella desconocía. Los trabajos de las mujeres, en un hogar burgués, la perfecta gestión de la casa y de los sirvientes, las obligaciones de amor y obediencia debidas primero al padre y luego al marido - ambos sentimientos eran en su mayoría confusos - eran limitaciones que se habían vuelto insoportables. Su autoridad hasta entonces se había ejercido dentro de los muros domésticos. El beaterio le había dado la oportunidad de alimentar otros deseos.

Jeanne nunca se arrepintió de haberse ido. En el comercio de la seda encontró la oportunidad de desplegar su energía y espíritu de iniciativa. Hoy pertenece a esa sociedad trabajadora y cosmopolita que da vida a las ciudades del reino con la artesanía, el comercio y la importación de nuevas técnicas. Mantiene relaciones con la nobleza y la élite no sólo de la ciudad, sino de todo el reino. La condesa Mahaut d'Artois, cada vez que pasa por París, la manda llamar y va a visitarla llevándole sus bienes más preciados. El tribunal de Flandes le envía órdenes. Es miembro jurado del gremio al que pertenece y, recientemente, junto con las más eminentes mercerías de París, es miembro de la cofradía del Santo Sepulcro que se ocupa del mantenimiento de varias capillas en el interior de la iglesia de la Grande rue. Saint-Denis, dotándolos de suntuosos ornamentos litúrgicos.

¿Es pecado de orgullo regocijarse en ello? ¿Es vanidad querer proteger esta posición que le permite sostener a decenas de compañeros menos afortunados?

Jeanne se envuelve en su capa. Una vez más, la aprensión la invade. Aparta la mirada de los edificios armoniosamente dispuestos en el claustro, ahora bañado por una ligera lluvia. Siente el cuerpo de Maheut junto al suyo, rígido por el frío y el insomnio.

«Entremos para ponernos a cubierto» susurra al final.

La chica empuja la puerta. Los olores del interior, de madera quemada, de hierbas amargas, pronto reemplazan a los del exterior. Despertando, en ambos, una beneficiosa sensación de seguridad.

Ysabel llega poco después. Cuando entra a la cocina está furiosa.

"¿Leonor?"

Jeanne inmediatamente da un paso adelante, comprendiendo la angustia que se ha apoderado de su amiga.

"Él está bien, no te preocupes".

«Verlos a los dos aquí…»

Ysabel no termina la frase, se sienta en el banco junto a la chimenea. Su bata y su rostro están mojados, no ha tenido tiempo de tomar su capa. El cabello está despeinado, mal cubierto por el gorro. Como suele ocurrir, parece desatendida, pero ni Jeanne ni Maheut, a diferencia de Agnès, pensarían en atribuir este abandono a la vejez. Los mira con expresión inquisitiva, inmediatamente se levanta y se dirige hacia la despensa.

«Beberemos algo para consolarnos, luego me explicarás qué te trae por aquí».

No hace falta mucho para que Jeanne informe de la situación. Omite los detalles, le importa mucho llegar al fondo. No sabe lo que prevalece en ella. Ya sea ira, miedo o asco.

«Entonces el fraile está todavía en París», suspira Ysabel.

La beguina colocó tres vasos de una bebida dulce sobre la mesa.

«No pensé que se quedaría allí tanto tiempo…»

Luego, volviéndose hacia Maheut, le pregunta: "¿Qué es exactamente lo que quiere?".

La chica no responde. En pocas horas pasó de la incredulidad a la postración. Pasó toda la noche reprendiéndose a sí mismo. ¿Por qué se fue? ¿Y justo en ese momento? Ve la imponente figura avanzar hacia ella, llamándola por su nombre: «Maheut el Rojo». Da un paso atrás, con los trozos de tela apretados contra su torso, con los ojos fijos en los del hombre que acaba de reconocer - dos charcos oscuros bajo la sombra de la capucha -, tropieza en el umbral cuando una pequeña mano la agarra del codo. Es Juliotte quien aparece frente a ella y también retrocede.

«Cuando vi a ese franciscano entrar en la tienda, lo primero que sentí fue mi asombro», continúa Jeanne. «Es raro que aparezcan frailes. Pensé que estaba buscando algún conocimiento... Y eso es

exactamente lo que era."

"¿Sabes quién vive en tu casa?" -preguntó señalando a Maheut con la barbilla. No habló en voz alta. Pero el tono fue firme.

«Pronunció un discurso más duro que cuando vino al beaterio», añade el mercero. "Llamó a Maheut fugitiva y la acusó de ser responsable del estado de su madre".

Concéntrate en la vida, el otro finalmente encuentra su voz y su energía.

«Guillebert amenaza con vengarse de mi familia. Mi hermano le prometió encontrarme, se cansó de esperar".

«No entiendo por qué un franciscano se involucraría en una historia que sería más bien responsabilidad del preboste del rey», observa Ysabel.

«El hermano Humbert es cercano a Jean de Querayn, el confesor de mi madre. Ella le pidió ayuda. Y envió a su discípulo detrás de mí."

El tono es amargo.

«¡Bonita idea de caridad!»

"Yo en tu lugar sería menos impertinente", la interrumpe duramente Juana de Faut. "Tu comportamiento podría empujar a los hombres a pelear entre sí".

El silencio vuelve a reinar en la habitación. Afuera, la lluvia cae sobre el pavimento del patio.

«Nos dio dos días para reflexionar» continúa Jeanne en un tono más tranquilo. «Regresará a Valenciennes para pasar allí las celebraciones de la Natividad y tiene intención de llevarse a Maheut con él».

"De lo contrario…"

"De lo contrario, denúnciala a ella y a mí junto con ella".

Jeanne no añade nada más, pero Ysabel sabe bien los riesgos que corre su amiga. ¿Qué dirías si supieras que la mercerora Jeanne du Faut, de la calle Troussevache, acoge en su casa a una falsa viuda y a un niño robado a su padre? Su posición y sus relaciones no pudieron protegerla del escándalo por mucho tiempo. Algunos estarían muy felices de arrastrar por el barro a una mujer que, con su éxito, los eclipsa. Y otros a encontrar argumentos para denunciar una vez más a la comunidad de beguinas.

La pongo en esta situación y la sacaré, piensa Ysabel. ¿Pero cómo? Si Chanevacière todavía fuera de este mundo, no dudaría en pedirle consejo. La antigua abadesa tal vez habría recurrido a sus contactos entre los franciscanos para detener la situación. Bricharde, en cambio, no tiene ni la comprensión ni la inteligencia práctica de la abadesa que la precedió. Es ante todo un intelectual...

Sentadas frente a ella, las dos mujeres esperan que finalmente hable. Ysabel sabe bien lo que significa esa mirada fija que dilata las

pupilas de Maheut. Una víbora lista para morder. Jeanne, por su parte, parece simplemente postrada. Entonces Ysabel, sin saber a dónde la llevarán sus palabras, rompe el silencio.

«¿Cuándo dijiste, Juana, que el franciscano tenía intención de volver?»

"En dos días".

"Muy bien. Cuando aparezca, envíamelo."

Maheut se inclina sobre la percha de madera.

"¿Qué vas a decirle?"

"No te preocupes, no dejaré que te lleven a Leonor y a ti".

Cuando las dos mujeres salen de la casa unos minutos más tarde, Ysabel ya se culpa por su promesa apresurada. El hermano Humbert, como lo comprendió a primera vista, no es un hombre que se deje manipular.

11.

Hades recuerda precisamente el momento en el que su corazón dio un vuelco. Al bebé sólo le quedaban veinticuatro horas de vida. El día anterior, la joven había presenciado su nacimiento, asustada. Sin poder tomar en sus brazos el pequeño bulto de tela que le ofrecieron, tras escuchar el primer grito rasgar el aire viciado de la habitación y los gritos de Maheut se calmaron.

Luego se celebró el bautismo, en total intimidad, en la iglesia de Saint-Eustache. Después de realizar su ablución e invocar a la Trinidad, Ysabel le trajo el bebé por segunda vez. Leonor no se había quejado durante toda la ceremonia, ni siquiera al contacto con el agua fría. Hades había tendido los brazos vacilante, la niña se había dejado llevar, había echado la cabeza hacia atrás. Y durante un largo momento, la criatura había fijado su mirada de recién nacido en los ojos de su madrina.

No era una mirada vaga, como la de un ser que despierta a la vida, ni mucho menos. Expresó, de manera inequívoca, la más absoluta gratitud y confianza. La mirada de un bebé recién nacido para la madre. Sólo más tarde, acogida en la Iglesia y en el mundo, criaturas y misterios confundidos entre sí, Leonor aceptó cerrar los ojos.

Obviamente, Hades había estado luchando consigo mismo. Fue una ilusión, una tentación. Ese pequeño era de Maheut. Su hija hacía tiempo que había abandonado el mundo de los vivos. Un ángel entre ángeles. Su suegra la había tranquilizado: ella se había encargado de todo lo que había que hacer. Había tomado en brazos el cuerpecito del recién nacido, que el sacerdote no había logrado bautizar antes de su último suspiro, y, guiada por la partera, lo había llevado al santuario cercano al pueblo. Lo colocó sobre la fría piedra del altar, encendió velas por todos lados y oró durante horas.

"De repente su piel se puso rosada", le dijo a Ade cuando, después de días de fiebre, ésta pudo escucharla. «El sacerdote la bautizó antes de que volviera a fallecer. La llamamos María, en agradecimiento por el Cristo sacrificado".

Por primera vez desde que la conoció, su suegra la miró con compasión.

Su hija tenía nombre, entierro en la capilla familiar. Ahora el círculo de los elegidos bailaba. No era una de esas almas tristes que deambulan por el limbo donde los sacerdotes dicen que los niños no bautizados son bienvenidos, protegidos de los tormentos del infierno pero sin aspirar a la felicidad del paraíso, ciegos porque carecen de la visión beatífica, huérfanos para la eternidad porque su Los padres, cuando mueran, nunca podrán encontrarlos en esa tierra de nadie del más allá.

Leonor ha crecido, su rostro y su cuerpo se han definido, como arcilla bajo los dedos de quien la modela. Blanca, con la blancura cremosa de su madre. Manchas rojas, apenas visibles, en la parte interna de los muslos. Pero la confianza en la mirada permaneció. Ya después de unas semanas, cuando Hades entró en la habitación donde dormía Leonor, la pequeña giró la cabeza en su dirección antes de siquiera hacer oír su voz. También tenía esa particular manera de levantar las manos hacia la joven, manos ligeras y piruetas que se movían en el espacio con gracia como objetos independientes del cuerpo, cuyas maravillas observaba. Un día colocó su dedo índice en la mejilla de Hades, como si quisiera bendecirla.

Hades nunca permitirá que se la arrebaten...

«Siéntate, Hades. Tómate un descanso y concentra tus fuerzas. Lo necesitaremos."

Hades deja de caminar y se sienta en el banco junto al hogar. Ysabel llenó la chimenea con un haz de leña. También llovía cuando Jeanne y Maheut fueron allí dos días antes. El hombre que había sido la causa de su dolor y tormento pronto llegará bajo el mismo cielo hostil.

La vieja beguina lanza una mirada ansiosa a su amiga, pero ésta parece haberse calmado. Quizás sea bueno que Hades insistiera en estar allí. Quién sabe qué podría resultar de ello. Ysabel saca unas ramitas de hinojo y eneldo del brazado preparado para el hospital, las arroja al fuego y se sienta junto a Hades. Los dos se quedan allí esperando, escuchando el chasquido de la hierba seca en las llamas.

Las tres campanadas de Nona suenan cuando Humbert llama a la puerta. Entra con el manto empapado por la lluvia que cae a torrentes. Si se sorprende al encontrar a Hades allí, no lo demuestra. Él simplemente mira a su alrededor y permanece de pie cerca de la entrada. Un charco turbio se extiende a sus pies.

«Siéntate, así hablamos más tranquilamente», sugiere Ysabel. «Y quítate el manto antes de que enfermes».

El hombre se quita la prenda, se la entrega a la beguina, quien la coloca junto al fuego y luego se sienta a la mesa. Pero él rechaza la oferta de tomar una copa. Hades se levanta del banco para acercarse a

Ysabel.

Ambos se enfrentan ahora a Humbert.

El franciscano tiene los ojos brillantes y ojeras. Cansada, tal vez con fiebre, piensa Ysabel. Su rostro parece incluso más anguloso que la vez anterior. La nariz aguileña, el rostro hundido, los pómulos huesudos. La exhalación de la lana húmeda que lleva se mezcla con otro olor, el del sudor.

El fraile deja pasar unos momentos y luego comienza.

«Como usted sabe, señora Ysabel, como usted me lo sugirió, vengo aquí en nombre de Juana del Faut. Ella afirma que usted es responsable de Maheut."

«La acogí y la cuidé. Sí, soy responsable".

"En consecuencia, deberías estar feliz de que te ofrezca llevarla de regreso con su familia".

"¿Qué dice el marido?"

«El marido la estaba esperando desde hacía mucho tiempo».

«¿Pero con qué ánimo?»

«Digamos que está dispuesto a perdonarla, si la chica le presenta sus más sinceras disculpas. Sobre todo porque a estas alturas se ha convertido en padre... si el niño es realmente suyo."

Una leve sonrisa aparece en los labios del fraile... quien inmediatamente se pone rígido.

"¡No sabes de lo que estás hablando!" Ysabel reacciona. «No creo que a Jean de Querayn le agradeciera esta broma. Estás hablando de una mujer joven de buena familia."

Humbert se retira al banco. Empezó con el pie izquierdo. Vino a exigir un derecho y ahora se encuentra regañado como un niño. La culpa la tiene el lugar, esa habitación asfixiante, atestada por todos los rincones de jarrones, frascos y ramos de hierbas que desprenden fuertes olores. De esa anciana de pupilas extrañas, que no se fijan en los que tiene delante, sino que se rascan. El fraile también se siente incómodo con la presencia de Hades. La mujer permaneció en silencio durante el intercambio. La postura erguida, las manos apretadas contra la mesa, puede sentir la tensión a través de la madera.

El franciscano se recupera.

«Señora Ysabel, perdone mi descaro, pero usted sabe bien que ese no es el punto. Maheut no tiene otra opción. Debe regresar con su marido. Está preparando un grupo armado para atacar las tierras de su familia".

«¿Una guerra privada? Bien sabes que el rey se lo ha prohibido."

«La prohibición del rey importa poco a nuestros nobles provinciales. Aplican su ley, que está subordinada al honor."

«¿El honor de secuestrar a una niña para obligarla a casarse?»

"No debería haber rechazado la fiesta que su hermano había

elegido para ella".

"El consentimiento de los cónyuges es la base del matrimonio."

«La de los padres equivale a la de la hija. Y de todos modos ya no importa. El matrimonio se consumó, un hijo es prueba de ello. Es indisoluble."

Hades sigue la conversación en una especie de niebla, con la extraña sensación de que ese diálogo ya tuvo lugar en el pasado. Pero entonces fue ella, no Humbert, quien se opuso a Ysabel. Se siente impotente, sin las fuerzas necesarias para luchar contra ese hombre sombrío y también para defender a Leonor. Entonces, ¿qué hay en sus venas? Quizás Dios sabía lo intrépida que era. Por eso le quitó a Marie.

La mujer palidece. Humbert se da cuenta de esto y se perturba. Él también está agotado. Vagaba por las calles en esos últimos días en busca de un copista indicado por Bérard, entraba en tabernas y tugurios. Pero las indicaciones del viejo amigo no fueron más útiles que su trabajo. El día anterior se perdió en un laberinto de casuchas más allá de la puerta Saint-Denis. Después de pasar por callejones sin salida y calles estrechas, no pudo llegar a las murallas de la ciudad antes de que cerraran las puertas. Tuvo que compartir un colchón de paja con trabajadores borgoñones sucios y andrajosos, en un hotel helado de las afueras.

“El secuestro está tan prohibido como las guerras privadas”, continúa Ysabel. «Lo que piense la nobleza de tu provincia. Puedes decirle a Guillebert que, si es necesario, llevaremos el asunto ante el parlamento del rey".

Guillebert, piensa Humbert. Ese viejo cerdo obeso que, ante la fuga de su mujer, deja embarazada a las sirvientas de su feudo. ¿Realmente necesitas un franciscano para defender tus intereses? ¡Y el hermano de Maheut, que ni siquiera pudo localizarla! Mírenlo allí mientras se ocupa en nobles hazañas caballerescas, sin tener ni el valor ni el mérito.

Ante los ojos de su adversaria, Ysabel ve disminuir su determinación. Humbert se parece a un soldado que abandonó el campo de batalla en espíritu, sin dejar de blandir su espada. Su frente está mojada de sudor y sus ojeras son más profundas que cuando llegó allí.

La vieja beguina se levanta y le sirve con autoridad una copa de vino. Lo vacía aparentemente sin pensar. En realidad, piense en el hermano Jean. A su mano que sostuvo en la suya antes de llegar a la capital. Huesudo, muy ligero. Las garras de un pájaro muerto. Se fue con el corazón trastornado, desgarrado por el enfado y la angustia de perderlo. Ahora tiene miedo de volver y anunciar su doble fracaso.

Porque siente que la mujer no está dispuesta a ceder. ¿Qué puede hacer él? ¿Reportar una beguina de la institución real? Fray Juan se enfadaría mucho más por esto que si no volviera con el Rojo. No, la única manera de doblegar a la anciana es amenazar a Jeanne du Faut.

El alcohol empieza a hacer su efecto. El cuerpo, helado desde el día anterior, se calienta desde la garganta hasta el vientre. Sobre la mesa, frente a él, Hades junta las manos en gesto de oración. ¿Por qué parece tan impresionada? Humbert no cree que sea así para Maheut. Las manos blancas se abren, se abren sobre la mesa con un clic. El fraile recuerda con qué gracia aquellas manos pasaron las páginas historiadas del salterio el día que la vio dar una conferencia, la confianza con la que, en el momento en que salió de la sala con Bricharde, tomó el lápiz de manos de un alumno para corregir una palabra. en la tableta de cera.

Ysabel continúa su letanía. Pero Humbert ya no la escucha. Una idea germina en su mente. Él lo sigue y lo refina. Sí, ahora sabe qué hacer.

12.

Se dice que las maldiciones, al igual que los exorcismos o las fórmulas curativas, se producen por repetición. Las palabras adquieren virtud operativa en cuanto se repiten una y otra vez. Al ejercer sus facultades como terapeuta, la abuela de Ysabel tenía la costumbre de enumerar cada parte del cuerpo enfermo que necesitaba ser protegida, repitiendo el nombre varias veces y, si era necesario, entrando en detalles. La cabeza y la frente, y los ojos, y las cejas y los labios y la barbilla… murmuraba mientras aplicaba una cataplasma a un paciente que padecía migrañas. Nueve glándulas hermanas, ocho glándulas hermanas, siete glándulas hermanas... cantó la mujer, acompañando la decocción preparada para un enfermo de bilis con una aritmética decreciente para debilitar la enfermedad hasta erradicarla.

Quizás, piensa la vieja beguina a finales de año, alguien utilizó una iteración de este tipo para debilitar y desmembrar al gran cuerpo de eclesiásticos reunidos en consejo en Viena. Ciento catorce prelados mitrados, además de prelados no mitrados y todo tipo de emisarios, se habían reunido el 1 de octubre de 1311 en la gran iglesia de la ciudad provenzal. El 7 de diciembre muere en Lucca el cardenal d'Albano. El 9 del mismo mes muere el cardenal de Suizy. Luego los obispos de Tusculum y Sabina cayeron gravemente enfermos. En París corre un rumor: un profeta ha pronosticado que antes de Pascua morirán diez cardenales, sin contar, añadió, "uno que no me atrevo a nombrar", seguramente el Papa, debilitado por una enfermedad que le atenaza el vientre. Todos piensan lo mismo. Más allá de los obispos y del pontífice, la maldición afecta en realidad a Felipe el Hermoso, que obligó al Papa a convocar esta asamblea. Y los autores de estos hechizos contra los prelados sólo pueden ser los Templarios.

En el gran beaterio, la noticia del concilio llega en un instante. La abadesa, informada por el prior dominico, cuyos correos son tan rápidos como los del rey, permanece en reserva, incluso frente a los sabios de su consejo. Ysabel, aunque a regañadientes, se ve obligada a recurrir a Agnès, que conoce los hechos porque fue informada por Geoffroy. Su asistente lamenta los obstáculos que retrasan el proyecto

de Philip. Para el superintendente, sin embargo, cada nuevo aplazamiento es un alivio.

La única concesión que logró arrancar de Humbert fue ésta: el fraile habría esperado hasta el final del concilio. Una vez pasado ese período peligroso para el claustro, habría actuado.

Diciembre llega a su fin, incluyendo la novena de Nochebuena, el ayuno y la oración. Mientras en el campo los campesinos sacrifican el cerdo y terminan de batir el trigo recogido en gavillas, las beguinas se preparan para el acontecimiento más feliz del Año Santo. Los dormitorios y las casas están decorados con acebos y manojos de ramas, las mujeres guardan sus ropas habituales para ponerse otras nuevas. A la misa de Natividad celebrada en plena noche le sigue un abundante banquete, iluminado por la generosa luz de antorchas, amenizado por cantos y algunos pasos de baile.

Enero se fue. En Viena, el trabajo sigue prolongándose. Parece que un número creciente de prelados muestra su apoyo a la Orden Templaria. Aparte de los obispos franceses, sometiéndose a la voluntad del rey o anticipando su ira, todos o casi todos declararon, en votación secreta, que los frailes tenían derecho a un nuevo juicio y a ser defendidos. En la ciudad de Rhoden todo el mundo, según se dice, se queja. Elegida por el Papa por su seguridad, bien fortificada, la ciudad no ofrece las comodidades necesarias para acoger tal afluencia de cardenales, obispos, abades, delegaciones extranjeras, secretarios, servidores... La construcción de la catedral donde se celebran las reuniones plenarias ni siquiera llega a su fin. Estás dentro, estás aburrido, tienes frío. Paciencia, tendremos que aguantar un largo invierno.

Ysabel se tranquiliza. Con tantos intereses en conflicto, ¿quién puede decir cuánto tiempo permanecerá suspendido el consejo? Podría durar meses todavía. Pero de repente todo se acelera. Desde lejos, el rey cazador lleva mucho tiempo espiando, maniobrando y amenazando. Ahora, poco a poco, se va acercando: el 10 de febrero entra en Gien, el 24 está en Cluny, el 29 en Macôn. El 9 de marzo acechaba en Lyon. El grito de guerra es inminente. La Bella envía como emisarios a sus consejeros, entre ellos al temible Guillaume de Nogaret, e inmediatamente después entra en Vienne, el 20 de marzo, con sus dos hermanos, sus tres hijos, los delegados de las órdenes del reino, un gran número de nobles y poderosos y decenas de soldados. En las calles estrechas, en los coros de las iglesias, bajo los tejados de las casas, a lo largo de los muros oscuros, incluso en las laderas heladas de las colinas en las que se asienta la ciudad, se escuchan los pasos de los caballos y los gritos de los hombres resuenan.

¿Es una señal? El mismo día en que la Bella abre las puertas de la ciudad como su amo -o al día siguiente, al amanecer, nadie puede decirlo-, sin previo aviso, Bricharde muere mientras duerme. Es su antigua sirvienta quien descubre, con las manos cruzadas y el rostro tranquilo, nos dirá la mujer, la posición escultural de quien ya ha sido acogido en el reino del Señor. La campana de la capilla, que no pudo acompañar la agonía de la abadesa, anuncia su muerte al amanecer, arrancando de la cama a los durmientes con su triste tañido.

Las beguinas, apenas dos años después de la pérdida de la Chanevacière, tienen que volver a acostumbrarse al ritmo de los funerales. El mundo y el claustro proceden de maneras diferentes. Con la capucha bajada, cada una con una larga vela en la mano, como sombras de una procesión fuera de tiempo, las mujeres acompañan al difunto a lo largo de la orilla de los comerciantes, cruzan la plaza de Grève, el puente de los Cambiantes, pasan A la sombra de la Sainte-Chapelle y del Petit Châtelet, suba por la Grande rue Saint-Jacques hasta llegar a la iglesia de los Dominicos.

Juana la Bricharde fue enterrada, conforme a sus últimos deseos, en la nave delante del órgano, junto a Agnès d'Orchis, una de las primeras directoras del instituto nombradas por el propio Luis IX. En la lápida se representa a la mujer con las manos entrelazadas y el rostro marcado por la edad, rodeada por seis figuras de beguinas portando el salterio. Asimismo, la lápida que se está preparando para Jeanne en el taller de escultores rendirá homenaje a su piedad y cultura mostrándola con un rosario y un libro, aplastando al malvado dragón con su pie.

Cuando el beaterio despierta, todo está decidido: el 3 de abril de 1312, en la catedral de Viena, finalmente se celebró la sesión general con la convocatoria de todos los participantes en el concilio. Felipe el Hermoso está sentado a la derecha del pontífice, con su hermano Carlos y sus barones a su lado. La Orden Templaria se disuelve y se promete una cruzada para el próximo año. Pero las decisiones relativas a la reforma moral de la Iglesia en su mayoría han sido pospuestas. Los decretos relativos a las beguinas no se publicaron.

Para Ysabel y Ade comienza entonces el tiempo de espera. Cada día, las dos mujeres esperan recibir la carta de Humbert anunciando su llegada. Hades intenta calmar su angustia visitando a la pequeña en la casa de la seda lo antes posible. Maheut, cuando fue informada del acuerdo, ni siquiera le dio las gracias. La joven se pregunta a veces si la niña es consciente del sacrificio que ha aceptado afrontar, del peligro al que se expone. Pero la Roja tal vez haya entendido algo más: es Leonor, y sólo ella, la razón de ese sacrificio.

Ysabel, por su parte, sigue cavilando sobre el momento en que la

situación se revirtió. La humillación sigue ardiendo. ¡Está tan convencida de sus razones que de las del franciscano! Había enumerado sus argumentos con una confianza cada vez mayor, esperando una rendición. Y de repente salió de su silencio para imponer el odioso chantaje.

“Hades no es un amanuense”, había protestado Ysabel.

"¿Puedes hacerlo?" había preguntado Humbert, volviéndose hacia la joven.

El otro asintió.

"Muy bien. Por tanto, la cuestión está decidida."

Dejar ir a Maheut significaba perder a Leonor. Peor aún, significó abandonar a una niña a quien Ysabel le había prometido protección. El franciscano tenía razón. La pelea había terminado. Y había ganado. Habría guardado silencio sobre Rossa pero, tan pronto como terminó el concilio, el fraile habría traído el manuscrito de Margarita. Y Hades lo traduciría.

Pasan los días, la carta no llega. Ysabel encuentra un momento de paz contemplando el gran movimiento del cielo en el jardín: el sol que sale y brilla, luego se apaga, haciendo crecer las plantas de la tierra antes de dejarla dormir; la alternancia de sequía y humedad; el vórtice de vientos que soplan desde los cuatro rincones de la tierra, acuosos u oscuros, aéreos o sólidos como el tendón de un tobillo; las fases de la luna, madre de todos los climas, que crece y mengua, y con ella la sangre del cuerpo de los seres vivientes, y sus demás humores, la leche y la médula de los huesos.

El ciclo comienza de nuevo. El temblor de la pelusa primaveral ya da paso al vigor del verano. Con los pies firmemente plantados en el lecho de plantas medicinales, Ysabel revuelve la fragante tierra con su pala. Las flores de borraja han florecido. Entre las hojas gruesas y arrugadas, los pétalos en forma de estrella brillan con un extraño azul que llama la atención como la luminiscencia de una luciérnaga.

Humbert no viene.

Las hojas viejas del otoño empiezan a temblar. Las primeras galavernas adormecen la ciudad.

Humbert todavía no viene.

Parte tres

De mayo de 1313 a mayo de 1315

En aquella época, las beguinas
ya no cantaban,
ya no leían.
Juan de Saint-Victor (13…-1351?)
Memorial Historiarum

1.

Esa mañana de mayo, Ade se despertó de buen humor. Desde hace un tiempo, basta con un destello de luz, el trino de un pájaro... Ysabel diría que es primavera. La dulzura del aire, las mantas y sábanas colocadas para ventilar las ventanas, las hierbas frescas esparcidas por el suelo. Pero el motivo de su alegría es más íntimo. Una semana antes, Leonor, cuyo nombre, tan acertadamente elegido, significa "endulzar", le había hecho un regalo.

Hades ve a la niña todas las semanas. Leonor pronto cumplirá tres años. La joven pensó que poco a poco Maheut se iría encariñando con ella, la querría sólo para él, al menos eso esperaba para la pequeña. Sin embargo, este no fue el caso. La Rossa pasa días enteros en la tienda donde trabaja junto a Beatriz la Grande, ayudándola también en las ventas, y confía a la niña al cuidado de otros. Por eso Hades continúa con sus idas y venidas entre el beaterio y la casa de la seda.

Leonor aún no habla, no crece ni mucho menos. Frágil, el rostro devorado por pupilas del mismo color que las de Maheut, pero de un verde más húmedo, casi líquido, como el de las algas en la superficie del agua que adquieren tonos de azul o corteza como el sol o las nubes. pasar por . Leonor también es torpe cuando se mueve, principalmente sentada en el suelo del laboratorio. Toda la gracia y la inteligencia del cuerpo parecen concentradas en las manos, que la pequeña sigue deslizando y bailando en el aire, contando así esas historias que su lengua se niega a pronunciar.

Ysabel prepara sus estimulantes papillas a base de nuez moscada y rizoma de iris. Le confió a Juliotte un frasco lleno de aceite tonificante donde se dejaban macerar flores de salvia e hinojo. Luego de bañarla en la tina cerca de la chimenea, el mudo masajea los brazos y piernas de la pequeña con esa preparación. Los pequeños miembros son delgados bajo sus dedos, los músculos están sensibles, pero no los siente inertes, al contrario, los siente llenos de energía.

A veces Juliotte se pregunta si ella es la responsable del silencio de Leonor. Vuelven a ella recuerdos que creía haber olvidado. No siempre fue muda: hasta los diez años habló, pero su lengua cojeaba como el paso de un cojo. No podía dominarlo, tartamudeaba como un

borracho o un loco, pronunciando palabras que parecían un galimatías. El párroco había intentado corregir este defecto poniéndole piedras ardiendo en la boca. Mientras él la bendecía, ella los escupió, pero fue por dolor, un dolor terrible, no por malicia. Entonces, Juliotte no había pronunciado una palabra más. El cura había caído enfermo, se le había hinchado la garganta, algunos decían que el tartamudo lo había embrujado y la habían echado del pueblo.

Ahora, con los labios y la respiración, Juliotte intenta inventar sonidos ligeros y divertidos para inducir a Leonor a imitarla. Frote la boca de la niña con sal de roca y miel. Pero este remedio no tiene más éxito que los demás. Porque Leonor no está enferma. Simplemente, ella, como todo niño, como una planta, necesita un apoyo en el que apoyarse para poder crecer.

Ha pasado ya una semana desde que Hades le trajo una muñeca de trapo comprada a un mercero de una calle cercana. El vestido está hecho de una lona descolorida, mal cortada, pero es el pelo el que constituye el encanto del juguete: le han cosido en la cabeza pelos de lana enrollados en un moño cubierto por un velo.

Como de costumbre, cuando Hades entra en la habitación, Leonor se vuelve hacia ella. Como de costumbre, Ade se sienta en el asiento de la ventana y sienta a la niña frente a él. Generalmente, después de jugar con retales de seda y un bote de hojalata que le regaló Ysabel, Hades le lee algunas oraciones a la pequeña, la oración dominical y el Credo, ocupándose de la educación religiosa de su ahijada, como debe hacer una buena madrina. Esta vez, sin embargo, muestra el regalo envuelto en un trozo de tela. La niña quita el envoltorio, toma la muñeca en su regazo, la gira para observar el pelo de lana rubio a la luz del tejido de cáñamo, la vuelve a girar, coloca un dedo en la mejilla disecada y dice: "Hades".

Cuando Clémence de Crété aparece en la puerta, la joven todavía tiene en sus labios la sonrisa que floreció al recordar esa palabrita, apenas susurrada, pero perfectamente articulada por la pequeña.

Con motivo de la salida que acordaron juntos, Clemencia exhumó de su baúl un abrigo adornado con cordones bordados con hilo de oro y una capa azul brillante. Una duda la invade al ver a su amiga vestida tan sobriamente con su ligera capa de lana, pero la ahuyenta con un gesto, toma a Ade del brazo y se la lleva a rastras. La otra se deja llevar, feliz de estirar las piernas al lado de una compañera que encaja con el humor de la estación y de la ciudad.

Hades siente ternura por la niña. Clémence le parece lo que nunca fue capaz de ser. Dinámico. Infantil, a pesar de sus dieciséis años. Cariñoso también, con una naturalidad que dificulta cualquier resistencia. Al principio, Hades estaba exasperado por su personalidad

lenta y confusa. Pero el estudiante había hecho verdaderos progresos. Unos meses antes, Clémence se había ofrecido a ayudarla a enseñar a leer a los más pequeños. La niña había demostrado ser muy paciente, siguiendo a las niñas a través de las dificultades de descifrar. A cambio, Ade le dio lecciones privadas en sus habitaciones. Clémence llegó a practicar el latín y la escritura con pluma. La paciencia de la niña se puso a prueba con todas esas horas dibujando algunas líneas torpes, su mano temblando sobre el bolígrafo, la tinta babeando sobre su piel. Pero él había perseverado. Su madre, que la visita regularmente en el beaterio y a veces asiste a las lecciones, se sorprende al ver sus progresos en este sentido.

«Tú la transformaste», le había confiado agradecido a Ade.

Dame Alice es precisamente el destino de la actual salida matutina. Ade, que hace tiempo que no visita el Palacio de Crété, está contenta con esta visita, tanto por el lugar como por la dueña. Los dos compañeros abandonan la calle Saint-Jacques-la-Boucherie, bordean la fortaleza del Grand Châtelet y aquí aparece la torre de Saint-Germain-l'Auxerrois. Toman el mismo camino que habían tomado Ade y Maheut tres años antes. Pero evidentemente la joven viuda no se da cuenta. Casi ha olvidado esa pareja dispareja formada por ella y el Rojo, la desconfianza que tenían el uno hacia el otro, desviados sólo por un momento por el espectáculo y la multitud de la calle. También olvidó el terrible miedo que sintió cuando un hombre le arrancó la capucha a Maheut. Mientras tanto han pasado muchas cosas...

"¡Qué placer! ¡Aquí estás finalmente!

Dame Alice es idéntica a su hija. Pequeña y vivaz, la misma redondez que en ella, sin embargo, no está tan acentuada. La mujer recibe a los visitantes con entusiasmo y los abraza durante mucho tiempo.

«¡Ven, ven, te tengo preparada una sorpresa!»

El señor de Crété no está allí: está de viaje por negocios. Quizás, los dos fueron invitados precisamente por este motivo. El padre de Clémence aceptó que su hija entrara en el beaterio con el mismo espíritu con el que uno se entrega a un capricho, pero ahora descubre que ella lleva demasiado tiempo allí y que ha llegado el momento de que entre en el mundo. Cuando va a visitar a su hija, su visita se convierte cada vez más en un enfrentamiento. No volverá hasta dentro de varias semanas, explica Dame Alice.

«Todo se ha complicado», murmura la mujer mientras conduce a los invitados a través de los grandes salones hasta la sala donde se ha preparado el almuerzo. "El negocio ya no va tan bien".

Hades vuelve a quedar asombrado por la magnificencia del palacio. Los salones están decorados con refinamiento, cada uno

parece un escaparate, una concentración de los gustos y la cultura del dueño de la casa. Las paredes de la primera sala están recubiertas de pinturas y preceptos pintados de colores vivos; en el segundo hay instrumentos musicales, arpas, zanfonas, quinternes, salterios... El siguiente está dedicado a las partidas de damas y ajedrez. Las tres mujeres cruzan luego una biblioteca donde grandes armarios contienen varias decenas de volúmenes con tapas de marfil y metal. Algunos jarrones esparcen en el aire aromas especiados, dulces y especiados.

"¡Oh Madre!" Clémence exclama embelesada, mientras Alice, en lugar de conducirlos hacia su sala de estar, los guía hacia una pequeña escalera de caracol cuyos estrechos peldaños conducen al segundo piso.

La estancia donde estaba puesta la mesa es extraordinaria. ¡Nunca Hades había visto algo como esto! Grande, cuadrado, cubierto de tapices, pero sobre todo abierto por los cuatro lados con grandes ventanales que dan a los pináculos dorados del propio palacio y, más lejos, a los tejados de la ciudad, el campanario de Saint-Germain-l'Auxerrois, la torre del homenaje del Louvre, sus murallas y sus torres de defensa, y finalmente el ancho y oscuro río, cuyos brazos se encuentran en la punta de la isla de la Cité, para perderse en las pesadas ondulaciones de la llanura circundante.

La comida ya está dispuesta sobre la mesa, lo suficientemente grande y llena de comida para acomodar a invitados mucho más grandes que ellos. Capón asado, lucio en galantina, puré de cucaracha con agraz, tarta de queso, flan y croquetas. Una fiesta. El aire es fragante. Hades inmediatamente tiene hambre. Después de mojarle los labios, Clémence le entrega el vaso lleno de vino cocinado con miel y luego un trozo de pollo. Con las manos cruzadas, tocando la tabla de cortar, Ade se siente mareado, no acostumbrado como está a semejante juerga. La joven se deja llevar por su garganta, su sangre y su estómago despertados por la suculencia de la comida, por la tierna amistad de Clémence, por el río de luz que entra por las ventanas, por el cielo que nunca ha visto tan de cerca. desde que vivió en París y que ahora comprende cuánto te extraña.

Al final de la comida, Dame Alice invita a Clémence y Ade a seguirla. Vuelven a bajar la escalera que conduce desde la habitación abierta al cielo, al primer piso. Luego, al llegar a la planta baja, salen por una pequeña puerta situada en un lateral del edificio, cruzan el patio donde un pavo real hace volteretas y finalmente entran en un anexo. En su interior hay una gran sala termal dividida en dos áreas, la primera equipada con chimenea y piso que se apoya sobre pilares para sudar, la segunda equipada con una gran tina que unas criadas están terminando de llenar con agua caliente.

«Algo completamente diferente a nuestros baños de beaterio», sonríe Clémence, dejando caer la ropa al suelo.

Mientras un sirviente los recoge, Alice y Hades también se desnudan y se sumergen en el agua maravillosamente tibia, perfumada con hierbas y pétalos. Y, durante la siguiente hora, se frotan la espalda y se lavan el pelo. Clémence pasa sus manos por las trenzas rubias de su amiga, cargadas por el agua perfumada de mirto y rosa.

«Qué hermoso día» murmura la niña, abrazando a Ade, de camino a casa.

Sí, fue un hermoso día, piensa Hades. Hecha de dulzura desde el amanecer hasta el anochecer, que ya se anuncia en el alargamiento de las sombras de piñones y chimeneas.

Y como está feliz, con el cuerpo relajado y purificado por el baño, sugiere a Clémence que pasen por Notre-Dame en el camino de regreso al beaterio.

Hay multitud y ruido en el cementerio. Incluso más de lo habitual. Emocionada, Clémence pellizca el brazo de Hades a través de la capa y la arrastra consigo.

"¡Mirar! ¡La picota!»

Frente a la iglesia se levanta una escalera. Allí está expuesto un hombre, con la cabeza y los brazos atados a la rueda. No puedes ver su cara. Pero en el cráneo brilla la tonsura de los clérigos. Colgando debajo de él, un cartel muestra su infamia: Fornicador. Hombres y mujeres le arrojan basura y barro, insultándolo. Hades siente que se le encoge el corazón, piensa en la vergüenza que debe petrificar a aquel fraile, se persigna y está a punto de marcharse, cuando su mirada es captada por otra mirada, que la mira fijamente. A unos pasos de la picota, con la misma tonsura que el condenado, se encuentra el hombre que pensó que nunca volvería a ver.

Como tres años antes, los caminos de Ade y Humbert se cruzan en el cementerio de la catedral.

2.

Jeanne du Faut mira a Maheut y queda perpleja. La pequeña, que ya no es niña, todavía delgada como una adolescente, pero con una nueva gracia en sus caderas y busto, no hace nada malo. Simplemente pone en práctica el trabajo que le han enseñado. Desenrolla delante de un cliente un borde bordado en oro, realizado por Ameline por encargo. El hombre toma el artefacto, lo desliza entre sus manos, capta su finura y regularidad.

"Perfecto", murmura.

La trenza es rica, salpicada de hilos de oro y seda y, sin embargo, suave y ligera. Ameline puede ser la trabajadora más tonta del mundo, pero tiene dedos que hacen maravillas.

Quizás, piensa Dame du Faut, Maheut esté demasiado cerca del comprador. Quizás la frontera fluya con excesiva complacencia entre las manos de ambos. Pero también aprecia el placer casi sensual de sentir telas hermosas, ya sean suaves o arrugadas, lisas o granuladas. Y entonces Giacomo sabe que está en casa de una beguina, un lugar no muy adecuado para el cortejo. Si busca mujer, no deberían faltar chicas que se dejen cautivar por esas pupilas de montura azul, por su bello porte… o por el dinero que llena su bolso. Maheut, con su sencillo vestido de tela y el pañuelo blanco que cubre su frente, ciertamente no pertenece al tipo de chicas que pueden fascinar a los italianos.

Después de un largo período de ausencia, el hombre apareció nuevamente en la casa de la seda. Había partido hacia su país tras el asunto lombardo a finales de 1311. Los bienes judíos no habían sido suficientes. El rey, una vez más escaso de efectivo, había apuntado a los banqueros italianos, a quienes también se acusó de debilitar la moneda y erosionar la riqueza del pueblo francés mediante la usura. El primo de Giacomo no esperó a que las amenazas se hicieran realidad y abandonó París, cansado de las confiscaciones que ya había tenido que sufrir dos veces en los años anteriores. Giacomo lo había seguido.

Los dos finalmente regresaron. Una vez más, Felipe llegó a un acuerdo. El país nos necesita demasiado, había bromeado Giacomo

cuando se presentó unas semanas antes. Jeanne sabe que la familia Lombardi tuvo que pagar una multa, pero está claro que valió la pena. Mientras haya quien compre, tendrá que haber quien venda... ¡y preste dinero para pagar! -añadió el comerciante de Lucca.

Algunos mechones grises ya surcan el espeso cabello de Giacomo. Jeanne no sabe la edad del hombre, pero en cualquier caso ya no parece tan joven. Ella no entiende por qué él no está casado. O tal vez lo sea, piensa, pero no habla de ello, manteniéndose reservado a pesar de su comportamiento afable. El mercero sólo comprendió, por unas pocas palabras que soltó, que la riqueza de la familia es reciente. Detrás de su cortesía a veces emerge la libertad de tono y comportamiento de alguien que se ha liberado de las limitaciones de cualquier casta. Dicho esto, el hombre siempre se muestra cariñoso con todos. Pero, desde hace algún tiempo, Maheut parece haber llamado más su atención.

No, piensa Jeanne con un arrebato de impaciencia, no es una simple impresión: están demasiado cerca el uno del otro. Ahora están hablando. Giacomo pronuncia algunas palabras en su propio idioma, Maheut intenta repetirlas. La voz de la chica, habitualmente tan aguda, intenta modularse a un ritmo artificial. Luego se echa a reír junto con el italiano.

Al mismo tiempo estalla otra risa, con chillidos de excitación provenientes del suelo de las bordadoras. Jeanne suspira, sonríe a pesar de todo. Será difícil gestionar el negocio en los próximos días. La mujer está emocionada y también toda la ciudad que la rodea. Eduardo II e Isabel de Inglaterra, hija de Felipe el Hermoso, se encuentran desde la víspera a las puertas de París. Se embarcaron en Douvres con todo un Areópago, los condes de Pembroke y de Richmond, y un séquito de más de doscientas personas, para visitar al soberano que, en aquel mes de junio de 1313, celebrará el rito de caballería para su hijo mayor y para sus dos hermanos.

Desde hace más de una semana, malabaristas, bufones y acróbatas acuden en masa. Los barcos descargan montones de barriles y lanzan cestas de pescado a la orilla; los carniceros matan a los animales con todas sus fuerzas, ríos de sangre fresca corren en las calles donde tienen tiendas junto a las Halles y en la calle Sainte-Geneviève, al pie de la abadía, donde los vientres desgarrados de los animales son tantos que la pendiente no es suficiente para evacuar los líquidos malolientes. Y mientras la ciudad de la juerga se prepara para celebrar, las muchachas de la casa cortan y cosen retales de tela para la fiesta de artesanía que tendrá lugar la semana después de Pentecostés. Preparan un cuadro viviente que representa a la Virgen y el Niño rodeados de ángeles.

De repente, Jeanne siente una presencia a su lado. Es Juliotte con

Leonor en brazos. La niña juega con una corona de tul tejida alrededor de una diadema de metal. Se lo entrega al mercero.

«Gracias, Leonor» Jeanne sonríe mientras toma la corona.

Leonor no responde. Pero Jeanne sabe que la niña pronunció su primera palabra hace unos días: y la primera palabra fue el nombre de su madrina. Las chicas del laboratorio le contaron el suceso como si fuera un milagro. Quizás sería bueno, piensa la señora, admirando la coronita bajo la mirada concentrada de la pequeña, que la pequeña dejara esta casa donde su madre la cuida tan poco y se fuera a vivir al beaterio. Allí recibiría una mejor educación y quizás más cariño. Pero justo mientras reflexionaba sobre este proyecto, apareció en su mente otra idea, más apropiada para el momento.

Jeanne coloca la corona sobre los rizos oscuros de Leonor. Juliotte, que lo entiende todo, le entrega a la niña. Maheut, completamente absorta en su conversación con Giacomo, no se dio cuenta de nada. La niña tomó el artefacto y lo enrolló con cuidado para poder empaquetarlo como le enseñaron. Jeanne se acerca, da un paso y luego otro. Giacomo es el primero en reaccionar. Levanta la cabeza, ve a la pequeña niña coronada y exclama: «¡Hermosa!»[4]

Maheut permanece rígida, con el rostro cerrado.

"Sí, ella es hermosa, ¿no?" dice Juana. «Tiene los ojos de su madre…»

El italiano no responde, sólo sonríe. Entonces Maheut levanta la cabeza y extiende los brazos, abraza con orgullo a la niña contra su torso, haciendo que sus senos sobresalgan bajo el vestido, y clava su mirada verde en los ojos azules del italiano.

«Hermoso» vuelve a decir Giacomo.

Un clamor se eleva desde la calle.

«¡Ya vienen, ya vienen!»

"¡Venir!" dice el hombre, agarrando la mano de Maheut y la de Jeanne du Faut.

"¡Venir!" grita de nuevo hacia la cocina y hacia la parte trasera de la tienda y hacia las ventanas del laboratorio.

El camino es un torrente que los arrastra, no hay manera de resistirlo. Los curiosos, los trabajadores, los merceros y merceros siguen el mismo movimiento hacia la Grande rue Saint-Denis por el que llega la procesión real.

Maheut siempre mantiene su mano en la de Giacomo. No la abandona a pesar de la multitud y de la niña que pesa sobre su brazo. Pero el pañuelo que le recoge el pelo se suelta, se le escapa un mechón, lo siente deslizarse sobre su frente, se libera del agarre del italiano para arreglarlo. Entonces éste se vuelve, toma a Leonor sobre sus hombros y, sin que Maheut pueda ocultar su pelo rojo, tan vivaz y alegre como las banderas que ondean en las ventanas, tan festivo

como las antorchas que agitan los espectadores, como el clamor que estalla y Se eleva hasta que desde las puertas enbanderadas de las murallas, se dejan arrastrar por la multitud.

Jadeante, furiosa e inquieta, Jeanne los pierde de vista.

3.

El sábado 2 de junio, al final de la impresionante procesión que ve a tres reyes, Felipe de Francia, Eduardo de Inglaterra, Luis de Navarra, sus familias y sus respectivas procesiones, cruzando París hasta Notre-Dame en una orgía de arneses y antorchas blandidas a gran escala. A la luz del día, se ofrece un banquete a los invitados en la isla de la Cité, en el palacio del soberano recién reconstruido.

Al día siguiente, día de Pentecostés, la asamblea se dirige a la catedral. Luis de Navarra, conde de Champaña y Brie, sus hermanos Felipe y Carlos, así como Hugo, duque de Borgoña, Guy, conde de Blois y muchos otros nobles del reino, avanzan hacia la gran nave para ceñir la espada del caballero. .

Los días siguientes están todos dedicados a las celebraciones. Cada soberano, cada grande del reino organiza su propio banquete. El Hermoso ofrece a las damas una cena privada presidida por su hija y su nuera en un salón del Louvre. Eduardo II, alojado con todos los invitados ingleses en la abadía de Saint-Germain, hizo montar algunas tiendas de campaña en el terreno más allá de los fosos de la iglesia con tres campanarios. Juglares de toda Europa interpretan las últimas canciones de moda y lacayos a caballo sirven capones y borlas de vino especiado. Luego, Luis de Évreux, hermano del rey, hizo construir un puente de madera entre la isla de la Cité y la isla de Notre-Dame, ofreciendo un banquete al pie del claustro de los canónigos, en el lugar donde tradicionalmente acuden los parisinos. relájate y disfruta del aire fresco que trae el río.

El 9 de junio, desde la mañana, se encienden antorchas por toda la ciudad. El pueblo, invitado a participar de la celebración colectiva, baila, se divierte y bebe hasta el amanecer, dibujando - ¡oh maravilla! – de chorros de vino vertidos de una fuente. Es un día que marca una fecha particular: Isabel de Inglaterra, después de su marido y padre, también toma la cruz y promete acompañar a Eduardo a Tierra Santa.

Hades no sabe nada de todo esto, no siente nada. Mientras que las bordadoras y las mercerías de la calle Troussevache, los talabarteros de la calle Saint-Denis, los tejedores del Temple, los comerciantes de segunda mano de la parroquia de Saint-Innocent, los sinvergüenzas de

Saint-Merri, los policías de la Porte Saint- Ladre, los falsificadores de Grand y Petit-Pont escenifican cuadros vivientes de la Biblia, pantomimas de hombres salvajes y escenas de Renart médecin, la joven está sentada en su habitación frente al atril. A la luz de una lámpara, está descifrando un manuscrito. Apenas levanta la cabeza cuando, al final de la tarde, estalla una tormenta que destroza la oscura ciudad de piedra con relámpagos blancos.

Hades pasa las páginas, lee en voz alta, inducido a hacerlo por el texto mismo, no compuesto para una lectura silenciosa. Poco a poco, las modulaciones, el ritmo del texto insinúan otro ritmo en el lector, que queda cautivado por él: el de la voz de Marguerite.

Sin embargo, Ade entró en el trabajo con reservas. Este Espejo, como otros textos del mismo tipo, no es una superficie reflectante destinada a reflejarse en uno mismo, sino que propone una imagen ideal a la que el lector debe acercarse. Pero ¿cómo podemos confiar en un libro condenado por herejía?

Las primeras palabras la repelieron como lo haría una puerta que se cierra en sus narices inmediatamente después de abrirse. Esa es una advertencia pretenciosa:

Tú que lees este libro
Si quieres entenderlo bien.
Ten cuidado con lo que dices
Porque es difícil de entender
Necesitas asumir la Humildad.

Seguido de una descarada advertencia:

Teólogos y clérigos
No podrás entenderlo.
Por más sutil que sea tu mente
Si no procedes con humildad.

Pero ahora su mente está alerta. Se despierta la curiosidad. Ya que esta obra debía ser verdaderamente audaz y compleja si la Inquisición sentía la necesidad de someterla a veintiún de los más eminentes teólogos de la universidad parisina.

El lector pasa la página y continúa con el desciframiento. Y es inmediatamente secuestrada, atrapada en el vórtice de ese diálogo entre las entidades de la Razón y el Amor en el que Marguerite estructura sus pensamientos. Los intercambios entre ambas entidades, las discusiones de una y otra, el choque entre ellas. El libro comienza tranquilamente, luego toma vuelo, alternando formas y cadencias entre prosa rimada y prosa rítmica, diálogos internos y escenas

dramáticas, mandatos drásticos y fugas líricas. Un texto pretencioso, ciertamente, pero extremadamente ardiente, el de un alma sedienta de amor que, en el momento mismo de escribir, intenta alcanzar el conocimiento y la comprensión divinos. Composición oscura también, llena de complejas alegorías y palabras con doble significado.

Hades levanta la mano para pasar a otra página. Él hace una mueca. Un destello más. E inmediatamente después, el rugido del trueno hace temblar las paredes y oscilar la lámpara. Aún no es de noche, pero la mujer llama al sirviente para pedirle más luz, ya que la letra irregular de Marguerite le está causando dificultades. Hay un extraño contraste entre el dominio del pensamiento y el impulso de la escritura, cuyo camino parece impulsado por un movimiento interno.

Distraída de la lectura, Ade de repente recuerda un recuerdo molesto. Fray Humbert se apoya detrás de ella ayudándola a descifrar una frase difícil de entender. Su cercanía la hace sentir incómoda. Siente el roce de la sotana en la espalda. Y su perfume, que reconoce haberlo olido ya en casa de Ysabel. Cálido, ligeramente dulce, tan diferente al de otros hombres… al de su marido, cuyo olor era similar al olor de los caballos que montaba y al vino que bebía, fuerte, un poco ácido.

La mujer encontró al franciscano muy cambiado cuando lo vio en el cementerio de Notre-Dame. Envejecido, su rostro duro, pero de una dureza diferente a la que ya conocía. Menos ira, una especie de tensión. Él simplemente asintió y se alejó.

«Pensamos que no te volveríamos a ver después de mucho tiempo. ¿No es demasiado tarde para reclamar tus cuotas?" Había arrojado allí a Ysabel cuando se presentó en el beaterio. «Una promesa no tiene duración», se había limitado a responderle Humbert, entregándole el libro que escondía bajo su sotana. Ysabel no había encontrado nada que responder. En las grandes ciudades, ahora, la vida de todos parece haberse acelerado. El ritmo de las profesiones se impone al de la Iglesia, comerciantes y prestamistas hacen malabarismos con los plazos para beneficiarse de él. Sin embargo, hoy como ayer, el tiempo pertenece sólo a Dios, y Dios lo extiende infinitamente. El peregrino lo sabe: un compromiso adquirido ante el Creador no tiene fin. Cuando emprende el viaje no sabe cuándo llegará. El propio Luis había abandonado el reino durante siete años para cumplir su voto de cruzada. Independientemente de lo que le haya sucedido a Humbert en ese tiempo, está en su derecho de exigir que se pague la deuda.

"¿Podría al menos darnos noticias de la familia de Maheut?" había preguntado Ysabel.

«El hermano ha decidido ceder parte de sus tierras a Guillebert. Pero es sólo una compensación insignificante. Al hombre le gustaría

poder asegurarse su propia descendencia sin tener que recurrir a Mongreli. Me temo que el asunto no ha terminado."

El franciscano regresó dos días después, y dos días después. Hades lo recibió en su alojamiento, siempre en presencia de Ysabel. Hojearon juntos el manuscrito, el fraile le explicó la construcción de las frases y las palabras picardías que ella no entendía, discutieron juntos algunos pasajes oscuros para que la traducción fuera lo más exitosa posible.

Luego desapareció por unos días. Cuando volvió a aparecer, llevaba consigo muchas hojas de pergamino en blanco. De tamaño pequeño, como esos libros que te llevas de viaje o quieres esconder. Piel magnífica, fina y flexible, de un bonito color crema.

"Tu amo no repara en gastos", había comentado Ysabel.

"Mi maestro está muerto", respondió Humbert.

Las dos mujeres permanecieron en silencio. Hades había vuelto a trabajar y sus sentimientos habían comenzado a cambiar.

Hades aún no ha tocado el pergamino. Tomó una tablilla de cera de la escuela de beaterio con la intención de componer la traducción párrafo por párrafo, antes de transcribirla con pluma en el costoso pergamino. Pero para traducir el Espejo al latín, primero debe comprenderlo, hacerlo resonar en ella, abrazar su movimiento, atravesar esas siete fases que, según el autor, conducen a la aniquilación del alma, a abdicar de la propia. voluntad, de fusionarse con Dios, Humbert, a quien ella explicó su intención, aprobó. "Esto nos permitirá aclarar el texto antes de que regrese a Valenciennes".

En primer lugar, un alma, dice Hades. Un alma que se salva por la fe y no por las obras. Que existe sólo como amor...

La lluvia ahora cae a cántaros sobre el tejado de la casa, borrando ruidosamente las palabras en los mismos oídos de quien las pronuncia.

Del cual nada se puede enseñar, del cual nada se puede quitar ni dar...

La tormenta cesa una hora después. La joven cerró los ojos que arden de cansancio. Se relaja, con el cuerpo apoyado en el respaldo de la silla, la cabeza echada hacia atrás, relaja el cuello.

En la planta baja alguien llama a la persiana. Hades escucha una voz juvenil, una risita. Clemencia. Hace un medio gesto de impaciencia. El criado sube las escaleras con pasos pesados, rasca la puerta y la abre entreabierta. Hades niega con la cabeza y se lleva la mano a la frente.

“Dame Ade está descansando”, escucha un momento después.

"¿Está bien?"

"Descansa, eso es todo."

A pesar de la lluvia, Clémence permanece delante de la puerta que

el criado acaba de cerrar. Sostiene en sus brazos la canasta de frutas que llevaba para su amiga y que no pensó en dejar para la entrega. En el primer piso, a través de la ventana, distingue la figura de Hades oscilando a la luz de las velas. Está sentada frente al atril (Clémence conoce tan bien ese alojamiento del que está excluida desde hace dos semanas que puede verlo incluso con los ojos cerrados) y parece más ocupada leyendo que descansando.

El corazón de Clémence se contrae de tristeza. Y como todavía es una niña, y una niña que siempre ha obtenido lo que quería o casi, el veneno de la amargura también se cuela en su corazón.

4.

Ningún verano le había parecido tan extraño a Ysabel. El calor asedia las paredes del beaterio, inmóviles por el calor. El aire se vuelve más pesado por el hedor nauseabundo que proviene de las curtidurías aguas arriba del río, y de repente se llena de ráfagas perfumadas que provienen de las flores y frutos de los jardines. Las noches están veladas por un polvoriento bochorno. Finalmente, poco antes del amanecer, el cielo se aclara. Al cabo de una hora el firmamento es un temblor de estrellas. Sólo ahora el mundo vuelve a encontrar la armonía adecuada.

La beguina la oye, se despierta y sale, como casi todas las noches. Nunca ha dormido mucho, pero a medida que pasan los años el sueño llega cada vez más tarde. A veces le parece que su cuerpo siente la necesidad de descargar rápidamente su energía vital, antes de que la muerte lo alcance. Se sienta en el banco, junto a las plantas medicinales, observa las estrellas como lo hacía cuando era niña, agudizando la mirada hasta identificar destellos recónditos, distinguiendo su proximidad, los grupos que diseñan, las criaturas que hacen palpitar en la oscuridad.

En esta noche de finales de julio, aquí está ella nuevamente, en el lugar que tanto ama. Tres estrellas destacan sobre las demás por su brillo: dibujan un enorme triángulo que va más allá de la Vía Láctea. El mundo parece equilibrado sobre un hilo frágil. Como suspendido entre el anochecer y el amanecer. Pendiente. ¿El mismo que está viviendo el beaterio?

En el claustro todo cambió. Por primera vez el instituto se queda sin una verdadera abadesa.

Todo sucedió en silencio. Tras la muerte de Juana la Bricharde en pleno Concilio de Viena, el ritual de sucesión se vio alterado a pesar de la ausencia de decisiones.

Cuando se fundó el instituto, los directores fueron nombrados por el propio rey. Devotas de Santa Isabel de Gante, Luis IX las eligió en la Flandes francesa, donde se tenía experiencia de este tipo de fundaciones y de su organización. Pero con el tiempo, el claustro fue adquiriendo autonomía. Ahora los directores eran elegidos por las

hermanas con la aprobación de las dominicas de la calle Saint-Jacques.

Esta vez el prior actuó con cautela. No impuso ningún nombre, limitándose a pedir a las sabias del beaterio que nombraran a la mayor de ellas jefa del claustro, a la espera de que se promulgaran los decretos de Viena sobre las beguinas.

Podría haber sido peor, pensó Ysabel.

Armelle es una mujer responsable y sensata. Pasó aquí los últimos veinte años de su vida. Pero ella no tiene la energía de los viejos líderes y sufre un infarto desde hace mucho tiempo. Los asuntos del claustro se le escapan lentamente de las manos. Los dominicos, con la excusa de proteger a las beguinas del rey, reforzaron su control sobre ellas. Presentes más que nunca entre bastidores, paralizan el nombramiento de una mujer más joven y vigorosa que podría sustituir a Armelle. A medida que pasan los meses, el calor se vuelve cada vez más intenso y la anciana se debilita. Esto lo viven dolorosamente las compañeras, que también están angustiadas porque, en ese pequeño mundo que es el beaterio, la abadesa encarna el orden y la seguridad.

Al detenerse en ese punto del cielo, la mirada de Ysabel se vuelve borrosa. La anciana baja la mirada, suspira de placer al sentir una brisa fresca acariciando su mejilla. Es la brisa que anuncia la madrugada, Ysabel debe regresar a su habitación, pero se siente tan bien allí. De repente una sombra rápida y zigzagueante la toca. Algunos murciélagos se han instalado en un nicho bajo el campanario de la capilla. Ysabel no les teme, sabe que el jardín es su lugar. Como es el lugar de las arañas y las lombrices. Y el de todas las criaturas subterráneas, oscuras y reptantes.

Dentro de unas semanas, el día de San Lorenzo, el firmamento cobrará vida con una explosión de estrellas fugaces. Probablemente ella estará allí observándolos. ¿Qué más puede hacer? Afortunadamente el claustro está menos concurrido que de costumbre. Numerosas beguinas iban con sus familias a pasar el verano al fresco de las fincas rurales. Agnès, gracias a Dios, es una de ellas. Su primo Geoffroy posee una gran mansión en Champaña.

Ysabel niega con la cabeza, molesta por los malos pensamientos. Pero desde hace algún tiempo tiene la impresión de estar atrapada en una trampa cuyos contornos apenas puede distinguir.

Cuando Agnès le pidió que le enseñara los rudimentos del uso de las plantas, ella no tuvo ganas de negarse. La mujer la asiste desde hace varios años, demostrando cada vez mayor eficacia, ayudándola en los problemas de organización y de abastecimiento, resolviendo también, gracias a una nueva autoridad que parece haber adquirido, los pequeños conflictos que periódicamente estallan entre los

enfermos. Ella misma había aprendido el arte de los remedios de su abuela; ese conocimiento no se guarda para uno mismo. Pero Ysabel hubiera preferido una alumna diferente.

El asistente carece de la primera cualidad necesaria para cualquier aprendizaje, pero en particular para el conocimiento de las plantas: la capacidad de observar. Lo cual no significa mirar y repetir. Pero empaparse de cada gesto durante mucho tiempo, olvidándose de uno mismo. No te limites a tomar nota de los ingredientes de un remedio y su cantidad, sino también de cómo manipularlos, mezclarlos delicada o vigorosamente, triturarlos, agitarlos o batir el mortero. Practique también reconocer la calidad intrínseca de las hierbas con la mirada, la nariz o las yemas de los dedos, distinguiendo su calor o humedad, fuerza o sutileza, para medir más sutilmente la asociación. Agnès pide continuamente explicaciones y aclaraciones. Pero no entendió lo esencial. Cada preparación es única, y en cada una debes poder poner una intención.

Sin embargo, con su falta de competencia, la mujer ya afirma ser sanadora. No lo dice abiertamente: ¡esa es otra cualidad que le falta! –, pero sugiere que, a medida que Ysabel crezca, necesitaría descanso y ayuda para aliviarla de pacientes menos exigentes. Agnès, antes tan discreta, ahora no duda en llevar remedios caseros al hospital. Por todos ellos, sin que Ysabel haya opinado nunca al respecto, su asistente se ha convertido ahora en aprendiz en la herbolaria.

En cualquier caso, su ausencia en este momento es una bendición. La mujer conoce a Humbert porque lo conoció cuando llegó por primera vez al beaterio. Por tanto, no hay posibilidad de que pueda encontrarse con el franciscano durante una de sus frecuentes visitas a la casa de Ade, con el riesgo de reconocerlo. Ysabel hizo creer a la abadesa y a algunos curiosos que la joven estaba recibiendo a un amigo de la familia que había venido a prepararla para su regreso a la vida matrimonial. Hades, sin embargo, no despierta mucha curiosidad en el beaterio, dada su vida reservada. La única que se preocupa es Clémence. La niña, que vive sola con una criada desde que Agnès se fue, parece ansiosa y atormentada. Ella es todavía una niña, lejos de su familia. Quizás Hades debería darle un poco más de tiempo. Ysabel hablará con él sobre esto mañana.

Hacia el este, sobre las casas adosadas a las murallas de la ciudad, se eleva una luz que poco a poco borra las estrellas.

Ya amanece.

Ysabel suspira. Tiene que dormir, no tiene sentido preocuparse. Humbert tenía previsto partir hacia Valenciennes en agosto. Agnès regresará en septiembre para la Natividad de la Virgen María. Al menos en este aspecto todo volverá a la normalidad.

La vieja beguina se levanta, pero antes de regresar elige un terrón

de tierra y lo coloca en el parterre mejor expuesto del jardín. Luego coloca un fragmento de cristal que guarda en su bolsillo. El sol debe tocarlo y transmitirle su calor. Volverá a recogerlo al mediodía para ponerlo a macerar. Imbuida de la fuerza de la piedra, el agua devolverá algo de fuerza a Armelle.

5.

Quizás Humbert también sienta la extrañeza de estos meses de verano, pero no se lo confiesa a nadie, y mucho menos a sí mismo. Ha fijado rigurosamente el programa semanal y lo cumple escrupulosamente. Cada día, después de misa, dedica sus mañanas a estudiar en la escuela de teología Cordeliers. Escucha los sermones de los maestros, practica con ellos, recoge sus consejos y críticas, continuando la formación que allí había comenzado apenas un año antes. La conclusión del período formativo se ha vuelto más urgente ahora que Jean de Querayn ya no está entre nosotros. Luego lee los sermones guardados en los volúmenes de la biblioteca hasta altas horas de la noche.

Pero todos los martes y todos los viernes, a las tres campanadas de Ninguna, Humbert cruza París para presentarse en el beaterio.

Cuando llega esa tarde, víspera de la fiesta de Santiago el Mayor, el apartamento de Ade está como siempre iluminado por numerosas luces dispuestas alrededor del escritorio pero también en los nichos, compensando así la falta de luz procedente del exterior. La habitación huele a tinta y cera derretida. Por eso, como siempre, al entrar, Humbert nota el contraste entre esos olores y los aromas que provienen del exterior y de su gruesa túnica.

Hades está solo. Al principio, Ysabel, advertida por Guillaumette, recibió al franciscano y lo llevó a casa de su amiga. Ahora, el superintendente parece pensar que su presencia ya no es necesaria. Aquí está domesticada, había pensado Humbert la primera vez que la vieja beguina salió de la habitación para ir al hospital. Pero en realidad fue el primero en ser domesticado.

Comienza el rito. Los dos se despiden y luego se ponen a trabajar. Sin hablarnos ni preguntar nada. Ni siquiera si están bien. Un hábito que han adquirido desde sus primeros encuentros, Hades tenso, Ysabel hostil y él... un patán que viola un santuario.

Si el silencio entre ellos persiste, todo lo demás ha cambiado. El cambio no es del orden de las palabras, sino de los gestos: es parte del ritmo de sus movimientos. Él se mantiene alejado de ella al principio,

en el fondo de la habitación, mientras Hades lee los últimos párrafos en los que ha estado trabajando. Tiene ese mismo tono dulce que Humbert había notado cuando la vio dando lecciones en la escuela, excepto que la entonación ahora es más melodiosa. El fraile escucha las palabras que le llegan, da un paso, luego otro. El texto de Marguerite, un río que lo arrastra. Hades le deja acercarse, sin más tensión. La semana pasada ella había colocado una silla al lado de la de él para que se sentara. Humbert, sin embargo, prefiere permanecer en pie.

La joven ha progresado mucho desde la visita anterior, ha descifrado numerosas páginas, anotando en la tablilla los pasajes que le parecen oscuros.

El Alma es libre, ley, completamente libre, absolutamente libre, gracias a las raíces y al tronco y gracias a todas sus ramas, por todos los frutos que las ramas dan.

Hades se detiene. Él lo mira. Continúa con voz más apagada:

El Alma no responde ante nadie si no quiere y si no pertenece a su propio linaje. Porque un hombre noble no se dignaría responder a un villano si lo desafiara en el campo de batalla, y por eso, si desafían a esta Alma, no la encuentran, y sus enemigos no reciben respuesta de ella.

Hades vuelve a guardar silencio. Humbert respeta su silencio, él mismo concentrado en las palabras que acaba de escuchar. Aunque conoce ese texto al haberlo escuchado pronunciado por el hermano Jean y por la propia Marguerite, tiene la impresión de escucharlo por primera vez, gracias a la lectura de Ade, a su paciente desciframiento guiado por una empatía que va más allá de la simple comprensión. Me pregunto si ella es consciente de ello.

Las últimas palabras lo interrogan, como otras escuchadas en los días anteriores. Sus enemigos no reciben respuesta de ella... Humbert piensa en el silencio que Marguerite opuso a los hombres que la empujaron a ceder, a confesar, a hablar finalmente. Piensa en esa expresión -boca apretada, mirada cerrada- en el momento en que, atada a la hoguera, esperaba que la quemaran viva. ¿Fue realmente sólo obstinación, como pensó entonces? ¿O un despojo tan profundo de sí misma, resultado de un pensamiento tan sutil que le hace imposible compartirlo con los demás?

Donde antes no veía, no sin desprecio, sólo un misticismo femenino completamente sensual, bajo la pretensión de una supuesta espiritualidad, ahora descubre poco a poco un reflejo estructurado y muy culto. A pesar de las imágenes concretas utilizadas por Margarita y de las fórmulas a veces tomadas de la literatura cortesana -Dios, como un amante deseado...-, se trata de una reflexión sabiamente nutrida de doctrina teológica. El ex estudiante de posgrado reconoce

temas que hacen eco de grandes pensadores: Guillaume de Saint-Thierry, Grégoire le Grand, Hugo de San Vittore, Bernardo de Claraval... La dialéctica que la beguina pone en escena entre el amor y la razón evoca las disputas universitarias que él mismo practicó en la Sorbona. Nada que ver con frenesíes y discursos patológicos habitualmente atribuidos a la sensualidad femenina.

El libro de Marguerite Porete es un riguroso ascetismo intelectual.

¿Cómo no lo había notado antes? ¡Qué poco confiaba en el rigor de su amo! ¿Fue envidia? ¿O qué más?

Hades lo llama. Humbert se acerca, se inclina sobre sus hombros, sigue con ella las líneas indicadas por su dedo. Siente que su corazón y sus pensamientos se calman. Algo en esa mujer tiene el don de calmarlo. Incluso su madre fue incapaz de dominar algunos de sus impulsos: ira, frustración, remordimiento. Siempre agitado, nunca en paz. Junto a la joven viuda, distante pero sin frialdad, la tensión que lo atenaza desde la muerte del hermano Jean finalmente se alivia.

Debería haber puesto más esfuerzo en llevar a cabo la misión. La agonía del maestro había sido tan larga y tan horrible. Meses de sufrimiento. Humbert había llegado a tener la esperanza de que el hombre que tanto había amado moriría. ¿Pero ese hombre realmente seguía siendo la misma persona? Sus ojos, últimamente, parecían los de un loco.

Se aferró con las manos a la barandilla que habían fijado a la cama para evitar que se escapara, como hacía a veces, vacilante, con los brazos extendidos hacia adelante, palpando las paredes como si buscara el único apoyo al que su mente perdida pudiera llegar. . ¿Fue la muerte lo que aterrorizó al santo? Esto no tenía sentido. O, si las había, era la vida de todos la que carecía de sentido.

Finalmente, abrió la boca como un pájaro que se acerca a su madre. A partir de cierto momento ya no había ingerido alimentos. Humbert le habló. Imaginando, tal vez, que su voz evitaría que cayera en la muerte.

Entonces su corazón se detuvo.

Había llegado el otoño, lluvioso, los caminos no eran muy propicios para viajar. Luego el invierno. La tentación de rendirse. La tentación inmediatamente ahuyentó.

Un día se presentó en el convento un distinguido huésped que viajaba a Flandes. Hugo de Novocastro, uno de los más grandes maestros de la Universidad de París, que llevaba años trabajando en un tratado dedicado al fin de los tiempos. El hombre era portavoz de una extraña profecía, de la que se hablaba en aquel momento en los pasillos y salas de estudio de los colegios capitalinos. Un misterioso Columbinus, dijo, tal vez un franciscano, anunció la inminente llegada

del Anticristo.

Durante años, místicos y eruditos de todas las Órdenes habían estado hablando del inminente fin de los tiempos, infundiendo un vago sentimiento de terror en los espíritus, pero Columbinus demostró una precisión impresionante. En el amplio refectorio resonante de voces donde se comentaban las informaciones que circulaban sobre las visitas y los viajes de unos y otros, Humbert había escuchado a Ugo exponer sus sabios cálculos. Dios, dijo el profeta, había planeado el mundo sobre la base de un tema único e idéntico: el número 7. Los siete días de la creación, los siete planetas, las siete esferas, los siete sacramentos... Y, lo más importante, , los siete sellos del libro del Apocalipsis. Cada uno de estos sellos correspondía a una de las iglesias de Asia a las que Jesús, en el texto de san Juan, dirige sus amonestaciones: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea. Y cada Iglesia coincidió con una era mundial que duró doscientos años a partir de la encarnación. Los hombres, sostenía Columbino, vivían ahora al final del sexto período, el de la iglesia de Filadelfia, expuestos a grandes peligros y desgracias que anunciaban la llegada del Anticristo, que, acompañado de Gog y Magog, emergería del abismo en 1316 para reinar sobre el mundo.

A Humbert siempre le había gustado jugar con cálculos escatológicos. Más de una vez, siguiendo a los franciscanos Gioachino da Fiore o Pietro di Giovanni Olivi, se había sumergido con el hermano Jean en infinitas especulaciones. Al moler los números, que todos saben son los pasos de una fuerza secreta. Al manipular las figuras -las pares, las divisibles y las imperfectas-, se refieren al mundo terrestre y a los hombres; los impares, incorruptibles, expresan la eternidad y a Dios mismo. Explorando todas las combinaciones en las que se desarrolla la unión del alma y el cuerpo, mortal e inmortal.

Entonces sólo un pensamiento se fijó en su mente. Recordó al condenado junto con Marguerite Porete en la plaza de Grève. Ese fraile que decía ser el Ángel de Filadelfia y que quería defender a Margarita, pero que la había abandonado en el momento de la tortura. Unos días más tarde, Humbert decidió regresar a París.

Esta alma es sumamente noble en la desgracia, continúa el lector.

Se escuchan pasos en la escalera. Humbert se endereza. Hades levanta la cabeza. Entra Ysabel, con el rostro enrojecido por el contacto con el aire libre, el vigor de su cuerpo disuelve los recuerdos de Humbert y la dulzura del momento.

La antigua beguina permanece allí hasta el anochecer. Cuando el franciscano se dispone a salir, alguien llama a la planta baja. Se abre el sirviente de Hades. Los tres escuchan una voz aguda y aterrorizada.

“¿Está aquí la dama Ysabel?”

Murmullo del criado, que protesta. Pero el recién llegado ha entrado, insiste.

«Me envía la señora du Faut. Debes venir. ¡De inmediato! ¡Juliotte ha desaparecido!»

6.

Durante tres días buscamos el traje de neopreno.

La mañana de su desaparición había salido de la tienda cuando sus compañeros aún dormían. Juana de Faut le había dado permiso para ir al mercado de Halles a comprar lo necesario para el almuerzo de la fiesta de Santiago. Juliotte parece tener una devoción especial de la patrona de los peregrinos, nadie sabe por qué. Pero eso no es lo único que no se sabe de ella, mientras ella se encarga de todo.

En Terza, al no verla regresar, Juana estaba preocupada. En Sesta la niña aún no había llegado. Todos habían empezado a temer un accidente. El barrio de Halles está atestado de carros y porteadores. No pasa un día sin que un transeúnte resulte herido por una carga o un animal de tiro. Las muchachas de la casa, luego las hilanderas y las bordadoras contratadas a destajo por la mercería, habían ido a buscarla en grupos de dos. Primero en las calles aledañas, luego cada vez más lejos.

Pronto la noticia se había extendido por el barrio. Algunos artesanos habían enviado aprendices y compañeros para ayudar. James, alcanzado por las voces, había enviado a sus sirvientes. La propia Marie Osanne había partido con un vendedor hacia la pescadería donde se encuentra Juliotte. Pero nadie se había fijado en ella en Pointe Saint-Eustache. Ni en los Halles ni cerca de las subastas. Cuando se les preguntó al respecto, los vendedores de arenque declararon que no tenían ningún recuerdo de la muda. ¡Mucha gente paseando por el barrio! Al anochecer, un empleado informó que habían visto a una pequeña beguina con flores en la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie. Podría ser ella, había pensado Jeanne. Dos muchachos habían acompañado al dependiente, habían paseado por el edificio y por las calles circundantes. Sin éxito.

Había oscurecido. El guardia había sido notificado. Ysabel había llegado. Marie Osanne también había regresado.

Nadie había dormido esa noche.

Los guardias son notificados al día siguiente. Pero nada pasa. O mejor dicho, todo sucede como debería haber imaginado Jeanne du Faut.

“¿La dejaste salir sola?” le preguntan. “¿Una niña de esa edad?”
«¿Y cómo iba vestida?»
“¿Cómo se comportaba normalmente?”
“¿Tenía tendencia a provocar a los transeúntes?”
Hablamos de Juliotte como podríamos hablar de una mala persona.
Ese día termina. Luego termina otro. Algunos vecinos continúan sus patrullajes, otros los abandonan. Giacomo se ha puesto en contacto con un scabino deudor de su primo para presionar al preboste para acelerar las búsquedas. El comerciante viene todas las mañanas en busca de novedades. La tienda permaneció abierta. Mientras Jeanne permanece en su alojamiento, Maheut recibe a los clientes, dobla y desdobla las telas, ordena las estanterías, quita el polvo, lava las huellas dejadas por las suelas en el parquet. Todo estará limpio y en orden para el regreso de Juliotte.
A la tercera noche, el calor acumulado sobre la ciudad comienza a vibrar. Finalmente estalla la tormenta, relámpagos como espadas, truenos como caballos al galope. En la mañana del cuarto día, un sábado, una mujer se presenta en la tienda. Es una bordadora de la calle Beaubourg que pregunta por Jeanne. La patrona la escucha, palidece, se sienta y manda llamar a Marie Osanne.
Las dos mujeres, vestidas con gruesos mantos a pesar del calor, se dirigen hacia la iglesia de Saint-Gervais. Al pie del olmo de la justicia donde se colocan los cadáveres de desconocidos, bajo la supervisión de un guardia, Jeanne reconoce inmediatamente el cuerpo de Juliotte.
Cuando Ysabel llega a la casa de la seda poco antes que Sesta, advertida por Beatriz la Grande, trae consigo las hierbas con las que suele perfumar las cámaras mortuorias.

Juliotte yace en la cama de Jeanne du Faut. Tan pequeña, diminuta, sus pechos pequeños, pero ya caídos sobre sus costillas, su vello púbico escaso. La golpearon, la profanaron en todos los sentidos, la arrojaron a un hoyo donde la encontró un guardia. De pie junto a la cama, Jeanne tiende una palangana en la que Ysabel moja el paño para lavar el cadáver.
Marie Osanne también está presente. Y así Hades. Las chicas de la casa sólo podrán entrar cuando Juliotte haya recuperado su dignidad. Maheut, a pesar de su condición de mujer y madre, fue excluida. Le ordenaron permanecer en el entresuelo junto a su hija. Sin embargo, la niña no está.
En la planta baja, la puerta del comercio permaneció entreabierta para los vecinos que acudieron a ofrecer su apoyo y compartir la tristeza de la casa. El sonido de sus voces apagadas se cuela por el suelo del dormitorio. Las contraventanas están cerradas, el calor es

pesado, el cuerpo ya desprende un hedor a cadáver.

A pesar de la atención con la que realiza su tarea, Ysabel es la primera en verla. La pequeña entró a la habitación sin hacer ruido. Sus ojos están fijos como los de un sonámbulo, ojos que brillan intensamente, pero no llora. Hades a su vez la nota y da un paso con los brazos extendidos. Ysabel la detiene. Leonor avanza hacia la cama, toma la mano izquierda de Juliotte entre las suyas, afloja sus dedos rígidos, los coloca en su mejilla, cierra los ojos.

Abajo, en la tienda donde se ha refugiado, lejos de esa habitación en la que Juliotte no volverá a dormir, Maheut también ha cerrado los ojos. Al fondo, lejos de las miradas, la muchacha apoya su frente en el pecho de Giacomo. Este último la tiene en sus brazos, ella quiere llorar pero no puede, sólo puede oír su corazón latiendo demasiado fuerte en sus oídos.

7.

La muerte de Juliotte es como uno de esos hitos que suelen ponerse en el camino recorrido para no perderse. Una rama rota al pie de un tronco, un montón de piedras, una roca que se nota fácilmente porque tiene el perfil de una bestia... Cuando nos perdemos y de repente nos encontramos al borde de un precipicio, damos la vuelta. para volver. Y ahí está, el punto de referencia.

Más adelante, cuando cuenten la historia, algunos dirán que el asesinato de Juliotte fue el primer signo, el anuncio de la catástrofe inminente. Pero cometerán errores porque su mirada era demasiado estrecha o su corazón era demasiado tierno.

Antes de Juliotte - ramita aplastada al borde del camino -, muchas otras pistas, muchas otras señales... Las hogueras encendidas para los Templarios junto a la puerta Saint-Antoine. El miserable sacerdote de la Sorbona vino a predicar la mortificación y el alejamiento del mundo en la capilla del beaterio. Las persecuciones implementadas por Bello. La expulsión de los judíos y los lombardos. El cielo se tiñó de rojo y azafrán, el último día de enero de 1309. La capucha de Maheut arrancada por un extraño y la tortura de Marguerite. Pero también, el fracaso de las haciendas reales y la ruina de las feudales, la devaluación de la moneda, las monedas negras. Acontecimientos de diferente naturaleza, pero todos con un significado preciso.

Como cuidadosa contadora de causalidades y contingencias, Ysabel tiene una certeza: por insignificantes que sean nuestras vidas tomadas individualmente, todas dependen de un vasto todo, los movimientos y perturbaciones del alma dependen de los movimientos y perturbaciones del mundo, de la violencia que éste ejerce. No se detiene en aquellos que han sido apuntados, sino que rebota como un guijarro en el agua dura y golpea, golpea de nuevo. Ysabel sabe que los miedos colectivos son la amplificación de las bajezas individuales, las grandes ambiciones se unen a las más mediocres. Juliotte está muerta, enterrada, la investigación no ha conducido a nada. ¿Fue elegida porque era beguina o simplemente porque era mujer? Poco importa. Su destino está inscrito en todo lo que vino antes y en todo lo que vendrá después.

El franciscano parece incómodo en el alojamiento de Juana de Faut. Él permanece de pie, como suele hacer a menudo, acurrucado sobre sus hombros.

"¿Lo que sucede?" pedido.

Ysabel quiere que se siente, le duele el cuello y el hombre la obliga a levantar la cabeza para hablar con él.

«Hermano Humbert, lo siento, pero ya no podemos recibirle en el beaterio».

«Entiendo esto, pero ¿cuál es el motivo?»

El tono es impaciente, el hombre está molesto, imagina Ysabel, por haber sido despedido y obligado a venir a la casa de la seda. ¡Pero todo pasó tan rápido! Afortunadamente, Guillaumette pudo transmitirle el mensaje.

«Esta tarde se espera al prior dominico en el claustro».

"¿Y esto qué tiene que ver conmigo?"

"No me gustaría que él supiera de tu presencia continua".

"¿Por qué? ¿No puedes presentarme a él como lo hiciste con Dame Armelle?

«El prior será quizás menos comprensivo… o menos ingenuo».

El franciscano frunce el ceño. Protesta.

«¡No entiendo por qué, cuando él se va, no puedo volver! Ya casi hemos terminado. Una vez más es suficiente, como máximo dos."

Humbert vuelve su mirada hacia el alféizar de la ventana junto al cual Hades sigue atentamente.

"No nos queda mucho más, díselo también", insiste.

«No, es verdad» murmura la joven.

¿Por qué esta obstinación?, pregunta Ysabel. Él mismo reconoce que ya casi ha cumplido su tarea. La vieja beguina deja pasar un momento y continúa como si no lo hubiera oído.

«El dominicano no viene aquí en visita de cortesía. Pidió reunirse con la abadesa para darle nuevas instrucciones. Y su secretaria tiene que mirar nuestros registros. El control se intensifica sobre el beaterio. ¿No quieres poner en peligro a Dame Hades?

La delgada figura sentada junto a la ventana permanece en silencio. Humbert mira hacia otro lado.

En ese momento alguien toca la puerta. Hades se levanta, imagina quién es. Humbert ve entrar a una niña muy pequeña. Ella se inclina levemente, toma la mano de su madrina y ambas regresan al alféizar de la ventana.

«Es la hija de Maheut» explica Ysabel. «Leonor».

La niña se apoya en el copista. Humbert apenas puede distinguir los rasgos de sus rostros porque están a contraluz, pero le bastó ver a la joven inclinada sobre la niña para imaginar inmediatamente su sonrisa. Ahora sabe bien lo tierno que es.

"Por favor, sepa que lo siento si se siente ofendido".

La voz de Ysabel distrae al franciscano de su contemplación.

«No, quizás tengas razón, mis visitas se vuelven imprudentes. La intervención del prior dominicano no hace más que confirmar los rumores."

"¿De qué rumores estás hablando?"

«Según dice un fraile de Aviñón, el Papa está preparando la publicación de los decretos de Viena contra las beguinas. El Sumo Pontífice no se encuentra bien, una enfermedad le está carcomiendo las entrañas, pero parece decidido a luchar contra quienes quieren introducir el Espíritu Libre en la Iglesia. Los dominicanos ciertamente conocen sus planes".

"¿Deberíamos preocuparnos?"

«No sé qué responder, nadie conoce los detalles de los decretos. El Papa, aparentemente no satisfecho con las decisiones iniciales, hizo destruir las primeras copias e introdujo cambios sustanciales. Sin embargo, se dice que la institución de las beguinas probablemente será abolida".

Humbert duda.

«Todo está confuso, por el momento contradictorio. Pero Marguerite Porete o al menos su libro causó sensación."

"¿Cómo?"

«Muchos teólogos parisinos que contribuyeron a su condena hace tres años formaban parte de las comisiones reunidas en Viena. Utilizaron frases del Mirror para incriminar a las beguinas en su conjunto. En particular, se ataca la idea de que el alma perfecta da permiso a las virtudes."

La última frase suena extraña en la habitación donde llegan las risas y voces de las niñas de la casa, todos sonidos de una actividad sencilla y cotidiana. Las especulaciones místicas

que Humbert compartió en esas últimas semanas con Hades están fuera de lugar aquí. El franciscano se levanta para sacudirse el malestar que lo invade.

"¿Hace cuánto que sabes de esto?" pregunta Ysabel.

«Me enteré a los pocos días de la muerte de esa pequeña... Juliotte. No quería hablar de eso en ese momento, tenías otras preocupaciones. Estaba esperando ver cómo evolucionaría la historia. Ya ha habido muchísimos aplazamientos".

«¿Y a pesar de ello, insististe en volver al beaterio?»

"Te lo dije, estaba esperando a ver qué giro tomarían los acontecimientos".

La explicación le parece ridícula, pero Humbert, por el momento, no quiere analizar los verdaderos motivos de su obstinación.

"Ahora has visto la arruga", responde secamente Ysabel. "¿Qué

crees que estás haciendo? ¿Obligarnos a guardar el libro en el claustro?

El fraile niega con la cabeza.

"No lo sé. Me doy cuenta de los peligros a los que os expongo. Pero hice una promesa. Y usted también."

Para. Pensemos en el hermano Jean. Lo que él hubiera querido. Volviéndose hacia Ade, añade la única frase que le parece apropiada: «No utilizaré a Maheut ni a su hija para obligarte a continuar con tu trabajo. Ahora te toca a ti decidir."

8.

La fiebre, que había bajado por la mañana, ahora vuelve a subir. Hades se asfixia, se siente mal, sus huesos se sienten aplastados por el ligero edredón con el que la cubrieron, su piel está lastimada por la camisa de algodón.

Alguien está junto a su cama, ella siente su presencia. Abre los ojos, intenta escapar de un mundo confuso donde se pierde la mente. ¿Cuánto tiempo llevas en ese estado de postración? La joven vuelve la cabeza. Experimenta una sensación de bienestar. Le colocan una venda húmeda en la frente. ¿Ysabel?

Ysabel la cuidó. Sí, ahora se acuerda... La vieja beguina la recibe con mirada inquieta. Es el día en que Hades regresó al beaterio. Lleva una capa forrada de piel, pero está congelada. Qué frío en aquellas tierras de Champaña, la arcilla desnuda de los campos congelada por la escarcha. Las grandes salas del castillo imposibles de calentar. Las cortinas levantadas por el aire que se cuela por las ventanas entreabiertas y se desliza por el suelo. La capilla. Las piedras brillan con la escarcha. La luz parpadeante de las velas. El difunto es colocado en la tumba familiar. Héloïse aprieta el cuerpo de su cuñada contra el suyo, las dos mujeres tiemblan juntas.

Hades se enfermó allí. La muerte de su hermano, cinco meses antes, había sido un rayo caído del cielo. El hombre había salido a cazar una mañana de noviembre y nunca regresó. Caído de su caballo, cráneo destrozado. Su cuñada, que estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo, estaba en completo desorden. Hades permaneció a su lado durante varias semanas, aunque no podía esperar a regresar al beaterio. Debió haberlo pensado detenidamente antes de aventurarse en ese viaje a mediados de febrero. Una vez muerto su hermano, ella era libre de elegir su propia vida y, sin embargo, tenía la impresión de encontrarse atrapada en el castillo familiar.

El vendaje se desliza sobre sus mejillas, ya menos frescas.

¡Qué recuerdos tan horribles la asaltaron durante aquella estancia! Había ido a rezar sobre la tumba de Marie, su hija muerta, a quien nunca pudo ver, y sobre la de su marido. El rostro del difunto tallado en piedra, los anchos hombros bajo los pliegues del vestido, la espada

pegada al costado... Su apuesto marido. Pero nada había salido según lo planeado.

¿Cómo fue esto posible? Frente a la tumba de su hija, Hades había llorado. Pero ante la del novio, sólo había sentido amargura.

El paciente gime.

Una puerta cruje, pero eso pasa en el pasado. Una voz, múltiples voces femeninas. Diferente. Luego uno que borre a los demás. Una risa, siempre la misma. Algunos rostros flotan bajo los párpados cerrados. Su marido – la mira con desprecio. Humbert, de repente, su boca se torció en una mueca de ira. Y esa de ahí, todavía tan oscura, parece una morena bromeando y gorjeando.

«Hades» murmura con una dulce voz, «no te preocupes, descansa».

Clémence quita el vendaje y lo enjuaga en la palangana. Lo aprieta, lo vuelve a colocar en la frente de su amiga, le acaricia la mejilla, le toma la mano, la mira preocupada. La fiebre debería bajar, dijo Ysabel, es el típico ataque que experimentan los pacientes cuando cae la noche... Pero Ade parece estar realmente enferma.

La niña se inclina y acerca su rostro. Los labios de Hades están agrietados como un pergamino viejo. Ella siente su aliento acre, lo respira, olvidando el consejo que le dio Ysabel de mantenerse alejada del miasma del aliento contaminado, pero la otra vuelve a quejarse y gira la cabeza.

Clémence se siente cansada, lleva noches durmiendo mal y hace días que apenas sale de la habitación. Esa mañana, Ysabel volvió a recomendar que llevaran a Ade al hospital, pero una vez más la pequeña se negó. Agnès, siempre benévola con ella, está de acuerdo con ella. Y la madre de Clémence, impresionada por la fuerza de esa amistad y orgullosa del compromiso asumido por su hija, que fue tan caprichosa durante mucho tiempo, acude a menudo a ayudarla. Clémence nunca lo admitiría, y mucho menos ante sí misma, pero la enfermedad finalmente le ha permitido acercarse a su amiga. El verano anterior había temido perderla, creyendo inicialmente la mentira que le habían dicho: que Hades estaría listo para regresar al mundo. Pero en varias ocasiones, a través de la ventana, había visto a su amiga sentada ante el escritorio, en compañía de aquel franciscano. Un día, al pasar, se encontró con el hombre y lo reconoció. Y comprendió que había algo más en juego.

Tras la muerte de su hermano, se reanudaron las clases privadas pero con menos frecuencia. Hades parecía preocupado, cansado. Clemencia la esperaba por la mañana cuando iba a la oficina, la acompañaba cuando regresaba con pasos rápidos de la capilla, por la noche espiaba a veces su perfil, siempre inclinada sobre la mesa de trabajo. Deseó poder ayudarla. Pero Hades nunca confió en ella, ni

siquiera en los momentos en que la recibió en la privacidad de sus habitaciones. La trataba con seriedad, guiaba con precisión su lectura y su pluma, pero sólo compartía con ella la superficie de las cosas. Aquel famoso secreto que Clémence le había contado un día a Agnès seguía siendo inaccesible para ella.

Y luego estaba esa larga ausencia tras la muerte de su hermano.

Hades finalmente se calma, su respiración es más regular, sus pupilas dejan de moverse bajo sus párpados. Ha perdido mucho peso, piensa Clémence, cuando esté mejor le impediré escribir durante tantas horas.

La niña se levanta, rígida por haber estado encorvada durante mucho tiempo. Piensa que ha llegado el momento de descansar en la cama preparada para ella en la habitación. Alisa con la mano el edredón que cubre a su pareja. Pero la noche es propicia para los miedos y los fantasmas. Luego piensa, naturalmente, en el franciscano que la separó de su amiga. Luego, más tranquila sobre el destino de Ade, ya que las crisis se vuelven menos frecuentes, y temiendo que la expulsen de la habitación cuando su amiga se cure, hace lo que no se había atrevido a hacer hasta entonces. La fatiga, como sabemos, deja lugar a gestos impulsivos.

El alojamiento es oscuro y frío. El fuego no se enciende desde hace días. Clémence protege la llama de la vela con la mano, rodea el atril y la mesa de trabajo, se esconde detrás de la chimenea... El cofre está escondido al fondo de la habitación, en un rincón. La niña se quita la tela que la protege, levanta la pesada tapa de roble, intenta adivinar qué hay dentro. Una tablilla de cera, cubierta con la escritura habitual de Hades. Abajo, dos grandes paquetes envueltos en grandes trozos de tela. Desliza los dedos, desata los nudos, no debería estar haciendo esto, pero no puede evitarlo.

El primer manuscrito es tosco, la cubierta es sólo un sobre de pergamino forrado de tela; el otro, más pequeño, de piel de oveja suave y cremosa, aún sin encuadernar. Hades le enseñó latín. Clémence lo domina mal. Pero a menudo decían el título de ese libro delante de ella.

9.

Los cronistas no se ponen de acuerdo sobre la fecha en que ocurrió el hecho: el lunes anterior o posterior a la festividad de San Gregorio. Pero es un acontecimiento que se convierte en un desgarro irreparable con el paso del tiempo. Ysabel, que es testigo, aunque lejana, podría explicar por qué: al dolor y la traición, tan frecuentes en este siglo, se suman ahora gestos y palabras que marcan indeleblemente la memoria colectiva.

El primer acto tiene lugar en el atrio de Notre-Dame. Ese lunes se reunieron en sesión solemne el arzobispo de Sens, cuya provincia eclesiástica incluye París, tres cardenales, numerosos prelados y canónigos, y los cuatro últimos dignatarios del Temple: Jacques de Molay, Geoffroi de Charnay, Geoffroi de Gonneville y Hugues de Pairaud. Estos últimos fueron puestos en libertad. Su Orden ya no existe, hace dos años que está disuelta y sus bienes han sido transferidos a los Hospitalarios, pero su destino personal aún no está determinado. El Papa decidió encargarse él mismo de ello. Ha reunido un consejo en París que anunciará su condena.

Todo el mundo piensa que será cadena perpetua. Los acusados persisten en sus confesiones - y se dice que quieren persistir hasta el final - la sentencia pronunciada ante la gran puerta del Juicio Final es de hecho prisión perpetua. Pero de repente, para gran sorpresa de todos, y por razones que siguen siendo oscuras, Jacques de Molay y Geoffroi de Charnay, respectivamente gran maestre de Ultramar y gran maestre de Normandía, piden la palabra y, sin ningún respeto, se oponen al arzobispo de Sens. negar todo lo que han confesado.

Por tanto, vuelven a caer en la herejía. Reincidentes. Están confiados al rector de París y el consejo prevé deliberar nuevamente al día siguiente.

La continuación, y el final, sin embargo, no tienen lugar al día siguiente ni en las cárceles del preboste. Tuvieron lugar casi de inmediato en una pequeña isla del Sena, la île des Javiaux, cerca del lado sur del palacio real. Desde su palacio, el Hermoso, informado, ha decidido: basta de esperas, el soberano quiere desde hace demasiado tiempo acabar con los monjes soldados. Se levanta apresuradamente

una doble pira sobre lo que no es más que un banco de arena y limo entre los jardines reales y la casa de los frailes ermitaños de San Agustín. Allí, Jacques de Molay y Geoffroi de Charnay son atados a la hoguera y, en Vísperas, quemados vivos.

Pero primero se hicieron gestos y se pronunciaron palabras. Frente a los presentes, Jacques de Molay no dudó: se quitó la ropa y se quedó sólo con la camisa. Pidió, sin ceder jamás al miedo, poder desatarle las manos para unirlos en oración. Y poder volver el rostro hacia la Virgen María, situada en Notre-Dame. El sol, que va poniéndose, ilumina su rostro cuando dice algo más. Sólo una persona escucha lo que dice, o al menos afirma haberlo oído, Geoffroy de Paris, clérigo de la cancillería de los reyes de Francia, muy cercano a él en ese momento. Antes de morir, el gran maestro profetizó desgracia y dolor para todos los responsables de su tortura y la de su compañero. ¿Eran realmente estos los hechos, o el clérigo, impresionado por la situación, dejó volar su imaginación? Poco importa. La escena es lo suficientemente fuerte como para dejar una huella imborrable en la memoria.

En el Beaterio no se sabe nada, o casi nada, de este martirio. Entre todas las columnas de humo que salían de los tejados de la ciudad, ni siquiera se notaba la gris del incendio, arrastrada por la brisa del río más allá de la Cité. El acto cruza la puerta del claustro al día siguiente, con los primeros visitantes. Entre los cuales se encuentra Jeanne du Faut.

La mercería, acompañada de la pequeña Leonor, llegó poco después de la misa de la mañana, hora en la que suele permanecer en la tienda. Seguramente tiene un motivo preciso para estar allí tan pronto, pero por el momento no le dice nada a Ysabel, quien lo recibe asombrada. Sentada frente a su amiga que trabaja como herbolaria, Jeanne cuenta lo que aprendió en la calle de boca de un hilandero de la calle Quincampoix.

«Se dice que el gran maestro estaba irreconocible. Un anciano canoso debido a la edad y al encarcelamiento."

«Muchos creían que ya estaba muerto antes de que el Papa convocara el concilio para juzgarlo», suspira Ysabel.

La noticia, que debería haberla sorprendido, le llega como si estuviera amortiguada. ¿Es por cansancio? No, decide Ysabel, es por la presencia de Leonor que examina juiciosamente su laboratorio desde el banco donde está sentada. ¡Hace mucho que no ve a la niña! Ysabel permaneció mayoritariamente encerrada en el beaterio durante semanas. ¡Cuántos problemas tuvo! Ese duro invierno que volvió a llenar su hospital este año. Hades que tuvo su vida en peligro durante días y que tanto tardó en recuperarse.

«¿Cómo va el beaterio?» Pregunta Jeanne.

«No sé qué responder. Dame Armelle, afortunadamente, se resiste. Es un baluarte frágil, pero un baluarte al fin y al cabo".

«¿Tiene intención el prior dominico de nombrar otra abadesa?»

«Siempre ha mostrado respeto por nuestro instituto, pero los tiempos se están volviendo difíciles también para él. Debe responder ante el rey de la protección del claustro, ante su orden, que debe defender de las críticas de los clérigos regulares, y ante el convento, donde su lugar es envidiado".

«¿Y Inés? ¿Siempre eres tan emprendedor en el hospital?

«"Deberías cuidarte"» La imita Ysabel, frunciendo los labios como lo hace su asistente.

Jeanne sonríe.

"Pobre mujer. No tiene la estatura para imponerse a ti."

Ysabel no responde, gira levemente la cabeza, contempla a Leonor. La niña se queda, como suele hacer a menudo, absolutamente quieta, en silencio. Parece estar mirando al frente, a un nicho lleno de botellas y piedras en bruto. El rostro de la niña se ha vuelto más refinado, un triángulo con pómulos altos. No tiene la vivacidad de Maheut, sin embargo parece irradiar una luz subterránea típica de las estrellas nocturnas.

"¿Qué estás mirando, pequeña?" pregunta Ysabel.

Leonor sonríe, no responde.

La vieja beguina mira a su amiga.

"¿Y cómo estás? Te ves cansado."

"No te preocupes, ayer me fui a dormir un poco tarde".

Ysabel sabe que él no dice la verdad, pero no añade nada. Jeanne nunca se recuperó de la muerte de Juliotte. Nadie había entendido hasta qué punto la quería. Los rumores que circulan sobre la disolución del instituto de las beguinas aumentan ahora su confusión. Teme por su negocio y por las chicas que trabajan allí. Ysabel no está acostumbrada a verla preocupada.

Mientras conversan, Leonor ha bajado del banco donde está sentada. Con pequeños pasos se acerca al nicho, levanta la vista.

"Hades estará encantado de verla", murmura Ysabel.

«¿Cómo está nuestro amigo?»

«Se levantó hace unos diez días. Lamenta mucho que Maheut se haya negado a traer a Leonor aquí.

«Maheut dijo que temía el contagio».

"¿Es más seguro ahora?"

"A decir verdad, no le pregunté".

La vieja beguina deja el jarrón que tenía en la mano y se levanta para alcanzar a la niña. Intenta entender qué es lo que tanto le interesa. Adivina. Entre los muchos remedios amontonados, Leonor

notó un objeto que no debería estar ahí.

Ysabel se pone de puntillas, lo agarra y se lo entrega.

"Es el cuerno de un corzo".

La pequeña desliza sus dedos sobre la base arrugada y las pequeñas jorobas del cuerno, pasando su dedo índice por las puntas de las ramas que tienen el color descolorido y la textura de madera de una rama vieja.

«Es para ti, te lo puedes quedar» sonríe Ysabel.

Luego, volviéndose hacia su amiga: «Vamos a buscar a Hades».

Pero el rostro de Jeanne se cerró.

«Ve y lleva a Leonor con su madrina», dice. "Esperare por ti aqui. Tengo que hablar contigo."

Y bajando la voz: «Sobre Maheut… y el señor Giacomo».

10.

Sólo Maheut podría decir cómo son realmente las cosas.

Pero aunque no diga nada, ¿cómo se podría imaginar que esa muchacha hubiera vivido juiciosamente bajo el vestido de una falsa viuda y de una beguina?

Ysabel ciertamente no lo cree así.

La mendiga entumecida reunida cuatro años antes ante la puerta del claustro, la joven madre recalcitrante, la aprendiz torpe... Ella había sido todo eso. Y lo sigue siendo, porque, como las capas de las cebollas, los momentos de la vida no desaparecen, sino que se depositan unos sobre otros. En el centro de la planta que crece, se redondea y se deforma, el capullo, que determina su naturaleza, sigue siendo el mismo. Por tanto, Maheut sigue siendo la niña criada libremente por su padre. El fugitivo que había hecho que su marido cayera de su caballo al cargar descuidadamente hacia la ciudad más grande del reino. Impulsiva, rebelde, poco preocupada por las consecuencias de sus actos, sobre los demás y sobre sí misma.

«No entiendo… ¿Cómo se atreve?»

Frente a la vieja beguina, Ade no encuentra las palabras. La alegría de haber vuelto a ver a Leonor, el bonito momento vivido juntas… todo ello se ve barrido por la noticia que le trae Ysabel.

«¡Y ese hombre! ¿Entonces no tiene respeto? En una casa donde fue recibido amablemente..."

Ni siquiera Ysabel comprende el comportamiento de Giacomo. Por supuesto, la extrañeza de Maheut puede seducir. Pero es un comerciante, y para él es muy valiosa una buena reputación en el distrito de la seda y, más allá, en el mundo del comercio y ante las autoridades parisinas. ¿Cómo podría ponerlo en peligro comprometiendo a una joven beguina que, además, es huésped de una persona que tiene una relación comercial con él? ¿No pensó que se difundirían los rumores? Especialmente en esos días. La temperatura ha subido un poco desde principios de semana, todo el mundo se ha apresurado a colocar sillas y bancos en las calles para dedicarse a la actividad favorita de los ciudadanos: observar, charlar, opinar sobre quién va y viene, difundir las noticias. Los rumores se extendieron por

la ciudad, de un barrio a otro, como fuego sobre hierba seca.
"Tengo la impresión de que ese hombre no tiene por costumbre poner freno a sus deseos" responde simplemente Ysabel.

Maheut no había dicho nada. Había afirmado que quería aprovechar el domingo para descansar. Cuando todos pensaban que estaba descansando en su habitación, la niña salió. Una de sus compañeras, que subió al ático, se dio cuenta de que ella no estaba allí. En Vísperas, Maheut aún no había regresado, el pánico se había extendido por la casa, todos pensaban en Juliotte. Jeanne du Faut se disponía a iniciar la búsqueda cuando Giacomo abrió la puerta. Detrás de él, Maheut.
"No notamos que pasaba el tiempo", se había limitado a decir disculpándose.
"¿Pero a donde se fueron?" pregunta Hades.
«Dicen que cruzaron el río para ver a los arqueros entrenándose al pie de las murallas, junto al colegio Bernardino. Giacomo había pensado que esto divertiría a Maheut. Ella le habría confiado que le gustaba disparar con arco cuando era niña".
"¿Es eso lo que realmente hicieron?"
Hades está pálido. Pero bajo la transparencia de la piel, la sangre vuelve a mostrar fuerza, coloreando sus mejillas y su boca. La joven parece recuperar las fuerzas. ¿Qué responderle? Quizás realmente hicieron lo que dicen. Pero la iniciativa de Giacomo, como la confianza de Maheut sobre su infancia, son signos de una intimidad inadecuada.
«El maestro Giacomo volvió ayer» continúa Ysabel. «Ha hecho reparaciones honorables. Manifestó que no tenía malas intenciones, que se dejó llevar por el clima alegre de la primavera que se avecinaba. Sin dañar el honor de Maheut, sólo quería complacerla. Se considera un amigo de la casa."
«Un amigo no habría traicionado la confianza depositada en él», reacciona Ade. «¡Y nadie hace trampa sin mala fe! ¿Cómo reaccionó Dame du Faut?
«¿Qué puedes hacer aparte de sacar a la chica de la tienda por un tiempo? Cerrar la puerta en la cara del señor Giacomo sería como reconocer que hubo un defecto y por tanto un motivo de escándalo."
"¿Pero y si persevera?"
«No creo que lo haga. Quizás sólo quería divertirse. Y si... si, a pesar de todo, la situación se repitiera..."
Ysabel duda y luego lo interrumpe: «Si volviera a pasar, habría que tomar medidas. No podemos aceptar que Maheut ponga en peligro a nuestros amigos".

Cuando el superintendente se va, Ade se deja caer en su silla. Entonces sucedió lo que temía. La mujer arruga las manos, pero no por el frío. Es simplemente ira: ¡así te agradece Maheut los cuidados que has tenido con ella! Repasa algunos recuerdos: la pelirroja que sale por la noche a vagar por el beaterio, un animal extraño, una bestia en la oscuridad. Me recuerda algunas imágenes: el pelo rojo, las trenzas que goteaban sobre la blancura de la piel cuando se lavaba en la bañera, el triángulo entre los muslos que se tragaba el vientre redondeado. Hades, con estos hechizos, quisiera contrarrestar la sensación que la invadió durante su enfermedad y que siente fluir nuevamente. ¿Pero cómo luchar contra el vacío?

Había hecho falta tan poco... La fiebre, sí, cuando entró en el castillo del novio para reunirse en su tumba. El rostro de la suegra. Cerrado. Como el rostro de la figura yacente, en el que había reconocido la belleza de su amado y al mismo tiempo su arrogancia. Una mujer morena como una morena, pasó por un pasillo... Y de repente, se dio cuenta de que ya ni siquiera sabía por qué lloraba su marido.

Y, sin embargo, ¿qué era diferente? En ese momento él había aceptado, perdonado. Le dolía el cuerpo. Sabía que nunca podría darle un hijo a su marido, el médico había sido claro en este punto. El marido había satisfecho sus deseos con otras mujeres, sirvientas del castillo... Esa morena riéndose en la habitación de al lado. Nació un mestizo. Todos los hombres hicieron esto. ¿Por qué siente tanto resentimiento hoy?

A veces le parece que no queda nada tangible en su vida más que el amor de Leonor, la confianza de la pequeña en ella, y ahora corre el riesgo de perderlo.

Hades está angustiado y camina de un lado a otro de la habitación.

Ella reflexiona y razona consigo misma: Maheut no fue expulsado. Si así fuera, Ysabel no le permitiría llevarse a su pequeña hija con ella.

Hades se tranquiliza. Recuerda el placer que sintió al ver a la niña. Sólo porque volvió al beaterio, en lugar de realizar su intención de refugiarse en un monasterio, ahora que su hermano había muerto. Por Leonor, pero también por la tarea que se comprometió a cumplir. Y que una carta recibida diez días antes lo hacía más urgente.

Tranquilizada, se dirige hacia el cofre al final de la habitación. Esa voz siempre resuena en sus oídos, dándole ritmo a sus pensamientos y dándoles su propio impulso. Toma el manuscrito, pasa las gruesas páginas, sigue con el dedo la escritura en disputa. Encuentra el pasaje que estabas buscando:

Las beguinas dicen que estoy perdida,
Los sacerdotes, los sacerdotes y los predicadores,

Los agustinos, los carmelitas y los frailes menores…

Las líneas en las que trabajó cuando Humbert fue expulsado del beaterio. Luego volvió a menudo a esas líneas. En determinadas frases hay una soledad extrema. Y un coraje que nadie puede negarle a la beguina de Valenciennes, porque ese coraje tiene la inmoderación de la hoguera. Por eso, asombrada de que el franciscano la dejara en libertad de terminar o no la obra, ella simplemente respondió: "Terminaré lo que he empezado".

La joven mueve el atril para captar mejor la luz que viene del exterior, elige un nuevo cuaderno de pergamino que coloca sobre el escritorio. El trabajo de copia es largo y aburrido. Traza con cuidado las líneas y márgenes que te servirán de guía, afila el bolígrafo una y otra vez, sumérgelo continuamente en la tinta. Escribiendo con la mano levantada, los dedos entumecidos y rígidos por el cansancio. Prestar atención a hacer legibles las palabras, variando la regularidad de la disposición, comprimiendo o dilatando las letras, jugando con los espacios en blanco y las abreviaturas para adaptar el texto con la mayor precisión posible al cuadro definido por la norma... Pero lo escrito Las palabras tienen una virtud mágica, son el instrumento de transmisión, el soporte de la palabra. Hades lo sabe, debe tenerlo en cuenta.

En la carta, Humbert había anunciado su llegada más o menos en la fiesta de Santiago el Menor. Hades tiene el tiempo justo para terminar.

La beguina coge la pluma, coloca la punta que ha desafilado sobre el papel hasta obtener ese trazo vigoroso que se adapta al fraseo de Marguerite. Puede oler la tinta y el dulce olor del franciscano inclinado sobre su hombro al mismo tiempo.

¿Eres consciente de ello? El Espejo de Marguerite ahora le envía una imagen de sí misma diferente a la que conocía.

11.

El sol que ilumina París a finales de marzo de 1314 calienta también Hainaut. Pero antes del final de la gran Cuaresma, tanto en los territorios del Norte como en la capital, el viento y la lluvia vuelven a azotar la tierra y a las personas que allí viven. En el jardín franciscano las hermosas flores de Pascua se marchitan y se ensucian con la tierra, la fiesta de la luz se revuelca en el barro.

Como todos, Humbert es sensible a la interminable grisura de los días que parece apagar cada habitación del convento, oscureciendo pasillos y celdas, sumergiendo en tristeza la sala capitular y el refectorio, la biblioteca misma, a pesar de la madera con la que está revestida. cubiertos y la presencia de libros. Sólo la majestuosa oscuridad de la iglesia, moldeada por el fuego de las velas, puede contrastar la melancolía apagada que domina el exterior.

Ese lunes tras domingo en Albis, el fraile se detiene en el santuario que los fieles abandonan en medio del ruido de pasos. Acaba de bajar del púlpito, de pie como de costumbre, con las manos cruzadas sobre la sotana. Siempre le ha gustado ese lugar cuya austeridad coincide con la suya. El aspecto desnudo de la amplia nave, su armonioso ritmo arquitectónico, los cinco grandes arcos que se abren entre la nave principal y las laterales dan unidad y evidencia al espacio, como las columnas sobriamente coronadas por ábacos y capiteles esculpidos con motivos florales. El púlpito está adornado con simples columnas retorcidas y una máscara masculina en forma de hoja cuya frente, sienes y barba crean el efecto de frondas estilizadas. Situado junto al coro, en el lado sur, el púlpito permite que la voz llegue a toda la asamblea, hasta las puertas de la iglesia, al tiempo que resalta, por su proximidad al altar, el carácter sagrado del sermón. A Humbert le gusta más esta solemnidad que el bullicio de la gran plaza de Valenciennes o de los mercados, lugares todos favorables a la misión apostólica de los franciscanos, a los que acudía a menudo para llevar la buena nueva.

Las últimas palabras del sermón que acaba de pronunciar aún hacen palpitar sus sienes. Independientemente del estado de ánimo del momento, el sermón siempre lo sumerge en un estado de

concentración y al mismo tiempo de extrema exaltación. La elección de las palabras, la sucesión de las frases, su ritmo se adaptan a los gestos: su mano subraya las frases sin levantarse nunca amenazadoramente, su voz sigue siendo dulce pero cautivadora... Todo su ser está ahí, carne y espíritu, animado por la fuerza de pensamiento. Cuando termina, le parece que un manto demasiado pesado cae sobre sus hombros. Se siente aplastado por el cansancio y el desánimo.

Ciertamente no faltan tareas que realizar en el convento. Las comunidades franciscanas, basadas en el impulso dado por el propio San Buenaventura, surgen generalmente en el centro de ciudades dinámicas, con el objetivo de encontrar allí subsidios y fieles. Valenciennes, construida en la confluencia del Escalda y el Ródano, precisamente en el lugar donde, tras cruzar Cambrai, el río se vuelve verdaderamente navegable, es una de las ciudades más trabajadoras de Flandes. Conectada con Tournai, Gante, Amberes y más allá de estas ciudades hasta el Mar del Norte, está dominada por un poderoso gremio de comerciantes. Los Frailes Menores contribuyen a esta vitalidad urbana. Mantienen fuertes vínculos con las cofradías de comerciantes, acogen dentro de sus muros las reuniones de maestros pañeros, laneros y tintoreros, participan en las procesiones de los santos patrones de los distintos gremios, influyen en la gestión de la ciudad y en la de decenas de pueblos por todos lados.

Humbert, como todos, contribuye a las tareas del convento poniendo a disposición su talento. El prior se alegra de haberle autorizado a continuar su formación en París. Las cualidades oratorias de los franciscanos son ahora bien conocidas en toda la región. Sus sermones atraen fieles y donaciones, el fraile es invitado regularmente a residir en los edificios adyacentes a la Orden, como el de Lessines, su reputación de gran hombre de letras le abre las puertas de la burguesía de la ciudad. Pero a menudo está postrado por la melancolía. Y, como ahora, da una sensación vertiginosa de soledad.

¡Cuánto extraña al hermano Jean! ¡Cómo extraña las conversaciones que tuvo con él, tan estimulantes para el espíritu, el cariño que le mostraba el anciano y del que recién ahora comprende la importancia! Pero también le falta el modelo de vida que representaba. Para el hermano Jean, el conocimiento de los textos no era una simple erudición: inducía un espíritu de solidaridad en armonía con los ideales de la Orden. Bajo su dirección, Humbert encontró algo que dio sentido a la vida. Esa desaparición lo dejó vacío, solo consigo mismo. Con sus impaciencias, sus arrepentimientos, sus frustraciones. La libertad de los frailes mendicantes, su inserción activa en el mundo, que habían sido

factores decisivos para empujarlo a unirse a ellos después de la ruina de sus padres, le parecen hoy como un puñado de centeno arrojado a un hombre hambriento.

Afuera, la niebla que envolvía el convento se convirtió en una lluvia ligera y luego en una lluvia torrencial. Golpea con fuertes ráfagas los grandes ventanales del coro. Cada año que pasa, piensa Humbert, los inviernos son más duros y largos, las primaveras más frías y húmedas. Las cosechas están disminuyendo y ahora se habla de una nueva hambruna. Los rumores de un apocalipsis inminente se suceden con una intensidad nunca antes vista.

¿Qué pensaría el hermano Jean? Cielo y circunstancias políticas oscuramente de acuerdo. Los problemas monetarios que oprimen al reino aumentan la sensación general de inseguridad. Los pobres y desesperados acuden en mayor número al convento, una ola de descontento barre el campo y comienza a afectar a la pequeña nobleza terrateniente, que se organiza en ligas de pretendientes. La guerra que estalló entre Federico de Habsburgo y Luis de Baviera por el título de emperador romano provocó más disturbios. El hermoso impulso con el que se abrió el siglo parece interrumpido.

Los más débiles, como siempre, serán los primeros en sufrir. Esto es lo que diría Jean de Querayn.

Humbert deja caer los brazos y sacude su gran cuerpo. Insatisfecho consigo mismo. Preocupado por no poder controlar sus pensamientos. Porque sabe adónde le llevan estos últimos, regresando siempre al mismo punto.

Sube por la nave principal, recorre las capillas que jalonan regularmente las naves laterales y se detiene ante un reclinatorio iluminado por numerosas velas encendidas. La luz de las llamas hace temblar el rostro de mármol de una Virgen. Sentado sobre el codo de ella, el Niño Jesús la mira fijamente como si intentara penetrar su misterio. Humbert también la mira, pero la gracia de sus rasgos, las trenzas que caen por su cuello lo inquietan aún más.

Intentó no pensar en Hades todos esos meses, pero desde hace tres días no ha podido. Desde que llegó esa carta de los Cordeliers. Por una de esas coincidencias que sólo el diablo puede combinar, Humbert es el primero en enterarse: el fraile ayuda a veces al prior, que con la edad ve cada vez menos, en todo lo relacionado con el cargo. Pero a partir de ese momento, la noticia transmitida por los frailes parisinos sembró la agitación en todo el convento. Después de muchas demoras y vacilaciones - actitud que marcaría toda la carrera de este enfermizo sumo pontífice -, Clemente V finalmente publicó los decretos del Concilio de Vienne contra las beguinas el 21 de marzo de 1314.

Su institución está a punto de ser abolida. El texto condena severamente su modo de vida en comunidad, su forma de vestir, que a veces recuerda a la de las monjas, y las relaciones privilegiadas que mantienen con algunos frailes. Porque todas estas prácticas - se acusa - alimentan una confusión inadecuada, hacen creer a la gente que son religiosos, mientras que no tienen reglas, no tienen que obedecer a nadie y conservan la gestión de sus propios bienes. El decreto les reprocha también que prediquen y se dediquen a especulaciones teológicas que corren el riesgo de inducir a error a los ignorantes. Además de la sanción disciplinaria, se añaden algunos artículos doctrinales que dan una definición a la supuesta herejía de las beguinas. Se mezclan, aunque indiscriminadamente, acusaciones dirigidas a los movimientos del Espíritu Libre o incluso a los Valdenses, como la desobediencia a los mandamientos de la Iglesia, la negativa a orar, a ayunar o a levantarse para mostrar su reverencia ante de la Eucaristía.

La humilde piedad de la mayoría de las beguinas, su vida de trabajo y de caridad no merecen acusaciones similares. El hermano Jean lo había adivinado, algunos hermanos -el propio Humbert- consideraban excesivas sus preocupaciones, pero él tenía razón: toda fe que no puede ser controlada por la Iglesia es ahora susceptible de ser condenada. Las manifestaciones de piedad secular consideradas demasiado libres son vistas con sospecha. Llegan noticias alarmantes de las regiones alemanas, donde los terciarios afiliados a la Orden Franciscana son atacados cada vez con más violencia. Detrás de las beguinas, son los frailes menores los que son el objetivo del clero, deseoso de hacer valer sus derechos ante cualquiera. Acusar a las mujeres de herejía es una manera de comprometer a los frailes que se han hecho cargo de su conducta espiritual.

Humbert cierra los ojos, aprieta los párpados con fuerza para ahuyentar la ira que los contrae. Cuando los abre de nuevo, la sonrisa de la Virgen y el Niño, transmutada por las sombras vacilantes, de repente parece más dulce y más triste. Él se da vuelta. Se ha apoderado de él una impaciencia contra la que se niega a luchar. Vuelve a la nave central, camina con paso vigoroso inadecuado para lugares sagrados, pisotea las lápidas funerarias de burgueses y nobles de la ciudad que pavimentan la entrada a la iglesia.

Un viento húmedo cierra la puerta detrás de él.

12.

El franciscano llega a París cuando estalla el escándalo que involucra a las tres nueras del rey. Margarita de Borgoña, esposa de Luis, hijo mayor de Felipe el Hermoso, está acusada de tener como amante a Felipe de Aunay, un caballero normando y miembro del séquito de su marido. Incluso Bianca d'Artois, esposa de Carlos, el hijo menor del soberano, está acusada del mismo crimen perpetrado con Gautier d'Aunay, hermano del anterior. La cuñada de ambos, Juana de Artois, deberá responder ante la justicia por haber guardado silencio a pesar de conocer el hecho.

El viernes siguiente al domingo en Albis, en el momento en que Humbert cruza las puertas de la ciudad siguiendo al señor Jean du Castel, comerciante de tejidos de Valenciennes, los dos seductores, después de haber sido torturados en Pontoise, confiesan haber cometido un crimen por tres años el delito que se les imputa, incluso en lugares y días sagrados. Dos días después, son desollados vivos en la plaza pública. Castrados y decapitados, son arrastrados a la horca pública donde, despojados de la piel, son colgados por los hombros y las axilas. Luego llega el turno de un ujier, de los sirvientes y sirvientas, de los nobles del círculo del rey y de sus nueras - en total unas decenas de personas -, sospechosos de haber sido cómplices del crimen: todos son ejecutados, algunos ahogados, otros ahorcados en secreto.

El pueblo, aunque acostumbrado a los horrores de la época, quedó conmocionado por tal violencia. Los dos hijos del rey, uno de los cuales es heredero al trono, son ahora públicamente engañados y Felipe no puede dejar que la afrenta quede impune. Pero la ferocidad con la que se aplica el castigo supera con creces la ofensa. A pesar de la austeridad que propugna el rey, a pesar de los castigos infligidos, el mal ha entrado en su casa: ahora se considera el último bastión contra el pecado, el ángel exterminador.

Humbert y Ade son conscientes de estos hechos, aunque no en detalle, pero no hablan de ello. Cuando el fraile llama a la puerta de la casa al día siguiente de su llegada a París, toma a Ade por sorpresa. Tuvo

tiempo de prepararse para la reunión. Pero le sorprende la delgadez que hunde las mejillas de su invitado. Decepcionado, más de lo debido, de que la mujer mantenga la misma distancia inicial entre ellos. Hades se acerca a él de todos modos y le extiende las manos de manera amistosa. Y no se arrepiente de su imprudencia.

El prior de Valenciennes se sorprendió ante la petición del fraile de adelantar su partida hacia París. La fecha estaba fijada para principios de mayo. Pero Humbert había sabido convencerlo: Jean du Castel, cuya familia estaba vinculada al convento franciscano, tenía que ir a la capital por negocios y accedió a llevarlo consigo. El viaje habría sido más corto y menos costoso. Humbert podría haber obtenido mejor información de sus hermanos parisinos sobre la actitud que debía adoptarse ahora hacia las beguinas. Los decretos del Papa fueron publicados, pero aún no promulgados, la comunidad de Valenciennes todavía no sabía nada del peligro que la amenazaba y, sin embargo, era mejor tomar algunas precauciones.

Nada más llegar a París, siguiendo el primer impulso que le había empujado a marcharse, Humbert había pedido que llevaran una carta a la abadesa del beaterio real.

«No sé si Dame Armelle recordaba mi nombre. El caso es que, sabiendo que la carta procedía de los Cordeliers, pensó que lo mejor era aceptar mi petición", explica inmediatamente Humbert. «Me permitió hacerte una breve visita».

«Ahora me siento más segura», coincide Ade.

Sí, ha perdido peso... La túnica fluye abundantemente sobre los hombros puntiagudos, sobre el vientre hundido. Incluso el óvalo de la cara está desgastado, un poco flácido a pesar del rígido tocazo que lo aprieta.

"Pareces enfermo", murmura Humbert.

«Lo estaba, pero ahora me he recuperado. ¿Y cómo estás?"

"Bien, gracias".

Están en silencio, incómodos. ¿Qué más agregar? Humbert se da cuenta de que los dos nunca han dicho nada el uno del otro. Quizás debería haberle avisado de su visita, pero temía que Hades quisiera encontrarse con él en la casa de la seda. No tiene buenos recuerdos de ese lugar. El aire viciado de la habitación cerrada, las voces y risas de las mujeres cercanas, su mirada curiosa cuando él salió con paso pesado. También estaba esa niña en la que -no sabe por qué- había pensado a menudo. Pequeño, frágil y, sin embargo, tan presente. Sentada junto a Hades, presionada contra ella. No como una niña pequeña que busca protección, sino como una amiga que viene a dársela.

Su invitado lo observa, esperando. Al final, es ella quien retoma la conversación correctamente.

«Lo siento, pero no he terminado del todo el trabajo que me encomendaste. No te esperaba tan pronto."

"No te preocupes. Me quedaré en París durante varias semanas. Puedo esperar."

La joven baja la cabeza. El velo de muselina blanca que recoge su cabello y cae sobre su mejilla se levanta levemente cuando vuelve a hablar.

«Sin embargo, he pasado mucho tiempo en el escritorio estos últimos días. Sólo me quedan unas pocas páginas para terminar."

"Estoy agradecido."

A Humbert le gustaría añadir algunas palabras más, pero ninguna es apropiada. Lamenta saber que Ade trabajó tan duro cuando estaba enferma. Y al mismo tiempo es consciente de que la mujer impuso ese esfuerzo por iniciativa propia, no fue él quien la obligó. Afuera se cierra una puerta. No hay tiempo que perder. El tiene que irse.

«Estaré en el convento de los Cordeliers», añade. «Dime cuándo puedo pasar a buscar el manuscrito».

El hombre da un paso hacia su invitada, como para saludarla. Pero Hades no reacciona. Parece estar pensando. De repente, con un movimiento brusco, ella se levanta y se coloca frente a él.

"¿Por qué no hacemos como antes?"

Humbert no entiende.

«Podríamos volver a leer el texto juntos. Las últimas páginas en las que no pudiste trabajar conmigo antes de irte."

El hombre susurra: "No podré quedarme mucho tiempo..."

Unos minutos más tarde, los dos están allí, como antes, Hades sentado en el atril y Humbert inclinado sobre su hombro.

13.

«¡No quiero, Hades! ¡No quiero!"

Los ojos de Clémence están llenos de lágrimas, tiene las mejillas calientes, le gotea la nariz.

Forzó la puerta, o casi. Hades apenas tuvo tiempo de esconder el libro en el cofre. Sobre el atril, el cuaderno permanecía abierto, sostenido por dos pisapapeles. La tinta aún está húmeda, sobre la opaca piel de oveja brillan algunos garabatos. La joven intenta ocultarlo, parándose frente a la mesa de trabajo, pero Clémence no la mira, corre hacia ella, la abraza, apoya su mejilla contra su torso. La muchacha llegó sin manto, el hábito desprende un olor acre a mala limpieza.

"Clémence, cálmate."

Hades intenta liberarse del agarre.

"¿Eso pasa?"

"¡Es por mi padre!"

"Me lastimaste", protesta la joven, alejándola con más firmeza. "Calmaos."

Clémence finalmente la libera del abrazo. Hades toma su mano, la obliga a salir del estudio y la obliga a sentarse en la habitación de al lado.

«¿Qué pasó con tu padre? ¿Una desgracia?"

«¡Oh Hades! No, no es eso."

"¿Entonces que es?"

"Quiere que deje el beaterio".

«No es la primera vez. ¿Por qué todo este alboroto?".

"¡Él me venderá!"

La voz se volvió estridente.

Hades suspira, pasa su brazo por los hombros de la pequeña, tratando de controlar su agitación. Realmente no había necesidad de esta incursión. Ya tenía suficientes problemas propios.

"Cuéntame sobre eso. Pero por favor intenta calmarte si quieres que entienda algo".

El torso de Clémence tiembla contra el suyo. El cabello, bajo el velo, está descuidado, como el resto de la persona, grandes mechones

anudados rápidamente. Ya no tiene nada de la chica bien arreglada y a veces demasiado coqueta que todos conocían. ¿Lo que podría haber ocurrido? Hades no la ha visto desde hace tiempo. Clémence había llamado a su puerta una o dos veces, pero tenía mucho trabajo que hacer y no quería que la interrumpieran. Y, después de la visita de Humbert, ahora necesita calma más que nunca.

«Mi padre vino hace un rato» responde finalmente la niña. Dijo que había esperado bastante, que yo ya tenía edad suficiente para volver a entrar al mundo. Me dio tres semanas para prepararme".

«¿Tu madre también estaba con él?»

«Sí, pero ¿qué importa? ¡Ella hace todo lo que él quiere!

“¿Por qué dices que te venderá?”

“Es por su negocio. Son malos. No soy estúpido, entiendo muy bien lo que quiere hacer. Quiere casarme con un comerciante amigo suyo".

"¿Está seguro?" Hades pregunta dulcemente. «¿No te preocupa realmente sólo tu futuro?»

"¡Pero no quiero irme de aquí!"

El tono de la voz vuelve a subir.

«Sé razonable, Clémence. Pronto cumplirás dieciocho años."

«¡No lo entiendes, nunca lo entenderás! No quiero un marido. Quiero quedarme contigo."

Hades deja caer su brazo. Se siente invadida por una profunda sensación de cansancio. Clémence tiene muy poco control sobre sus sentimientos. Lo que siente la pequeña es sólo inclinación, admiración por una mujer madura. Una necesidad de ser reconocida, satisfecha, que ella misma sintió cuando era más joven. Una simple sonrisa del benedictino que la seguía en su labor literaria bastaba para llevarla al séptimo cielo, tanto la veneraba. Pero cada época tiene sus necesidades y deberes. Aunque se comporta como una niña, Clémence ya no lo es.

Tenemos que responder. Evidentemente ha llegado el momento de decir lo que es correcto. Hades, sin embargo, es demasiado honesta como para no sentir la forma en que esas palabras resuenan en su mente. De hecho, ¿puede ella misma, que se dispone a darle la lección, pretender tener las ideas claras?

Ade se sobresalta y Clémence no se mueve, no dice nada, espera, todavía pegada al costado de su amiga, siente su temblor. Y comienza a tener esperanza.

Fue casi nada. Una nueva dulzura, un matiz intenso en los ojos de Humbert. Hades había sentido el deseo de redescubrir la extraña complicidad que existía entre ellos el año anterior. Extrañaba esos momentos que pasamos juntos, aunque no quiera admitirlo ahora. Al principio temió a Humbert, luego se dejó cautivar por su mente sutil,

por su pensamiento brillante, en las horas que pasaron juntos trabajando en el texto de Marguerite. También él quedó asombrado por el rigor de la lectora, por su capacidad para comprender el Espejo, por la precisión de la traducción. Dos inteligencias que se complementan. Hades nunca había conocido una intimidad de esta naturaleza. Pero durante sus reuniones, durante casi quince días, había prevalecido entre ellos otra atmósfera.

¿Era ella la que había cambiado o él? Ya no habían encontrado la paz. Había una especie de tensión, de entusiasmo entre ellos. La voz de Hades se había vuelto insegura – ¿pero tal vez fue debido a la enfermedad? La joven no había recuperado del todo sus fuerzas. Cuando Humbert le da un poco de agua para calmarla, sus manos se tocan. Nada tan nuevo comparado con antes, pero es como si el espacio entre ellos se hubiera vuelto más pesado. El tiempo pasa, la habitación se oscurece, ella espera su partida como una liberación, pero al mismo tiempo espera que Humbert aún se quede.

Entonces, el pensamiento de él nunca la abandona.

"Infierno..."

Un susurro en tu oído. A Clémence le preocupa verla tan silenciosa. Hades recupera la conciencia de ese cuerpo envuelto alrededor del suyo, se aleja, se levanta.

"No sé qué decirte, Clémence."

La frase la pronuncia con cansancio, pero en los oídos de la muchacha suena como una puerta que se cierra.

«Podrías intervenir a mi madre. Él tiene fe en ti."

"Dijiste que ella sigue a su marido en todos los sentidos".

«¿Y la señora Armelle?»

"Creo que a ella le convendrá más acceder a los deseos de tu padre".

La cama cae al suelo. Clémence se levantó. Está ante el Hades. Sus ojos vuelven a brillar, pero esta vez de ira.

«Entonces, ¿no harás nada? ¿Es así como te preocupas por mí?

«Me importas, Clémence, pero no sé qué esperas de mí. Mi respuesta me parece la más justa y amigable posible. Sin embargo, no pensarás en pasar tu vida en el Beaterio. La existencia te reserva otros compromisos, también te promete otros placeres."

Y pensando en mitigar el dolor de la niña, que parece tan irracional, Ade añade: «Podríamos seguir viéndonos, Clémence. Vendrás a visitarme y yo haré lo mismo contigo."

Las palabras, en lugar de tranquilizar, son sal para echar sal en la herida.

Clémence le da la espalda y ahora está de pie en el marco de la puerta.

«Me humillas, señora Ade. Te cuidé durante semanas, te bañé la frente y te lavé el cuerpo. ¡Y así me lo agradeces! ¡Con la promesa de venir a visitarme!»

"Clémence, por favor."

«Había esperado mucho por tu amistad. Pensé que podríamos compartir no la charla del claustro, sino esos libros, esas conversaciones eruditas que tanto pareces disfrutar. Trabajé muy duro para aprender. Pero es evidente que mi espíritu no se ha elevado lo suficiente como para ser digno del vuestro. ¡Prefieres reservar tu hermosa inteligencia para los demás! Y envíame de regreso al rebaño de buenas esposas. Aceptar".

La niña empieza a bajar las escaleras pero, antes de darle la espalda, añade con odio: «No seas tan despectivo, Hades. Sé muy bien lo que haces."

14.

La desgracia llega de donde nadie la espera. Como la cuerda de un arquero, se alza con una fuerza cada vez mayor. Pero es la delicada mano de una niña la que lanza la flecha.

Más de quince días después de su visita, Humbert regresa al beaterio. Al cruzar la puerta del claustro, es consciente de que ésta será una de las últimas veces. Cuando Hades lo deja entrar, sabe que, después de ese día, el fraile regresará sólo para venir a buscar el manuscrito.

Esta circunstancia es importante para lo que sigue. Qué importante es la distancia que los dos, por prudencia, se han prometido mantener, y cuyo poder es bien conocido: la mente recuerda cada detalle que la nutre y que le falta, gesticula y mira deformada como bajo una lente. , palabras llenas de todas aquellas que no era posible pronunciar.

Humbert se ha quitado la capa y examina con la vista las últimas páginas del cuaderno. La copista tardó aún más en escribirlas que en las páginas anteriores. Esta tarea, a menudo interrumpida pero siempre retomada, marca su vida desde hace un año. Y ahora, Hades teme perderlo.

Los dos están lejos el uno del otro, ella parada junto a la ventana, él inclinado sobre el escritorio. La joven lo observa. La frente alta, las cejas rectas y cuadradas, la profunda arruga en la raíz de la nariz, que corta un rostro de rasgos marcados como el pico de un ave de rapiña. Un rostro ascético y tenso. Y, sin embargo, con labios gruesos y generosos.

La boca del franciscano susurra las palabras que escribió Ade. Sus ojos, como los de un marinero atrapado en el ritmo de las olas, se deslizan en el hueco de los sólidos y líneas de la escritura, notan una debilidad en la presión de la mano, un roce en el pergamino. Cada letra es un movimiento, se vislumbra la mano de la copista, su gesto, su intención, su dulzura rigurosa.

Hades no necesita escuchar las frases que descifra, las conoce bien. Todo el libro de Marguerite, su ascetismo dialéctico, apuntan hacia ese extremo, hacia esa ardiente apoteosis. El canto del alma que ha alcanzado el autoaniquilamiento, la libertad absoluta donde se funde

con la de Dios.

Dije que la amaré.
¡Estoy mintiendo, eso no es cierto!
Él es quien me ama,
Él lo es y yo no.
solo me importa lo que el quiere
y lo que vale
el es la plenitud
De lo cual estoy lleno.
Es el núcleo divino
Y amor verdadero.

Humbert cierra el cuaderno.

¿Qué hay en ese gesto? Él mismo no lo sabe, avanza hacia Hades, toma su mano entre las suyas y se la lleva a los labios. Siente que sus piernas ceden, su cuerpo cede y se deja llevar contra el pecho que la recibe.

Al otro lado de la calle, Clémence está junto a la ventana. Y él los ve.

La niña lleva una semana encerrada en su habitación. Ella dice que está enferma. Esperaba, tal vez inconscientemente, que su amiga viniera a visitarla. Pero Hades no vino. Sólo Agnès se movió.

Los días han pasado. El vecino ni siquiera pidió noticias. La ira ha regresado, pero no es ese sentimiento furioso y benéfico que de repente surge, golpea y trae alivio, sino que se agota en el vacío de la pérdida. Luego, poco a poco, el deseo de ver Hades empieza a dominar todo lo demás. Clémence se siente casi dispuesta a disculparse, a retractarse de lo que ha dicho, a resolverlo todo con la risa, si es necesario. Un día más, y lo haría, ya siente la emoción, casi una sensación de alegría. Y entonces, esa mañana, oye un paso, alguien llama a la puerta cercana. Cierra la ventana y lo ve: el franciscano que es la causa de todo ha regresado.

Cuando esas dos sombras se fusionan, la sensación de traición es suficiente para dejarla sin aliento.

¡Entonces todo sucede tan rápido! Agnès regresa del hospital, la ve destrozada, la interroga, insiste con las preguntas. Clémence nunca ha sabido guardar un secreto: su madre siempre le dice: «¡Aprende a callar, hija mía!» La niña lo cuenta todo. El escritorio, el manuscrito en el arcón, el fraile. Agnès hace preguntas, la niña apenas puede oírlas, tiene calor, quiere llorar, empieza a asustarse, pero ya es demasiado tarde. Habló. Agnès reflexiona. Mire por la ventana la luz

aún alta en el cielo. Luego dice: «Clémence, ponte el manto, salgamos».

15.

Más adelante, la niña a menudo volverá a esa escena en sus pensamientos. En cada palabra, en cada acto que siguió. Sobre lo que se debería haber hecho y lo que no se debería haber dicho.

Pero ya es demasiado tarde. La prima de Agnès está sentada frente a ella en un banco de madera oscura. El cráneo casi afeitado, la cara recta sobre el cuello, la rigidez del cuerpo acentuada por la túnica blanca. Todavía es joven, tiene rasgos regulares, pero su piel está marcada por las marcas de la viruela. La niña repite su historia una vez más, con una voz menos segura y menos enojada que antes. Está cansada del camino recorrido hasta allí desde el Beaterio, oprimida por el silencio de la habitación donde, en la penumbra, se alzan los grandes armarios de roble que cubren las paredes.

«¿Hace mucho tiempo que esta señora Hades vive en el beaterio?» pregunta el hermano Geoffroy.

«Unos diez años», responde Agnès.

"¿Cómo se comporta?"

"Vive muy retraída, participa poco en la comunidad".

“¿Mostró signos de fe excesiva o exuberante?”

"Yo no diría que. Pero no sabemos qué hace en el secreto de su habitación. Casi siempre permanece ahí, especialmente durante unos meses. ¿No es cierto, Clemence?

La niña inclina la cabeza.

«¿Y conoces al franciscano?»

"No. Según Mademoiselle de Crété, ya había venido el verano pasado. Y no sólo una vez. Pero en ese momento yo estaba ausente..."

«Es verdad», confirma Clémence.

Quien añade, en un susurro: "Pero ya había llegado antes".

Esto último no le había dicho a Agnès. La chica siente la necesidad de aclararlo, porque siente confusamente que el hombre que tiene delante no es benévolo. Sabe que necesita desviar su atención de Hades. No quería que las cosas tomaran ese rumbo, sólo esperaba que echaran al franciscano, que reprendieran al copista y lo obligaran a detener el trabajo que tanto la ocupaba. Que todo volvería a ser como antes.

"¿Cuando?" pregunta Geoffroy secamente.

"Hace mucho tiempo. Había llegado al beaterio hacía algunos meses, la señora Juana la Bricharde aún vivía. Ella nos lo presentó: acompañaba al fraile en una visita a los lugares. Hades no lo conocía, estoy seguro."

«¿La Bricharda?» pregunta el dominicano asombrado.

Todos los presentes saben que la abadesa está enterrada cerca, en la iglesia del convento.

Agnès mira desconcertada a Clémence. Ella también parece desorientada por el rumbo que está tomando la conversación. Ella frunce el ceño, fija una imagen que vuelve a su memoria.

«Venía del Norte», insiste Clémence, «un hombre muy alto, de pelo negro».

No, Agnès no lo ha olvidado. Un fraile busca a Red, Ysabel le miente. Pero el hilo de los acontecimientos se le escapa.

"¿Estás seguro de que fue él?"

"Estoy seguro de que. Lo reconocí a primera vista."

"¿De donde vino el?" pregunta Geoffroy.

«Buscaba a un conocido de Valenciennes», responde Agnès. «Supongo que era originario de esa ciudad.».

Geoffroy pierde la compostura y golpea el reposabrazos con la palma de la mano.

«¡Valenciennes! ¡Como esa beguina! Tuvo algo de apoyo allí. ¡Incluso en el convento franciscano!»

El dominicano se pone de pie. Es alto. Clémence piensa en su padre. Él también, cuando ella se resiste, la hace sentir como si nada al alzarse sobre ella con su imponente estatura. Pero la autoridad de Geoffroy es diferente. Frío, duro.

"El asunto es grave", continúa. «Sabéis bien que algunos franciscanos son sospechosos de caer en la herejía del Espíritu Libre. Si este es el caso de su hombre –y yo tendería a pensar que sí, teniendo en cuenta lo que me dice– debemos actuar. Siendo fraile predicador, puede por estatuto ejercer el arte de predicar en público, con el riesgo de difundir ideas erróneas y prohibidas. Sin mencionar que quizás haya otros seguidores dentro de tu comunidad. Ya que la propia Jeanne la Bricharde lo frecuentaba..."

"¡Bueno, prima!" —grita Agnès. "¡No ella! ¡La conocías bien!»

El otro hace a un lado la protesta con un movimiento de la manga. Se ha olvidado de Clémence, sólo mira a su prima.

«Jeanne la Bricharde tenía una alta opinión de su papel. En cuanto a mí, el beaterio siempre me ha desconcertado, ya lo sabes, Agnès. El rey nos ha hecho el honor de confiarnos el control, pero durante demasiado tiempo vuestras abadesas y compañeras lo han hecho a su manera. Creo que no es bueno que las mujeres gestionen su propio

destino. Tampoco que aspiren a la educación, aunque ésta es una tendencia de nuestro tiempo. Los debates teológicos no deben tener lugar en claustros. La información que usted me ha dado ahora sólo confirma mi punto de vista."

Las manchas que marcan su piel se han convertido en hendiduras horribles y más blancas.

"¿Qué crees que estás haciendo?" Agnès susurra.

«La Orden Franciscana, como la nuestra, disfruta de la exención papal. El asunto cae bajo la jurisdicción de la Inquisición. Tendré que informarte."

«La Inquisición…»

Agnès duda.

«No pensé que el asunto alcanzaría tanta magnitud... Quizás el prior de los dominicos prefiera tratarlo con más discreción. Podría simplemente expulsar a Hades y advertir a los franciscanos del comportamiento indecoroso de su fraile. Este castigo para ambos tal vez sería suficiente."

«En vuestro beaterio circula un libro prohibido por el emisario del Papa y ¿queréis que cerremos los ojos? ¿Una mujer es seducida en el claustro real y hablas de una advertencia?

«Yo no propuse esto...» murmura Agnès.

Su voz es apagada. Clémence siente que el miedo le muerde el vientre.

«Estoy seguro de que el prior estará de acuerdo conmigo», continúa Geoffroy. «Pero no te preocupes, actuaré con precaución. Vuelve al beaterio, se hace tarde. Mañana por la mañana iré yo también con un testigo y visitaremos a esta señora Ade. Veremos qué esconde".

Cae la noche, suena la bocina de la guardia en la torre de Châtelet. En el carro que las lleva de regreso al claustro, sacudida por los adoquines y los canales que hacen botar las ruedas, Clémence se aferra. Se siente congelado, su cuerpo tenso. Cuando está a punto de caer, resbala en un charco y rechaza la mano de Agnès mientras le extiende el brazo para ayudarla a levantarse. Una vez atravesado el portal, la niña corre hacia su casa. Una anciana se asoma a la ventana, preocupada por el ruido a una hora tan avanzada. Pero Clémence no la ve. Sólo ve la luz en la habitación de Hades.

Unos minutos más tarde, Ysabel escucha un golpe en la puerta. Detrás, hay una pequeña figura envuelta en una capa, con el rostro contraído por la consternación.

16.

El otoño tiñe de rojo el bosque cuando el cazador, después de haber matado muchos ciervos grandes, también se desploma en el suelo. Agacha la espalda, jadea, se acuesta de costado, deja caer la frente y la coronilla al suelo.

Nadie sabe de qué sufre la Belleza. Los médicos están sorprendidos. Ni su pulso ni su orina sugerían que estuviera enfermo y mucho menos en peligro de morir. Pero el soberano siente que se acerca el fin y pide que lo transporten a Fontainebleau para morir donde nació. Da a su hijo mayor su último consejo, lo amenaza con su maldición si no la sigue, recibe los sacramentos ante una numerosa audiencia y luego exhala su último suspiro en el trigésimo año de su reinado, el último viernes de noviembre de 1314. , víspera de la fiesta de San Andrés.

Felipe deja en el trono a un heredero incapaz de asegurar a su descendencia: Margarita, la novia adúltera, está encerrada en una fría celda de Château-Gaillard, con el cráneo afeitado y vestida con una sencilla camisa. Ojalá fallezca lo antes posible. La Bella también deja un reino en ruinas, presa de la revuelta. La protesta burguesa contra la continua manipulación de la moneda, contra los impuestos, aumentó para financiar la campaña militar en Flandes: una guerra que, por otra parte, fue bloqueada incluso antes de que se librara una sola batalla. Los nobles, tradicional sostén del poder, cansados de ver sus privilegios burlados por la administración real, con juristas, alguaciles, senescales, jueces y financieros que los mantienen a distancia para saquear el tesoro real, se organizan en ligas reivindicativas en Champán, en Borgoña, Forez, Ponthieu, Artois…

Sin embargo, como es obvio, el rey es enterrado como corresponde, con honores y solemnidad. Después del funeral en Notre-Dame, el día veinticinco del mes lunar, el cuerpo es llevado en andas a la iglesia de Saint-Denis, vestido con un manto de armiño y cubierto con un paño dorado, con corona y cetro. y mano de la justicia. El cuerpo se coloca al lado de sus compañeros. Sólo el corazón, a petición del soberano, fue llevado para ser enterrado en el santuario de Saint-Dominique de Poissy, que él fundó.

Ese día la campana de Notre-Dame sonó durante mucho tiempo y luego resonó en todos los campanarios de la ciudad. Una nota grave se levanta en cada barrio, hace temblar los muros y hace saltar a la gente. Maheut la escucha desde el entresuelo donde está segregada.

La casa de la seda está desierta, la tienda cerrada. Jeanne du Faut y los trabajadores, como la mayoría de los parisinos, se agolpaban en las calles atravesadas por el cortejo fúnebre. Sólo Maheut no tiene derecho a asistir a la ceremonia. Apenas se levanta, medio desnuda. Se ha soltado el pelo y le calienta la piel a través de la tela áspera que la cubre. No los ha cortado en más de un año. Del día de otra procesión, la de los reyes de Francia e Inglaterra, que avanzaron a la luz de las antorchas en esa misma Grande rue Saint-Denis donde hoy se transporta el cuerpo del rey. El pañuelo que los retenía se había derretido, un mechón había salido volando, Giacomo había exclamado: "¡Hermoso!", como había hecho con Leonor unos minutos antes. Y él tomó su mano entre las suyas.

Los rizos fluyen sinuosamente sobre su hombro y su pecho, deslizándose sobre su vientre, llegando ahora a su cintura, menos tupida que antes. Con una mano, Maheut sostiene un mechón, con la otra clava el peine en él, reconfortándose al máximo al sentir el cabello cálido y vivo entre sus dedos.

¡Todo es tan triste en ese lugar! Ese ambiente ya es fúnebre, sin necesidad de sentencia de muerte. Desde hace meses, Maheut ya no reconoce la casa. O –lo que es lo mismo– ya no reconoce a Jeanne du Faut. La señora se ha apagado, como un fuego vivo que se calma, se hace más pequeño, se reduce a simples brasas, pronto a cenizas. Primero fue la muerte de Juliotte. Luego esas amenazas que se ciernen sobre la comunidad. En abril se anunció la muerte del Papa Clemente y la promulgación de los decretos de Viena se pospuso nuevamente. Un poco de tiempo ganado, pensaban todos, pero algunos ya aprovechaban la fragilidad de la institución para criticar más abiertamente los privilegios de las beguinas. Algunos tejedores de lino e hilanderos de seda acusaron a las mujeres, exentas por ley del aprendizaje, de competencia desleal y pidieron que se pusiera un límite a su actividad. Si no trabajamos, nos reprochan vivir de donaciones y limosnas y desviar dinero de los verdaderamente pobres, cuando deberíamos poder satisfacer nuestras propias necesidades, siendo jóvenes y vigorosos. Pero cuando trabajamos, estamos expuestos a todas las críticas, a todas las quejas, se queja Jeanne.

Finalmente, a todo ello se sumó el escándalo que estalló en el claustro. Hades se había ido. Ysabel hacía mucho tiempo que no iba a la casa de la seda.

El trabajo siempre estaba terminado, y bueno, las clientas seguían siendo numerosas, sin duda satisfechas, pero en las salas y en el taller

se habían calmado las llamadas y las risas, y también los cánticos que las bordadoras repetían a coro para acompañar el ritmo de la dedos.

El peine le agarra el pelo, Maheut aleja un mechón de su torso para controlarlo mejor, el frío aprieta su puntiagudo pezón a través de la camisa. Debería vestirse, pero se está asfixiando. No es sólo el estado de prisión al que la condenan desde hace dos días. Es esa vida, donde cada gesto debe mantenerse bajo control. Jeanne se ha vuelto muy temerosa. La mujer sigue recomendando a sus acompañantes que presten atención a cómo visten, cómo se mueven y que mantengan la voz baja. Si pudiera, les diría que se mezclaran con la oscuridad de las calles.

El encanto de la novedad, la relativa libertad que permitió a Maheut encontrar cierto bienestar a su llegada a la calle Troussevache ya no existen. Ahora todo pesa sobre ella, incluso la ciudad con ese aire quieto, los muros tan altos, los callejones estrechos, el espacio cerrado que aprisiona un cuerpo ya constreñido. Hace mucho que no siente el viento acariciar su piel al aire libre.

Si quieres, le había dicho Giacomo, te llevaré conmigo. Puedes disparar todo lo que quieras con tu arco. Verás, tengo una gran finca y prados de pasto corto que se extienden hasta las colinas. Puedes galopar, a los caballos les gusta, los animales que tengo están llenos de vida y mi semental tiene el color de tu pelo.

Maheut niega con la cabeza. Agarra la manta y se envuelve todo el cuerpo con ella.

Por supuesto, él no es el hombre con el que ella soñaba cuando era niña. ¡Un comerciante de telas! ¿Pero qué es ella hoy también? Un fugitivo sin nobleza y sin dinero. Giacomo presenta a todos un rostro amable y halagador, tiene modales corteses: por supuesto, es su trabajo, pero ella ha reconocido en él una extraña libertad, una vitalidad muy parecida a la de ella. A Giacomo le gusta precisamente lo que Maheut se ha visto obligada a ocultar durante mucho tiempo: su esencia roja, el carácter extravagante de su alma. Y él le dice.

La carta se había deslizado bajo el felpudo. Maheut pensó que nunca más volvería a saber de ella. Al regresar de la escapada al campamento de los arqueros - ¡cuán lejos habían corrido! La gente los miraba, pero ¿qué importaba? –, le había prometido dejarle un poco. Se divirtieron mucho. No se había reído tanto desde que era niña. Giacomo podría haber aprovechado la situación - ella se sentía mareada - pero se había limitado a pasarle el brazo por la cintura en la esquina de una calle. Y él le había hablado de su país. De su casa. De la esposa de la que había vivido separado durante años.

Luego había venido a la casa de seda sólo una vez para cerrar un trato. Jeanne lo había tratado amablemente, lo importante era

demostrarle que no había pasado nada grave. Mantenga su reputación en el vecindario. Durante aquella visita Giacomo no había hablado con Maheut, sólo la había mirado de una manera que la muchacha conocía bien, rápida, intensa. Esa mirada la había llamado la atención desde el principio. Veía todo en ella como veía todo en esos trozos de seda en los que sabía identificar el más mínimo defecto, la más mínima variación: captaba enseguida cuando estaba alegre, cansada, cuando se cambiaba el sombrero; un día notó un rasguño en la base de su uña. Él fue el único que entendió la profundidad de su confusión cuando trajeron el cuerpo de la manada.

La niña pensó que después de sus últimas transacciones con Jeanne desaparecería. Y luego, a principios de semana, esa nota se le pasó a un empleado. Maheut había querido salir de casa en secreto, pero fue atrapada y castigada. Y ahora no sabe qué decisión tomar.

La puerta se cierra de golpe en la planta baja. Voces. Ellos volvieron. Ruido de platos en la cocina, seguro que están preparando el desayuno.

La escalera cruje, unos pasos ligeros raspan los escalones que conducen al entrepiso. Se empuja la puerta. Es el pequeño.

Querida, ella sabe que soy un recluso, piensa Maheut.

"Ven", dice, extendiendo los brazos.

Leonor se acerca y se sube a la cama. Ahora duerme allí, al lado de su madre. De repente empezó a crecer en primavera, ya no cabe en la cuna y la encargada del vestuario, que sustituyó a Juliotte en el desván, no quiere compartir su cama con ella. A Maheut no le importa. Leonor siempre está tan tranquila, la niña se ha acostumbrado a la presencia de su cuerpo, dulce.

Maheut mueve la manta en la que está envuelta y toma al bebé en brazos. Leonor deja que suceda. Siempre habla muy poco. Las mujeres de la casa temían su reacción después de que Hades ya no viniera. Pero la pequeña no había pedido nada, no había derramado una lágrima.

Giacomo había dicho que también estaba dispuesto a llevarse al niño. Prometió cuidar de ellos. Es Maheut quien ahora debe decidir qué quiere hacer y cuánto está dispuesta a arriesgar por ello.

17.

Es demasiado tarde, piensa Ysabel.

La mujer le entrega la botella de vino que le permitieron traer, pero él solo bebe un sorbo y la guarda, dejando su cabeza contra la pared. Ha perdido peso, seguro. Tiene una larga barba, el pelo le ha crecido en la tonsura, le cae sobre la frente y las orejas, y se ha vuelto gris, como sus cejas. Pero no es tanto la transformación física lo que lo hace irreconocible. Es el letargo, el abandono total que delatan sus rasgos. La falta de tono de la mirada.

"¿Cómo entraste?" pregunta finalmente.

«El guardián se dejó convencer por unas pocas monedas».

«Podrías haber ahorrado el dinero…»

"No quería dejar pasar el Adviento sin visitarte".

«Adviento» murmura Humbert, con los ojos cerrados, «el tiempo del desvío…»

Su voz es ronca, se le queda atascada en la garganta.

«…La época del invierno y de las tinieblas, de las semillas que duermen bajo la tierra. De las flores de la esperanza y de los frutos del amor en ruinas..."

«Pero, después», susurra Ysabel, «gracias al nacimiento de Cristo, llega el tiempo de la regeneración en el que amanece, las plantas crecen y dan espigas».

La beguina suspira y se sienta en el pequeño banco que le ha preparado el guardián. Humbert no está encadenado, le han dado libertad de movimiento. Se sienta en el suelo, a los pies de la cama, apoyado en un rincón de la celda. Un pie pierde la costumbre, los dedos están hinchados, las uñas azuladas.

«Sé tanto como tú las cuatro estaciones del año litúrgico» continúa dulcemente Ysabel. «Y como yo, sabéis que, a imagen de las estaciones y de los momentos del día, dibujan un círculo continuamente renovado, un ciclo que siempre se renueva. No os dejéis llevar por la desesperación".

El franciscano no reacciona. Es como un animal retirado en su guarida, acurrucado en lo más profundo, inerte, esperando que el cuerpo se ponga rígido. Parece tan lejano ahora, ¿cómo podrá Ysabel

devolverlo a la realidad?

“La desesperación es un pecado”, añade la anciana. «Distrae al hombre de Dios y lo priva de sus sentidos, haciéndole ignorar el barro en el que yace y el diablo que lo arrastra al infierno».

Humbert tiene los ojos cerrados, pero una extraña sonrisa se dibuja en sus labios. Finalmente se levanta, apoyándose contra la pared.

«Habrías sido una buena predicadora, señora Ysabel, sabes utilizar palabras que convencen…»

Él tose. Hablar le cansa. Los pulmones tal vez estén afectados. Hay celdas peores, pensó la beguina a su llegada, un cuchitril obtenido bajo tierra al que se accede no a través de una trampilla, sino a través de una estrecha escalera. Sin embargo, el lugar está helado, las paredes batidas por las olas del Sena destilan humedad, el aire está lleno de miasmas: moho, basura, aguas residuales.

“¿Te dan de comer?”

«Pan seco y agua…»

«Quizás podría…»

Humbert niega con la cabeza.

«No te preocupes por esto. Dime mejor por qué estás aquí. Actúas como un amigo. No sabía que lo eras".

«Vine a petición de Dame Ade».

"¿Infierno?"

Otro suspiro pesado.

«Quiere que le exprese su agradecimiento».

“¿Por ponerla en peligro?”

"Por lo que hiciste después."

"¿Tenía alguna otra opción?"

"Podrías haber escapado".

"Podría tener."

«Y en cambio te presentaste a la Inquisición».

"¿No era eso lo que esperabas de mí?"

Ysabel no responde, se levanta con dificultad. El banco la obliga a mantener una posición en cuclillas, lo que hace que le duelan las piernas. También se apoya contra la pared, directamente debajo del tragaluz. La abertura está situada tan alta que es imposible ver el exterior. Al menos la luz del día puede penetrar, aunque sea débilmente, en el reducto. No hay nada peor que vivir en constante oscuridad. Muchos se vuelven locos.

La beguina aparta la mirada de Humbert y se pregunta. ¿Tiene razón? ¿Realmente esperaba que él se entregara cuando le entregaran el paquete acompañado de una carta al amanecer?

El hermano Geoffroy llegó poco después, apenas terminada la misa, con otro dominico, comisionado del inquisidor. Ysabel estaba en casa de Ade cuando llamaron a la puerta, acompañada de Agnès, con

la cara apretada en el toca y la mirada fija en el suelo. ¡Qué escena tan descorazonadora! Registraron el apartamento de su amiga, el cofre abierto y sus libros esparcidos por el suelo. Cartas de cuñada y hermano leídas en voz alta. Cada palabra se interpreta, las letras se aprovechan. Hades lo deja pasar, responde las preguntas con monosílabos. Y Geoffroy, por supuesto, se enfurece.

Cuando él amenazó con arrastrarla ante la Inquisición, junto con la joven Clémence de Crété, acusada de haber permanecido en silencio durante demasiado tiempo, Ysabel ciertamente había esperado que la carta llegara a buen puerto. En él no apeló tanto a la caridad de Humbert como a su honor. Con toda conciencia. Porque sabía que ahí radicaba la debilidad y el orgullo del fraile. Se trataba de Hades, expuesto a riesgos por su culpa. Se sopesó cada término y no hay peor veneno que las palabras.

Incluso ahora no siente remordimientos. Compasión, sí, al verlo tan debilitado, pero ningún remordimiento.

«¿Cómo está Lady Ade?»

Humbert habla en voz baja, intenta controlar su respiración.

«Está muy conmocionada. La interrogaron y luego la echaron del beaterio".

“¿Será procesada?”

«Los inquisidores la eximieron de toda responsabilidad al reconocer la debilidad de su sexo. Haber declarado que la habías seducido y plagiado era la mejor manera de protegerla... Te comportaste noblemente."

«Para encontrarme en una condición verdaderamente noble».

El franciscano indica con un gesto el lugar donde está encerrado. Algo se rompió en él, que ciertamente siempre parecía al borde del colapso, tenso entre fuerzas opuestas, pero que hasta ese momento lo había mantenido en pie.

«¿Qué pasará, hermano Humbert? ¿Se ha fijado la fecha del juicio?

«El inquisidor no quedó satisfecho con mi testimonio dado durante el interrogatorio. Mi celo por el Espejo es para él la indicación de prácticas heréticas. Él no cree en mi inocencia".

Ysabel baja la mirada. Al igual que Humbert, ella también sabe lo que esto significa. Meses de prisión, tal vez tortura para sacarle la verdad.

"No puedo conseguir que te alimenten mejor, pero les pediré que te traigan algunos remedios".

"No creo que pueda ser de ninguna utilidad ahora".

La vieja beguina se inclina y se arrodilla sobre las piedras del suelo. Levanta el brazo del franciscano (huele a tierra y a orina) y coloca el pulgar en su muñeca. Los latidos del corazón son lentos, la

frecuencia cardíaca es baja.

“¿No te parece”, dice Humbert, “que deberías preocuparte más por mi alma que por mi cuerpo? Al menos eso es lo que intento hacer".

"¿Puedes hacerlo?"

"Con dificultad. La imagen de mi antiguo maestro me visita con frecuencia últimamente. Tanto de noche como de día. Su muerte fue atormentada, me temo que no encontró descanso en el más allá."

"Quizás sea tu cuerpo debilitado el que crea la ilusión de su presencia en tu mente".

"No lo sé. Pero el hermano Jean fue amable conmigo en vida y su fantasma, en cambio, parece muy severo".

“¿Por qué, en tu opinión?”

«Puse en peligro a la comunidad de mujeres que tanto amaba. Y fracasé en la misión que me encomendó antes de fallecer".

Ysabel sigue arrodillada a su lado. Busque las palabras adecuadas.

«Evitaste lo peor para nuestros amigos acudiendo al inquisidor y entregándole el libro de Marguerite. Sois vosotros quienes sufrís hoy el castigo más severo. En cuanto a la copia, no te preocupes... Has cumplido la promesa que le hiciste a Jean de Querayn. Clémence de Crété lo escondió en su casa. Y ahora, un amigo... alguien de confianza, guarda el libro. Una mujer que partía hacia Italia, a quien le pedí que lo llevara con ella. Ella lo hará, está en deuda conmigo".

«Entonces, todo está arreglado...»

Humbert se dejó caer contra la pared. Cerca de su cabeza, hay numerosos dibujos grabados en el yeso de tiza, huellas dejadas por los prisioneros que lo precedieron, una crucifixión, un torneo, algunas inscripciones, algunos nombres, quizás la luz es demasiado débil para que Ysabel pueda comprenderlo realmente.

«Ya sabes lo que me parece… no sé cómo decirlo… lo más aterrador es morir por haber defendido a una mujer y a un libro que tanto despreciaba. A veces me pregunto si no será un truco de Satanás".

«No es Satán» suspira Ysabel.

La mujer lo mira y vuelve a preguntarse cómo continuar. El fraile ha retomado su postura de fiera herida. ¿Es capaz de entender lo que está a punto de decirle? Pero quizás esa sea la última vez que podrán verse, y las palabras que ella le dirá ahora, si él las comprende, le permitirán afrontar los acontecimientos con los ojos abiertos y con claridad.

«Usted ha hecho su parte, hermano Humbert, como Geoffroy o Agnès, Clémence, Ade o yo mismo hemos hecho la nuestra. Sin embargo, los eventos y causas que causaron tu caída superan a todos y cada uno de nosotros. Vienen de lejos y de lo más profundo, de las entrañas de nuestro mundo que cambia y crece, son múltiples, pero

todos van en la misma dirección."

Ysabel levanta la vista hacia el tragaluz donde la luz tiembla, como un reflejo en el agua.

«Nos arrastran hacia la oscuridad. Usted ha sido, hermano Humbert, sólo el mensajero más de una advertencia tantas veces repetida. La noche de las Beguinas está a punto de descender."

18.

Ysabel espera que pase la Semana Santa y sea finales de primavera para salir del claustro. Ya no tiene edad para afrontar viajes agotadores por caminos embarrados con el remolque que corre el riesgo de quedar atascado en cualquier momento o de ser arrastrado por un río embravecido. Comparte carro de viaje con un scabino que debe llegar a Provins. La persona conoce paradas y posadas seguras. En su alforja, Ysabel lleva todo lo necesario para refrescarse, provisiones y un cuchillo con funda, que le regaló su primer marido: servirá para cortar las manzanas cuyo jugo tan bien restaura el cuerpo puesto a prueba por los imprevistos. del viaje.

La circunnavegación durará tres días. La pareja de Ysabel no es muy habladora y mayoritariamente duerme. La carrocería del vagón está suspendida de correas de cuero para amortiguar los golpes. También ella a veces se queda dormida, inducida por el ritmo monótono del camino que, como las tranquilas horas de oración, nos aleja fatalmente del fluir de la vida cotidiana. Pero sobre todo permanece despierta, atenta a sensaciones e imágenes que se suceden. El paisaje se asemeja al que atravesó tiempo atrás camino al beaterio, cuando abandonó las tierras de su familia. Una vasta llanura ondulada de trigo y avena alta, colinas cubiertas de enredaderas, rebaños errantes en los campos en barbecho donde la nueva hierba ha reemplazado a la amarillenta del invierno. El campo ordenado por la mano del hombre, fructífero y armonioso.

A su lado, la pequeña también la mira con sus grandes ojos muy abiertos. Quizás sea la primera vez, piensa Ysabel, que la pequeña puede mirar a lo lejos sin el impedimento de alguna pared. Hacía tiempo que la beguina pensaba llevarse a Leonor a los prados, a recoger hierbas más allá de las vallas del marais. La niña parecía fascinada por sus colecciones de plantas y piedras. Pero todo había sido diferente. Tal vez era mejor así...

En cualquier caso, es un placer observarlo, mientras el carro avanza al paso pesado de los caballos, atravesando pueblos y puestos de vigilancia, deteniéndose en los patios de alguna granja donde darse un capricho con un huevo o un vaso de leche cremosa. Leonor no

parece asustada, su rostro ahora está tan sonrosado gracias al aire libre, el cabello debajo de su gorra está dorado por el sol, sus pupilas han adquirido un nuevo color, un verde crudo, haciéndola lucir extraordinariamente parecida a su madre. .

¿Maheut tuvo alguna duda antes de dejarla ir? Ysabel todavía se lo pregunta. La chica no parecía disgustada de ninguna manera. Cuando llevó a Leonor a su casa, ya vestía su ropa de viaje.

"¿Estás seguro de lo que estás haciendo?" había preguntado Ysabel. «Cuando ese hombre se harte de ti, te encontrarás en la calle. Lo habrás perdido todo".

"Ya lo he perdido todo", respondió simplemente Maheut.

«No es salvación».

“Rezaré por mi salvación cuando tenga tu edad”.

La niña sostenía en sus brazos el muñeco que le había regalado Hades y un bulto a sus pies. El estaba esperando. Maheut se había agachado y la había abrazado.

“Ysabel cuidará de ti, hija mía”, había dicho Maheut. "Si no te llevo conmigo, es por tu propio bien."

Él la abrazó y luego se fue.

Ysabel ha sopesado durante mucho tiempo su decisión, pero cada legua que recorre el carro aumenta su ansiedad. Es muy consciente de la responsabilidad que ha asumido delante de la pequeña y de la madre que se la ha confiado. Leonor ya ha sufrido tantas pérdidas que la vieja beguina teme exponerla a pérdidas aún mayores. ¿No sería mejor dejarla en casa de Jeanne du Faut? El mercero estaba dispuesto a tenerla con ella. Pero Jeanne, su valiente amiga, es ahora un apoyo demasiado frágil para que una criatura joven se aferre a él. Ysabel entonces intenta consolarse pensando en la lección que le había enseñado su abuela: hasta la tierra más seca y cansada puede dar un brote, pero ciertamente no lo dará si no se planta en ella una semilla. Aquí: debes creer en tus instintos, tener esperanza en el futuro y sembrar trigo.

La tercera noche se detienen en una posada de Provins. A pesar de tener una cama bastante cómoda, no duermen bien. Despertar, antes que Laudi, es complicado. Los dos viajeros parten al amanecer, acurrucados, todavía hace frío. Las sólidas murallas de la ciudad de Champaña pronto se oscurecen en el horizonte, desaparecen, la caravana recorre los prados donde pastan las hermosas ovejas que proporcionan la lana con la que se teje la bandera azul de Provins. Más campos y pueblos, faltan dos leguas.

El sol está en su cenit cuando llegan al pie del castillo, una severa fortaleza construida al otro lado de una colina. Se baja el puente levadizo, los pesados cascos de los caballos golpean con fuerza la

madera, el carro se balancea. Aferrada a la funda de cuero, Leonor mira fijamente a su madrina que, por primera vez, parece preocupada. Ysabel responde a su mirada con una sonrisa, con la cabeza mareada por el cansancio.

El carro se detiene en el patio cubierto de hierba. Un sirviente se acerca corriendo, a su lado un niño blande en el aire una espada de madera.

"¿Quién eres?" pregunta el chico.

Detrás, una mujer joven, con una larga túnica azul, se acerca a ellos. Lleva un bebé en brazos. Un poco más lejos se encuentra otra mujer que lleva un vestido del mismo color, pero en un tono más oscuro, y un velo blanco ondeando sobre sus hombros.

Ysabel se baja del carruaje, cogida de la mano de Leonor.

La mujer que estaba al fondo se acerca, levanta los dedos y se los lleva a la boca.

"¿Cuándo ocurrió?"

La tarde está llegando a su fin. Hades e Ysabel caminan por el jardín que domina la torre del homenaje. Los muros lo protegen del viento, orientado al sur. El aire perfumado por las primeras flores es más dulce allí que dentro.

«La quinta semana de Cuaresma» responde Ysabel. "El guardia lo encontró por la mañana, acostado en el jergón".

"¿Él sufrió?"

«Tenía los pulmones bloqueados y su corazón estaba débil. El cuerpo cedió..."

"Entonces, sufrió".

"Les mentiría si dijera lo contrario, pero Dios fue misericordioso y lo salvó de una larga y dolorosa detención".

«Tenía la esperanza…»

Ysabel deslizó su brazo por el de Hades. La abraza con fuerza contra él.

"Tenía la esperanza de que le permitirían regresar al convento y permanecer allí encerrado en espera de juicio".

«El inquisidor es dominico, y los dominicos tienen la responsabilidad del beaterio real. No querían correr el riesgo de que el asunto hiciera más ruido. Lo menos peor para ellos fue que el hermano Humbert fuera olvidado en el fondo de una prisión".

“Entonces, fue condenado incluso antes de ser juzgado”.

"Él lo sabía, Hades."

El llanto de un niño resuena al pie de los muros. El niño corre para luchar contra enemigos imaginarios con la espada. Su madre lo llama riendo, Leonor está con él.

“¿Cómo fueron las cosas en el Beaterio después de que me fui?”

«Estuvieron prohibidas las visitas durante varias semanas, salvo las autorizadas por el prior. Sólo se permitía salir a las mujeres que pudieran demostrar que tenían un trabajo. Los dominicanos realizaron una investigación e interrogaron a los compañeros."

"¿Tú también? ¿Te amenazaron?"

"Mi edad y el nombre de mi marido me protegieron, aunque Agnès intentó implicarme en el asunto".

"¿Inés?"

«Pensó que me golpearía a través de usted, pero no sacó mucho provecho de su denuncia. Abandonó el claustro al comienzo de la Cuaresma con el pretexto de un familiar enfermo y nunca regresó. Temo que acabe su vida en alguna ermita."

"No tengo lástima por ella, lo confieso, aunque no entiendo por qué la castigaron".

«Agnès no es muy inteligente. Se dejó manipular por su primo, un hombre ambicioso que, estoy seguro, pronto aspirará a las más altas funciones entre los dominicanos. Quizás quiso, con su iniciativa, demostrar que el actual prior no había estado lo suficientemente alerta. Debilitar el convento de alguien de esa manera no era exactamente una idea brillante, pero Geoffroy tenía demasiado apoyo para guardarle rencor. Sin embargo, era necesario señalar quién era el responsable del escándalo. Y Agnès fue el chivo expiatorio".

Las dos mujeres dejan atrás los parterres del jardín y pasan bajo una pérgola que conduce al pequeño jardín de Marie, instalado por Héloïse para decorar la capilla del castillo. El paso de Hades es inestable, pero la mujer parece menos frágil de lo que Ysabel esperaba. Cuando abandonó el beaterio, después de la humillación de la búsqueda y del arresto de Humbert, la anciana beguina temió por su vida.

«¿Cómo te sientes, Hades? Parece que has recuperado fuerzas."

«Héloïse me obliga a salir todos los días».

"¿Te quedarás aquí con ella?"

«Me preguntó hace unas semanas. No estaba en mis planes. Quería retirarme entre los benedictinos... Sabes bien que lo he deseado desde hace mucho tiempo".

"¿Y ahora?"

"¿Ahora? Ahora Leonor está aquí, gracias a ti".

"¿Ha cambiado usted, pues, de opinión?"

Hades niega con la cabeza.

"No me apresures, Ysabel."

Quitando la mano de debajo del brazo de su pareja, la mujer se aleja, da un paso y añade en un susurro: "Mira, no hemos hecho nada malo".

"Lo sé".

Unos minutos más tarde, mientras Hades se aleja, la vieja beguina se queda un rato en el jardín. En la parte superior de los tallos carnosos, los lirios ya están desplegando sus pétalos. Flores de arcoíris, piensa Ysabel: brillan en una gama que va del rojo sangre al amarillo soleado... Estas serán azules, salpicadas de violeta. Luego será el turno de las peonías de Pentecostés, las azucenas de Catalina y las azucenas blancas, las rosas de Provins y las rosas de Damasco: esparcirán su perfume sobre el altar de la Asunción.

Cuando regresa a la puerta por la que se accede a los apartamentos, Ysabel vislumbra a Héloïse. La joven está sola, se da vuelta y grita: «¡Jean, Leonor!» Su voz rebota como una risa en las piedras del torreón.

Los niños subieron a lo alto de las murallas. El chico guía a la chica, se esconden, Ysabel los pierde de vista, da unos pasos para intentar localizarlos. Una sombra se mueve, aparece una cabeza. La niña se endereza, ve el bosque desde arriba y un pájaro sobrevolándolo. Aparta los brazos, los levanta, agita sus manitas haciéndolas deslizarse por el aire como si fueran alas.

Desde donde está, de pie sobre el pasto cortado, oliendo el olor del estercolero que sale del establo cercano, y el olor del heno amontonado en el granero, Ysabel la mira y sonríe. Quizás ese grano que creías sembrar ya atravesó la tierra y empezó a crecer.

Los decretos de Viena fueron finalmente publicados en 1317 por el sucesor de Clemente V, Juan XXII, bajo el nombre de Constitutiones Clementinae. La institución de las beguinas está condenada y prohibida, pero el texto termina con una fórmula ambigua: no está prohibido, precisa el Papa, a "las mujeres piadosas, hayan hecho o no voto de castidad, vivir honestamente en su propia casa". hogares y de servir a Dios con espíritu de humildad".

En los años siguientes, de acuerdo con esta oscura cláusula, las numerosas comunidades del norte de Europa dependieron de la buena voluntad de las autoridades locales, la benevolencia del obispo y el apoyo de los benefactores. Se llevan a cabo investigaciones en todas partes para evaluar la ortodoxia de los Beaterios. Algunas instituciones resisten, a otras se les confiscan sus activos o se las obliga a someterse a nuevas reglas.

En París, donde las Clementinae circulan desde noviembre de 1317, la reacción fue rápida y grave. Algunos cronistas informan que el claustro real está cerrado. «Las beguinas ya no cantan, las beguinas ya no leen», escribe el canónigo Jean de Saint-Victor.

En nombre de su antepasado San Luis, el rey Carlos IV, sucesor del efímero Felipe V, retomará el beaterio bajo su protección, dotándolo de una normativa más rígida. Pero el claustro, como la casa de los

Capetos y de todo el reino, pronto asolado por la devastación de la Guerra de los Cien Años y la Peste Negra, comenzó su decadencia.

En 1470 el edificio quedó en ruinas y sólo vivían allí dos mujeres. En 1471 Luis XI lo transfirió a la comunidad franciscana de las hijas del Ave María. Las últimas beguinas se constituyen de forma autónoma. En 1485 las hermanas pobres de Santa Chiara, orden severa y rigorista, pasaron a residir en el antiguo claustro de mujeres libres. Los archivos de tiempos pasados se dispersan, el recuerdo de las beguinas parisinas desaparece.

Cinco siglos después, continuando mi investigación sobre sus huellas apenas mencionadas, descubrí este aviso publicado en 1994 en el Bulletin de liaison de l'association des bibliothèques
ecclésiastiques de France por la medievalista Geneviève Hasenohr:

Buscando un manuscrito...

El Espejo de las almas simples y aniquiladas de la beguina Margarita Porete (+1310), texto fundamental de la mística medieval, se conoce actualmente, en su versión original francesa, gracias a un único manuscrito incompleto y tardío (finales del siglo XV-principios del XVI) conservado en el museo Condé (Chantilly).

Pues bien, el primer editor del texto, el señor de Corberon, afirma haber tenido a su disposición, en los años 1955-1957, a título personal, un segundo ejemplar, mucho anterior al primero (quizás todavía del siglo XIV).), que [...] habría estado en posesión de una comunidad de monjas contemplativas francófonas – pero establecidas fuera del territorio francés – que desean permanecer en el anonimato. [...]

Dada la importancia de la obra de Marguerite Porete, tanto para la historia de la espiritualidad como para la de la lengua francesa, estos religiosos podrían darse a conocer e identificarse, con todas las precauciones y garantías necesarias, para que un filólogo de su confianza pueda consultar su preciado depósito. ?

Que yo sepa, hasta la fecha el aviso de búsqueda no ha recibido respuesta.

1. Insignia amarilla de forma redonda que debían llevar los judíos.
2. Vino rico en taninos y con una elevada graduación alcohólica.
3. Amuletos milagrosos para facilitar el embarazo o el parto.
4. En italiano en el texto.

Bibliografía selectiva

las beguinas

Stabler Miller, Tanya, Las beguinas del París medieval, Filadelfia, Penn Press (Universidad de Pensilvania), 2014.
Le Grand, Léon, Les Béguines de Paris, París, 1893. Microfilm, Nueva York, Bibliotecas de la Universidad de Columbia, 1991.
Les «Bonnes Femmes» de Paris, tesis apoyada por Michael Connally, Université Lumière Lyon 2, 2003.
Schmitt, Jean-Claude, Muerte de una hérésie, l'Église face aux béguines et aux béghards du Rhin Supérieur du XIV[e] au XV[e] siècle, París, Éditions Moutons/École des Hautes études en social ciencias, 1978.

Margarita Porete

Field, Sean L., Lerner, Robert E y Piron, Sylvain, (eds.), Marguerite Porete et le Miroir des simples âmes, Perspectives historiques, philosophiques et littéraires, París, Vrin, 2013.
Field, Sean L, La beguina, el ángel y el inquisidor, Los juicios de Marguerite Porete y Guiard de Cressonesart, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2012.
Hasenohr, Geneviève, La Tradition du Miroir des simples âmes au X[e] siècle: de Marguerite
Porete à Marguerite de Navarre, reseñas de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, a. 143, núm. 4, 1999.
Régnier-Bohler, Danielle, (ed.), Voix de femmes au Moyen Âge, París, Robert Laffont, 2006 (en particular el capítulo sobre Marguerite Porete del que se extraen los pasajes del Espejo de las almas simples y aniquiladas citados en esta novela).

Mujeres en la Edad Media

Duby, Georges y Perrot, Michelle, (eds.), Histoire des femmes en Occident; le Moyen Âge, París, Plon, 1991.
Pernoud, Régine, La Femme au temps des cathédrales, París, Stock, 1980.
Verdon, Jean, La Femme au Moyen Âge, París, Éditions Jean-Paul Gisserot, 1999.
Verdon, Jean, El placer en la Edad Media, trad. él. por Annalisa Spetrino, Milán, Baldini &

Castoldi, 1999.
Ribordy, Geneviève, Mariage aristocratique et doctrina ecclésiastique: le témoignage du rapt au Parlement de Paris colgante la guerre de Cent Ans, «Crime, Histoire et Sociétés», vol. 2, núm. 1, 1998.
Lauwers, Michel, L'Institution et le genero. A propos de l'acces des femmes au sacré dans l'Occident médiéval, Clio, 1995.
El cuerpo en la Edad Media, Le Goff, Jacques y Truong, Nicolas, trad. él. por Fausta Cataldi Villari, Milán, Mondolibri, 2005.

París en la Edad Media

Bove, Boris y Gauvard, Claude, (ed.), Le Paris du Moyen Âge, París, Belin, 2014.
Roux, Simone, Paris au Moyen Âge, París, Hachette Littératures, 2003.
Lorentz, Philippe y Sandron, Dany, Atlas de Paris au Moyen Âge, París, Parigramme, 2006.
Leguay, Jean-Pierre, Vivre en ville au Moyen Âge, París, Éditions Jean-Paul Gisserot, 2012.
Lespinasse, René y Bonnardot, François, Les Métiers et corporaciones de la ville de Paris: XIII[e] siècle. Le Livre des métiers d'Étienne Boileau, París, Imprimerie nationale, 1879.
Piganiol de La Force, Jean-Aimar, Descripción de París, de Versailles, de Marly, de Meudon, de
Saint-Cloud, de Fontainebleau et de toutes les autres belles maisons et châteaux des environs de Paris, 1742 (disponible en Gallica).
Hurtaut, Pierre-Thomas y de Magny, L., Dictionnaire historique de la ville de Paris et de ses environs, dans lequel on trouve la description des monuments et curiosités de cette capital, 1779 (disponible en Gallica).
París versus la fin du

Remedios y jardines

de Bingen, Hildegarde, Les Causes et les remèdes, trad. Pierre Monat, Grenoble, Éditions Jérôme Millon, 1997.
de Bingen, Hildegarde, Le Livre des subtilités des créatures divinas, trad. por Pierre Monat, Grenoble, Éditions Jérôme Millon, 1988.
Schmitt, Jean-Claude, Quand la lune nourrissait le temps avec du lait. Le temps du cosmos et des images chez Hildegarde de Bingen (1098-1179), «Imágenes Revues», hors-série n° 1, 2008.
Moulinier, Laurence, La Botanique d'Hildegarde de Bingen, «Médiévales», n° 16-17, 1989.
Dillemann, Georges, La Pharmacopée au Moyen Âge. II. Les médicaments, «Revue d'histoire de la pharmacie», n° 200, 1969.
Masson-Voos, Caroline, Les Jardins clos, objets d'attention au Moyen Âge, «Cahiers du Léopard d'or», vol. 6, 1997.
Mathon, Claude-Charles y Girault, Pierre-Gilles, Des marais aux marchés. Usos y imágenes de plantas en el diario de un burgués de París (1405-1449), «Cahiers du Léopard d’or», vol. 6, 1997.
Beck, Bernard, Jardín monástico, jardín místico. Ordonnance et signification des jardins monastiques médiévaux, «Revue d'histoire de la pharmacie», n° 327, 2000.
Sur la Terre como en el cielo. Jardins d’Occident à la fin du Moyen Âge, Musée national du Moyen Âge de Cluny (catálogo de la exposición), Éditions de la Réunion des musées nationaux, 2002.

La era

Le Goff, Jacques, Un autre Moyen Âge, París, Gallimard, 1999.
Duby, Georges, L'Art et la Société, Moyen Âge-XXe siècle, «Quarto», París, Gallimard, 2002.
Gauvard, Claude, Le Moyen Âge, París, Éditions de La Martinière, 2010.
Gauvard, Claude, Le Temps des Capétiens (Xe-XIVe siècles), París, PUF, 2013.
Bloch, Marc, La France sous les derniers Capétiens, 1223-1328, París, Librairie Armand Colin, 1958.
Favier, Jean, Philippe le Bel, París, Fayard, 1978.
Minois, Georges, Philippe le Bel, París, Perrin, 2014 (y en particular las páginas de la novela que evocan la personalidad del rey y los últimos años de su reinado).
Brière, J.L.J., Chronique latine de Guillaume de Nangis, de 1113 à 1300, avec Les Continuations de cette chronique de 1300 à 1368, «Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France de Guizot», 1825 (disponible en Gallica).

Y luego

Schmitt, Jean-Claude, Les Rythmes au Moyen Âge, París, Gallimard, 2016.
Hoppin, Richard H., La Musique au Moyen Âge, Éditions Mardaga, 1995.
Gauvard, Claude, Violence et ordre public au Moyen Âge, París, Éditions Picard, 2005.
Volti, Panayota, Les Couvents des ordres mendiants et leur environnement à la fin du Moyen Âge, París, CNRS Éditions, 2003.
Morel, Marie-France, Images du petit enfant mort dans l'histoire, «Études sur la mort», 2001.
Brereton, Georgina E. y Ferrier, Janet M., (eds.), Le Mesnagier de Paris, París, Librairie générale française, 1994.

Las palabras de la salmodia entonadas por el coro del gran beaterio en la p. 21 y en la pág. 23 están traducidos de la canción O cohors militiae, escrita a finales del siglo XII por la mística Hildegarda de Bingen.

Gracias

Agradezco a Claude Gauvard su generosa disposición a compartir su profundo conocimiento de la Edad Media.

Al historiador Yann Potin por releer mi manuscrito con tanta precisión y amabilidad.

El medievalista Pierre Prétou que me guió a través de los complejos mecanismos de la justicia en la Edad Media.

A la historiadora del arte Anne Egger por sus observaciones sobre el mundo de la justicia.

Sébastien Barret y Francesco Siri, del Instituto de Investigación e Historia de los Textos, por sus aclaraciones sobre los manuscritos medievales.

El Museo de Cluny por su hospitalidad (y por las maravillosas colecciones...). En particular, Axel Villechaize, Béatrice de Chancel-Bardelot, conservadora jefe encargada del jardín, y Florence Margo-Schwoebel, encargada del fondo documental.

El monasterio de Saorge.

Los "lectores" de (todas) las palabras compartidas.

Liana Levi y Sandrine Thévenet por la confianza depositada en mí.

Un agradecimiento muy especial a Isabelle Desequelles, que me recibió con tanta generosidad en su maison d'écriture De Pure Fiction. Mis beguinas encontraron allí la belleza y el amor por los libros, dándoles la oportunidad de florecer.



Si te gustó La noche de las beguinas de Aline Kiner,

te aconsejamos que no te lo pierdas

Geraldine Brooks